

ALFAGUARA

# Geney Beltrán

## Adiós, Tomasa



Narrativa Hispánica

# Geney Beltrán

## Adiós, Tomasa

ALEAGUARA



SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

*Para mi madre, María Félix Mariño*

Mañana o pasado  
yo voy a tu casa,  
tu mamá te ordena  
una silla para mí.  
Tú mi chiquitita  
finge no mirarme,  
ponte muy contenta  
porque estoy aquí.

*Flor de capomo*, EN VOZ  
DE CARLOS Y JOSÉ

—¡Qué la chingada contigo!

El hombre la fuerza a entrar en la cabina. Le ordena deja de rezongar, pinche mocosa.

Ella se pega en la frente con la manija de cambios. Suelta un grito, no puede parar la lloradera. El hombre sube a la troca y toma a la joven reciamente de los brazos; la obliga a quedarse inmóvil sobre el asiento.

—¿Por qué me hace esto? ¡Déjeme bajar! —pero él la silencia con un golpe del puño en el pómulo izquierdo.

La joven siente en el rostro una cosa que se quiebra, un estallido de calor le va secando el respirar.

El otro hombre, lampiño y más joven, sube a la troca y se coloca ante el manubrio.

—¡Arráncale, cabrón! —el primer hombre acomoda el espejo retrovisor del asiento de copiloto. Vuelve la mirada a la joven. Ella gimotea, queriendo hundirse aterrada en el plástico caliente del asiento. Él le acerca su aliento a cerveza y tabaco—: ¿Ya ve cómo sí se puede quedar calladita, mujer?

Abre la guantera. Saca una bolsa naila de color negro. Arquea el brazo izquierdo y, tomando a la muchacha del cuello, le cubre la cabeza con la bolsa. Ella vuelve a gritar. Escucha la voz de trueno que sale del cuerpo del hombre:

—No hay nada en el camino que a usted le interese ver. No me salga alharaquenta...

Ella se agita, hipa, tira con la derecha un manazo que se muere en el aire. Teme no poder ya nunca respirar. Sin mayor forcejeo, el hombre la somete del torso. La obliga a recostar la cabeza sobre sus piernas. Ella siente cómo las lágrimas van mojando el interior de la bolsa, que se le pega contra las mejillas igual que si fuese una cobija de sudor.

No sabe cuánto permanece ya quieta y silenciosa. Ruega que todo se borre

como por milagro, hasta que a sus oídos llegan los ritmos de un acordeón y un bajo sexto, luego las voces afinadas de dos hombres:

Trigueñita hermosa,  
cuando tomo vino  
siento muchas ganas  
de contigo platicar.

La camioneta avanza. El movimiento irregular por el camino de terracería le hace ir distendiendo las amarras de los nervios.

Vuelve en sí. Todo está oscuro. Dónde se halla, no sabe. Le van regresando las imágenes de antes, de tantito antes. ¿Todo fue un mal sueño? El hombre la sacude y el terror le vuelve desde las mismas vísceras. Lloro.

Se ha detenido la troca.

—¿Ya ve qué fácil es ir calmadita y no estarle dando guerra a la gente?

Él le quita la bolsa. Ella jala el aire con desespero, igual que si acabara de nacer. Ve una casa de techo a dos aguas, la puerta de encino, un lavadero, un corral con vacas. El hombre baja y la estira del brazo. Cuando ella pone un pie en tierra, recibe el viento fresco en la cara. Un disparo de energía y coraje le endurece las venas. Corre por el camino de grava en dirección contraria a la casa, donde la cerca ha quedado tendida en el suelo y el paso está franco hacia la cuesta. Sus piernas temen resbalar con cualquier cosa, grita ¡déjenme!

El Chalío corre detrás, con tres zancadas la alcanza. La toma de los cabellos, le suelta un chingadazo en la cara.

Ella cae sin más. Todo se vuelve un perderse y hundirse y ahogarse en nieblas macizas.

Despierta con un sismo quemante en la entrepierna. Se ve tendida, sin ropa, en un catre. El cuerpo del hombre se halla sobre su cuerpo desnudo. Todo le duele. El vientre le arde. Por debajo de la piel se le va ensanchando una garra

abrasiva, un destrozador rasposo que está hiriéndola. Hay en torno suyo un olor a sucios trapos mojados que le ataca los poros, y la peste a cigarro y cerveza saliendo de la boca del hombre.

—¡Pinche puta! —el hombre le aplasta la boca con la mano—. ¡Eres una resbalosa! ¿Quién fue el primero? ¡Dime quién fue el primero, o te rompo la madre!

Jadea. La mira con ojos de aullido. La penetra con más furor mientras ella busca empujarlo con las manos. Grita y llora hasta que, sin poder más, vuelve a caer en la inconsciencia.

El hombre tenía casas y escondites en varios lugares de la sierra. Siempre andaba armado. El Chalío y otros hombres que aparecían y desaparecían eran sus socios, choferes, guaruras, sicarios. Cada que ella intentó escapar fue atajada, recibió golpes.

Quedó embarazada en tres ocasiones, abortó las dos primeras sin que fuese atendida por un médico ni mucho menos por una partera. El tercer bebé sí se logró. El niño tenía tres años cuando su padre fue asesinado por órdenes de su cómplice, el comandante Verdugo.



---

PARRIBA

## *Jacalero*

—Mijo, vamos al guayabo.

Eso escucha clarito. El guayabo es un árbol, está en la huerta más allá del patio soleado frente a la casona. Y a él cómo le sonrían las vísceras cuando cada tarde corre por la huerta y riega el durazno y los ciruelos y corta mangos manila con una garrocha bajo el cielo limpísimo, al lado del arroyo y las otras breves chozas de cara a la azul serranía de la tarde.

Pero ahora que está sentado en la sala, esa voz del padre, enemistosa y ruda como suele dejarse ir y venir por los surcos del aire, esa voz lo hace temblar. En una parte del estómago hay un martillo que golpea, haciendo eco de cada palabra paterna, azuzando inestables, mínimos apocalipsis. En aquel entonces sólo es esto: nunca levantarle a su padre sino a duras penas la mirada; sentir que las piernas se vuelven columnas de lodo; ver de bulto y por un segundo solamente la figura fornida, alta y canosa de ese hombre...

—¿Mande? ¿Al guayabo? Sí, apá. Ya voy.

Está el Flavio en la sala de la casa, bajo el alto techo frío; ya se ha puesto de pie. Son vacaciones y nada más bobeaba viendo las paredes, contaba los sacos de harina del lado de la puerta. Es después de mediodía: una tarde con algo de sol en la temporada de secas, por abril, semana santa.

Sale al patio, una plancha de tierra blanzuca apisonada.

Ahí la camioneta del padre.

Y el chavalo ya no entiende: el viejo abre la puerta de la troca y se sube, ya sentado ante el manubrio extiende el brazo derecho, jala la manija y la puerta del copiloto se va abriendo. “Vámonos, pues. Ya trétese, muchacho”.

El Flavio se detiene ante la puerta pero ni una palabra se le envalentona; la

voz se le intimida en la antesala de los labios. Sólo es un mocoso de nueve años. Cómo va a decirle al viejo: “El guayabo está ahí enfrente, pa qué subirnos a la troca”. Son veinte, treinta pasos, ahí al lado tenemos la huerta.

En silencio sube a la cabina de la troca, todo huele a suciedad y aceite de motor. Se acomoda en el asiento y estirándose con su poca estatura jala y cierra la puerta. El padre fija en él la mirada; le está diciendo, sin decirle, que no fue suficiente la fuerza de su brazo y la pesada esa no ha cerrado bien. El hombrazo carraspea, y en la piel del cuerpecillo el carraspeo del padre forma temblores sordos con más vehemencia que si hubiera gritos y golpes.

El Flavio baja la cabeza. Vuelve a abrir, jala ahora la puerta con más brío.

Sin una palabra, el hombre prende el motor. Gira la cara a la derecha para que el oído izquierdo recoja finamente el ronroneo de la máquina. Ha vuelto a carraspear. La máquina arranca.

Salen del patio hacia el arroyo seco y el niño no pregunta a dónde estamos yendo; la troca va y avanza bajo la fronda de los árboles.

Las chozas últimas han quedado atrás. Ahí en su mente él trae, como raíz que empieza apenas a extender un brazo, el germen de lo que en su vida irá asumiendo el nombre de futuro; ese preguntarse todo, anteponerse a los hechos con inquietud e indefensión. Va oyendo abatido entre las paredes de su pensamiento el diálogo mudo con su padre: por qué se ocupa, para ir al guayabo de la huerta, enfrente de la casona, tomar la troca y dejar el pueblo atrás cuando se podría haber ido caminando. Es un ir y venir de preguntas y contestaciones que no se realiza afuera de su ser en vía ninguna del presente. ¿Cómo todo en su piel y vísceras depende de un gesto impaciente de ese hombrazo? Un carraspeo —una mirada de enfado—: mínimos gestos que se vuelven todo en la débil sogá invisible que lo une a su padre.

A los diez minutos de conducir por el arroyo seco entre los altos árboles el hombre dice ya vamos llegando. La primera casa de El Guayabo, el pueblo vecino, se ve a la izquierda. Plebes sucios y esqueléticos corren detrás de una llanta vieja de tractor a la que empujan con las manos. Al fin su padre aparca y sofoca la máquina.

Desciende el hombre pero el niño se queda ahí sentado. Los minutos le van cayendo como golpes por dentro y del lado del corazón. Una medialuna se le

forma en el pecho. Una medialuna se le hunde y le pesa exactamente sobre el corazón. Es filosa como de hierro: un semicírculo invisible de cuatro o cinco centímetros de diámetro le abre la piel y lo oprime, le hace ir perdiendo energía. El niño baja la mirada. Le aturden los oídos igual que si en torno suyo volaran moscardones.

En la guantera se ven varios casetes. Toma uno que trae la leyenda “Lorenzo de Monteclaro”, lo deja en su lugar; respira jalando con tesón el aire. Por un segundo eleva los ojos, su padre camina de vuelta hacia la troca. Él se pasa a la mitad del asiento; se ve en el espejo con desagrado, igual y que si fuera una anomalía hallar retomado su rostro pálido, las hondas ojeras, en el agua quieta del retrovisor. El lugar que venía ocupando al lado de la ventanilla es tomado ahora por el compadre Félix Félix, quien sin decir agua va cierra la puerta mientras el padre rodea la camioneta por el frente y se vuelve a subir a la cabina.

La troca da media vuelta y se mueve sobre la arena del arroyo seco:

—Se acabó el paseo, mijo.

Los dos hombres se la pasan hable y hable a lo largo del trayecto. El compadre Félix Félix llena la cabina de un tupido olor a sobaco sudado. Él traga saliva, busca no respirar, se toca la medialuna en el pecho como queriendo arrancarla. Cuando ya están de regreso, de cara al patio y entre la huerta y la casona, apenas van bajando de la troca irrumpe en el aire del día soleado la voz brusca de la madre.

—¡Adónde andabas, condenado!

La mujer ha salido de la casa. Lleva en la mano izquierda, como si fuese una iguana que agoniza: oh la cuarta. Ah la cuarta. La cuarta para latigear las ancas de un caballo, no: sí en cambio para su hermano y para él, para sus nalgas. Y ahí está su madre:

—¡Me tenías con pendiente, desgraciado!

—Venía conmigo, vieja —el padre ríe—. Fuimos al Guayabo.

El compadre Félix Félix, de cara rosada y sudorosa, se acerca a la madre, extiende la mano derecha y la coloca un segundo, con la palma hacia abajo, en el hombro de la mujer, quien a su vez hace lo mismo.

—Buenas tardes, comadre. No se encabrone. No nos dio guerra el plebe.

Venía muy espichadito.

La madre cambia la cuarta de mano y le dice al niño venga conmigo mocososo.

Caminan de regreso a la casona. Los dos hombres se quedan en el portal fuera del abarrote abriendo una caguama. Se sirven en vasos de plástico el líquido amarillo de la cerveza. El hijo sigue a la figura esbelta de su madre. Una vez en la sala, bajo el alto techo y al lado de los cuartos, ella suelta su voz con regaño que mal oculta frustración y desaliento:

—¿No le he dicho que no debe andar de jacalero?

Y le suelta un cuartazo en las nalgas. Al niño le arde la piel bajo el pantalón; una lágrima en cada ojo hace su salida pero ningún grito (eso no). La cara se le ha puesto roja: los lagrimones se escurren con un tibior que le avergüenza.

—¿Y no se acuerda que los hombres no lloran? Sólo pujan.

La madre va y cuelga la cuarta al lado del ropero. Se dirige a la cocina. A él le arde más y más la piel bajo el pantalón, como si la cuarta siguiera hundiéndole sus fuertes pisadas de lumbré. Corre a su cuarto; de su hermano en ese momento no halla ni sus luces. Se mete bajo la cama. Lo espera ahí el olor penetrante de la naftalina, que se le mete con rudeza hasta una parte visceral del cerebro y lo obliga a cerrar los ojos. El escozor en las nalgas se le expande hacia las piernas y la espalda. Una rabiosa plasta va adquiriendo la consistencia de carbones decididos a largo tiempo quedársele, cómo no insistir en esto, bajo la piel.

Ya no supo cuándo su padre y Félix Félix volvieron a subirse a la camioneta con el fin de salir del pueblo. Tampoco supo cuándo regresaron. Mientras gimoteaba y sentía el frío suelo de mosaico contra su mejilla o el cráneo, la ofuscación le había ido imbuyendo la mente con telarañas. Telarañas, sí, en efecto. De haber podido explicarle a nadie esa confusión, él habría dicho que, untados con la apestosa médula casi material de la naftalina, debido a la impotencia se le enredaban ofuscadamente los tejidos del cerebro. ¡Él había entendido “el guayabo”! ¡El árbol! El famoso guayabo de la huerta. Cómo iba a pensar que se trataba del pueblo cercano del mismo nombre. De cuándo acá su padre lo llevaba en sus vueltas. A él, tan enclenque, nunca. Sólo su hermano mayor, el atrabancado que ordeña vacas, maneja el tractor y monta a caballo, se la vive yendo y viniendo con el viejo de acá allá. ¿Así que la extrañeza por ser el invitado ahora sí lo terminó dejando en la parálisis? ¿Y cómo no le dijo a su padre que para ir a El Guayabo, mugre pueblo macuarro, necesitaba pedirle permiso a la irascible señora de la cuarta?

Sale de abajo de la cama, ¿cuánto tiempo después? Sale como si en el tórax trajese un ventarrón que ha venido dando ahí ya muchas vueltas, encerrado a su pesar. Tanto darle y darle en la mente, tanto quejarse por dentro a raíz del quartazo innecesario, y saber ahora que, al salir a la sala o al patio, nada podría gritar. ¿A quién decirle, cómo quejarse? Otro quartazo, o dos, si se quejara (eso seguro), habría de recibir. Para cualquiera ese quartazo de hacía un rato no fue nada. Ni existió. Su hermano recibía tres o cuatro por semana, tan campante seguía sin hacer caso el muy diablo.

Cuando pone un pie en la sala, su padre y Félix Félix van entrando. No tarda ya en anochecer.

—Pasa, hija. Saluda a tu nina. Ella es tu nina Maruca.

El padre señala a una muchachita la presencia de su esposa. La chavala va

extendiendo su derecha como si le fuera difícil hendir con ella las mallas del aire. Al verla titubear, la mujer de la casa sonríe. La atrae hacia sí y le acaricia con los dedos el cachete.

—¿Cómo está mi comadre, cómo está esa Gertrudis?

Él lo primero que registra son los cachetes sonrosados de una cara blanquísima. La mocosa tiene el pelo castaño claro y lo lleva en trenzas. Es delgada y alta. Tendrá unos... ¿qué?: catorce o quince. Viste una blusa de florecitas rosas y azules, una falda azul que le llega a los tobillos. Sus ojos grandes, como ligeramente empañados por algún tipo no físico de humedad, van comiéndose en azoro cada cosa que ven: la gruesa viga central en el techo, el ropero de caoba, las leves rayas que dividen en cuadrícula el piso de cemento.

—Ma Gertrudis está bien. Le manda saludos —la plebe balbucea sus respuestas igual que si las palabras de los adultos acapararan el aire no dejando crecer las suyas.

El niño no puede sino fijarse otra vez en que la chavala tiene los ojos húmedos.

El padre ve a su hijo menor. Lo llama con la mano.

—Debe tratarla con respeto —y señala a la nueva—: Si no obedece usted, me lo agarro a cintazos.

Así le dice agachándose, dejándole llegar el aliento a cerveza. El chico mueve la cabeza de arribabajo y se da media vuelta. Y ora ¿qué? Va pensando. ¿Quién es ésta? Casi por entrar al cuarto voltea a verla, y lo hace con la curiosidad resentida de quien sabe ocupado, acaso benignamente, su territorio; y ahí están los ojazos de Tomasa sugiriéndole a los suyos una cuerda de complicidad o de ayuda, como si el aire de la casona se los fuese, por recién llegados, a maltratar si él dejase de mirarla así, a ella, con mirada de víctimas iguales.

## *¿Qué cosa es el mal?*

Su hermano el Héctor quedó bien encantado, vaya que sí, con la morrita nueva. Se las daba ya de grandecito. Tenía tres pelos en los güevos, aunque claro: no se iba a andar atreviendo nunca a decirle guarrada alguna a la tal Tomasa esa. Nada que de andarla molestando, su padre se lo agarra a chingadazos. Una buena zurra le pondría.

Esa noche, sabiendo que nada más lo decía por andar de fachoso, su hermano menor lo escuchó afirmar:

—Está bien chula, loco. Un día quién quite y me la culeo.

El Flavio se sabía asediado por un terroso escozor, como si la piel se le ensuciara ásperamente con un polvo seco al escuchar a su hermano salir con tales bravatas.

...Esto comenzó a sentirlo, cierto, desde que el Juanillo, inseparable amigo del Héctor, semanas antes le contó el secreto de las cholas y las panochas.

El Héctor se veía nervioso esa vez.

—No, loco, todavía está muy plebe —dijo—, qué tienes que andarle contando chingaderas a este mocoso —trataba de impedir que la jariosidad saliera, disfrazada de palabras, de la boca del pinche Juanillo.

Estaban en la loma, detrás del chiquero. Ahí también andaba El Seco, su carilla alargada y pálida viéndolo todo y sin decir nada nunca.

Un perro pinto montaba a la perra de los López, frente a ellos, al lado de la barda trasera de la casa.

—¿Por qué no? —soltó el Juanillo—. Ya debe saber. ¿O qué? ¿Tienes miedo a que luego resulte que la tiene más grande que tú, jotorrón?

El Héctor ya había sido advertido por su madre en contra del Juanillo: “No



andes de mitotero con ese piojoso. Y menos te lleves a tu hermano cuando anden de vagos”. Luego, mirando al Flavio intensamente a los ojos la mujer pronunció: “El Juanillo, mijo, ya está echado a perder”.

Pero esa tarde, durante el largo entrevero de los perros ensartados junto a la barda, el Juanillo le contó al menor todo el embrollo.

—Si no eres maricón, Güilo, debes meterle la chola a una morra. ¿O qué? ¿Saliste volteado? —y se carcajeaba como si de la boca le fuera saliendo una burlona víbora.

—Maricón yo no. Asco —el Flavio movía la cabeza a los lados, ágilmente—. Pero, ¿metérsela cómo?

—En la panocha, no seas cora. Pus ya estás grandecito. A los ocho yo ya me había culiado a la Verónica. Sí, a la Verónica. No, pa ti está muy grande, no seas avorazado —el Juanillo le daba una chupada al cigarro y luego se lo pasaba al Héctor, quien le asentía al Flavio con una mueca cómplice, guiñándole el ojo derecho y pidiéndole, con el índice de la otra mano en la boca, que guardara silencio luego.

Él se quedó todo inquieto de esa vez, como si le anduvieran hormigas haciendo de fiestas en la ingle. Y eso estuviera mal.

...Ahora que nomás no conseguía dormirse, veía en la mente a Tomasa, agitándose y gritando, acostada debajo de su hermano. Repulsivo. ¿O era pura envidia? El Juanillo le dijo que a las morras les gustaba el metesaca. Se volvían escandalosas con sus berridos del merogusto. Cuando desde la otra cama le llegó el ruidito de los sofocados jadeos solitarios del hermano mayor, él saltó de entre sus sábanas. Fue a la cocina.

Se encontró a su madre sentada a la mesa, con los lentes puestos, un lápiz en la mano derecha y el cuaderno frente a los ojos.

—¿Qué pasa, mijo? ¿No puedes hacer la meme?

Él sabía advertir en su madre el tuteo como una forma del perdón dado o solicitado. ¿O será que ella ni se acordaba del cuartazo que le puso apenas unas horas antes? Su madre olía a esa mezcla de harina de trigo y manteca Inca. Era el olor amable y dulce de la masa de las tortillas de harina. Le molestó la niñería de “hacer la meme”, ¡como si no tuviera nueve años, ya casi diez! Hizo a un lado la frase tan de chilpayate recién nacido: respiró con

alivio, por la nariz le fue saliendo disuelta la rencorosa piedra que traía desde el cuartazo. Ya no iba entonces a ocupar quejarse: decirle la injusticia (la confusión de los guayabos, el árbol y el pueblo).

—Oiga, ¿quién es su comadre ésa? —se le fue acercando, con la mano derecha tocaba la madera de la silla, antesala natural para acariciarle el brazo izquierdo.

—¿La tía de Tomasa? —ella se bajó los lentes a la altura de la nariz, soltó el lápiz y movió la silla hacia atrás—. Es la Gertrudis. Vive en El Toro. Nunca hemos ido pallá, un día lo vas a conocer. Es un pueblo bien pequeño más parriba en la sierra.

Él ahora con los ojos seguía su propia mano izquierda, que parecía examinar el hule sobre la mesa.

—Es una buena mujer. No sabes cómo es de sangre liviana. Pero ha tenido una suerte mala. Como si le hubieran echado sal a la leche de su madre el día que nació.

Él se ahorró hacer otra pregunta. Sabía que luego de unos instantes ella iba a continuar: la mujer se quitó los lentes, los colocó sobre la mesa y extendió la izquierda para acariciarle el cabello a su coyotito. Muy en contra de su orgullo, él dejó salir una sonrisa y un suspiro. Como arrepentido de ese gesto, recogió las manos contra el pecho.

—Su hermana murió de parto cuando nació Tomasa. La pobre niñita se quedó huérfana en naciendo, ¿cómo lo ves? —se miraron a los ojos. Él tuvo en su mente el propio destino natal de su madre, ella deshizo la trabazón de sus miradas moviendo la cabeza—. Esta Gertrudis la ha navegado desde entonces, no le ha sido fácil. Ella nunca agarró marido. Sin varón en casa, cómo hacerle.

—¿Por qué no se casó? ¿Está fea de la cara o qué?

—Cállate, no seas harejillento —con el brazo izquierdo lo atrajo hacia sí.

—Yo nunca digo harejías, ma.

—No, ya sé —y la mujer le dio un beso en el cabello. Fue entonces que por fin los poros de la piel del chico tuvieron la confianza para irse abriendo de nuevo—. Tú no eres lépero como tu hermano. Pero después te digo todo de la Gertrudis —recompuso la figura frente a la libreta—. Orita tengo que hacer.

—Dígame orita.

—Nada, qué. Cúchila —se acomodó los lentes sobre la nariz—. Vuélvase a la cama.

Él hizo un mohín de enojo, dejando caer con brusquedad el pie derecho contra el suelo.

—Ándele, ma. No tengo sueño.

—Ya, vamos. A la cama, no muela...

Con el cambio al ustedeo, con la voz tomando la consistencia de un veloz azote acercándose al oído, él recibió la primera remesa de impaciencia: nada le quedaba sino, en efecto, llenar de agua un vaso y volverse a su colchón, esperando que para entonces hubiese el Héctor terminado de jadear bajo la sábana.

Tomasa desde el día siguiente se acomodió en el quehacer. Lo hacía todo en silencio, todo bien — amasar la masa, lavar la loza o tender la ropa— y sólo cuando la señora o la Elsa le hacían una pregunta ella erguía el rostro y daba una palabra. A veces la veían tristonera, como con el gesto de aguantarse las ganas de llorar. Su madrina entonces mencionaba el nombre de ma Gertrudis, y luego luego ella se chiveaba. Toda roja se ponía, escondía el rostro, ahí veía cómo fingir una sonrisa y a seguirle dando al trabajo de la casa.

La Elsa era una mujer de gritos altos, a quien los modos de calma de Tomasa le dieron a sospechar, el primer día, una condición de mustia y moscamuerta. Se le quedaba mirando de refilón o a veces movía la cabeza de un lado a otro, quizá esperando el momento en que saliese Tomasa con la nueva de que, por ejemplo, andaba ya panzona.

La Elsa llevaba ya varios años ayudándole a la señora a navegar en la casa. Era alta y robusta, sí, de piel muy blanca y pelo negrísimo, de facciones toscas y angulosas (al formarle el rostro dios o en su defecto san Pedro tuvieron mucha prisa). Olía siempre a champú Vanart verde, una cosa que hacía evocar hierbas intensas y frescas, recién cortadas. Su marido andaba en El Otro Lado desde dos años atrás ya sin noticia, y alguien tenía que mantener a los chamacos. Pues ella entonces.

Sin haber tenido tiempo para hacerle el desayuno a sus hijos propios, llegaba temprano a la casona, antes de que la señora María hubiese terminado de ordeñar las vacas y volver del corral con un balde rebosante de leche bronca en cada mano, y para cuando los dos plebes, el Héctor y el Flavio, recién despiertos, se andaban entre bostezos quitando las lagañas. Poco después, ya vestidos, jalaban una silla del comedor a la vera de su padre, quien, todo sudado y silencioso, había vuelto de La Vega o el corral o la huerta y esperaba sentado a que las mujeres le sirvieran el desayuno. La Elsa

acercaba entonces tortillas y platos con huevos, frijoles, arroz. El hombre y los dos hijos comían juntos. Quien hablaba, pero sólo a veces, era por supuesto que el tata, y lo que dijera iba como tácitamente tendido al hijo mayor: cuestiones del ganado la siembra las lluvias las secas la troca o cualquier otro asunto grande, que para el menor, ahí todo callado, siendo el benjamín, resultaban cosas sin interés. El Héctor en cambio levantaba el pecho para cachar cada palabra con firmeza, intuyéndose aludido en su primogenitura. Colocaba un monosílabo o un es-cierto-apá, un como-usted-diga-pa, que para el menor no eran frases sino lianas estiradas entre los otros dos, que lo excluían sin que él tuviese un radical deseo por franquearlas.

Ya a las dos semanas Tomasa se había vuelto un rostro, cuerpo y silencio habituales a la hora de la mesa. Para el Flavio pasó esa transición inadvertida. De repente ya le hablaba con la naturalidad de una larga convivencia. El temple de la morra se mostró muy apacible, convenientemente sigiloso para que no molestara al patrón, siempre impertinente con eso de que las mujeres hablaran según él de más. “A nadie le gustan las viejas que salen todas cacatúas, boquiflojas en esta casa no quiero”, decía con tono de jolgorio y burla que al niño incomodaba: en la sobremesa él oía gustoso las reflexiones y quejas y risas de las mujeres. El hombre toleraba, eso sí, el vozarrón de la Elsa, pero hay que decir también que ella le daba siempre por su lado, quién fuera tan trucha como usted, don Utimio, cuánto daría por haber nacido la mitad de lista de lo que usted salió. En el caso de Tomasa, no había necesidad de que la Elsa soltara su griterío para un apúrate o un qué haces tú pazguata. Y más aún: la señora María la trataba a esta novicia con dulzura y paciencia a prueba de balas.

De esto se enteró el Flavio al poco tiempo:

La tal Gertrudis fue madrina de bautismo de la Silvanita, y la señora María lo había sido ya antes de Tomasa.

Hubo un tiempo en que las dos mujeres fueron muy unidas. La Gertrudis se quedó a vivir en Chapotán, en la misma casona, ayudando a la señora María recién parida en la dura labor de cuidar a la nena Silvanita, que salió enfermiza. El Flavio estaba por cumplir dos años. Para entonces la Gertrudis ya traía cosido a la falda a ese pegoste de ojos vivaces y cachetes sonrosados

que llevaba el nombre de Tomasa. Una niña apenas tres años mayor que el Héctor. Cuando la pobre Silvanita murió finalmente, esta Gertrudis, llevándose a la entenada, regresó a El Toro.

Desde entonces no bajaba a Chapotán, y a la señora María no le gustaba adentrarse parriba en la sierra —sólo viajaba pabajo, a la suidad del valle, en dirección contraria, cuando era cuestión de doctores y esas cosas— y la Gertrudis llevaba una vida difícil ordeñando vacas y haciendo quesos en el nimio rancho de su hermana mayor, la Encarnación, con una madre ya viejita que, pa qué es más que la verdad, ni ve ni oye bien gran cosa.

Por las tardes él solía hacer la tarea sentado ante el mostrador del abarroto, sólo interrumpiéndose para atender a los clientes. A partir de que llegó Tomasa, se las fue ingeniando para quedarse más rato después de comer ahí en la mesa, al lado de la cocina, entre los olores de la manteca frita. La verdad es que estaba con un ojo al gato de su tarea y otro al garabato de las mujeres. Ellas se dedicaban al quehacer: preparaban la cena, y también iban y venían del gallinero al corral al chiquero, o alguna se ponía a lavar la ropa y la tendía en el patio de atrás. Y, mientras, hablaban: salían a cuenta rumores de por aquí y de por allá, sucedidos de hace mucho o hace poco, quejas, diatribas, especulaciones... Más que nada eran la Elsa y su patrona quienes hacían uso de la voz. A veces, aprovechando que la Tomasa se hallaba en el otro extremo lavando los trastes, la Elsa bajaba el tono en tanto erguía una ceja indicando al chiquillo ahí sentado a cosa de tres metros, y él entendía que lo dicho o por decir encerraba alguna cosa de adultos que lo ponía nervioso. La vez que salieron al habla las viejas historias de la Gertrudis y la Silvanita, algo así ocurrió, cuando se dijo por ahí que el padre de la Gertrudis había sido un hombre asqueroso. En todo caso, él se quedó con ganas de hacer preguntas. ¿Por qué la señora esa no se habría casado nunca? ¿Algo tenía que ver en ello el mal carácter del padre? Eso de mujeres no casándose era una, cómo decirlo, una falta: una desviación. El Flavio se la imaginaba mujer grande: erguida, quizá no tan delgada como su amá, con voz no temblorosa (eso le ocurría a Tomasa por ser morrita aún) sino de dar órdenes. Y se la imaginaba claro que guapa: pues si era tía de la misma Tomasa. No inquirió nada. Tenía cosa de provocar cualquier lastimadura (si sus palabras resultaban

bien idiotas, insensibles o broncas) a la pobre chamaca.

Pero todo nerviosismo y toda torpeza desaparecían con la escuela. Ya se venía acercando el festival de fin de cursos. Esto significaba que el Flavio, frente a todos los padres y madres del pueblo, una mañana soleada de finales de junio habría de recitar un verso y de participar en los bailables. El terroso miedo a don Eutimio, que apenas con una ceja levantada, acaso un carraspeo, ya bien rápido lo ponía a temblar, o los cuartazos y la voz estridente de su amá como un cuchillo sucio que entrara en los oídos: todo salía volando.

Ensayaban los bailables en el patio de la escuela, por las tardes. El maestro Rodolfo, con su pelo rubio y rostro avinagrado, despidiendo siempre un olor a trusas con restos de mierda mal limpiada, era impaciente. Uno que llegara tarde y luego un grito: “¿Pues no se le ha enseñado a ser puntual? Puntu-al”. ¿Y él, qué hacía? Él llegaba siempre a las cinco en punto. Sonreía lustrosamente: erguido, el pecho hacia fuera. Era flaco y se veía bien morro al lado de los otros, plebillos más altos (también más bravucones), o las niñas robustas y con miradas de quien ya se muere de ganas por ser adulto. El tocadiscos lanzaba entonces sus aullidos: poco a poco se volvían un aire caricioso ya no digamos a la oreja: a la piel misma. Las notas iban abriendo piel tejidos órganos adentro de los niños, como un amable ejército que tumba puertas con sonrisas: y los plebes saltaban entonces, agarrados en parejas, moviéndose a la izquierda a la derecha, levantando un pie, ya luego el otro.

¡Ah los bailables! Y es que así se les llamaba: en un pueblo de machos que a reatazos corregían a sus hijos si les salían zurdos, jotos o marimachos, era muy bien visto que los varoncitos tomaran una pareja de trenzas y falda floreada para el *Jarabe tapatío*. Cuando llegaba el festival de día de madres o de fin de cursos, ahí teníamos a los hombres y las mujeres, sentados en los mesabancos en torno de la cancha de volibol, tarareando las notas del *Ratón vaquero* con los pies, las facciones alivianadas y sonriendo, mientras los plebitos sudaban y daban vueltas hasta el gran final en que todos habían de quedarse quietos, justo cuando terminara de extenderse por el aire el último brazo de la música. Y el Flavio ahí, todo feliz en esos casos, en medio de una miedosa infancia de padres irascibles y telúricos: sólo feliz cuando en el centro de la pista daba saltos con la Gardenia de trenzas y mejillas sonrosadas

o la Estela tan seria.

El único que malveía esa cosa escolar de los bailables era Santos. Alto y blancote, de piel muy seca, pelos ralos y boca con tres o cuatro dientes, Santos farfullaba harejías desde lejos, recargado en la barda encalada de la escuela, sin parar mientes en si alguien lo estuviera oyendo. ¿Qué tanto le molestaba? Quizá el ruido del tocadiscos, o la alegre reunión de todo el pueblo, o que las niñas blanquitas bailaran tan arrepegadas a los niños morenitos, o que en un sitio así, en que él nunca había estado —era analfabeta y sin hijos—, sucedieran cosas que le estarían vedadas: ¿quién bailarían con él jamás en una fiesta? Santos era soltero, y más aún: era el tonto del pueblo.

O no lo era realmente: así todo mundo lo veía. ¿Qué edad tendría? Arriba de 35, menos de cincuenta, eso seguro. Trabajaba, pues, para don Eutimio, que lo trajo hace mucho de un viaje que hizo a la capital Durango, del otro lado de la Sierra Madre. Más no se sabía de los orígenes del hombre. Arriaba vacas de La Vega al borde del río hasta el establo, muy de mañana esto; cortaba leña, le daba de comer a las reses y los puercos, cargaba cartones de cerveza o lo que fuese de la tranvía al almacén del abarroto, ¿qué más cosas hacía? Era fiel a morir a don Eutimio, su mujer y sus hijos. Comía en la misma mesa, después que la familia, junto con la Elsa y Tomasa, a un lado de nuestro chamaco que, ya comido, ahí se quedaba escuchando la cháchara de los demás. Santos olía siempre a una como mezcla de sobacos sudados y cebolla. En el portal de la casa se le veía al pobre en las tardes, cuando no había mandados que hacerle a don Eutimio, sentado en el pretil mirando los cerros azules, y luego llegaban los plebes López a torearlo, diciéndole que si tenía novia, que si le gustaba la Elsa, que si con tanto ataque del Mal ya ni se le paraba la chola, y él se ponía de pie y los correteaba gritando harejías mientras con una mano se aferraba el sombrero para evitar que, de caérsele, los morros pudieran quitárselo y hacerlo chiras, dejándolo inutilizable.

Una vez, cuando el niño tenía cuatro, cinco años, Santos cortaba leña en el patio trasero. Hablaban quién sabe de qué: Santos iba levantando de nueva cuenta el hacha cuando sus manos cedieron y el hacha cayó a los pies del morro. Él no entendió qué sucedía: irguió la mirada pensando que era un juego, una broma del hombrón. Luego pronto sí captó la cosa: ya era una cosa



común. Santos se fue encorvando hasta caer encima de los leños sin meter las manos. Al chamaco se le andaba fríamente fugando por la boca el corazón. Corrió hacia la casa, cruzó la cocina y la sala hasta su cuarto, sus botitas sonaban toc toc. Y toc toc. La madre en el abarrote escuchó y ya sabía: mientras su hijo se escondía debajo de la cama ella iba en dirección contraria y al salir al patio se encontraba a Santos en sus convulsiones. Durante mucho tiempo lo contaba la señora riéndose: escuchar las botitas del niño haciendo toc toc sobre el mosaico de la sala era el aviso: le había pegado el Mal al pobre infortunado de Santos.

Pero un día, hablando con su doctor en la suidad, la señora consiguió una receta para el inocente. Eran unas pastillas que el enfermo se habría de tomar a la hora de la cena. Ella las compró luego luego en la botica en Culiacán. Y así se hizo costumbre. Cuando se le olvidaba acercarle el vaso de agua con la medicina después de que la Elsa le hubiera retirado el plato antes lleno y ya ahora limpio de frijoles, el mismo Santos decía, como agraviado: “Oiga, patrona, deme mis carajitas...”.

—No te asustes si le pega el Mal a Santos, no hace daño a nadie —la señora María informó a Tomasa en confidencia al día siguiente de su arribo a la casona.

—¿Mande? ¿El mal? ¿Qué cosa es el mal?

—Nada, chamaquía. No es nada —la Elsa lavaba el trasterío—. Digo, le dan ataques, se tira al suelo, patalea, se muerde la lengua.

—Pero ya cada vez menos, gracias a las carajitas —la patrona reía.

Y por esta condición de enfermo sagrado e impronunciable, Santos no era de los nuestros: nunca se le anexó un artículo antes del nombre, para empezar.

La morra lo atendía con miedo. Desde la cena de ese primer día, Santos se le quedó viendo. Levantaba la cuchara a la altura de la boca mientras con los ojos no le soltaba el rostro a la chavala. Llevó la vista al niño, que estaba a su derecha:

—¿Verdad, patrón, que la niña está bien bonita? Cuídese, oiga —apuntó con el dedo índice a la chamaca—, cuídese del Juanillo, de todos los López, son unos léperos.

Ella abrió mucho los ojos como si con una pinza en las costillas la

obligaran a respirar por ellos. El Flavio movió la cabeza de arriba pabajo, secundando así lo dicho por el hombre. Nunca le cayeron bien los López tampoco.

—Estese sosiego, Santos —la Elsa venía del comal hacia la mesa—. No lo ocupamos a usted para cuidar a esta escuincla. ¿O qué? ¿Usted cree que va a salir con su domingo siete dejándose empanzonar por el Juanillo? ¿Le vio cara de taruga? Ella se va a agarrar marido guapo, no le vayan a salir prietitos los chamacos...

—Yo la vuá cuidar también —Santos siguió hablando entre dientes, con lengua regañada exigiendo el derecho a reincidir—. Que ni se le acerquen, mija, esa chusma de lánaros...

El Juanillo iba ahora seguido a la casona a buscar al Héctor, sin esperarse a encontrarlo, como antes, en el corral o saliendo de la escuela o montado en el tractor arando en La Vega. No: iba a la casona. Pero no se arrimaba por el abarrote, pues ni que fuera cora: ahí lo habría visto la madre de su amigo y con un grito bien recio lo habría espantado, qué es eso de andarle sonsacando a su hijo mayor con pláticas cochinas de hombres grandes. Luego de darle la vuelta a la casona, el Juanillo se paraba sobre la barda de al lado del gallinero, o se detenía en la cerca frente al excusado. Chiflaba.

—Qué barbaridad. Tenemos un gallito nuevo en el gallinero. Pobre plebe. No sabe ni limpiarse la cola y ya anda buscando a quién arrimarle las verijas —la Elsa amasaba la masa de maíz y veía a la morra con una sonrisilla de burla, apenas el Héctor se iba dirigiendo a la salida que daba hacia el patio—: ¿Tú que crees que viene por ti, mocoso, a verte por tu cara bonita? Ese desarrapado busca aquí a mis ojos —y levantando la quijada señalaba a Tomasa.

Ésta nada decía: bajaba la mirada, se ponía toda roja.

—Grítale a Tomasa que venga, loco —el Juanillo acercaba su rostro al del Héctor, confidencial y amigable, guiñándole un ojo—, que ocupas que te traiga un vaso de agua. ¿Pues qué no es la sirvienta? Que te obedezca...

—No, loco —el Héctor se ponía en cuclillas—. La morra esa no es sirvienta. Es como de la familia.

—¿Qué acaso tu apá anduvo de jarioso con alguna muchachona en un

pueblo allá más parriba y apenas nos vamos enterando? Ah qué machote tu padre... Lástima que no saliste como él, mariquita...

Poniéndose de pie, el Héctor ahora sí enfrentaba los ojos del Juanillo, con una media sonrisa desafiante:

—Nada de eso, no seas cora. Es ahijada de mi amá, y la quiere como a una hija. Y Santos dice que te va a zurrar si le buscas arrimar la cholilla prieta a Tomasa —sellaba sus palabras con una mueca burlona.

—El tonto ese me la pela, pinche joto caguengue —e imitó las convulsiones de Santos, cerrando los ojos, con la lengua de fuera, las manos tembleques.

Cuando la Elsa le fue a su señora con el mitote de que el Héctor y el Juanillo estaban hablo que hablo en la barda del patio trasero, la madre salió con la cuarta en la mano.

—¡Cuántas veces te he dicho que no te juntes con ese guarro atascado!

El Juanillo brincó hacia fuera y salió corriendo. El otro muchacho se puso todo pálido. La mano materna lo jaló de una oreja y lo arrió padentro de la casa. En el cuarto, lo hizo ponerse de rodillas y tres cuartazos bien dados le arrimó. El Flavio estaba a cargo del abarrote, escuchaba crispado la azotaina como queriendo no poner atención pero sintiendo en sus nalgas lo que sentía su hermano. Salió la mujer primero, al rato al Héctor se le vio todo contrito.

Ái no paró la cosa: la Elsa le contó a Santos los asedios del Juanillo, y el tonto pues ya se sabe: al día siguiente estuvo espando, desde el gallinero. Así pasó: apenas había oído que el intruso se trepaba a la barda y hacía oír sus chiflidos, Santos se puso de pie saliendo de entre la penumbra con un leño en la mano; pero el estrépito de las gallinas puso al plebe invasor sobre aviso. Para cuando Santos le aventó un leñazo a la cara, el Juanillo ya había saltado hacia fuera, corrió dos o tres pasos y luego de tomar una piedra se la lanzó al hombre. Lo descalabró en la mera frente. El Flavio había salido de la cocina y vio cómo Santos caía de espaldas, al pegarse contra el suelo empezaba a dejar salir sus quejidos.

—¡Ya le pegó el Mal! —agitaba los brazos en dirección de la Elsa—. ¡Fue culpa del Juanillo!

Mientras la Elsa llamaba a su patrona con gritos, el Flavio se dirigió a la

cocina y, con sus pobres años auestas, se colocó a un lado de Tomasa. Irguió el pecho y extendiendo un brazo, como para cubrirla, le murmuró: “Toavía quedo yo aquí, yo te cuido”. Tomasa se llevó la mano derecha a la boca y no pudo evitar dejar salir la carcajada. Luego se forzó a callarse. La Elsa detuvo su andar. Levantó la cara con un signo de interrogación naciéndole en los ojos. La muchacha tenía la boca abierta, como si detenida en ese gesto: su cara toda colorada estuvo así un instante hasta que prorrumpió de nuevo en el puro carcajear. Se echaba aire con la mano. La Elsa empezó a reírse también; el niño veía a una, luego a otra.

—¡Ya no se rían! —azotando el pie derecho contra el suelo, se dio media vuelta y caminó, enojado, hacia la sala.

El pobre Santos, afuera, ya había terminado de convulsionarse.

La señora le prohibió a Tomasa salir siquiera al patio. Si lo hacía (para cagar, mear o bañarse), tendría que ir acompañada. Los huevos del gallinero los recogerían los plebes; corretearían a la gallina en turno para el caldo. Lavaría y tendería ropa la Elsa; ¿qué más?

—Sólo en la cocina te quiero. Pueque sea bien enfadoso para ti estar todo el santo día encerrada, pero así son estos machos. El Juanillo tendrá trece o catorce, y míralo. Ya se cree muy hombrecito. Lo que le hace falta el padre.

Porque, ¿cómo meter en cintura al Juanillo? Su madre, la Lidiona, tenía una fama en todo el pueblo de calientabraguetas, si no es que de viciosa y cuzca en forma, y lo decían como si únicamente a ella le gustara eso de la culiada, y todos los demás del pueblo fueran angelitos castos y puros de la cintura pabajo. Y el padre del Juanillo, pues que se fue de mojado cuando el plebe apenas un recién nacido. Nunca regresó. Ya lo habían dado por muerto allá en El Otro Lado. Así que, ni con quién hablar para que cintarearan al chamaco (bajarle a reatazos la calentura, ni cómo).

## *El futbol de los gabachos*

¿Cuánto era que no veían al Rafa? Mucho tiempo... ¿Un año, tal vez un año y medio?

Era, el chamaco, de la misma edad del Héctor, apenas dos meses más joven, y vivía en la ciudad. Es decir, para mayor precisión: el Rafita había nacido, él sí, y siempre vivido en Culiacán; no era gente de pueblo, pues, y eso volvía más inesperada, o inusual, su forma de conducirse: sin presunciones ni desdenes, venía, como esta vez lo vieron, sonriente y entusiasmado, su cara morena brillante por el sudor, sus ojos rasgados todos expresivos de felicidad, bajando de la troca de su abuelo. “En eso sacó a su tata Utimio”, se decía en el pueblo, “de veras le gusta venir al rancho”. Desde el mostrador, el Flavio vio cómo su padre, luego de apagar la máquina, abrir la puerta y sacar la mitad del cuerpo, se volvía a meter a la cabina y buscaba quién sabe qué en la guantera. Aprovechando que no sería visto, el niño corrió hacia la sala y desde ahí lanzó un grito en dirección a la cocina:

—¡Loco! ¡Mira quién acaba de llegar! ¡Es el Rafita!

Obligado por su madre a repasar los libros de texto del año anterior ante el pronto inicio del nuevo ciclo, el Héctor se hallaba sentado con un lápiz caracoleando entre los dedos de su mano derecha, luciendo un gesto de lo más aburrido. Se puso de pie de un salto y, las manos muy abiertas, echando la silla hacia atrás, levantó los brazos. Dejó salir un grito de alegría. Se llevó las manos a la boca; arqueaba el cuerpo moviendo la cabeza hacia arriba y hacia abajo al tiempo que imitaba los sonidos de un indio americano de las historietas. Corrió a la salida de la casa. Al pasar por uno de los cuartos, se asomó y al ver a Tomasa metiendo, con media lengua de fuera, un hilo en el

ojo de una aguja, le sacó la lengua a su vez, en tanto le guiñaba un ojo, sonriente.

—¡Ven, morra! ¡Tienes que conocer al Rafita!

Ahí estaba ese mero: el sobrino a quien nunca llamaban ni veían como tal: el hijo mayor de su media hermana la Susi era casi un hermano, salvo porque vivía en la suidad, diríamos más bien casi un primo que había subido ahora al pueblo. El abuelo, ahí en el portal, con una palmada en el hombro lo impulsaba a entrar a la casa.

—¿Qué tal la sorpresa que les traje, plebes? — el hombre le apretó un cachete a su hijo mayor. El Héctor se zafó y empezó a brincar en torno del Rafita.

—¡Qué bueno que te dieron permiso de venir, condenado! Tata, ¿nos da licencia de irnos a bañar al río?

Nada como el río en este tiempo de lluvias. Las vacaciones eran, cierto, la misma cosa siempre en el pueblo para el chamaco: no había nada de clases — lo cual, por supuesto, le sabía grato a un plebitito tan rudo y diablo como era—, y así se la vivían él y el Juanillo en sus escapadas a nadar en el río, se iban a fumar tras uno de los cerros o a matar cashoras y sapos sin reparar en cómo pasaban uno tras otro los minutos de las mañanas y las tardes. Pero a menudo le nacía la sensación de que los días se estiraban con una chiclosa tendencia a repetirse ya sin gran sabor. Esto era porque el Juanillo, un año mayor que el Héctor, se la pasaba muele y muele con el tema de las morras a las que se quería según él andar culiando. Y su hermano el Flavio era por su parte muy timorato, nada jacalero, muy agarrado a las faldas de la madre. La llegada del Rafita volvía esta última semana de agosto, antes de regresar a la enfadosa escuela, una experiencia en la que mil novedades podían surgir: lo intuía así a la altura del pecho, una caja de rayos de emoción. Agitado por el frenesí de su hermano mayor, el Flavio aplaudía, carcajeándose, pero con el rabillo del ojo miraba hacia la tienda. Quién quite y algún cliente desbalagado se asomase por ahí con todo y que —bien lo sabía— en una tarde así de calurosa todo mundo se echa a dormir la siesta.

—Vaya, miijo, lleve a su sobrino —el padre palmeaba al Héctor en el hombro. Bajando la cabeza, y luego de soltar un suspiro, el Flavio caminó de

vuelta al abarrote. Se topó con la efigie de Tomasa, los ojos imantadamente abiertos, detenida en el dintel de la puerta que enlaza a la sala con el resto de la casona.

—Flavio, mijo, ¿no quiere usted ir al río? ¿Ora resulta que no le gusta nadar?

El niño hizo ver el embrión de una sonrisa. Su amá, explicó, había subido con la comadre Prócora. Lo dejó encargado —señaló con el pulgar hacia la tienda—, que no se despegara del mostrador...

Con una sonrisa que al chamaco le pareció perturbadora por su franqueza, y temiendo aun así que bien pudiera tratarse de una trampa, el hombre vistió su voz con un suave acento magnánimo. Que se fuera también al río, le dijo. No debía pensionarse por esa tienda, nadie se la iba a andar robando...

—Aquí Tomasa me va a echar la mano si se me juntan los clientes, ¿verdad, chamaquía?

—Pero mi amá me va a pegar con la cuarta...

—Cúchila, píquele pal río. Le digo que yo la atiendo...

En el camino bordeando el arroyo, les contó el Rafita: su madre, siempre tan estricta y tan negadora de toda licencia, le había dado esta vez chanza de venirse una semana a Chapotán porque ella iba a tener que volar con su esposo a Guadalajara, una cosa de hospitales. Las dos hermanas del Rafita se iban a quedar ahí en Culiacán con una tía Claudia, hermana del padre. A su apá lo iban a operar... Era algo de la bilis que se enfermó... El tata Eutimio le dijo a su amá que lo iba a traer bien a lo cortito...

—¡Y luego luego nos dio chanza de venir a nadar!

—¡Es que eres su nieto, no te hagas! —el Héctor extendió las manos como fastidiado por tener que explicar lo evidente—. A nosotros sí que nos jala las orejas por cualquier cosa... y nos cintarea bien y bonito...

—Habla por ti —el Flavio se carcajeaba—. El rudo eres tú, que no haces caso nunca...

Pasaron tres horas chapoteando en el río. Ya de vuelta en la casa, el Rafita les hizo una seña de que lo acompañaran al cuarto. Sacó de su veliz una camiseta blanca, traía una estrella azul de cinco puntas pintada en el pecho. También sacó un balón café de forma ovoide. Se lo lanzó al Héctor. Este,

luego de atraparlo, lo examinó arrugando el ceño.

—¿Y esta madre, loco? ¿Se te descompuso en el viaje? No sirve pa jugar a la patada. Así no va a rodar bien...

El Rafita movió la cabeza a los lados. Tomó el balón de las manos del otro plebe mientras decía, con aire de misterio, como si fuera una revelación destinada para muy pocos:

—Nunca has jugado futbol americano, ¿verdad? Mira mi playera. ¿Ves cómo dice?

La leyenda “Dallas Cowboys” intimidó a los dos hermanos. Eso estaba en inglés, el enrevesado idioma de los gringos. Hicieron como que lo leían, apenas si un murmullo escapó de sus labios. Era —quién no sabía— bien fácil equivocarse con la pronunciación, y el méndigo Rafita podía ponerse carrilludo con ellos. De indios y analfabetas no los iba a andar bajando.

—Nosotros no tenemos clases de gabacho en la escuela, no chingues, Rafita —el Héctor lo empujó del hombro con un gesto animoso. El chamaco sólo les hizo la señal de vengan conmigo.

Lo siguieron al portal.

El Flavio iba imaginándose un escenario lleno de luz blanca y cielos muy abiertos. Eso sería una calle gabacha: vio a puros morros güeritos gritando palabras de una lengua nasal incomprensible, corrían sobre un pavimento gris radiante en tanto pateaban con destreza esa rara cosa de cuero que traía el Rafita en las manos. Todo lo americano era mejor (ya lo sabía): los tenis, las grabadoras, los pantalones que se traían los mojados en navidad para sus hijos... Allá en El Otro Lado existiría por eso mismo un deporte así de superior e imprevisto, cuya rareza habría de tener su sentido y sus secretos, y que únicamente con humildad sería dominado.

Ya había anochecido, pero desde el abarrote salía un destello grueso de luz. El Héctor vio con cabales contornos al ovoide salir del brazo del Rafita rumbo a su cuerpo. Hizo las manos hacia adelante; lo cachó.

—Íralo. Si no eres tan malo... Eso se llama pase completo...

El Héctor colocó el balón en el piso y le tiró una patada. El ovoide dio una pirueta, picó en el suelo y viró hacia la pared. El Héctor se inclinó para agarrarlo y, luego de caminar los tres metros que lo separaban del Rafita, le



puso con brusquedad el balón en el pecho.

—Güerco, no le hallo chiste a esta burrada —y corriendo se enfiló a la tienda, donde, con un vozarrón, le preguntó a su madre qué iba a haber pa la cena.

—Aviéntamelo a mí —el Rafita oyó la voz del Flavio.

Ahí estaba, parado con las piernas abiertas y los brazos hacia adelante, la cabeza ligeramente hacia la izquierda, como quien teme recibir un impacto. Riéndose, el Rafita le hizo llegar el balón. El Flavio se movió medio metro hacia atrás, y aunque el ovoide le pegó exactamente en el tórax, le resbaló por las piernas. En cuanto se hubo agachado y lo alzó del suelo, el chico se percató de que el Rafita ya no estaba frente a sí, su espalda se veía cruzando la puerta de la casa.

—¡Tráetelo, Güilo! —oyó que le gritaba.

Con una sensación de incomodidad, igual que si lo hubieran invitado a un sitio desconocido en el que todos hablan de cosas que él no calibra bien por tontito o por ñengo, se llevó la pelota a la altura del abdomen, la estrechó con los dedos.

Y cuando ya se hubieron acostado —el Flavio hizo un tenderete en el piso por andarle cediendo su cama al visitante—, no escondió para nada su interés: ¿era fútbol de veras aunque se juegue con las manos en vez de con los pies?, ¿y no era una lata esa forma tan caprichosa del balón que le impedía rodar como dios manda?

El Rafita le contó: Yo le voy a los Vaqueros de Dalas. La temporada iba a empezar el primer domingo de septiembre. Ahora que se despidió, su apá le dijo: a su regreso de Guadalajara verían a los Vaqueros jugar cada fin de semana. Que contara con ello.

—Y tú no comas ansias: mañana les enseño bien cómo se juega esta madre. Es rete emocionante, de veras.

Los hombres del pueblo miraban con sorna al montonal de niños siguiendo las órdenes del Rafita a mitad del patio. Sólo el Héctor y el Juanillo se mantenían lejos de la escandalera, allá sentados sobre la cerca del corral. El Rafita ponía a uno y a otro en dos filas enfrentadas, nadie quería agacharse poniendo la cola al aire. Cuando el Rafita mismo, con el balón frente a sí, se

inclinó en la posición de un centro, el Mendoza se le acercó por detrás y le frotó el trasero con su pelvis. Los chicos se reían entre burlas.

—¡Esa cosa nada más la juegan los volteados! —era Lupe López desde la cerca de su casa, una botella en la mano—. Se nos van a volver maricones, qué desgracia...

—¡Esto se llama futbol americano! ¡Así se juega! —el Rafita subió la voz en tanto se volvía al hombre, con la intención al parecer neutra y docente de explicar lo que suponía nada más un malentendido.

—¡Pus los gringos son todos unos jotos, qué le vamos a hacer! —Lupe López dejó salir una carcajada, repetida por los demás varones que, en el portal, se habían olvidado del juego de la baraja y, de pie, las manos en la cintura, chiflaban o comentaban entre sí las incidencias del Rafita ese, muy de la suidad pero qué juego más cora se ha traído.

—No hagan caso, plebes —el Rafita dejó salir un suspiro—. Ya que le agarren cómo va, les va a gustar.

Aunque ni duró mucho la boruca. Más por no entenderle a esa jerga que se traía el Rafita —citaba palabras como corebac, receptor, corredor y primera-y-diez—, los chicos se fueron de a poco dispersando. Y no les agradaba eso de que para “tacular” a un oponente había que darle una nalgada. ¿Tacular? ¿Qué es eso? ¿Agarrarle la cola a otro bato? ¡Eso lo hacen los mariposones!

—Tacular es tumbar al suelo, pero esa regla la cambié: no vaya a ser que nos quebrems un hueso si lo hacemos así...

Al final sólo quedaron dos de ellos, con gesto festivo, viendo en qué paraba la cosa, y el Flavio y el Rafita a mitad del patio. En esas vieron al Héctor salir de la casa con la redonda pelota de siempre en las manos. El Rafita tejió una franca sonrisa. Le entregó el ovoide al Flavio diciéndole ve y guárdamelo en la mochila, ¿sale?

El Flavio dejó el patio corriendo.

Y allá en su cuarto, se quedó echadote en la cama. Miraba y tocaba las costuras del balón. Escrutaba su tonalidad ocre. Lo sopesaba poniendo cada palma en un extremo; la gritería de los plebes tras la pelota de futbol sóquer le llegaba desde una grosera e insuficiente lejanía que no le interesaba más conocer. En esas estaba cuando volvió los ojos hacia la puerta; se sobresaltó

al descubrir el rosado rostro de Tomasa, que lo veía con una expresión cáustica, refrenando la risa.

—Cualquiera diría que te quieres comer la bola esa...

Deseando esconderla, el niño la dejó caer bajo la cama. Con un brinco se puso de pie. Balbuceó algo de que ese deporte era bien difícil pero que lo practicaban todos los niños allá en El Gabacho...

—Y tú no eres gringo, ¿de qué hablas? —la muchacha entró al cuarto y agachándose buscó el ovoide. El niño recibió su olor a jabón Lirio, algo que le hacía evocar un amasijo de grasa de puerco y cáscara de limón—. Me dieron muchas ganas ayer de ir a bañarme al río yo también —le puso Tomasa el balón en el pecho—. Allá en El Toro, de más chamaca, me ponía toda luria cuando mi ma Gertrudis y yo íbamos al río, ¿sabes? Me quedaban los dedos todos churidos, de viejita, por tanto tiempo que me la pasaba chapoteando retefeliz mientras mi ma lavaba la ropa. Espero que ustedes sí se hayan divertido...

La morra salió sin más del cuarto. El Flavio habría querido decirle algo. ¿Qué sería? Y no: para cuanta cosa se le ocurría de inmediato pensaba una objeción. No sólo ella no podría ir a bañarse con ellos, ¡habrase visto una chavala entre puros varoncitos!: también estaba la prohibición impuesta por su madre: no debía salir de la casa a menos que la acompañasen ella misma o la Elsa. Era por su bien, con esto del Juanillo rondando. Pero el Flavio traía a la altura del pecho la sensación embarazosa de que detrás de todo ello bien podría haber algo que no era justo.

Y se preguntó qué sería de su propia vida de haber nacido... como Tomasa. Si fuera Tomasa, pues. ¡Niña, y no varón! Las cosas dieron vueltas en su mente con un vértigo desagradable. Angustioso. ¡Todo sería tan diferente para él! Lo primero fue una cosa de asfixia. Como si le amarraran las manos y las piernas y el mundo creciera sin cesar de tamaño, un mundo ancho cada vez más y más lejos de sí. Imaginarse sin chola era lo peor; ¡horrendo! ¡No valdría nada! Qué chingadera más cabrona ha de ser eso que cualquier pendejo, como el Juanillo, te quiera andar metiendo su güirote apestoso entre las piernas... Movié la cabeza con asco, volteando a ver hacia la puerta, no fuera a ser que alguien estuviese ahí y pudiera leerle detrás de la frente el pensamiento. Él era

varoncito, claro, y no podía andar pensando en una vida mujeril, pues qué se trae en la cabeza para andar figurándose esas chingaderas...

Fueron para el Héctor una delicia los días de esa semana, al Flavio en cambio la estancia del Rafita lo tenía nervioso de una forma que no le era familiar. Hoy habían ido de hecho los dos plebes, su hermano y el sobrino, allá más parriba en la sierra con don Eutimio, acompañándolo a quién sabe qué andares en los que el chamaquí prefirió no interesarse. A cambio, se escapó al río.

Corría el viento pero el calor, caramba, ni cómo aguantarlo. De pie en la orilla de las aguas, se quitó la camiseta azul. Respiró con holgura. Sentado sobre la piedra, se arrancó a las prisas los tenis, pantalón y trusa. Puso la trusa sobre la piedra. De pie nuevamente, abrió el pecho. Qué profundidad había en el aire.

Gritó. Salió de sus pulmones el aire como una suerte de tibia rabia amarga. O no. ¿Qué era? Se llevó las manos a la cabeza. Tuvo la visión de que recordaría este momento toda su vida. Descubrió un abismo: verse a sí en el futuro viéndose a como es ahora. La llegada del balón tan raro le hizo ver a esos niños gabachos (ellos sí conocedores de las reglas del deporte americano) jugando en calles limpias y luminosas. ¿Cómo a él no le tocó nacer allá en El Otro Lado? No quiero estar aquí (se dijo). Una fisura se le había abierto en el pensar. Lo dislocaba. Lo exigía a un movimiento.

Supo entonces: él no habría de querer vivir de grande en este pueblo. Gritó de nuevo, un ah largo y robusto. Se veía de grande, a los veinte o treinta años, caminando por el pavimento gris y recio de una suidad. Qué rareza sentirse así de fuerte. Libre. Jaló el aire con agitación. ¿Significaba algo pensar esto? ¿No era traicionar a su madre? Una garra dura empezó a auscultarle por los adentros del pecho.

No podía ser tan ciego. Cómo evitar darse cuenta de que a su madre algo la rompía, y desde el silencio.

Gritaré de nuevo, se me pasará. Saldrá con el grito. Abrió la boca. No pudo soltar nada. Un cosquilleo en la nariz empezó a incordiarlo. Una pulsión eléctrica le corrió por la espalda. Su madre y él están destinados a separarse algún día. A Tomasa también dejará de verla, un día. Se puso en cuclillas. Las lágrimas fueron saltando sobre las piedras grises.

¿Podré de veras irme de aquí? Una cordillera de fríos se le enquistó en la columna. Levantó la vista: el sol de agosto seguía regio, central, sobre su cabeza. Y el viento lo elevaba. Pensar en Chapotán, en vivir ya siempre en este pueblo, casarse y tener hijos, atender un abarrote le dejaba la sensación de un costal cayéndole sobre la espalda, como si con esas fuerzas enemigas atacándole la piel no pudiera hacer una sola moción.

A trescientos metros, al borde del río, se movía una vaca. Luego otra más.

Con agilidad se metió al río. Cuando volvió a llevar sus ojos hacia los animales, ya no eran dos sino ocho, diez, y detrás de ellas iba el Arnoldo. Se mantuvo inmóvil, sólo la cabeza fuera del agua, hasta que reses y hombre desaparecieron en su camino hacia las primeras casas del pueblo. Tiritando, salió del agua; no encontró la trusa. Las demás prendas sí, únicamente la trusa había sido llevada por la corriente.

Frunció la boca. Tenía la impresión a veces de traer en la cabeza a un animalito independiente que se la vivía dándose de golpes contra las paredes de duda de su cráneo. Se imaginó la trusa blanca corriendo entre las manos del río, seguir su andar pasando por Aguacaliente, por Jala, por El Rincón, hasta llegar a la suidad y concluir su viaje en la acogedora, triste verdad del océano.

—Déjame la pelota, loco... —murmuró el Flavio.

El sobrino ya tenía hecho el veliz. Sólo esperaba a que el motor de la camioneta se calentase para agarrar camino abajo, con el abuelo Eutimio al manubrio, de vuelta a su casa y con su familia.

—No la amueles —le pegó el Héctor en el brazo a su hermano menor—. Cómo eres pilili, pinche Güilo.

El chico se puso todo rojo de la cara. ¡Él no era un pilili! Nunca se atrevía a andar pidiendo nada para sí, sólo en esta ocasión, es que...

—Lo van a regañar si se vuelve sin la pelota esa, ¿no entiendes? Esas cosas cuestan un ojo de la cara, ¿no sabes que se la trajo su apá del Otro Lado?

El Rafita subió el veliz a la cama y de él sacó su playera de Dalas. La extendió sobre el abdomen del Flavio, dio un paso atrás para ver con ojo medidor.

—Te viene un poquito grande, aunque igual no tardas en darte un estirón. Quédatela. Es más, vétela poniendo... —y en esas estaba el Flavio, todo feliz pasándose la prenda por la cabeza y jalándola hacia los costados, cuando desde la sala llegó la voz del padre:

—Vámonos, Rafael. Ya lo esperan sus padres en la suidad.

El Flavio hizo un gesto rápido con los brazos para tratar de sacarse la playera, que le quedó cubriendo la mitad del cráneo cuando oyó de nuevo la voz dura.

—¿Qué está pasando aquí?

En esa posición el niño no alcanzaba a ver nada. Por la cercanía de la voz, el hombre ya se hallaría en la puerta del cuarto.

—Usted, Flavio, ¿ya se ganó algo por andar de encimoso y de pilili? Yo nunca le he dado esos ejemplos...

El pecho se le cerró. El tono de esa voz parecía traer en sus ondas la bravura y rispidez de una roca puntiaguda que le rompiera la piel. Ver a su padre a los ojos: verlo a los ojos era saberse bichi, una desnuda carne, llana y débil. No lo quería ver ahora. No fue necesario que su padre dijese una palabra más. El chico se sacó la camiseta. La dobló y la puso en la petaca, sobre el resto de la ropa de su sobrino.

Con los oídos zumbándole en estrépito y en tanto se apretaba las ganas de llorar, farfulló, sin ver, hacia donde estaría el cuerpo del Rafita:

—Es que yo no le voy a los jugadores de ese equipo, gracias.



## *No sabes cómo me duele*

—¿Y Tomasa, amá?

—Come y calla.

Eso fue en el desayuno.

A la hora del recreo se vino corriendo de la escuela para ayudar a su madre —como cada día— a vender pepsis y paquetes de galletas pancrema a sus mismos compañeros de un momento antes en el aula. Estiraba el cuello desde el mostrador en dirección a la sala de la casona, entonces tampoco vio a Tomasa.

Cuando ya acaba la clase y vuelve de la escuela, tampoco ella en lado alguno.

—¿Tomasa se fue? ¿Dónde está? —suelta las palabras con un resbalón tembloroso en la voz. Lo observa su hermano todo expectante. Están por sentarse a la mesa, los platos rebosan de frijoles—. ¿Por qué no dijo adiós? Madre, ¿la mandó usted de regreso al Toro...? ¿Qué le hizo?

Esas preguntas son las mismas que no se atreve a soltar el Héctor. La madre anda trajinando de la cocina a la mesa. La Elsa hace tortillas en el comal.

—No se fue. No seas impertinente. Amaneció mala. Está durmiendo. Andaba con calentura, ya tomó pastillas, no seas enfadoso con ella.

“Oiga, ¿cuánto cuesta una bombilla?”

Tomasa se había metido al abarrote por la puerta lateral que venía de la casa. Se acercó a la espalda de la señora María, sin que la mujer, fijos los ojos en un cuaderno en que sacaba cuentas y sobre el que caía la luz de la pequeña lámpara de aceite a su izquierda, se hubiese percatado. La tienda

estaba sola (ya era hora de cerrar). Frente al mostrador la noche cerrada. A lo lejos un tocadiscos se dejaba oír con sus canciones ¿de quién? De Ramón Ayala parecían: *¿Bonita finca de adobe?*

Sí, esa era. Todo sería en casa de los López, siempre tan escandalosos:

Bonita finca de adobe,  
tú sabes cuánto la quiero,  
no dejes que otro hombre  
me la gane por dinero...

Era la hora en que el padre, Lupe López, empezaba a pistear y la música no se acababa sino hasta que el hombre se caía de borracho o empezaba a querer agarrar a chingadazos a su mujer.

La señora volteó y encontró el rostro de la chavala iluminado.

—¿Para qué quieres saber? ¿Le vas a comprar una bombilla de regalo a mi comadre? —la doña se puso a mirar el alumbrado, como inspeccionando la bombilla de vidrio, que ya se veía muy ahumada en la base. Acercó la mano y giró el rodillo para que más mecha subiera y la flama no llegara a apagarse. La chavala nada más movió la cabeza hacia los lados—. ¿Entonces? —la señora se levantó del banquito, llevándose la mano derecha a la cintura—. ¿Pasa algo malo, hija?

—Dígame cuánto cuesta, me lo descuenta por favor —y la morrita que se avienta a chillar.

—¿Rompiste una bombilla, muchacha? —la mujer soltó un suspiro—: ¿Por eso me preguntas? ¿La estabas lavando? —Tomasa movía la cabeza de arribabajo cubriéndose los ojos con las manos—. ¿Cómo te voy a andar descontando nada? Dime, ¿no te cortaste en un dedo o algo?

Cuando acaba la tarea, el niño guarda los cuadernos en la mochila. Se asoma al abarrote, ve ahí a su madre. El Héctor ha de andar perdiendo el tiempo en el corral.

Entra a la sala. Ve con sigilo si la Elsa ya ha regresado de darle de comer a

sus hijos en su casa. Pobres chamacos, ¿comerán bien siempre?

Parece que no ha vuelto la Elsa. Camina así ya tranquilo al cuarto de la morra. La puerta se ve entornada. La empuja. Son como las cinco: es cuando la tarde afuera aún se abre con robustas puertas de luz ante los ojos; pero ahí dentro en el cuarto hay todo un mundo de penumbras: la ventana cerrada, sólo un filo de luz de la tarde húmeda de septiembre va como que entrando: la morra en el catre, recostada sobre el hombro derecho, ¿duerme entonces? Él sonrío, deja salir un largo suspiro al ver cómo el joven pecho de Tomasa sube, baja; los cachetes aún más encendidos, mechones del rojizo cabello le cruzan la frente y cerca de la nariz. ¿Suda? Él lleva su mano a una mejilla. La joven abre los ojos:

Caramba:

Es como si el tórax se le ampliara al mocosito por los gritos de una pandilla de niños brincoteándole felices por dentro: “qué ojazos, qué guapa”, habría dicho de tener más años de hombre, más soltura en la lengua. La muchacha deja salir una como esencia de fresa parecida al olor del champú Vanart rosa que usa su madrina Maruca. Con una sonrisa que de tan feliz a un punto se halla de crecer a carcajada, el Flavio le acerca el rostro al hombro y ya iba abriendo los labios cuando ella, volviéndose sobre su espalda, le pega con el puño en la cara. Él se lleva una mano a los labios, deja salir un casi grito, la mira: ella ve hacia el techo, con los músculos tensos en la cara, luego vuelve los ojos hacia él.

—¿Ya estás mejorada? ¿Tomaste las pastillas? — siente arderle la cara, las palabras salen como caminando entre piedras arduamente. Ella sigue con los ojos en el rostro del morro. Aprieta la dentadura. Él extiende la mano, ella con la suya lo detiene.

—¡Déjamenpaz déjamenpaz déjamenpaz!

Cuando las uñas le arañan la carne en la muñeca, él se revuelve, ¡qué te pasa, morra!, ¡suéltame!, murmura y trata de jalar su cuerpo hacia la puerta. No va a gritar; no va a llorar (tiene que soltarse por su cuenta de esa mano furiosa). Deja de hacer más esfuerzo y por la inercia del brazo que lo jala choca de frente con el rostro de la joven.

Quien parece en ese momento despertar.

Ella lo suelta. Él se soba la muñeca y, farfullando, le dice con expresión de resentido:

—Pensé que eras buena gente...

Ella se echa sobre la colcha, oculta el rostro. Empieza a llorar. ¿Y él entonces? Todo por dentro es ahora distinto: como si la medialuna resurgiera en su pecho, hundiéndose con fuerza hacia el interior de su hueso:

—No te vayas —¿eso escuchó? (los oídos le aturden con vuelo de avispas)

—No te vayas... Me duele...

Recuperando la postura, traga saliva el Flavio antes de decir:

—¿Tuviste una pesadilla? ¿Te echaron el mal de ojo?

La chica yergue la cara. Luego de sentarse sobre el borde duro del catre, le sonrío y lo jala hacia sí.

—Tenía mucho miedo... No sabía dónde estaba... Vi a mi tío...

Lo tiene ya abrazado, él le recarga la cabeza en el hombro. Algo como que le muerde en la boca del estómago, una suerte de herida indignada que él no es capaz de hacer valer contra esa morra incomprensible. Sintiéndose que se traiciona, que debe hacerla a un lado después de que ella le aruñó la muñeca, se da media vuelta y la mira de frente: el Flavio le sonrío al decir: “Me duele, mira”, y le muestra la muñeca con la marca de sus uñas. Ella baja los ojos, abre la boca y empieza a soplarle en el lugar señalado, sana sana colita de rana, si no sanas hoy sanarás mañana, luego de improviso le hace cosquillas en la panza.

—Déjame, Tomasa... Nos van a oír...

Lo soltó entonces, y le dijo, con una voz seria:

—No le digas a tu tata, porfa. Ni a mi nina Maruca. ¡Es que no me quiero volver al Toro! Soñé otra vez...

Él le tomó una mano con la izquierda y con el índice de la derecha empezó a recorrerle las líneas en la palma.

—¿Por qué volverías al Toro?

—No sabes cómo me duele... Le echo de menos mucho a ma Gertrudis, pero... no me quiero arriendar pallá...

Él se sentó a su lado. Qué era eso de volverse al Toro: ¿de dónde o de quién la idea? El catre rechinaba.

—Quebré una bombilla, Flavio. Si tu tata se entera de que no sirvo ni pa lavar la loza, me va a querer llevar de vuelta parriba...

Aún sentía latirle en el tórax el palpito de esa medialuna de hierro que se le quería andar abriendo (ya con menos saña). ¿Tenía razón en enojarse con la morra? ¡Lo aruñó bien recio! Y al tiempo de rebajar su dolor propio para estar atento a las lágrimas heridas de la joven, era como si al hundírsele la medialuna le recriminara una falta contra sí (contra quién sabe quién). ¿Hice algo malo y no me acuerdo?

Lo otro era también un nosaber: *Me duele*, dijo la morra. Y ya. El plebe se le quedó mirando a esos cachetes enrojecidos y frescos; tenía sed. Una como rata se le convulsionaba en lo que habría sido su corazón, nomás de verla, a la chamaca (obligándolo a respirar más recio). Al escucharlo ella se volteó mientras alejaba la cabeza y el torso, como si quisiera enfocararlo mejor.

—¿Y a ti qué te pasa? Te pones todo como loco...

—¿Te gusta el Juanillo? Dime, ¿te gusta el Juanillo? ¿Quieres ser su novia?

—¡Ay, nómbre, qué asco! Está bien prieto... ¿Cómo se te ocurre? Me vúa poner mala de la fiebre otra vez si me dices cosas tan feas —sonreía al decir estas palabras. Él se puso de pie muy cerca de la morra. Extendió los brazos, la cubrió con ellos mientras le acercaba los labios a la mejilla derecha.

—Es que él quiere hacer cosas contigo —susurró.

—¡Qué atascado que eres, guácala! —lo alejó de sí. Apretándole los hombros con las manos, le guiñó un ojo—: Mejor sería tu novia. ¿Te casarías conmigo cuando seas grande?

Él creyó quemársele toda la cara; se sentía muy feliz. Pero de repente ya oía la voz negativa de su madre diciendo reprobaciones.

—Casarnos...

—Bueno. Pero no le digas a tu amá ni a nadie. Te van a echar carrilla.

—¿Carrilla por qué?

—Porque yo soy más grande que tú. Los hombres se casan con mujeres más jóvenes. Ve a tu tata: le lleva veinte años a mi nina Maruca.

—No me importa eso. Nos casamos.

—Pero antes de casarnos te recibes de licenciado, loco.

## *Un negocio como cualquier otro*

Primero llegó el Gaspar. Venía corriendo. Se había bajado de una camioneta que se detuvo unos instantes en el patio y luego luego retomó la marcha, derrapando sobre la grava, hacia el rumbo del río. Todo acalorado y con ojos de susto, el muchachón entró al abarrote. Era la hora de la siesta; el sol de finales de octubre hacía ver brillantísima la tarde.

—¿Está mi tío? —jadeaba ante la cara estupefacta del niño. Éste no pudo ni responder; soltó el lápiz, hizo a un lado el cuaderno y volteó a ver hacia la puerta lateral de la casona, por donde para entonces don Eutimio venía entrando.

—Chingada madre contigo. Algo me decía que estabas metido en broncas —el hombre se limpiaba los bigotes—. Nada más oír el motor de esa troca y no sé por qué supe que eras tú con tus tarugadas —las palabras eran mucho menos duras de lo que el hombre habría querido hacerlas sonar. Don Eutimio cruzó el mostrador de un extremo a otro y ante la puerta roja del almacén sacó las llaves—. Eres un redomado pendejo por seguir juntándote con esos móndrigos. Anda, cuélale pa dentro —y empujaba la puerta de la bodega.

No pasaron cinco minutos cuando una troca verde y de redilas se paró frente al abarrote; de la caja bajaron siete guachos y de la cabina descendió el que mandaba. Don Eutimio salió al patio. Sacaba el pecho, se acomodó el sombrero.

—¡Sargento, qué gusto!

Los soldados ya se dispersaban alrededor de la casa y Robles, de paso lento, con la mirada tiesa, se le iba acercando y extendía la mano:

—Don Eutimio, qué pena tener que visitarlo por estas cosas.

—Dígame.

—Es su sobrino el Gaspar.

—Este chamaco salió bien atarantado. ¿Qué hizo ahora? ¿A la hija de quién empanzonó?

El sargento se llevó al viejo, colocando la mano sobre su hombro, hacia el patio. Hablaron en voz baja. El niño no logró escuchar qué decían (pero temblaba). La respiración se le detenía. Sabía, sin aclarárselo, del peligro: los guachos respetaban a su padre, lo sabían un tipo derecho y que no se metía en El Negocio, pero ¿y si les daba por buscar en el almacén? Miraba fijo hacia los cerros azules, frente a sí, como si pudiera despistar a los guachos y alejarlos de la puerta roja, ¿qué tal si por verlo nerviosillo el sargento sospechaba y obligaba a don Eutimio a abrir la puerta o, peor aún, si a culatazos la terminaban tumbando sus hombres? A su padre y al Gaspar se los llevan presos sin más averiguata...

En eso vio a Tomasa.

La chavala venía detrás de la señora, quien iba entrando con gesto enojado al abarroto. Con la mirada y el movimiento de una mano indicó a la plebe que se quedase en la sala. Una vez frente al mostrador, la madre le puso al niño una mano en la espalda. “Vete con Tomasa, muchacho. Yo me quedo aquí cuidando”. Él quería decirle ni madres, aquí me quedo, pero la firmeza de la mano materna le hizo saber a su espalda que no tenía permitido oponer ni un murmullo.

Sentados en la sala, los dos chavalos sólo vieron a los guachos reagruparse atrás de la troca, luego subir. El sargento tardó en despedirse (susurraba al oído de don Eutimio, que movía la cabeza de un lado a otro). “¿O sea que tu primo es un mafiosito?”, murmuró Tomasa. Él volteó a verla todo enrojeciéndole la cara. “Tan buena gente que se ve”, añadió ella. Cuando la camioneta tomó el rumbo del río, desde la sala el niño vio a su padre llegar al mostrador del abarroto. Luego de dejar salir un suspiro, le mantuvo la mirada a su mujer. El Flavio, por su parte, se levantó de la silla. Entró a la tienda y se abrazó a las faldas de su mamá. Ella primero le sacudió la cabeza con la mano derecha, después lo alejó con un váyase a ver qué puso la marrana, píquele.

Claro que deseaba saber, cómo si no. Es que no podía ser de otra manera: su padre trataba a ese muchacho tan revoltoso, el famoso Gaspar, como si fuera un hijo... Y, mientras, a él lo regañaban si quería una camiseta de regalo o lo agarraban a cuartazos por irse a El Guayabo sin dejar un aviso. Le ardía el pecho de acordarse que su padre no intervino para ahorrarle los cuartazos...

Podría haber otra explicación; y el niño dejó correr su mente. Esto tenía sin duda que ver con los viejos pleitos. De eso ya nada se decía, pero el chico recordaba que en algún momento su madre había, suspirando, dicho que qué mal que el tío Simón y Eutimio ya no se hablan ni se buscan como en el pasado... “¿Eran más unidos antes?” “Eran uña y mugre. O más que eso... Eutimio era como su segundo padre”.

Y desde hacía algunos años andaba bien molesto porque el tío se había metido a hacer dinero en El Negocio... y Eutimio era muy serio en esas cosas (muy honesto). Ya le habían ofrecido, según le contó más de una vez a su esposa, sembrar mariguana en vez de maíz, y él ni cedía ni tampoco enfrentaba a los cabrones fachosos del Potrerillo, socios del tío Simón... Los guachos se hacían pendejos, a fin de cuentas el comandante Verdugo desde Tamazula hacía y deshacía todo en El Negocio, permitía, cobraba y mangoneaba a quien quisiera entrarle a la sembradera...

“Pero tú estás muy chico para entender estas cosas...”

“No, cuénteme...”

“Usted siempre de preguntón, nada bueno sacará de eso...”

Ya la madre esa vez no quiso decirle más nada.

Igual ahora: él tuvo que volverse a la sala y de ahí caminar por el pasillo a la cocina al lado de Tomasa.

Después se enteraría.

Y así fue:

Su padre le puso una ejemplar regañiza al sobrino. Gritos en la bodega. No porque tu padre sea un delincuente vas a serlo tú también. Mi apá no es un delincuente. ¿Cómo chingados dices que no? ¿Sabes cuántas veces me han venido a ofrecer chingadera y media para que me ponga a sembrar esas yerbitas? Y lo peor es que el pendejo de Simón no se da cuenta: cuando ya le



estorbe al cabrón de Verdugo, verás qué fácil se le va a voltear la suerte y lo enviarán a las Islas Marías. O algo peor.

Pero, tío, es un negocio como cualquier otro, no hay nada de malo... ¡Sí lo hay, no seas cora! ¿Acaso crees que esos batos venían por ti sólo para invitarte una chela y platicar de qué bonita es la vida? Tus amigos del Potrerillo los mandaron, de vez en cuando tienen que entregar a alguien... ¡Ahora te tocaba a ti!

Don Eutimio salió al abarrote. Su esposa vigilaba (ningún cliente a esa hora). El Gaspar se dejó ver a los dos o tres minutos. Cabizbajo. Lo que se cuenta ahora no tiene que ver con esta historia, pero se dirá, qué la chingada: don Eutimio le dio dinero al muchacho para que se estableciera en Culiacán, donde se puso a acabalar la secundaria abierta, se metió a trabajar primero cargando mudanzas, después puso una papelería, se casó con una maestra de primaria. Fue uno de los más enjundiosos a la hora de cargar el féretro de don Eutimio rumbo al cementerio —y es ahora un ciudadano pobre y respetable.

Lo que sí tiene que ver con este relato sucedió a los pocos meses, a finales de febrero. El Flavio se enfermó del ojo izquierdo. Algo le había caído, una mota de polvo (quién sabe qué). Él no recordaba cómo empezaron las molestias. El ojo enrojecido. Se tallaba, y era peor. Luego le fue saliendo pus del párpado (muy de a poquito al principio). La señora tuvo que dejar a su esposo y su hijo mayor en el pueblo y hacer el viaje pabajo en la tranvía, a Culiacán, por supuesto, para ver a un oculista. Se hospedaron en casa de la nina Carmela. Lo peor de todo fue la insistencia de la madre por saber quién el agresor. Le preguntaba a su hijo una vez y otra si el Juanillo te picó ese ojo con un lápiz, si el Chacho entonces, si cómo fue. Polvo así a secas no pudo haber sido —aseguraba.

Él movía la cabeza a los lados. El Juanillo no fue, tampoco el Chacho. No los defiendas. ¿Por qué los defiendes? De otro modo no entiendo cómo se te pudo infectar el ojo así de mal. Es que no me acuerdo. Y él así poco a poco se fue de alguna forma intuyendo secreto infractor: primero, por echar sospechas (quién sabe cómo) en dos muchachos endiablados y rudos como el Juanillo y el Chacho, que él sabía, por lo menos de esto, inocentes. Y la segunda: eso de no recordar; tal vez alguien sí lo lastimó con un palo o un lápiz o algo en el

ojo y él de cora nomás no recalca en el nombre el episodio el cuándo el cómo. Y aquel oculista nomás no le atinaba: cambió el tratamiento en dos tres ocasiones, y tuvieron que quedarse en Culiacán un mes o habrá sido un mes y medio, ya ni quién se acuerde con veracidad de esas cuentas por favor. La señora le mandaba mensajes a su esposo con el chofer de la tranvía, el gordo Ramón Soberanes pasaba a saludar en las tardes a la casa de la nina Carmela, cómo está el plebe, ¿ya mejor, doña Maruca?

El Flavio entonces preguntaba por su hermano, Santos, la Elsa... Tomasa.

—Ah esa chavala, Güilo, qué guapa se nos está poniendo —hasta que un día el Flavio vio al Ramón Soberanes dudar, mirar nervioso a la señora y responder así muy vagamente que Tomasa estaba bien, sí, claro, sólo fue unos diyitas al Toro a visitar a su tía Gertrudis pero ya está de vuelta, un poco agüitada, se dio un madrazo en la nariz, y ha de echar además mucho de menos a su familia, ¿no cree usted...? Se ve que esa chamaca es todo corazón la pobre...

---

YA SUCEDIÓ

## *El único rostro que está vivo*

La Meme canturrea

A la ruru nene a la ruru rá

Él se adormece en sus brazos

Ella lo recuesta en la cuna Le sonríe Recarga la cabeza sobre el brazo derecho Se recarga sobre el borde de la cuna Mueve la mano displicente Le toca con los dedos la planta del pie por sobre la tela del mameluco

Él pateo desde el grosor dulce del sueño

Ella sonríe y enarca los ojos Con la izquierda se aferra a la pierna del niño Le hace cosquillas en la planta del pie

El niño dibuja otra patada en el aire aunque ahora sin fuerza

La mano izquierda de la Meme lo detiene

Él rezonga sin salirse de las lindes del sueño frunce las cejas se revuelve desde el tronco mueve el cuello tose

—No lo estés chinchando, niña, déjalo dormir —la Meme escucha a sus espaldas la voz de la tía Maruca. Como si despertara de un sueño que la mantuvo despierta para de un modo más insospechado robarle muy lejos la voluntad, ella se da media vuelta. Sonríe nerviosamente:

—Se ve tan tiernito, tía. Nada más lo estaba acariciando.

Él llora rabiosamente Grita Tiene hipo

Sigue llorando como si las patas de la yegua del fin del mundo estuvieran corriendo en su garganta

La Meme viene corriendo de la cocina Trae el biberón lleno de agua tibia

Echa el polvo color hueso en la botellita de plástico Tapa Sacude

Y al ponerle la botella en los labios él succiona Deja de llorar pero hipa con resentimiento Sorbe

El líquido le llega a la garganta apagando la sed de las invisibles bestias que se le han juntado

La Meme mueve la mano Cubre con los dedos el biberón Lo jala unos centímetros La mamila abandona la boca

Caen gotas de leche

Él extiende los brazos Aúlla Hipa

La Meme mueve el biberón hacia los labios

Él pone sus manos en torno de la botella La aferra Sorbe con la velocidad de quien agoniza lleno de sed

La Meme jala el biberón sacándoselo de la boca

Él de inmediato grita

—¿Qué tanta escandalera trae ese plebe? —la voz de la tía desde el abarrote a unos diez metros.

La Meme le pone el biberón en la boca Con la mano le recorre el cráneo de pelo rizado

—Nada, tía —grita desde el borde de la cuna—. Como que no era hambre lo que lo está haciendo chillar. Mejor lo bicho y le doy un baño.

Le va quitando la ropa.

Él duerme Sí claro que tiene un chupón en la boca y de cuándo en cuándo lo succiona Lo han colocado sobre la cama de sus padres

A su izquierda se halla la Meme tendida de costado Tiene las piernas dobladas El blanco vestido le cubre hasta los tobillos

El niño le tiene aferrado el dedo índice de la mano derecha con la manita izquierda

Ella busca zafarse ponerse de pie

Él aprieta la mano Saca un suave gruñido casi un ronroneo de quien se pone a jugar

Ella termina por desprender su dedo

Él extiende la mano la agita hacia arriba hacia abajo Suelta un suspiro

La Meme no está cuando él despierta

Llora

A su izquierda han nacido dos almohadas

Pero la Meme no ahí

El único rostro que está vivo en su retina

No es sólo el rostro Es el olor mismo de la joven De su cuerpo sale un tufillo a talco y champú de fresa que a él le llega antes de que ella ronde por su cercanía Cuando recibe ese olor él distiende los músculos le sonrían los adentros como si la Meme y no su madre le hubiera entregado la gracia por los arroyos del cuerpo

Llegará un tiempo en que él tampoco sabrá ver esas lianas que van de un cuerpo a otro, pero sin saberlo —*sin saberlo* según nuestro insuficiente acá de cosas lógicas— percibe las lianas luminosas: son líneas sinuosas, de un brillante amarillo en el centro y que hacia los extremos se va volviendo anaranjado, a veces púrpura o verdoso: son lianas cálidas que amarran por ejemplo el cuerpo de la Meme al suyo: de la boca de ella sale una que va directo a los ojos y oídos de él, del pecho de la Meme sale otra que lo enlaza en el pecho cruzando la ropa, tan blanca siempre:

Pero llegará un tiempo, y él lo sabe aunque no tenga manera de decirlo ni mucho menos de pensarlo, en que se habrá olvidado de la Meme y cuanto sepa de ella en su delgada razón transparente será sólo aquello que su madre ya varios años después le narre:

Que él de bebé se ingirió mucho con la Meme, no se te podía despegar ni un ratito cuando ya estabas chille y chille, casi igual que si ella misma te hubiera parido condenado

La madre le llegó a decir que tampoco es que hubiera mucho que contar:

La Meme era prima de él, hija de una prima de su madre. Muy joven era cuando llegó a la casona. Tan penosa siempre, tan cimarrona e insegura salió, que su pobre madre, la Santana, quesque pensó que un tiempo en casa de los Carrasco le ayudaría a despabilarse. Nada mejor que venir a ayudarle a la

Maruca a navegar el chamaco recién nacido, el Flavio ese —y no será sino mucho tiempo más tarde cuando él haga preguntas y más preguntas sobre el porqué de esa estancia de la Meme en la casona de Chapotán

No en su mente pero sí en las almas tiernas de su cuerpo estará escondida la memoria de lo que vivió con la Meme:

Cómo hacer hablar al cuerpo entonces y que diga  
dónde

cómo se anidaban las palabras las caricias el nerviosismo de la Meme:

cómo sacar en palabras la inconsciencia y la fugacidad de esos días y de esos meses en que la Meme lo cuidó

y lo bañó

lo durmió

le dio de comer papillas le preparó el biberón

y también

le lisió el aliento

le enraizó en el pecho un árbol de bilis negra

cuando él un bebé recién nacido:

cómo volver a vivir esa anciana muerte que le espesó los músculos

le hizo nacer coágulos de sombra en el espacio entre las células

lo hizo beber y comer

y regurgitar líquidos miedos mañana tarde y noche

Ya sucedió

Él nada recuerda Lo sigue viviendo en cada abismal tejido como resonancias de un sismo que ocurrió no en un territorio sino en el tiempo

(en el más blando tiempo de todos)

Él grita y llora

Le recorre un hilito de moco haciéndole cosquillas sobre el labio Estornuda y se sacude Hay pulsaciones inflamadas en sus sienes Son quemantes rayos Trae piedrillas que raspan en la garganta

La Meme le está quitando su camiseta

La madre entra al cuarto.

—Sí, bíchalo —dice. En la mano derecha lleva un vaso y dentro un gotero —. Ya verás cómo la neomelubrina le baja luego luego esa calentura.

La Meme le aprieta las mejillas Él hace una mueca de enojo La madre acerca el gotero oprime la bomba las gotas caen sobre la lengua Él vaya que grita más fuerte

—Sabe horrible, tía —dice la Meme.

—Sí, hija, pero es rebuena, se va curar bien pronto.

A los diez minutos el niño duerme en la cuna. La Meme está sentada a un lado sobre el borde de la cama de sus tíos. Es la primera vez que el niño se le enferma. Y le da miedo que tengan que llevarlo pabajo y meterlo en un hospital y que lo toquen y bichen y pinchen manos hostiles de enfermeras sin que ella pueda ni siquiera estar cerca, y qué tal si no saben cuidarlo bien y se les muere. Qué haría ella. Iría a buscarlas, a esas perras. Iría a la suidad y buscaría la clínica y preguntaría quién cuidó al niño así y asá que se murió tal día. Y cuando le digan aquella fue, esa vieja gorda repugnante no supo darle sus gotas no quiso ponerle la inyección se puso a leer una revista en vez de tomarle la temperatura, cuando le digan esa fue, a esa madrátela, ella iría con un cuchillo y le abriría la panza y ai la dejaría desangrándose en el piso pa que aprenda.

El niño respira en silencio Tiene los ojos semicerrados Su pechillo sube y baja como susurrando la tonadita de una canción de cuna sólo para sí

La Meme lo ve y sonrío

—¡Ese condenado! Ya verá cuando me vaya de vuelta a Los Mayos con mi tata —la voz de la madre son ondas rudas y dolidas que le llegaron desde antes de nacer—. No me importa que ande pacá y pallá de arrimada cargando con mis dos plebes...

Y por supuesto que él desconoce los hechos, la Susana de carne fácil que vive en un poblado a media hora, su padre que muy taimadamente conduce por entre los cerros hasta llegar a esa casa. En la troca viaja a visitarla, bien feliz el desgraciado, a la Susana. La madre se enteró de todo cuando bien panzona le quedaban pocas semanas para aliviarse del Flavio, ah cómo hizo coraje.



—Qué es eso de que te quieres ir —bajó la Prócora a reconvenirla—. Así retegorda no más no vengas con cosas... Si así son los hombres. Hay mucha piruja calenturienta por estos rumbos —y la madre rumió y rumió el bolo de la resignación mientras el niño nacía y lo destetaba a los tres meses y luego aceptaba a la Meme para que le ayudase pues ella no se daba abasto atendiendo a los clientes del abarroto cuidando el gallinero el chiquero el establo y ordeñando las vacas haciendo quesos cuajada requesón jocoque suero salado y yendo a regar la huerta y haciendo la comida. Pero ahora que le han venido a decir que la Beatriz de Coloma está esperando un mocoso del Eutimio ella nomás no se aguanta. ¿Será cierto?

Sabe que, si lo confronta, en una de esas él y hasta la viene agarrando a reatazos. Si no conocerá historias así de sus vecinas... Y de arriendarse a vivir con su padre, Eutimio podrá ir a buscarla y su tata don Gumersindo le dirá te aguantas mijita, tu marido es bien macho y con el horno caliente cualquiera es panadero, cállese mujer.

Todo eso mucho él no lo sabe.

Lo sabrá después cuando haya otras mujeres y otros episodios y su madre recuerde lo que pasó cuando él un bebé casi recién nacido —o no tan recién nacido, porque ya ha cumplido seis meses.

Aunque él no lo sabe así como los grandes creen llegar a entender los hechos y las razones y la sucesión de causas a efectos —con todo y eso le llegan las vibraciones de ira materna que en el cuerpo le siembran alarmas y él cultiva rabia, una rabia cabrona que a final de cuentas no sirve para nada.

## *La visita del Diablo*

Él duerme en la cama de sus padres Respira con un ritmo sereno

La Meme a su derecha está tendida con los ojos puestos en el techo. Calcula los metros que van de la cama hasta las vigas. Mira al niño. Cuenta las veces que el bebé jala aire. Suspira. Empieza a contar las flores rojas pintadas en el tapiz los barrotes de la ventana las revistas el estante del lado de la puerta.

Toma al niño lo coloca en su cuna empuja la cuna más hacia la ventana.

El niño rezonga suelta un chillido Mueve con lentitud la cabeza hacia el pecho y el hombro izquierdo Vuelve al sueño

La Meme se acuesta en la cama. Estira los brazos y las piernas hasta formar una equis. Cierra los ojos apretándolos con furia a como extiende los músculos. Echa la cabeza hacia atrás y oye cómo le truena algo en el cuello. Ya no aguanta más y solloza. Se encoge hasta ponerse como un feto sin vientre que la hospede, llora. Por más que lo intenta, temerosa del regaño si el esposo de su tía en una de esas se aparece por la casa, no logra contenerse las lágrimas, tampoco los resuellos.

Sale corriendo del cuarto, cruza la sala y la cocina hasta llegar al patio de atrás. Su tía se halla frente al tendedero, desplegando un pantalón gris.

—Lo dejé un ratito nada más —hipaba al hablar—. Está bien dormidito, tía.

La mujer endureció los gestos de la cara. La muchacha bajó la cabeza hasta cubrírsele con los brazos cruzados; lloraba con más fuerza, jalaba los mocos, se trababa con el hipo.

—¡Ya no puedo, tía! —se hincó y le abrazó las piernas—. ¡Lo echo mucho

de menos!

La tía Maruca se llevó la mano derecha a la cara. Conteniéndose el regaño, se inclinó y sujetándola de los codos la hizo erguirse.

—Deja de llorar, hija. Eso no tiene remedio.

La Meme la rodeó con los brazos, estrujándole la cara contra el pecho. La mujer le respondió poniendo los brazos sobre su espalda.

En algún momento le acarició la cabeza.

Cómo podía ella entenderla. De joven no pasó por nada parecido. La Meme estaba ahí, en el pueblo, en la casa, para ayudarla cuidando al chilpayate. Pero esto era contra la voluntad de la plebe. Si por la Meme fuera, seguiría con el Agustín. Fue un día de agosto en que, luego de una mañana con terceros nubarrones negros coronando las montañas que, a las tres de la tarde, se habían dispersado, entró al patio una Ford color anaranjada. De sus bocinas salían fuertes las voces de Las Jilguerillas, Amparo e Imelda:

Toda la noche anduve llorando a mares  
en mi caballo prieto por los parrales...  
Anda paloma y dile de mis pesares,  
dile que me perdone mis necesidades...

El Memío estaba en la tienda. Entró a la sala, tocó al cuarto.

—Qué se me hace que la buscan, señora Maruca.

La mujer amamantaba al bebé de dos meses. Había pasado una mala noche; le dolían la cabeza y el cuello, pues su primogénito, el Héctor, tuvo calentura y anduvo con basca. Ella se desveló dándole las gotas, lo bañó dos veces, le ponía el termómetro en tanto su esposo estaba ronque y ronque.

Escuchó las voces y los pasos desde que las mujeres entraron al portal. Porque eran dos, sin duda, aunque nada más le llegaba la voz de la Santana, ¿está la Maruca, mijo? Soy su prima de Los Mayos.

El bebé rezongó al quitarle la teta. Cargándolo en brazos, la mujer salió de la recámara. Le daba gusto de veras ver a su gente. Porque además su prima venía con la Emeteria, ah qué chamaquilla tan adorable.

—¿Quién las trajo? ¿El Toribio Chico? —las abrazaba al tiempo de estirar

el cuello y ver hacia el patio, en busca de la troca y el conductor, un chavalo flaco y de ojos asustadizos, de no más de quince años, hijo del dueño del único abarrote en Los Mayos—. Dile que pase a la tienda... Memío, muchacho, dale una pepsi y unas galletas marías...

Luego de invitarlas a pasar y ofrecerles un plato de coricos en la mesa de la cocina, tomó asiento, se abrió la blusa y acercó al pezón la boca de su hijo.

Se quedó viendo a su sobrina, una muchacha alta y blanquísima de diecisiete años, que siempre le esquivaba los ojos. Traía unas hondas ojeras y, cada que su madre hablaba, movía la cabeza a los lados, con mudo enojo.

—¡Se fue con el culo en alto! Le dije tantas veces, Maruca, que ese bribón era un mariguano y un mafioso, y no me hizo caso... ¡Se me juyó esta condenada!

De rostro macilento y ojos pequeños, la Santana se veía mucho mayor que su prima, aunque nada más le sacaba cinco años. Arrugas en torno de los labios y los ojos le daban una apariencia cadavérica. Su voz, de siempre estridente y aguda, ahora sonaba, por la ira y la decepción, más plañidera.

No decía nada la Emeteria. En algún momento se cubrió la cara con las manos, gimoteando, a como la Santana llegó al punto de su narración en que, hoy mismo, con la ayuda de dos de sus sobrinos, fue al Rincón, el pueblo vecino, y se la trajo a la fuerza, aprovechando que el Agustín andaba en el cerro.

—¡Hasta crees que la iba a dejar con ese perdido!

—¡Usted no lo conoce, ma!

—Ni quiero conocerlo. ¿Sí te enteraste a qué se dedica, verdad? ¿Qué tal si por andar metido en esas chingaderas un día de estos lo cosen a balazos? ¿Qué va a pasar contigo, mijita? Y peor si le das hijos...

La Emeteria se puso de pie, rodeó la mesa y se hincó frente a la madre del Flavio. Veía de reojo al bebé, que seguía mamando:

—Tía, dígale que me deje volver...

La Santana se irguió. Con la cara enrojecida, se acercó a la muchacha y la jaló del cabello. Luego de lanzarla contra el suelo, la pateó dos veces.

—¡Nada más eso faltaba! ¡Quieres regresar con ese desgraciado pa darle las nalgas, resbalosa!

—¡Mujer, ya sosiégate!

La Maruca se había también puesto de pie. El bebé, despierto, ya sin el pezón ante sus urgidos labios, se soltó a berrear. La mujer colocó una mano sobre el hombro de su prima, quien ahora soltaba aullidos incomprensibles frente a la cara de su hija. La Santana se detuvo. Volteó a ver a la Maruca y, con la expresión de una niña chiquita que ha perdido de vista a sus padres, y sin reparar en que en una de esas y podía aplastar al bebé, llevó su frente al hombro de la anfitriona:

—Ella no entiende que lo hago por su bien, Maruca —gimió entre pucheros e hipos.

Una hora después llegó Eutimio a la casa. Apenas saludó a las visitantes, su mujer lo llevó a la recámara.

—Que se quede con nosotros —atajó el hombre apenas ella le contaba—. Hasta acá no va a venir ese fulano, faltaría más... Y sirve que te ayuda a navegar al chilpayate ese tan chillón...

De eso habían pasado algunos meses. Tardes y días se habían dejado venir con su paso insensible y calmado, entre la rutina de la ordeña, los quesos, la tienda, el gallinero, la huerta, el cuidado del Héctor y el Flavio. La Meme pareció irse ablandando; no había vuelto de hecho a mencionar a su novio. A ratos se le veía pensativa, con la vista fija en la ventana a la manera de quien supone posible que en cualquier momento aparezca por ahí alguien que increíblemente se resiste a venir frente a ella. Con todo y eso, sí llegó a reírse a los pocos días; entonaba canciones de cuna, no se le despegaba al bebé aunque estuviera ayudando en otras cosas, le ronroneaba y daba besos, le hacía caricias pues de manera espontánea. La señora María se sintió tranquila luego de que, al paso de los meses, la sospecha de que la joven viniese embarazada se probó sin raíz.

Hoy sin embargo volvíamos a esto: la muchacha llorando en los brazos de su tía, a un lado del tendedero. La mujer no podía comprenderla. Consolarla le era bien difícil. Acaso debía sentir envidia: de joven no conoció nunca una pasión así, ni de lejos. Lo más que recuerda fue la vez en que, estando sola en la casa, metida en la cocina de hecho, oyó un relincho en el patio. Era una tarde fría, quizá diciembre o enero. Se asomó por la ventana. Ahí, montado en

el quieto caballo, vio a un hombre joven. Traía una camisa y un pantalón negros. El sombrero le hacía nacer una leve zona de oscuridad sobre los ojos, pero aun así los vio claramente: eran unos ojos color tabaco, alegres y como audaces. No lo había visto nunca. Temblando, dejó lo que hacía; luego de restregarse las manos con una toalla y acomodarse los cabellos sobre la frente, caminó hacia la puerta. Se detuvo, pensando en lo que dirían Sara o su padre cuando se enterasen. Le latía el corazón igual que si el caballo se hubiera soltado, sin rienda, dentro de su pecho. Casi quiso gritarle: ¡Ya voy! ¡No te vayas sin mí!

Cuando llegó al patio, el hombre no estaba. Se puso en cuclillas y, la mano derecha sobre la tierra apisonada, trató de rebajar la urgencia de su corazón, que le seguía brincando, vehemente fiera bajo los senos. Se guardó el secreto varios días, hasta que una mañana no pudo más; se lo contó a Sara. Haciendo esfuerzo de memoria, creía haber visto el rostro de ese muchacho en un baile de hacía tres, cuatro meses, allá en El Arroyo Grande, un pueblo más pabajo. Le pareció un muchacho taciturno, o desconfiado, quizá tímido de más, pues nunca se acercó a sacar al baile a ninguna chavala: desde la cerca se quedó viendo a la ronda de parejas que se movían entre los oleajes de aire de la música.

“Era el Diablo, hija”, contestó Sara con un delgado timbre de angustia en la voz. “Te tardaste en salir, por eso se fue. Pero qué bueno. Nada más quería perderte, el Diablo. Y no sé qué sería de mi vida si tú te vas...”

—¿Usted sí me entiende, tía? Es que estoy enamorada, muy enamorada. No es calentura, créame...

La muchacha se había desasido de sus brazos. Parecía luchar con sus lágrimas para disfrazarse una sonrisa. La miraba como a la espera de que su tía la perdonase en nombre de la endurecida madre. La mujer no pudo evitar ponerle la mano en la mejilla, sonreírle con largueza. Por un segundo se le ocurrió una solución, aunque sería cruel y definitiva: enviar a esta chamaca con su hermano el Plutarco, al Otro Lado. Poner una frontera de por medio. En California fácil olvida a ese talporcual.

Pero no.

Ya estaba escuchando en su cabeza los reparos que soltaría la Santana:

“¡No quiero mandar tan lejos a mi niña!” Se recompuso, jaló aire y, levantando el índice, con el ceño fruncido, fue soltando las palabras lentamente:

—Si el Flavio me hubiera nacido hembra, y ya de grande se me va con un mal hombre, créeme que tampoco me quedaría con los brazos cruzados. No está mal que te enamores. Eres joven. Pero el Agustín Aguirre ese anda en malos pasos... Y todo se paga, mijita: lo malo que hace uno se nos devuelve y daña a los nuestros, a quienes queremos...

La Meme dio un paso atrás. Abrió la boca pero nada soltó. Se dio la media vuelta. Movía mucho la cabeza, mirando el suelo, entraba a la cocina. La mujer creyó escuchar los berridos del bebé venir desde el cuarto.

## *Unidos toda la vida*

Con una mano le quita la trusa primero, luego el pañal y la camisita blanca, con la otra mano lo sostiene del tronco. Están en el lavadero, corre un viento de abril que adelgaza en la piel del niño los calores de la tarde. La Emeteria canta, de la pileta toma un poco de agua y se la echa en las piernas. Lo acomoda sobre la palangana.

Él sonríe Viene más agua ahora en el abdomen y al final en la cabeza Él suelta grititos estira una pierna la Meme le pasa el jabón por los costados Él siente las caricias de la mano enjabonada pasando por su panza sus nalgas las corvas

La pileta está casi llena. La joven toma el agua con una bandeja de plástico, enjuaga al bebé mientras le sigue cantando.

Él se carcajea

Ella le da media vuelta y comprueba que no le quedan restos de jabón en la espalda A su mente llega la tonada de una nueva canción. ¿Es a su mente? Parecería que en la casa de la Goya, aquí al ladito, alguien puso un caset en la grabadora con esa canción

Tú naciste para mí

Yo nací para ti

Esa canción le nace desde la verdad del pecho. Y de inmediato le llega corriendo hasta la garganta una marejada casi sólida de angustia al recordar la voz del Agustín cantándosela borracho, ella la piel toda chinita de gozo al saberse vista y hablada con pasión semejante por ese hombre de ojos tan así



quién sabe cómo que le hacen temblar las corvas  
Levanta al niño que sigue sonriendo

Unidos toda la vida  
Corazón con corazón  
Unidos como cadena  
Eslabón por eslabón

Mete ese cuerpo de niño en la pileta sus manos se desprenden de él el niño  
mueve las manitas

ese niño lleva la cabeza hacia adelante  
la cabeza de ese niño se sumerge  
ella sólo ve la espalda del niño  
ese niño sacude las piernas

Y mientras el agua lo invade por la nariz y por la boca

Mientras el aire pierde piso dentro de su cuerpo

Y le corre por las venas una oleada de prisas y miedos y frenesís

El tiempo se va deteniendo

Él muere por primera vez —una o dos de sus almas se le huyen por la boca

La Meme se le quedó viendo En algún momento pareció despertar La  
música ya no se escuchaba Lanzó un grito Sacó el cuerpito y lo abrazó y le  
pegó en la espalda y sólo cuando el niño empezó a toser todo gobernado por  
las olas tensas de la ansiedad ella soltó finalmente el llanto

Entró corriendo con él en los brazos a la casa gritando incoherencias  
buscando a la tía Maruca

A los tres días vino su madre la Santana a recogerla.

El bebé se la pasó sentido, lloriqueante por semanas. Al menor  
movimiento de quien anduviese ahí cerca comenzaba a hacer pucheros, tosía,  
dejaba salir ruidos agudos, suspire y suspire, luego parecía respirar como con  
ansias de comerse el aire antes de que el aire se volviese de agua.

María Heras nunca le contó a su hijo Flavio la verdad verdad de la  
Emeteria.

---

MALAS TARDES

## *Son novios*

—Pero no entiendo, amá. ¿Por qué el Gaspar siembra cochinadas?

—¿Qué quieres? A la gente le gusta el dinero fácil. Ya nadie quiere trabajar. Y el Gaspar es joven, se deja influenciar por esos listillos. Tu tío Simón no quiso criarlo, no estuvo al pendiente de él nunca pa jalarle las orejas...

—¿Si uno siembra cochinadas gana dinero fácil?

—Ey. Pero así como llega fácil, también fácil se va. Y al Gaspar le gusta la parranda, tenía una novia allá por el rumbo de Chacala, o de Topia, no sé pa dónde. Dicen que una muchacha muy guapa, güera y todo. De cachetes como tomates. Por eso él andaba todo lurio presumiendo que ella se iba a casar con él. Gastaba mucho este fachoso del Gaspar llevándole serenata, le pagaba el trago por días enteros a una bola de amigotes...

—¿Por qué no se casó con ella?

—La inocente se enfermó. Sepa Dios qué mal le vino a dar. En poco tiempo se quedó en los huesos. La tenían encerrada sus papás, dicen que reteflaca. Olía bien jedionda, como a sardina o a comida echada a perder. Eso decían las malas lenguas. ¿Te imaginas al Gaspar, tan fortachón, casándose con un esqueletito? La quiebra, a la pobre, con el primer abrazo... si es que con la peste se animaba a acercársele...

Sentado a la mesa, la barbilla sobre el mantel, el Flavio se quedó ido. Siempre le había caído bien el Gaspar, el vozarrón jovial y su recia carcajada. ¡Pero se había metido a la siembra de yerbamala! Terminó de manosear su madre la masa de harina, hizo una bola redonda y uniforme que colocó sobre un plato plano en el centro de la mesa. Se iba quitando los restos de masa de

entre los dedos, lamiéndose de cuando en cuando alguno, de repente le apuntó al Flavio con el índice. Subió la voz:

—Escúchame bien. Ni tú ni tu hermano quiero que se me anden metiendo en El Negocio. Tienen que estudiar. Esa es la única herencia que su padre y yo les vamos a dejar. Más vale que aprendan de la suerte que tuvo el Gaspar; de no ser por tu padre el ingrato termina preso quién sabe cuántos años en las Islas Marías. Y es que ese muchacho no es tonto. Es trucha. Pero muy impaciente. Y ahí donde lo ves, podría haber sido tu hermano.

El Flavio abrió mucho la boca. Levantando los brazos, soltó un grito que pronto se volvió carcajada. Se pegó con las manos sobre los muslos. Le encantaba la idea: ¡el Gaspar era un tipazo! Su madre tomó el plato de la masa y se la llevó al comal.

—¡Eso no puede ser! ¡Cuénteme!

Tomando pedacitos redondos de masa que luego aplanaba con las manos, antes de colocarlos, uno a la vez, entre dos laminillas de hule en la máquina de las tortillas, la mujer ponía cara de no entender qué tanto pedía su hijo —sonreía al ver que el chico repetía las preguntas, pateaba el piso y hasta berreaba cómo que pudo ser mi hermano, dígame—, y cuando estaba poniendo sobre el comal caliente un delgado círculo de masa, terminó por decir, con timbre sibilino:

—Muy fácil, mijo. El tío Simón en una de esas y era tu papá.

Nunca se paraba en Los Mayos esa Dodge azul. La veían subir o bajar en los viajes del hombre por la sierra. Nada lo requería en ese pueblo de veinte casas a las orillas del río Tamazula pero ya del lado de Sinaloa, uno de los “puntos intermedios” en la ruta que la tranvía tomaba de la suidad hacia los villorrios de parriba. Al cruzar cada pueblo en su trayecto de Chapotán a Culiacán o viceversa él bajaba la velocidad. Pasaba por las casas buscando no levantar la polvareda ni machucar un perro o una gallina o hasta un mocoso que estuviera cruzando el camino despistado. Con todo y que ahora se pasaba de largo, al conductor de la troca azul ya lo conocían de tiempo atrás, por lo menos la gente grande: varios años lo vieron, de joven, allá por la década del cuarenta, al volante de la tranvía, pararse frente a la tienda del Toribio Grande, bajar él mismo los colotes y las cajas de los pasajeros que en Los Mayos veían terminado su viaje. El joven chofer era siempre amable, sin caer en lo hipócrita ni en lo empalagoso. Nunca apresuraba a los viejos que, por sus achaques y sus reumas, se bajaban lentamente, como con miedo, de sus asientos, ni se ponía a discutir con las señoras que alegaban una edad menor para sus plebes con la intención de no pagar el boleto completo. Es bien sangre liviana el Utimio —así decían.

Aunque de eso ya había pasado tiempo. En algún momento el chofer se había vuelto “don Eutimio”. Alto y robusto, de voz pausada y gesto recio, dueño de tierras por el lado de Chapotán, andaba rondando la cincuentena.

—Así es. Ya estoy por llegar al tostón, compadre —en sus visitas a Félix Félix, en El Guayabo, él mismo a menudo sacaba el tema sin venir a cuento—. Y eso me agüita. Me la vivo triste pensando en eso, la verdad.

—¿Qué tanta pensión traes con eso? Yo ya tengo 52, y no armo boruca.

Eutimio ponía una cara en la que iba mezclando la pesadumbre con el chiste:

—Pero tú estás casado y capado, de qué te vas a andar preocupando. Yo soy diferente —abrió más campechana su sonrisa—. Cumpliendo el tostón ya no se me va a parar... Mejor pegarse un tiro...

Estuvo arrejuntado, hasta hacía bien poco, con una mujer de Culiacán llamada Elena con quien procreó cuatro hijas luego de convencerla con un vente a vivir conmigo al pueblo, Chapotán te va a gustar un chingo. Pero ella se hartó de aguantar sus movidas calenturientas, y agarró sus chivas, llenó siete maletas y cajas con una cantidad de ropa y loza que todos en el pueblo decíamos: Írala, ya desvalijaron al pobre de don Eutimio... Puso en fila a sus pequeñas y se montó en la tranvía de regreso a la suidad.

—No me puedo estar quieto pero tampoco me gusta vivir solo.

—Más que una esposa anda usted buscando una pendeja, Utimio —terciaba la comadre Regina.

Cuando ella se metía a lavar la loza, o a alzar la ropa ya seca en los roperos, Félix Félix se acercaba a su amigo, sin molestarse por el concentrado aliento a cebolla que su amigo dejaba salir:

—Tú mismo te las buscas batallosas, hombre. Cuando encuentres a una como la Regina, verás qué diferencia. Con ella no me nace andar de cabrón...

Al lado de la tienda del Toribio Grande vivía una muchacha de 26 años que nomás no se casaba. Era hija de don Gumersindo, dueño de una milpita y hombre conocido por su carácter retraído y poco dado a la fiesta o ya de plano a la conversación. La María quedó sin madre al nacer. Claro que su tata no se aguantó las ganas y al poco tiempo ya había agarrado otra mujer. Y después otra... Y así fue como tuvo más hijos, hombrecitos todos, cuyo destino sería ayudarle en la milpa y, en algún momento, irse de mojados al Gabacho. La María conoció un destino menos desventajoso que el que le habría tocado en tanto hijastra de alguna de las sucesivas mujeres a quienes con los años empanzonó su padre. Don Gumersindo tenía una hermana mayor de nombre Sara. Ella se hizo cargo de la recién nacida. Casi podría decirse que madre no le faltó realmente a la María. Era Sara pequeñita y delgada, de una voz tan acariciadora que a todo mundo le caía bien. Ella le hizo la mamila a la chamaquita y le cambió y lavó los pañales de tela y le preparó y dio papillas y luego la enseñó a cocinar, a coser, a hacer quesos y requesón y, aunque ella

misma fue analfabeta toda su vida, se empeñó, contra el parecer de su hermano, en inscribir a la niña en primero de primaria en la escuela del pueblo. Ciertamente ahí la educación nada más llegaba hasta tercero, y eso fue todo — tres años y pafuera— lo que pudo estudiar la María, una niña bien lista que se quedó con las ganas de seguir en el camino de los libros y los cuadernos e irse a vivir a la ciudad, graduarse en la Escuela de Medicina...

—¿En serio le habría gustado recibirse de doctora, ma?

—Sí, pero no me interrumpas, que me cortas la inspiración, muchacho —y la mujer llevó la mano sobre el comal, con el índice y el cordial levantó una tortilla y la dejó caer, volteada, de nuevo en la superficie caliente. El círculo de masa empezó a inflarse como un sapito blanco dejando salir un aroma cálido—. Mira, ora sí está bien caliente el comal.

—La primera es pa mí...

Algo había en Sara que nomás no encontrabas así de fácil en nadie más. Tan sólo de tenerla cerca la gente se sentía sosiega, con un aire tibiecito corriéndote por las venas que se parecía a un estado de gracia. Fue comadrona toda su vida; siempre generosa y solidaria, nunca dejó ver una mala cara ni un desplante con nadie. No se casó porque no quiso, para qué es más que la verdad. De tan respetada y querida como era en el pueblo, a Sara nadie, ni los más viejos, le acomodaba el confianzudo artículo femenino antes de su nombre. Y hasta el día de su muerte, casi a los cien años, cuando el Flavio ya era un adulto treintón infeliz hasta la angustia por el fracaso de su segundo matrimonio, la María no le tuvo más que adoración y una gratitud amorosa absoluta a esa tía a quien siempre le dijo “amá” y, según enseñó a sus hijos, había que verla como abuela y llamarla “nana Sara”.

La María sí que solía ir, muy acompañada por Sara, a los bailes. Hubo dos o tres pretendientes por ahí de sonrientos, pero a ninguno le dio alas. Por ser su hija única —todos los demás hijos que tuvo, repetimos, le salieron varoncitos—, don Gumersindo tampoco tenía urgencia de que agarrara marido, pues entre la María y Sara llevaban la casa muy bien, hacían quesos, requesón, cuajadas y suero salado para la venta, trajinaban todo el día y esto sin quejarse.

—Yo ordeño vacas desde que tenía ocho años, mijo.

—¿Y nunca se cansa, ma?

—Nunca me canso, mijo.

Así ocurrió que al Simón, el hermano menor de Eutimio, le dio por pasar seguido a Los Mayos. Quesque por una cosa, quesque por otra, fue hallando pretextos para asomarse entre los vecinos. Que si le daba sed a mitad de su travesía, nada como una caguama o una pepsicola bien fría en la tienda del Toribio. El queso, por ejemplo, siempre lo compraba aunque don Gumersindo. Esas visitas terminaron el día que su medio hermano mayor, don Eutimio, fue a hablar, por petición suya, con el padre de la Maruca.

—¿Su hermano el Simón? ¿Cómo se le ocurre...? No me haga la malora...

Es que era difícil tomarse en serio al Simón. Ese sí que era mujeriego, para que vean. Si don Eutimio tenía doce hijos para entonces, el Simón, menor que él diez años, ya había perdido la cuenta. Las diferencias eran grandes. El mayor sí estaba al pendiente de sus hijos, pagaba uniformes, pediatra, útiles, a dos de ellos los tenía estudiando en Guadalajara, uno para dentista y la otra contaduría. En general los frecuentaba y de más chicos, en el verano, durante las vacaciones de la escuela, se había acostumbrado a traerlos consigo a la sierra para que se hicieran a la vida del campo. El Simón en cambio ni se acordaba de los nombres de tanto chilpayate, mucho menos le pasaba dinero a las mujeres, ahí las dejaba que vieran cómo le hacían para navegar con los morritos.

De cabeza redonda y voluminosa, en que las mejillas sonrosadas se veían envueltas entre largas y hondas arrugas en la frente y los pómulos, don Gumersindo tenía fama de parco. Pero esa vez sí que habló:

—Es la única hija que tengo, y viera qué buena hija me salió. Así que el hombre que la quiera debe tratármela muy bien, agarrarla ya para siempre. Ái de él si me la hace pasar malas tardes. No quiero que nada más me la empanzone y me la mande de vuelta... Y su hermano, pues, ya sabe usted cómo salió...

Don Eutimio no añadió mucho. Ya sé cómo es este condenado, pero era mi obligación, usted entenderá... Los dos hombres se despidieron al poco rato como si tal cosa, sin enojos ni nada.

La cosa es que el mismo hombre regresó a las dos semanas.



—Vengo a pedirle la mano de su hija...

—Ah, qué don Utimio... Si ya le dije que su hermano el Simón es bien atrabancado... Con él ni un plato de frijoles tendrá mi hija...

Los dos hombres estaban sentados en el patio, bajo el guamúchil. Sara mandó a la Maruca ve a ver mijita qué puso la marrana. Y ahí, desde la cocina, mientras les llenaba dos vasos de agua, escuchó bien clarita una voz grave que con lentitud aclaró:

—Es que no es para mi hermano. Es para mí que se la pido...

El silencio le dio a Sara mala espina. Se mordió el labio, con preocupación. No querría separarse nunca de la joven. Eran tan apegadas... Pero un segundo rechazo a la misma familia podría traerle problemas a su hermano. Aunque don Eutimio tiene fama de pacífico, nunca se sabe cómo se pueden poner estos machos por asuntos de faldas. Sobre todo, la María merece poder hacerse una familia. Desde lejos que se le ve cómo saldría buena madre...

La voz de Gumersindo también le llegó fuerte y clara:

—Así cambia la cosa, don Utimio.

—¿Y usted qué dijo, amá? ¿No le dieron chanza de elegir?

—Aunque pataleara, tenía que obedecer...

—Mi apá le llevaba más de veinte años...

—No había gran cosa que protestar, mijo. Yo ya había visto muchas veces a tu apá pasar en la troca cuando subía o bajaba, y me parecía... pues guapo. El bigote, la cara blanca, de sombrero se veía rebién, qué quieres... Y luego esas pestañas chinas que en todos sus hijos ha pintado... ¿Verdad que Eutimio no es para nada feo, Tomasa?

Antes de que la chamaca respondiese, el niño dio un brinco de sorpresa:

—¡Órale! ¡Son novios! —canturreaba alargando las palabras—: ¡Ya se supo en el Conasupo de Chapotán!

Los olores de la harina de trigo y la manteca de cerdo llenaban la cocina. La primera tortilla se la había comido recién salida del comal. Volvió la Elsa de su casa. Puso a calentar los frijoles mientras la patrona seguía a cargo de aplanar la masa, ponerla sobre el comal, voltear los globillos blancos. El Flavio se comió varios burritos con frijoles y queso fresco. Cerraba los ojos

en tanto la tortilla le dejaba en la lengua una sensación de polvillo cálido, que se mezclaba con la textura blanda y pegajosa de los frijoles y el frío y lechoso sabor del queso.

Entonces le cayó el veinte. ¡El pasado pudo haber sido de otra forma! Ingrido a ver la existencia de sus padres como algo dado y natural, hasta ahora entrevía los distintos perfiles que pudo haber tejido el tiempo. Igual que si lo pusieran allá en lo alto de un cerro y de un instante a otro viese bajo sus pies un precipicio de traidoras profundidades, le dio un ramalazo de vértigo al verse como hijo de su tío Simón, viviendo quién sabe dónde, todo chamagoso y con la misma trusa cagada día tras día, en medio de hambres e incertidumbres, con su madre pasando penurias pa juntar los centavos, o incluso estarían quizá de arrimados con el tata Gumersindo. Peor aún: podría ni haber nacido. ¿Y si su mamá moría en el parto, igual que la abuela María del Rosario? ¿Y si su tata Gumersindo le hubiese negado a don Eutimio la mano de su hija única? Fue como si desde las vísceras le salieran mareas de un aire espeso que se lanzarían contra el mundo apagándolo todo. ¿Qué sería no existir, no haber nacido?

—Ve y dile a tu hermano que a ver a qué horas se le ocurre venir a cenar. Aquí no es restaurante...

El niño salió al portal, y al minuto ya volvía con el Héctor tras de sí. Se sentaron a la mesa. ¿Qué habría pasado —se decía— si su tata le da la mano de su madre al tío Simón? ¿Su padre se habría quedado tan campante? Cuando ya todos hubieron terminado, Tomasa se puso a lavar la loza y la Elsa recogió la ropa del tendedero; el niño se acercó a su madre, que, no pudiéndose quedar quieta, pues siempre debo estar haciendo algo de provecho para evitar sentirme una haragana, tenía ahora en la mano izquierda una aguja y con la derecha trataba de ensartar un hilo.

—Amá, tengo una pregunta.

La mujer se mordió el labio, entrecerraba los ojos.

—¿Cumplió mi apá con eso de no hacerle pasar malas tardes?

Ella bajó las manos, como si se hubiese acordado de una cosa perentoria. Puso las palmas estiradas sobre los muslos, luego pareció darse cuenta de algo más importante y bajó la cabeza, fijando los ojos con inquietud sobre los

mosaicos, a su izquierda.

—Se me cayó la aguja, qué bruta soy. Ayúdame a buscarla antes que oscurezca.

Cuando él se acercaba, los ojos puestos en el suelo, la mujer se llevó la mano derecha a la boca. Se quedó mirando la nuca, el cabello revuelto, la espalda de su hijo, arrodillado y con los ojos tensos escarbando entre los surcos de la luz ya casi negra del día que se va.

Ella movió la cabeza hacia los lados. Resopló. El Flavio halló la aguja y para entonces no se acordó de volver a hacer la pregunta.

Luego del no del viejo Gumersindo, el hombre se arriendó pa Chapotán como si nada. Le avisó a su hermano que no hubo suerte, ái búscate otra.

Ya había reparado en ella varias veces, desde endenantes. Cuando la Elena lo dejó, anduvo como perro sin dueño. Si era sincero, no se le habría ocurrido nunca requerir a esa muchachita tan cimarrona de Los Mayos. Y un día su hermano le vino con el cuento de que fuera a pedirla para él mismo, claro. La recordó entonces, cayó en cuenta de que era guapa, era joven. Sintió, y esto sin decírselo plenamente, que ahí se veía otra vez la historia de su vida: desviviéndose por sus carnales, quitándose una cobija para bajarle el frío a sus hermanos menores. Junto con la Evodia, él había asumido desde chamaco el papel de protector de todos ellos. Cuántas veces no se quitó el pan de la boca para que ellos no pasaran hambres, díganme.

Ni protestó cuando el viejo Gumersindo cerró la puerta a la petición de su hermano.

Al día siguiente empezó la Maruca a darle vueltas en la cabeza. Pasión no sentía, claro que no, aunque —y no podía hacerse tonto con esto— ella era joven, y era hermosa, a su modo. Se trataba de esto, aunque él nunca se lo plantearía así: veía el envejecer como un ir cayendo en la mudez, la enfermedad, la fatiga de su cuerpo, el declive del vigor y su voluntad. Y por eso debía ir para traerse cualquier cuerpo que le crease la ilusión de huir de esta caída en la amenazante nada.

## *La panza contra los guachos*

No había escuchado nunca hablar de la tía Evodia. ¿De dónde una tía con ese nombre de verdura o de enfermedad? Su padre estuvo yendo y viniendo hacia más parriba en la sierra los días de esa semana. Se levantaba temprano y, apenas tomaba el desayuno, se despedía sin más de la esposa. Regresaba tarde, ya anochecido; una vez no volvió hasta el día siguiente, a mediodía; con el rostro desencajado y muy serio bajó de la camioneta. Su hijo menor estaba sentado en el pretil afuera del abarrote. Había escuchado los días anteriores retazos de las conversaciones entre sus padres; luego de acercarse con sigilo o de preguntarle a las muchachas logró comprender que la tía Evodia estaba enferma, y de hecho agonizando, mocososo, así que en una de esas y tenemos velorio aquí mismo, ¿no te da miedo que la tía esa venga a jalarte las patas en la noche por preguntón?

—¿Dónde vive mi tía Evodia?

—Vive en Chacala, ¿sabes dónde está Chacala?

Claro que sabía. Nunca había estado allá, pero cuántas veces no escuchó hablar a los mayores de que Chacala era un pueblo más metido en la sierra a donde antes, en los buenos tiempos, alcanzaba a llegar la tranvía. Le daba un aire de lugar casi en otra esquina de la realidad. ¡Se hacían seis horas viniendo en la tranvía desde pabajo! Imaginaba un pueblo con mucha más gente que el suyo, con casas de dos pisos y una pista para las avionetas. Los de Chacala habían sido ricos, pueblo minero y toda la cosa. Pero eso fue antes. Ahora las lluvias de los últimos años habían destruido los caminos de terracería entre Chapotán y Chacala; la tranvía ya no tenía manera de seguir el viaje hasta tan lejos porque nadie se había acomedido a reparar esas vías

deterioradas. ¡Cuándo el gobierno se iba a hacer cargo de eso! ¡El gobierno sólo está para robar, mijo!

—Pero, ma, ¿quién es el famoso gobierno? ¿Son los guachos?

—Eso decimos siempre, mijo, pero no nada más ellos.

—Cuénteme la historia de la panza contra los guachos... Pa que la conozca Tomasa...

—No te vuá contar nada, no estés molestando. Qué pena, mijita, este chamaco malcriado quiere que una sea nada más una fuente de risión para todo mundo.

—¿Le pasó algo con el gobierno, nina? —Tomasa se llevó la mano a la boca, abriendo mucho los ojos. Con ese gesto se le veía más oscura la mancha en torno al ojo izquierdo.

—¡En esta esquina, la súper panza de mi amá! ¡En esta otra, los pobres guachos desvelados!

—Acuérdate, ingrato, que tú estabas en esa panza...

El niño guiñó los ojos, resplandeciente la cara.

La mujer ya andaba en el séptimo mes de embarazo. Esa noche, su esposo había estado enfermo; una fiebre cabrona lo tenía derrumbado en la cama desde las cinco de la tarde, y hubo un momento en que parecía delirar. El primogénito se veía por su cuenta muy aliviado, durmiendo el sueño de los ángeles, como en silenciosa compensación ante las preocupaciones de la madre.

—Ya sé que mi apá estaba malo... Mejor brínquese esa parte. Los guachos, cuente lo de los guachos...

Para ella la enfermedad del marido no era poca cosa. Los últimos meses había conocido la más adversa furia contra el hombre. Ya lo hemos dicho: como iba a ser costumbre en los años por venir, una y otra y otra vez, los chismes sobre sus líos de faldas le llegaban en boca de las comadres del pueblo. Él tenía el tiento de —o eso parecía— nunca meterse con las mujeres vecinas del mismo Chapotán, sino que se trepaba en la camioneta y en sus andanzas por la sierra se la vivía dándole y dándole con la riata allá por esos pueblos de más parriba.

Y claro que ella no se iba a quedar de brazos cruzados, acaso creará que

soy su pendeja. Coincidió con el tiempo en que estaba otra vez esperando mocosos: se imaginaba con placer las cosas que podrían acontecerle a su marido en esos caminos de terracería: si la camioneta se volcaba y él quedaba tronchado, con las piernas inútiles y ya toda la vida vuelto un inútil de silla de ruedas, o si peor aún al muy cabrón lo balaceaba un marido celoso. Ella vendería la milpa, el abarrote y las tranvías y se iría a vivir a la suidada sin darle más razones a nadie, ni a su padre ni mucho menos a ese marido que para entonces por fin se estará quieto, bajo tierra...

Los días anteriores, el hombre decía sentirse mal, que si un dolor de cabeza, que si la espalda, que si se mareaba fácilmente al conducir, hasta que se le desató la fiebre como una culebra que le bailara con regocijo entre la sangre: y la mujer empezó a temer que tanto desearle el mal le hubiese traído esta indisposición. Por eso, ni cómo olvidar esa noche de las altas temperaturas, de la voz que sinuosa soltaba un repetido nombre de mujer que ella jamás ha vuelto a escuchar sin sentir que el odio le disuelve los huesos al instante.

—¿A qué venían los guachos?

—El gobierno nada tiene mejor que hacer que venir a molestar a la gente que no hace nada malo, mijo. Muy buenos para robarse el dinero, con tanta inflación...

—Siempre usted con esas quejas. Pero cómo pasaron las cosas, Tomasa quiere saber...

Eran las dos de la mañana. Ella había conseguido apenas dormir una media hora. Tuvo un sueño profundo y descansado del que no recordaba ninguna imagen. Algún ruido le llegó de fuera, ¿eran pisadas?, ¿fue acaso algún grito? Se puso de pie sin esperar más y caminó hacia la sala, se acercó a la puerta. Un grito sordo cruzó las sombras y traspasó la madera hasta llegar a sus oídos con el eco de un mal presentimiento que le hizo temblar las rodillas. Se llevó la mano derecha a la barriga. Quiso regresar a la recámara, pero una sucesión de pisadas y el golpe de un cuerpo cayendo la detuvieron. A mala hora te me fuiste enfermado, pinche Eutimio.

—¿Así le dijo a mi apá? Eso es una harejía...

—No, hasta crees. Con todo y enfermo me habría soltado una garnatada.

Qué no ves cómo es de corajudo...

El Flavio se quedó frío. Bien sabía del mal carácter de su tata, pero, ¿un garnatadón le pondría a su misma esposa? ¿Tanto así como agarrarla a golpes? Se revolvió como si se le estuvieran agitando, de enojo, las tripas. Quiso ver sin ver a su madre: quiso verla para adivinar si en efecto su marido en algún momento se habrá atrevido a golpearla, pero sin que ella advirtiese la calidad de su intento, temeroso de producirle vergüenza u ofenderla. ¡Qué no haría él a ese hombre si se atreve a lastimar a su madre! Aunque se le llegara a secar la mano y su tata le lanzase todas las maldiciones que contra su hijo puede traer un padre hundidas en la enemiga oscuridad de la garganta... Cerró los ojos.

—Mejor cuénteme qué hizo luego —puso en su voz opaca un dejo conciliador.

—No hice nada. Luego luego escuché los berridos de los guachos... “¡Abran la puerta! ¡Somos el ejército!” —la madre imitó la voz de los soldados ahondando en un falsete el grosor del sonido, con un tono caricaturesco.

El niño temblaba al llegar a esta parte. La historia no tenía que ver sólo con una mujer aún joven, un hombre enfermo derrumbado en la cama, una decena de miembros del ejército dando golpes una fresca madrugada de abril o de mayo contra una alta puerta roja en un pueblo enquistado en la sierra. Oír de voz de su madre —esa mujer de piel blanca y expresiva, esa sonrisa y esos gestos de amor que él no sabe discernir con esos nombres sino como una cosa natural, una ligación inmediata e impensada; en suma, esa presencia viva y directa que lo vincula con la serenidad—, oír los pormenores del episodio significa recibir por la espina dorsal una centella que lo sacude, emocionándolo con el dulce temor más primitivo. ¡Ahí estuvo él! Esos golpes a la madera y esas voces resonantes como dentro de una cueva iban contra él, podrían haber descendido hasta su cuerpecillo y provocar la muerte, y ahora recordarlo todo al lado de la mujer en cuyo vientre estuvo escondido le daba un escalofrío que bien podría tener también el nombre del éxtasis.

—“¡Abran o tumbamos la puerta!” Vine hasta el cuarto, tu padre ya estaba despierto con los ojos grandotes todos abiertos, pero por más que lo intentaba no se podía ni siquiera parar sobre la cama, se le resbalaban los codos y



volvía a caer de espaldas. Le dije: ¡Tú aquí te quedas calladito!

El hombre se le quedó mirando con enojo. Los ramalazos de fiebre lo hacían sentir desganzado, con un dolor que parecía trepanarle la cabeza, lanzarle astillas duras contra el cuello y la espalda. Lo peor de la postración era depender de su esposa, que desde semanas atrás le había mostrado su peor cara. Pinche vieja argüendera le había salido, y ahora que está panzona era el peor momento para verse a expensas de ella de esta forma, él siempre tan independiente y tan sano. Desde que empezó a sentirse mal, luego luego viajó a Tamazula a visitar al doctor, compró las medicinas allá mismo. De poco o nada le habían servido.

Miró a su mujer salir apresuradamente de la recámara, nada más soltó un farfulleo inservible. Esta impotencia la vivía en sus más duros, íntimos momentos; la debilidad que a lo largo de los días y años sin que él hubiese estado por entero consciente se había esforzado en esconder de sí como una bestia ajena que sólo por descuido había tomado posesión de su cuerpo. Si algún día le plantaran a fuerzas un espejo con las estancias de su pasado podría ver de manera transparente que todo venía de aquella su enfermedad en un tiempo de vieja indefensión: él tenía siete años, había pasado ya dos días con fiebres y una vez vio entrar a su madre al jacal, las manos pegadas a la cara, gimoteando, como con espumarajos de lodo atorados en la garganta. No tardó la mujer en dejarse caer frente a su cama, siguió llorando y gritando y mucho rato después, ya sosegada, le dijo “Al fin descansó tu tata, mijito, nada se pudo hacer, y lo peor es que eres un mocoso apenas...”

Se le hundió en el tórax una plancha. Agitó las manos sobre el pecho. Cuando empezó a llorar su madre se le quedó viendo hasta que abrió la voz aún entrecortada: “Deje de llorar, mijo, usted es varón y los varoncitos nada de que lloran”. Cuando pudo ponerse en pie por fin acompañó a su madre y hermana y hermanos chiquillos en el camino al camposanto. Su padre había sido atacado a la mala con un machete y pasó tres cuatro días cae que no cae en la muerte, el rostro cada vez más amarillento y ajado.

Cargando con los hijos, la madre tuvo que bajar de la sierra, dejó Chiqueritos y se estableció en Tamazula, en casa del abuelo, hasta que volvió a casarse.

El hombre vio cortada su memoria; no supo cuánto tiempo habría pasado, si había dormido o nada más fue todo una rememoración súbita, cuando volvieron a escucharse los ruidos en la puerta. Escuchó la voz de su mujer:

—¡Ya voy a abrir! ¡Estoy panzona, muchachos! ¡Tranquilos!

La voz fue clara y firme, casi con un dejo juguetón.

Ella se había recompuesto para entonces. Ver a su esposo ahí tirado, más que preocuparla por no tener un varón en su defensa, la había hecho erguir la espalda, posar las manos sobre el vientre con un impulso de seguridad. Estos cabrones ya verían... ¿Qué horas eran estas de venir a fastidiar a la gente decente?

—¿En serio no tenía miedo, ma? ¿Y si los guachos traían metralletas?

—Metralletas no. Puros errequinces, cuernos de chivos. ¿Sabes tú cómo son esos, mijito? Con un disparo de esos quedas destripado en el suelo desangrándote como perro...

La madre miraba al Flavio de manera esquinada, calibrando el efecto de sus palabras. El niño temblaba de una emoción que se columpiaba entre el miedo y el frenesí, aunque hacía el intento de no transparentar ni una mueca.

—Ni me dan miedo esas cosas, ma.

—¿Tú qué dices, Tomasa? ¿Sí será tan valiente este pegoste?

—Pues ya tiene experiencia, nina. Le tocó estar en su panza con usted esa noche... —le pegó con el codo al Flavio mientras le guiñaba un ojo a la señora Maruca. El Flavio sacó el pecho con orgullo. Colocó la mano derecha extendida delante de la izquierda, fingiendo la silueta de un arma de fuego, e hizo ¡pum!

—Quiero aprender a tirar con la pistola de mi apá...

La mujer levantó las cejas. Primero vio a Tomasa y, asegurándose de tenerla como testigo, endureció la voz:

—Ni me vengas con eso, mocoso. Las armas las carga el Diablo...

—Las cargaban los guachos, acuértese. Pero siga contando...

—¡Cálmense, chavalos! Ya voy a abrir, para qué tanto alboroto —se trataba sólo de fingir seguridad, iba pensando la mujer a como abría el portón. Hubo un instante en que la temblorina de las manos la obligó a detenerse, bajar la camisa y hacer profunda la respiración. Volvió a hablar, deslizando un

tono de maternal regaño a través de la madera—: ¡Ay, plebes! De veras que esto de desvelar a la gente no es de dios...

Lo primero que vio al terminar de abrir fue un rostro inexpresivo. Era una cara morena, de piel lisa, montada sobre un cuerpo pequeño y un uniforme que entre las sombras se veía mucho más ennegrecido de lo que realmente era. Ha de ser oaxaquita, se dijo la mujer con repulsión. Ahora a cualquier indio le dan cuernos de chivo, a quién se le ocurre. El hombre no pudo dejar escapar un gesto de sorpresa al descubrir frente a sí a una mujer, en efecto, embarazada.

—Señora, disculpe... Parece una impertinencia llegar así...

—Pues sí es una impertinencia, mi coronel, ya una no puede dormir toda la noche sin que le corten el sueño, y más en esta situación, ay, mi cadera, pero dígame en qué puedo ayudarle... —la madre se había puesto de pie y actuaba para el hijo y Tomasa la postura que había asumido ante el militar: con la mano derecha sobre el costado y la izquierda cubriendo la panza, haciendo salir de sus labios una voz aflautadamente dolida, como de quien ya suficientes penurias tiene por estar en el jodido séptimo mes del embarazo...

El niño imitó la posición pero no pudo soltar palabra alguna, dominado por el carcajearse. Luego se acercó a su madre y la abrazó; seguía riéndose. La mujer le puso las manos sobre la cabeza y le recorrió la espalda, palmeándolo. Él cerró los ojos.

—¿Quieres que te termine de contar o no?

La mano derecha de la madre lo alejó de sí, empujándolo del hombro, en tanto veía con aire desconfiado a Tomasa, que hizo el gesto de voltear hacia la ventana. El niño sintió un pálpito de angustia al separarse, como si le cortaran la inmediatez del aire y una mano brusca le robara injustamente el don de seguir respirando. Fue otra vez sentir esa disposición un tanto seca de su madre que aparecía de cuando en cuando, como una reticencia de la mujer a permitirle acercarse mucho, negándole el imposible volver a la existencia anterior al nacimiento. Él quiso mover el cuerpo hacia el de ella, dejando caer la cabeza hacia delante. Tomasa hacía como que se quitaba una mancha de la blusa.

La madre tomó asiento. Habló con prisa:

—Se querían llevar a tu padre, y yo los mandé a dar lata a otro lado...

—¡Así no! Cuente bien...

El militar recuperó la postura de firmeza. Con voz seca explicó que venían por el señor Eutimio Carrasco. Tenían que interrogarlo. Los plantíos de amapola que están en las faldas del cerro de los huizaches, usted sabe...

—Pues venga mañana en la mañana y con mucho gusto. Estas no son horas de interrogar a nadie. Además, en las faldas del cerro nosotros no tenemos tierras, ¿sí se enteró?

—Déjenos pasar por su marido. Hágase a un lado si es tan amable...

—Pues no me hago a ningún lado.

—Le expliqué que tu padre estaba muy enfermo y que sacarlo al frillazo de la noche lo podía matar. El pobre hombre me miraba a los ojos y luego me miraba la panza, como calibrando qué tanta fuerza ocupaba para empujarme, o no sé...

—Si su esposo es el dueño de esos plantíos, ni crea que se va a salvar de terminar encerrado en las Islas Marías...

—No se preocupe por eso. Él sólo siembra maíz, ya verá. La huerta de ahí enfrente también es nuestra, si gusta unos manguitos, venga en temporada y con gusto le pichamos una paca...

—Me quedé con las ganas de decirle que su jefe, el comandante pedorro en Tamazula, bien que sabía quién sembraba y quién no; pero pa qué quieren que anduviera de imprudente. Eso sí lo habría alebrestado al tenientito guango...

—Pero, ¿era teniente o era coronel?

Al día siguiente se enteraron de por qué todo este escándalo. Habían cambiado de comandante, y el que acababa de llegar quería dejar claro yo soy el nuevo, conmigo van a tener que hacer negocios ahora...

Se quedaron viendo uno a otra por varios instantes de manera fija, y la mujer supo que si mantenía la mirada, ya estaba del otro lado. Hubo un momento en que el militar levantó la mano derecha y la iba acercando hacia el cuerpo de ella. La mujer no mostró señal de miedo. Le tomó la mano y lo saludó. Le dijo su nombre, venga mañana y con gusto le disparo unos frijolitos muy buenos a usted y a sus muchachos...

—¿En serio le iba usted a disparar unos frijoles?

—Le habría disparado otra cosa...

El niño se le quedó mirando de reojo. Eso de los frijoles no fue dicho nunca; ¡si él estuvo ahí! Quizá su madre lo inventaba para darse aires de que se sostuvo en la tranquilidad durante un episodio tan tenso. En su cabeza más bien se imaginaba a su madre nerviosa, con la voz sin mucha fuerza, llegando a incluso dejarse caer en una silla y, sin querer, abrir el paso a los pinches guachos rumbo a la recámara del esposo. Él volteó a ver a Tomasa, como preguntándole con un mudo movimiento de los ojos si ella le creía todo a su nina.

—¿Qué habría hecho si la empujan? —preguntó el Flavio.

—Ni digas eso. Claro que estaba con mucha pensión por ti. En una de esas te me adelantabas y sin nadie cerca que me viniera a ayudar a esas horas. Pero —el rostro de la mujer vistió una expresión pícaro— lo más gracioso vino al día siguiente.

Frijoles sí o frijoles no, el caso es que los soldados se dieron media vuelta y dejaron dormir en paz a don Eutimio el resto de la noche. Pero ninguno de los demás hombres del pueblo se salvó de ser llevado de malos modos al borde del río, les ordenaron que se bicharan y así, sin ropas a mitad de la noche, echados sobre las gélidas piedras, los tuvieron hasta que amaneció.

—¡Jijos de su rechingada! ¿Le quieren seguir viendo la cara al gobierno? ¡Son unos ratas atascados sembrando esas yerbas cochinas! —y los cabos les andaban por encima con sus pesadas botas, daban culatazos a los que se quejaban, hasta al pobre Vitorio le dejaron un madrazo pintado en la cara, todo porque empezó a toser a raíz del frillazo que estaba haciendo...

—¿Y qué fue lo gracioso?

—En la mañana todos recalaron en el abarrote. Estaban muertos de risa burlándose unos de otros por haberse visto las verijas... Se acusaban entre sí de que nomás las tenían chiquitas... Pero eso no tengo que andárselo contando a ustedes, tápate las orejas, niña —señaló con dedo dizque amenazante a su ahijada.

La palabra verijas hizo que le latiera al Flavio más urgidamente el corazón. De imaginarse a sí mismo todo bichi frente a otros hombres, y que los

grandes le echaran carrilla por tener una cholilla bien furrís, vaya cosa más diminuta... No podría ni pasar la saliva.

El cadáver de la tía Evodia llegó por la noche. Él estaba sentado ante el mostrador de la tienda, haciendo la tarea. La troca de su padre, seguida por dos camionetas fuereñas, entró al patio desde el camino del arroyo. El Flavio salió al portal del abarroto. Vio a su padre abrir la puerta del copiloto, poner un pie sobre el suelo. El compadre Félix Félix había venido manejando y lo alcanzaba ahora en su camino a la casa, iba pasándole una mano por la espalda como si fuese necesario sostenerlo para avanzar. El Flavio tembló.

Bajo los pies alguien le jalaba el piso de su respiración.

Así habría de recordar todo: el hombre ese tan odiado no era el mismo. El rostro duro y vigoroso había pasado estos pocos días a una estampa enflaquecida. El padre caminaba encorvado, casi medroso de caerse, como quien ya se ha despedido de la potestad segura que habita en la robustez y el aliento. El niño temió haber visto una cosa bochornosa, ese futuro de vejez ya vuelto presente en la cara antes vital de su padre. Regresó al mostrador. Le sudaban las manos.

Apenas su madre vino de la cocina hacia la tienda, él le dijo tengo que ir al servicio. Cruzó por la sala, pasó entre los cuartos y, sin reparar en la presencia de Tomasa y la Elsa, salió al aire libre, a un lado del gallinero. No fue nada al excusado. Le daba miedo que el cuerpo muerto de la tía tuviese el poder de trastocar así el rostro de su padre. Él mismo había entresoñado ya varias veces con atacar machete en mano a ese hombre si alguna vez lo veía queriendo golpear a su mamá...

No, para qué inventa. ¿Cuándo podría hacer una cosa tan de hijo desalmado?

Era como si todo estuviese fuera de lugar, y su padre hubiese heredado la enfermedad que hizo cadáver el sano cuerpo de una mujer adulta. Nada de esto sabría expresarlo, y sólo se angustiaba: le hacía caer de la garganta hacia el estómago una grava reseca que iba goteando a como sus pensamientos lo sacudían con un tesón cuyo origen no entrevía, cuyas exigencias no lograba entender. ¿Él se pondría así de envejecido si su hermano se le muere de repente? Vio el cuerpo del Héctor aplastado por el tractor al fondo de un

barranco. Vio su cadáver con ganglios morados volviéndole la cara una materia rota de peste y pérdida.

Se aterró de comprobar una cosa: le daba más morbo que pesar imaginarse la muerte ajena.

—¡Flavio!

Era la voz de su madre. Corrió hacia el lavadero, se mojó fugazmente las manos e hizo el camino de vuelta. Entraba a la cocina cuando se topó con Tomasa. La muchachita tenía la cara más rosada que de costumbre, los ojos medio llorosos.

—¡Qué lástima por tu tata! —le habló al oído—. Ya vi a la muertita, quedó toda chupada la pobre.

Detrás de Tomasa venía la madre.

—Mijo, no se me haga perdedizo. Lo quiero cerca. Va a venir mucha gente, me van a tener que ayudar. Y búsquense al Hectorito, ¿dónde andará ese jacalero?

La mujer tragó saliva antes de añadir, acompañando la voz con un gesto que pretendía firmeza pero en que también se escapaba una gota de flacidez del ánimo:

—Tienes que ir a despedirte de tu tía, mijo. Que tu padre vea cuánto lo sientes. Acércatele a la caja de la pobre Evodia, le rezas un padrenuestro para que su pobre alma descanse. Sufrió mucho antes de irse.

## *Ya te moriste una vez*

Anduvo para allá y para acá su padre, resolviendo asuntos y dando órdenes, viéndose abordado a cada instancia por gente no sólo de este pueblo sino de más parriba que llegaba a darle un abrazo y murmurarle palabras al oído. Iba y venía de la bodega con un cartón de cuartitos y empezaba a repartir las botellas oscuras entre los varones. Se dirigía a la cocina con paso fuerte y sólo una mirada suya hacía saber a la esposa qué pasa que no sirven más café o llévenle un plato de frijoles a Zutano, a Perengano... Los ojos del Flavio buscaban de nuevo la expresión de rotura y vejez con que el hombre llegó poco antes; pero nada: nunca lo vio flaquear así jodidamente. No se le vio tampoco nunca presa del ánimo de esconderse.

Traía por dentro el hombre un espesor cerrado que le asfixiaba cualquier salida del dolor. Todo le fue naciendo desde que el matasanos movió la cabeza de un lado a otro y le hizo saber ya nada aquí tiene remedio, váyase mejor despidiendo de la paciente. El fin de su hermana habría de ser además doloroso. Se le había hundido el cáncer hasta el centro más hermoso de su vida sin hallar (ni cómo) la menor pared que nada resistiera. Las palabras que emergían de labios del doctor eran otras, serias y fisiológicas. Y él las recibía no como sonidos; eran guijarros que algún día se le habrían de enquistar al médico (por inútil e incapaz) en la tráquea. El doctor Ibarra era delgado y con un aire avinagrado en su cara de ojos pequeñísimos y cejas breves. Vio Eutimio con sorpresa al bato ponerle la mano derecha, pálida y suave como la de un holgazán que mucho estudio mucho estudio pero jamás ha agarrado un azadón o un arado. ¿No podía de veras curarla? ¿Para qué sacaba entonces con el menor pretexto su estancia esa en la Universidad allá en Guadalajara, como



si le echase en cara a los lugareños el ser unos campesinos sin más horizontes que estos cerros de siempre?

La Evodia era su hermana, mayor dos años.

“No puedes tratar tan mal a tus mujeres, condenado. ¿Qué acaso traes lumbre en las verijas?”

“No te metas en esto, Flaca. Tú cómo entenderás estas cosas”.

“Lo entiendo muy bien: eres un calenturiento. Pero mejor respeta a la Maruca. Otra como ella no te vas a venir encontrando”.

El lazo que iba de la Evodia a él y de él a la Evodia había estado ahí siempre. Una liana recia forjada desde antes de que él siquiera tuviese la razón para ver con distancia esas parcelas ariscas de lo propio y lo ajeno. Ella creció antes que él, con una ventaja en la carrera del tiempo que durante la infancia se hacía visible en la estatura pero con los años se impuso de manera tácita en el trato a través de sus reconvenciones y consejos: ella fue siempre su hermana mayor, y ya.

“Tenle paciencia, hombre. Es tu hijo. Ve y habla con él”.

“Ya le tuve mucha. Pinche Manolo. Además, no voy a ir hasta Guadalajara nada más para ponerle una regañiza por andar de mariguano”.

“Ve a Guadalajara, ¿cuál es el problema? El Manolo sólo tendrá un padre y ese eres tú. Si está metido en broncas por sus malas compañías no lo vas sacar de ahí con una llamada de teléfono. Ve y búscalos”.

Y (ahora) la Evodia de esa voz tan verdadera había muerto.

Una sustancia aceda se le revolvía en las vísceras. No sabía cómo llamar todo esto; menos sabía cómo aquietarlo ya de aquí para adelante.

El Héctor se apareció sudoroso, respirando con agitación. Entró por la puerta que venía del gallinero y apenas vio a su madre en la cocina llenando tazas de café, cerró los ojos:

—¡Por fin te apareces, condenado!

El muchacho sonrió. Tomasa iba rumbo a la sala con un plato en cada mano. Él inclinó la cabeza hacia el sobaco derecho y recibió con disgusto el olor a sudado.

—Acomédete a hacer algo, ándale, mijito —era la voz ceñuda de la Elsa a sus espaldas.

—¿Quién se murió? ¿Qué es toda esta boruca?

Puso la Elsa cara de en qué mundo vives, mocoso, y nada le respondió en tanto volvía al lavadero con un sesgo de burla en los ojos. Él quiso forzar una sonrisa. Pasó saliva, suponiendo lo que entrañaba esa mudez en la Elsa (un asunto serio). En una de esas y ya se petateó la tía famosa de Chacala... Su padre había recalado con otras gentes un rato antes —él vio pasar las trocas por el arroyo cuando andaba con El Seco buscando nidos de pichones— y quizá todo tenía que ver con las ausencias recientes, esos viajes a Chacala más parriba...

¿Y su hermano? Él le contaría todo. Era el mitotero perfecto: todo lo veía, todo lo escuchaba (parecía estarlo registrando todo siempre). No lo vio ahí en la cocina, tampoco en el comedor. Se la vive siempre bajo las faldas de mi amá. Capaz que está escondido debajo de la cama el muy coyón. ¿Por qué salió tan miedoso? El Flavio le parecía el colmo de la debilidad. Lo avergonzaba con su voz titubeante, las flacuchas facciones de quien salió tan mal para comer y una expresión (todos los días) de no saber dónde está poniendo los pies. De no confiar siquiera en la realidad del aire que respira.

—Ve a la tienda y traite una bolsa de azúcar, pícale —escuchó la voz de su madre.

Al pasar por la sala, se topó con la espalda de Guillermo Flores (el papá del Memío), que hablaba en voz baja con un hombre de rostro moreno a quien el muchacho no reconocía. Al fondo se veía un ataúd.

Don Eutimio se le puso enfrente. Lo tocó en el cabello:

—Mijo —la voz serena—, acomídase con su madre a ver en qué puede ayudarla.

—Sí, apá —el plebe bajó la cabeza—. Me mandó por azúcar —aunque en esa circunstancia (pensó) se habría esperado de él otra clase de palabras, un lo siento mucho apá le doy mi pésame... No dijo nada. Se había dado su padre media vuelta y algo se puso a cuchichear con Félix Félix.

El Flavio se veía de pie frente a la caja. La boca y los ojos muy abiertos, miraba a la tía Evodia como si quisiera bostezar pero se le quedase congelada la gana original del movimiento. Sonrió el Héctor acercándosele:

—¿No te da miedo? ¿Y si en realidad está dormida y de repente se levanta

y te dice “Qué tanto me ves, mocoso”?

—No te burles, grosero... No ves que ya está... ya se murió...

—¿Y si en las noches viene para llevarte al panteón y te encierra con ella en su tumba?

Quiso darle el Flavio un empujón por la espalda, pero su hermano se dio media vuelta. Rápido se puso fuera de su alcance. Estirando el cuello le susurró:

—Mejor llévale una bolsa de azúcar a mi amá... Le urge. Mueve el trasero, no seas güevón —y salió corriendo rumbo al patio.

Bajó el Flavio la cabeza. Intentó rezar el padrenuestro.

No podía concentrarse. En la sala había un olor a gente sudada, a café de olla, a fósforos encendidos.

¿Por qué habría de tener miedo? No tenía miedo. Le latía el pulso con ferocidad. Este era su primer cadáver. Estaba frente a un rostro pálido y reseco. Las cuencas de los ojos hundidas, el cabello escaso (unas cuantas canas por aquí, por allá). Sudaba frío. Querría entender esta cosa tan turbia. Apartó la vista del rostro de su tía. Con los ojos cerrados la seguía viendo. Así habría de ponerse él una mañana del futuro; esa languidez tendrá su cara cuando él muera. ¿Estaba listo para morir? ¿Se iría al infierno?

Movió la cabeza a los lados. Trató de rezar.

Se detuvo a la tercera frase.

Abrió los ojos.

Se forzó a verle de nuevo la cara a la tía Evodia. Nunca la trató en vida. Compartir la sangre lo hacía imbuirse en el desasosiego... Él tenía ahora una pariente que se deshacía en el agua viscosa del morir. ¿Eso es todo lo que hay? ¿No queda oportunidad de hacer ni decir nada? Se preguntaba si la tía Evodia se despidió de su hermano con alguna palabra de amor o de enojo. Si acaso murió con tanto dolor que habrá terminado lanzando harejías contra dios o contra el mundo... Las explicaciones que de vez en cuando había recibido de su madre sobre el cielo y el infierno nunca habían logrado colarse hasta el último centro de su conciencia. El miedo era a dejar de ser (no a la posibilidad de ser castigado por un Dios corajudo).

Volvió la vista al rostro de la tía Evodia. La mujer abrió los ojos. Él pasó

saliva. Sentía que se orinaba. Enfocó de nuevo y para entonces la tía se hallaba sentada sobre el cajón. Abría los ojos lentamente y le decía, mientras iba extendiendo la mano derecha, los dedos casi ya puros huesos: “Tú eres como yo, mijito. Ya te moriste una vez”.

—Güilo, vente pacá mejor...

Salió al patio trasero. Ocupaba respirar. Traía en la cabeza el terror anudado con el fárrago de olores picantes de la sala. Sentada en el pretil del gallinero, Tomasa veía con ojos risueños al Héctor, quien, recargado en la barda, sostenía un vaso de líquido amarillo en la mano izquierda. Apenas vio al Flavio abrir la puerta de la cocina, el Héctor agitó la derecha invitándolo a unírseles.

—Mejor vente a platicar con los vivos, hermanito...

Tomasa volteó a verlo. Sonreía. El Flavio se sentó junto a ella.

—Ya pasó lo peor, mijo —Tomasa le acomodó el cabello detrás de la oreja—. Estuvo bien cansado todo, pero hay frijoles y arroz para darle de comer a todas las rancherías.

—Y... ¿de qué hablaban? Ustedes, orita...

—No seas metiche, loco —se llevó el Héctor a los labios el vaso, ahí lo dejó sin beber nada—. No debes andar metiéndote en pláticas de adultos, ¿no sabías eso?

—Mugre Héctor, no seas carrilludo —y Tomasa abrazó al Flavio, lo jaló hacia sí—. Ya es grande este muchachote.

Forcejeando, el chico se deshizo del abrazo. Se puso de pie. Al volver la cabeza hacia su hermano, lo vio mover los labios como si le estuviese susurrando un chiste obsceno a Tomasa. Ella parecía querer aguantarse las ganas de soltar una carcajada. El Héctor se le acercó y volvió a murmurar algo. Él quiso afinar el oído (entender de qué tanto se reían estos dos). ¿No se supone que estamos todos de luto? Creyó adivinar que el Héctor bisbiseaba el nombre del Juanillo.

Al ver al Flavio viéndolos, el hermano elevó la voz:

—Esta zonza está muy alterada por la muerte de la tía, loco. ¿Sabes qué me preguntó?

—¡No andes de mitotero! ¡Qué chismoso saliste! —ella trató de teparle la

boca al Héctor con las manos. El muchacho se las trataba de aferrar con las suyas cuando se oyó la puerta de la cocina abriéndose. Tomasa enfrió el cuerpo, la sonrisa. Se soltaron.

—¿Qué tanto hace usted acá afuera, mijita? — la voz de la nina Maruca—. Píquele padentro.

Tomasa se paró y corriendo entró a la casa. Llevaba el rostro todo enrojecido.

Luego de un instante de silencio, levantó el Héctor la mirada. Sin que su hermano preguntase, fue diciendo con una espina de inquietud en la voz:

—¿Sabes qué me preguntó aquí la Chapitas? Me preguntó: ¿alguna vez le has deseado la muerte a alguien? Hay que tener cuidado con esta chavala, ¿no crees?

## *Oscuridad de la casa*

Trajo el cadáver de su hermana bajo los ojos, en la quijada, a la altura del cuello, durante días y semanas en que no entendía cómo ni por qué se hundía en un lodo repentinamente propio, como si no estuviera en realidad manejando la troca por las veredas de la sierra o hablando con el Arnoldo en el corral sobre las reses y la ordeña o comiendo frijoles sentado a la mesa de su casa. Esta desazón lo hacía detenerse, tocarse el pecho a la manera de quien busca comprobar si aún tenía pulmones para el aire. Él no era hombre de iglesias; nunca se había confesado y no le tenía ningún respeto al cura de Tamazula, un gordinflón calvo que seguro se la jalaba al escuchar los pecados que le contarían las mujeres...

Fue a visitar a su compadre Félix Félix.

—No creo que estés malo de nada, Eutimio —y fruncía los labios. De suyo tendiente a la carrilla, en esta ocasión la voz de Félix Félix, en su recurrencia al tuteo, tenía un tono de seriedad y de consejo que llevó al Eutimio a guiñar repetidamente—. Serás bien macho pero estás echando de menos a tu hermana. No se te murió un perro, una res.

El Eutimio se quedó mirando al hombre como si no tuviese carne y su vista lo traspasara. Tenía miedo de que en cualquier momento se le huyeran, desmañadamente, las lágrimas, haciendo tamaño desfiguro ante su gran compa de toda la vida. Jaló el aire, irguió el pecho, y el efecto de cerrar los ojos lo ayudó.

Estaban sentados a la mesa. El mantel de hule tenía las migajas del desayuno al lado del plato en que aún quedaban restos del huevo revuelto; la Regina se había metido a la casa.

—No te quedes con la pensión, compadre — Félix Félix se puso de pie—. Todo esto pasará —le tocó el hombro y con un movimiento de los ojos le indicó sígueme hacia el patio—. Si quieres quedarte tranquilo, vamos pabajo y que un matasanos te revise. Yo te llevo —le señaló su propia camioneta—. Pa que te sientas mejor, vamos con un doctor de pabajo. En Culiacán hay médicos serios. Pero no creo que tengas nada. No traes el aire de ningún mal.

No dijo el hombre nada. Se despidió más tarde y poco a poco (al paso de los días) el cadáver de su hermana se fue disolviendo, no sin dejar en sus tejidos la breve pulsión de una supurada carencia, a la manera de un hueco que con el recuerdo del rostro de la Evodia se ensanchaba, provocándole de nuevo una opaca, aunque menor y hasta cierto punto agradable sensación de ahogo. El lazo que tuvo con ella se había formado desde que fueron chamacos y sobre todo luego que quedaron huérfanos de padre; se había vuelto a hacer robusto cuando ella enviudó del Chicho y el Eutimio estuvo al pendiente de los plebes sus sobrinos, para evitar que agarraran un mal camino por la ausencia de un tata en casa. También le dolía que ninguno de los dos sobrinos quiso estar presente en el velorio de la madre. Ambos se fueron de mojados al Gabacho hace ya tiempo. Aunque se les envió un telegrama desde semanas previo a que la mujer muriera, sólo uno respondió deseando pronta recuperación. Y nada más. El hombre no bajaba a los sobrinos de ingratos y fachosos que ya se creen gringos. No querían saber nada de su madre aunque la pobre estuviera desahuciada: ya todos en Chacala sabían que la última alma que le restaba a la mujer estaba siendo exigida por el cáncer para entregarla a la muerte.

Él no habría de preguntarse nunca qué significaba el hecho de que esta pérdida la viviera con esas consecuencias, al contrario de cuando falleció su madre, más de diez años atrás.

En ese entonces él se supo liberado, como si quitar del mundo el cuerpo de esa mujer siempre tan arisca le hubiera dado frescos horizontes a su viejo aliento. Todavía se hablaba bien con su mujer. La María, en algún momento, le preguntó si no sentía ganas de llorar.

—Ni madres, cómo crees. ¿No sabes que soy bien macho?

La esposa se le quedó viendo con una pausa de sospecha que hubo de esconder a como el hombre le dibujó de malos modos una mirada de

recriminación:

—Nunca me verás chillar, vieja, qué esperanzas. Lloran nomás los maricas.

No es que ella quisiese ver a su marido en el llanto; no lo habría reprobado, por supuesto, ni que estuviera casada con un animal sin sentimientos... Tenían no mucho de vivir juntos; residían en la suidad en ese entonces, con la promesa cercana de irse pa la sierra. El sepelio fue en una funeraria cercana al estadio de beisbol, por la Obregón y la Leyva Solano. Bajó tanta gente de las rancherías que la señora Maruca, embarazada de tres meses, llegó a sentirse sofocada entre tanto cuerpo sudado y abrazos sentidos y sombreros abanicándose inútilmente.

La anciana se convirtió meses antes de morir al culto de los Testigos de Jehová, quienes ahora exigían respeto para la fe religiosa de la fallecida: que no se le ultrajase (pedían) con los oficios del rito católico. El Eutimio ni era practicante. A menudo se permitía burlas sobre los curas, yo por qué le voy a andar contando mis pecados a esa gente, que trabajen y hagan algo de provecho si quieren mis centavos. Pero esta vez obligó al cadáver a pasar por todas las escalas que indica la Iglesia de Roma. Con un gesto de humillada indignación, los hermanos estaban de pie a la derecha del ataúd farfullando salmos, la cabeza baja y los ojos apretadamente cerrados. Luego de dos horas, caminó el Eutimio hacia ellos, agarró del brazo a uno y gritando lo empujó hacia la salida. ¡Ya estuvo bueno de farsas! Sin conocer resistencia, hizo salir de la funeraria a los demás Testigos, que uno a uno se sacudieron el calzado al salir del sitio.

El Eutimio jaló aire con orgulloso gesto de desafío; se dio media vuelta. Caminó hacia el féretro, se santiguó bajando la rodilla hasta el suelo. Buscó a su esposa con la mirada. Al descubrirla en una silla —ella traía una expresión de flaqueza y desconcierto—, la llamó con la mano. Faltaban dos horas para que el cortejo saliera rumbo al camposanto.

—Te vuá llevar a la casa; está muy fuerte el calorón. Y ni vale la pena tanto alboroto por esta muertita...

La tomó del brazo. Cuando ya estaban en el estacionamiento antes de subirse a la troca, fue que ella le preguntó lo de llorar. Se le ocurrió eso



porque de otra forma no hallaba causa para la airada forma que tuvo el hombre de expulsar a los Testigos de Jehová que, supersticiosos y todo, querían bien a la pobre anciana, se preocupaban genuinamente por la salvación de su alma. Tanta rabia del hombre (pensó ella) no podía deberse sino a que él no sabía cómo sacar el dolor del pecho. Aunque era aún casi una recién llegada a la vida del Eutimio, sabía que la suegra y él llevaban años de un sordo pleito, más agravado aún por la excentricidad de la mujer al unirse a los Testigos esos. Su cuñada, la Evodia, le había contado que desde chamaco el Eutimio se llevaba de las greñas con la madre. Todo habría tenido que ver con la decisión de la mujer de darles un padrastro (se volvió a casar cuando enviudó).

—Pero de eso ya pasó mucho tiempo. Todo está en él, de veras... Mi madre, aunque terca y enojona, se siente rete mal por los arranques de mi hermano.

—¿Y él por qué salió así?

—Le trae un coraje amarrado en las vísceras...

Esa imagen del hombre se le quedó haciendo ecos en el pecho a la María. ¿Se podía ser así de frío ante la muerte de una madre? Si Sara falleciese, ella se moriría de la pena... No podría caminar, hacer nada... ¡No podría respirar! Claro, ella nació mujer... Pero él, por más macho que fuera, cómo que no se conmovía. Le daba miedo pensar en que quizá estaba viviendo al lado de un cuerpo que un mal día extravió la única buena de las almas que se le asignaron y nunca movió un dedo por recobrarla. Él no se encerró un segundo ni pujó ni rezó la menor oración. Tanta reciedumbre no la había visto a las claras en él, un hombre coqueto y dicharachero durante el tiempo que siguió a la pedida de mano con don Gumersindo, o esas dos semanas que viajaron a la capital del país y a Yucatán, de luna de miel.

Era (en efecto) en el feroz núcleo ardiente de las vísceras que tenía el hombre sellado el odio hacia la madre. Una fuerza raudamente ofuscada lo ponía en guardia ante las palabras y gestos que oía o veía en aquella mujer alta y blanca, de facciones rudas y rotundas, de ojos redondos, negros, tan expresivos con esas pestañas chinas, dueña de una voz gruesa que le entraba en el cuerpo agarrándolo desprevenido, descolocándolo. Eso lo forzaba a casi cerrar los ojos y comprimir los puños antes de responder la menor cosa. Así

tantos años.

Hubo una temporada que dejó de verla.

Estuvo viviendo, joven él —década del cuarenta fue esto—, un buen rato en Culiacán. Trabajó en el Mercadito, cargaba bultos. Apenas llegando a la suidad se había arrejuntado con una jovencita que luego dio a luz un niño muerto. La repudió al poco tiempo y se dio a la bebida. No quería subir a la sierra. Y un día su hermana Evodia bajó por él. Le sonrió al verlo. Ese hombretón de sienes sudadas, con sólo una camiseta blanca medio percutida, lanzaba un costal de papas a una carreta.

Sonriente, la Evodia lo llamó “mijo” al darle un abrazo. Con todo y que sus ojos diminutos de pestañas lacias daban a mucha gente la impresión de hallarse ante una mujer agria y enjuta, el Eutimio nada más de verla sentía calidez. Un aura fraterna lo hacía feliz desde la pelambre hasta los huesos. Ella acababa de bajarse de la tranvía. Fueron seis horas de camino al lado de su esposo el Chicho, quien se había adelantado a buscar una habitación en el Hotel Beltrán, ahí a cuadra y media.

—No tarda en venir a saludarte, mijo —y bajando la voz—: No quiso acompañarme para que habláramos con calma primero tú y yo... —al poco rato estaban comiendo los dos hermanos en una fonda—. Murió el Lizárraga —anunció la Evodia.

La madre estaba ahora sí bien dolida. Decía no merecerse esa suerte de enviudar tres veces. Y hacía falta un hombre en la casa que se echara la parcela al hombro. El Chicho no podía solo. Los medios hermanillos eran unos mocosos todavía.

Él miraba el mantelito rojo.

Un día de éstos, ¿cuándo fue?, había soñado a su madre. Se le veía sonriente, de vestido color hueso y coquetas redondas, prominentes que le enmarcaban con gracia el rostro alargado. La mujer le hacía la seña de acércate, mijo, con la mano derecha, mientras en la izquierda sostenía la cabeza de una muñeca que a ratos parecía el cráneo de un recién nacido de verdad. Cuando el Eutimio, ahí en el sueño todavía un chamaquillo, daba dos pasos, no podía evitar resbalarse por culpa de un agua súbita encharcada bajo los pies, daba en el suelo y sentía de pronto abrírsele la tierra. Al querer gritar

descubría que la tierra era entonces una cosa pura de lodo en que su cuerpo se empezaba a hundir. Le daba coraje no poder jalar a su madre hacia sí y hacia el abismo...

Y ahora vio a su hermana: por sus rasgos de niña altota, las mejillas pálidas y los ojos de pestañas lacias parecía la versión desarmada (sin el peligro de la belleza) de su madre. Una mosca se le quiso andar parando en la nariz pero él nada que movía las manos para espantarla. Le temblaba el labio superior. Pasaba de cuando en cuando una corriente de aire por su frente. La madre en el sueño se veía ataviada como para casarse otra vez... ¿Era sólo su enojo por el hecho de que luego de enviudar de su padre ella se casó con el Donaciano Vizcarra, un hombre parrandero que no se cansó de insultarlo y tundirlo a golpes, a él, ante el silencio de la madre, que le decía así te vuelves hombrecito más pronto, mijo, no te lo tomes a mal? Y ya después se le murió el Vizcarra y ella decidió arrejuntarse con el ñengo inútil de Ernesto Lizárraga, un pocacosa a quien sabe Dios qué le habrá visto.

La Evodia bajó la mirada; creyó estarle leyendo la mente a su hermano. Esas cosas hay que olvidarlas, mijo, quería decirle. Pero no se le podía pedir eso a alguien de la robusta voluntad de su hermano, a quien un cáncer de ira se le había hundido en el respirar.

Ella estaba allá por la cocina, amasando la masa para las tortillas. Él en cambio venía de la milpa. Venía arreando las reses hacia el corral. Antes de subir el camino de la loma, oyó el silbido. Volteó hacia un guamúchil y ahí vio al jinete y su caballo.

—Ese muchacho, buenos días, ¿cómo está su señor padre?

Era un hombre alto y de bigote. Traía el sombrero ladeado hacia la izquierda, y ahí luego luego, en la mejilla, se le veía una cicatriz de la oreja hacia el labio.

—Mi tata está bien, ¿qué se le ofrece?

—Vengo a tratar un asuntillo con él. Una cosa que le conviene. ¿Sabes dónde está orita?

—A estas horas, ahí en el corral, dónde más...

El hombre jaló la rienda de su caballo. Lo montó de un salto. El chico vio cómo animal y jinete subían con rapidez la colina.

Estaba a cien pasos del corral cuando, entre los mugidos de las vacas, escuchó los gritos. Luego vio salir al hombre hacia la vereda, con un machete. Sin reparar en el chamaco, que corría gritando rumbo a la entrada del corral, el hombre se subió a su bestia y agarró pabajo.

La Evodia seguía en la cocina cuando su madre entró gritando, la cara toda pálida. La muchacha nunca iba olvidar a su hermano de siete años detrás de la madre, un gesto de espanto e incomprensión que a las pocas horas se tradujo en fiebre de tres días.

—Es hora de que te arriendes. No se vuelve a casar. Ya verás que no.

—Pues me arriendo, hermanita. Además lo peor de Culiacán es el calorón que hace.

Ahora que regresa a Chapotán luego de hablar con su compadre Félix Félix en El Guayabo, recuerda el rostro añorado de su hermana aquella tarde en la fonda del Mercadito. Para ese entonces ya se había ella en efecto casado con un buen hombre, el Narciso Heras, un muchacho trabajador, un poco necio a ratos, pero que la quería, y bien (nunca la golpeaba). Era una chavalilla flaca y jovial, que hacía buena pareja con el Chicho, madrugador y de costumbres sobrias. El chilpayate se lo habían dejado a la abuela, tienes que conocerlo ya, mijo, pa que nos lo bautices. No se debe dejar pasar tanto tiempo...

Llegó a la entrada del pueblo, donde confluye el camino que va pabajo, hacia la suidad, y las otras dos veredas: la que viene de El Guayabo y la que sigue más parriba, metiéndonos en la sierra. ¡Los hombres no lloran! La voz de la madre, escuchada desde niño, le seguía habitando con fiereza entre las sienas. Cuánto querría agarrar una caguama y tomársela llorando mientras suelta un grito, un aullido grueso en que saliera todo este extrañar a su hermana tan insistidamente. Pero él ya no toma, de veras ni le gustó nunca gran cosa el sabor a meados de la cerveza. ¡Condenada flaca! ¡Siempre tenías razón, pendeja! Se abrazó al manubrio, hundió la cabeza. Se vio en el retrovisor. No estaba llorando. No podía, ni cómo.

No habría de dejar salir nunca una sola lágrima.

Cuando llegó a la casa, pasó a la cocina. Con voz grave le dijo a su esposa

te manda saludos el compadre Félix Félix. Se arriendó al abarrote y sin mirar al Flavio, que con la cabeza baja hacía garabatos en un cuaderno, entró a la bodega. Ahí estuvo un buen rato haciendo quién sabe qué madres cuando llegó el Julión, soltando de gritos.

—¡Navajearon a mi tío!

—¿Qué es esa alharaca? —el hombre salió cerrando la puerta de la bodega detrás suyo.

El Julión empezó a contar; ya habían llegado de la cocina doña María y la Elsa.

El Gaudencio del Potrerillo vino a sacarle plática al tío Vitorio. Se quedaron un buen tiempito al pie de la cerca. Su tío lo mandó, al Julión, por unos cuartitos de Pacífico, sacaron sillas y así se arrancaron a pistear. Prendió la grabadora, puso canciones de Ramón Ayala. Y en una de esas, que se ponen de pie. Sabrá Dios qué se estaban diciendo, y de un derrepente el Gaudencio sacó el cuchillo y se lo clavó en la panza. Lo dejó caer al suelo y se dio media vuelta, soltando un gargajo. Se peló en su troca, tan campante.

El Flavio temblaba al escuchar las palabras del Julión. Don Eutimio miró a su mujer, movió la cabeza de arriba abajo, agarró unas gasas y un frasco de alcohol de uno de los estantes y salió de la tienda con el Julión. Se encaramaron los dos en la troca y arrancaron hacia el arroyo.

No habrían pasado diez minutos cuando desde el portal el Flavio y su madre vieron a la camioneta regresar y aparcarse. Don Eutimio bajó.

—Mijo, nada tiene que estar haciendo usted aquí de mitotero... —y sin esperar que el chico se moviera, dijo a su mujer—: Vuá llevarlo a Tamazula, y si es necesario a Culiacán. No se ve que sea tan pa morirse, nunca se sabe...

La mujer se acercó a él. Parecía querer abrazarlo desde esa breve distancia, sin mover el cuerpo; don Eutimio no hizo tampoco ningún movimiento.

—Ese Gaudencio es de muy mala entraña, Eutimio...

Todos en la casa durmieron mal. El Flavio escuchó a su madre durante la cena quejarse: todos acudían con Eutimio cuando tenían broncas, se aprovechaban de que él no le decía que no a nadie, le pedían prestado pa esto y pa lo otro, pues sí, su padre siempre tan noble con medio mundo, no puede

ver a nadie con necesidad. El Juli3n vino corriendo pac3 sin respetar que su padre est3 de luto por la muerte de Evodia. Ojal3 y a m3 me hiciera el mismo caso, le vengo diciendo que ya nos vayamos a vivir a la suidad, y nada, siempre dando largas y largas.

—Es buena persona don Utimio, nina Maruca —se atrevi3 Tomasa a apuntalar.

—Pues s3. Es farol de la calle y oscuridad de la casa.

La troca no volvi3 hasta el d3a siguiente en la tarde.

Vitorio Aispuro, el t3o del Juli3n, pas3 dos, tres semanas en un centro de salud de Culiac3n. Cuando lo vieron de vuelta en el pueblo, no le llev3 mucho para vender sus tierras. Y llev3ndose a su mujer agarr3 pabajo.

## *Cinco años cumplidos*

Apenas se oía sonar la campana del recreo, el plebe salía corriendo de la escuela. Al llegar a su casa se metía al abarroto. Pronto lo veíamos del lado de su madre y el Héctor atendiendo a sus mismos compañeros del salón y a los chavalos de otros grupos. El muchachito ponía atención en quién entraba o quién cogía de la hielera una botella de refresco. Luego recibía las monedas, daba la feria exacta, sonreía, gritaba. No era castigo estar ahí ayudando a sus padres en vez de ponerse a correr y jugar en el recreo. Su hermano sí lucía cara de enojado; era displicente y lento a la hora de atender y cobrar. No faltaban ahí luego las voces adultas: “va a ser un comerciante bien trucha, ese Flavio, tiene madera para hacer dinero, íralo”. Escuchar eso lo llevaba a verse de adulto al frente de una tienda de abarrotes, una más grande que esta, yendo y viniendo a la suidad para abastecer la bodega, contando los billetes en la noche, o incluso allá mismo en Culiacán, vuelto dueño de un supermercado. ¿Eso querría de veras para sí? El Héctor sería el hombre de la milpa; ya sabía manejar el tractor y andar a caballo, ayudaba al tonto ese del Arnoldo a arrear las vacas y ahí lo veíamos seguido corriendo en los corrales, en La Vega, detrás del padre.

Lo que se cuenta ahora ocurrió al poco tiempo de que la tía Evodia fue velada y enterrada. El Flavio llegó al mostrador. Sus compañeros estaban ya entrando al patio de la tienda. Y el niño se detuvo en un gesto de la madre. Ella tenía la cara tensa. Empezó a responder con laconismo y prisa a las preguntas y pagos de los niños. Sus ojos se veían opacos; se negaban a ser vistos con detenimiento por nadie o era como si vieses el mundo sólo porque no hallaba manera de mandarlo de una vez y para siempre a la meritiba

chingada. Cuando el hijo se acercó a meter unas monedas en el cajón y tocó inadvertidamente el brazo derecho de la mujer, ella lo rechazó con presteza, sin reparar en el movimiento ni decir nada. En el corazón del niño se alzó una bandera de angustia; ya conocía esa grieta, esa hambre dolida que lo intranquilizaba haciéndolo temer una reprimenda por algo que no tenía manera de adivinar. Era un miedo primitivo a que ese solo gesto fuera ya la forma de tratarlo que tendría su madre siempre hacia el futuro. Una ruptura inexplicada, sin apelación. Sólo vivirlo así, en la carne viva del momento, le ponía en marcha un flujo de ansiedad. No importaba que esta fuese la quinta o décima ocasión que ese desapego ocurría; siempre era vivirlo como una vez primera. Este día se vio torpe luego al recibir monedas, sacar la cuenta y entregar la feria, y con muy pocos ánimos de volver a la escuela pa seguir las clases.

Ya se habían ido los plebes. No había negocio ya en la tienda. Podía salir al patio, caminar a la escuela, olvidarse del ajeteo y la venta. No podía. Su madre se veía encerrada en su pensar, la mirada puesta en algo allá afuera, quizá el tractor, un árbol de la huerta. ¿Qué era?

—Ya me vuá volver a la clase, ma...

La mujer sólo movía la cabeza de arriba abajo. Irguió la mano izquierda y con un gesto ausente se rascó la ceja.

—¿No ocupa nada?

—¿Qué voy a ocupar, mocoso? Ya vete, qué esperas... Andas todo atolondrado, válgame Dios...

El profe Ochoa era bajito y delgado, pelirrojo y de cara chapeteada por el calor. Él se encargaba de tres grupos: primero, tercero y quinto. La maestra Cecilia era también esbelta, de pelo lacio muy corto y una falda gris perpetuamente larga. Ella arriaba con los plebitos de los otros tres grados. Se habían casado al salir de la normal. Llevaban ya tres años en el pueblo. Aún no tenían hijos y, cuando se le preguntaba al maestro que qué andaban esperando para poblar Chapotán, ¿o qué, profe?, díganos en confianza, ¿a su mujer le parece muy rascuacho el pueblo pa que aquí nazca el heredero de su sabiduría? —haciendo suponer con ánimo insidioso que la virilidad del profe no debía ser puesta en duda y que todo habría de ser cosa de la maestra, creidita de seguro por venir de la suidad—, él se soltaba hablando de los



pocos hijos para darles mucho y esas cosas que a los lugareños nos parecían palabras venidas de la luna o, en el peor de los casos, desde que se inventaron los pretextos se acabaron los maricas, musitaban nuestros padres mirando al maestrito este con ojo de recelo.

El primer día de los nuevos profes en Chapotán, hacía pocos años, sucedió lo del llanto. El Héctor había reprobado segundo, y tenía que repetirlo. El Flavio iba a ser inscrito en primero. La escuela, con dos salones en los que sólo se daban clases de primaria —eso del kínder ni se conocía por estos rumbos—, era una construcción alta de techo a dos aguas, de paredes color hueso en las que se leía el nombre de “Escuela Primaria Rural Federal Nuevo Surco”. Desde que cumplió cinco años, en julio, cada que iba o venía a la milpa y pasaba por afuera, el Flavio se creía retado: el corazón le latía con urgencia y susto, pues ya en septiembre iba a entrar al salón y a tomar clases: ¿le iba a ir tal vez tan mal como a su hermano? Imaginarse reprobado sería la peorsísima vergüenza. Y es que el profe Remigio, el anterior, por cualquier cosa agarraba a cuartazos a los plebes y al final reprobó a muchos —entre ellos al Héctor, ya dijimos—, por eso varios padres se reunieron muy airados y fueron todos serios a Tamazula.

—Eso es cosa del gobierno federal, Eutimio — respondió el alcalde, asumiendo que el padre del Héctor, hombre respetado y serio, era de algún modo el dirigente de los quejosos—, pero déjame ver qué se puede andar haciendo. No aseguro nada.

Algo se pudo, o quizá el profe Remigio mismo pidió y consiguió su cambio, ya estaba harto de este pinche pueblo de sombrero borrachos y muertos de hambre, y ahora el Flavio se había enterado de que al empezar primero, la escuela estrenaría maestros: además, cosa de maravillarse, eran dos y no uno. Recién salidos de la Escuela Normal. Los pobres más les vale que sí sepan navegar a tanto chamaco bien rudo.

Y luego (decíamos) llegó el famoso día del llanto.

Apenas cada alumno entró al aula, el profe Rodolfo, sin presentarse ni dar la bienvenida al nuevo ciclo escolar, empezó a pasar la lista de primero. En tercer lugar estaba Carrasco Heras Flavio...

—¡Presente!

El profe se le quedó viendo: vaya mocoso más desnutrido. Era el más chiquillo de toda la bola. Esas manchas blancas en la cara, qué mala señal...

—¿Qué día naciste, muchacho?

Tal día, tal mes.

—De qué año...

El chico pasó saliva antes de responder.

—Tienes cinco años cumplidos nada más. ¿Sabes eso qué significa?

Un moscardón raspó con sus alas una parte muy miedosa del alma del chamaco.

—...hay nuevas reglas de la Secretaría de Educación. Hasta que no tengas seis años no puedes empezar primer grado. Vete a tu casa. Volverás el año quentra.

Y con la quijada temblándole el plebe agarró los cuadernos y los útiles para irlos metiendo a la mochila. Al comienzo aguantándose quién sabe cómo, ya después moqueando a lágrima viva, se fue paso a pasito hasta su casa. Viaje más largo no había hecho nunca, y eso que estaba ahí a medio kilómetro. Llegó y luego luego le contó a su madre; ella lo abrazó y buscó calmarlo diciéndole nada pasa si te aguantas un año, mijo, al cabo que lo listo nadie te lo quita.

—Nada más deja de chillar, ya estuvo bueno.

A la hora del recreo, el mitote entre los chavalillos era que el Flavio seguía chille y chille como una vieja porque, el muy bruto —habrase visto más pendejo tu carnal, decían los otros al Héctor cuando volvían del abarrote— quería a fuerzas tomar clases, ¡venir a la escuela!, en vez de dedicarse otro año a chirotear, andar de jacalero pallá y pacá con la tadera en las manos tirándole piedras a las cashoras y a los palomos en las ramas de los árboles. Una vez que terminó el recreo, y antes de volver al salón, fue llamado el Héctor por el profe Rodolfo.

El hermano vino corriendo otra vez a la casa. Le dijo a su madre que fíjese que dice el profe que siempre sí puede ese muchachito tomar clases este año, qué tal y resulta bien aplicado, que venga, dile. Pero en caso de que nomás no entienda nada, ahora sí se me retacha a su casa y se me tendrá que esperar al año quentra. Cuando el niño escuchó estas palabras salir de labios de su hermano, muy digno y adulto dijo que mañana iba, gracias, estaba de acuerdo.

—¿Qué es esto? Yo nunca había visto llorar a un mocoso porque lo dejen sin clases —el profe recibió con gesto suspicaz a la madre del Flavio, cuando al día siguiente ella fue a acompañar a su hijo para agradecer al hombre esa su decisión de siempre sí permitirle estudiar... Le dio ella una palmadita en la espalda al plebe, quien levantó la ceja izquierda y en cuanto la vio despedirse del maestro, caminó hasta ocupar, por chaparrito, el sitio de más adelante en la fila de primero.

Luego luego el Armando, otro de los reprobados que tendría que repetir segundo, se salió de su fila.

—Ya no más no llores tanto, Flavio Carrasco, el culo te rasco...

El niño le lanzó el puño con el propósito de alcanzarlo en el brazo. Sonriendo, el Armando se lo detuvo con sólo extender la mano y, mientras se lo apretaba torciéndoselo, usó un tonito que se pretendía conciliador:

—Es de carrilla, loco. Pregúntale al Hectorillo Cara de Fundillo. A él también se lo decimos, y ni se agüita nunca...

—Ya suéltame, cabrón —gimoteó el Flavio, buscando con la izquierda arrancarse la mano forzada del otro.

Varios lugares atrás, en la fila de segundo, estaba el Héctor. Sin moverse, soltó:

—Mugre Corico, deja en paz a mi carnal o te la meto doblada y sin pomada...

El chamaco soltó al Flavio. Se metió el dedo índice de cada mano en las comisuras de la boca mientras le sacaba la lengua.

—Armando Mendoza, el de la colaapestosa —pronunció a su vez el Héctor, sacándole el dedo medio. Y sonó entonces el tercer llamado de la campana.

## *Las cosas pasan por algo*

No bajaba seguido la Prócora. Era mujer de su casa. Allá se la vivía arriba del cerro, bajo su techo, ya sea en la cocina o barriendo, también lavando la ropa del marido. Le mandaba el lonche a don Bartolo con su nieto menor, el único que le quedaba por ahí. Esa vez el Flavio, sentado en el mostrador del abarroto, levantó la cabeza al verla ir yendo por el patio, haciendo sonar clap clap sus sandalias. La mujer era gorda y bajita, de cara redonda, cejas espesas y ojos diminutos y despiertos. Esperó un momento en la sala antes de pasar. Se asomó al abarroto.

El niño recibió un olor a trapo sucio largo tiempo guardado.

—¿Y tu amá dónde anda, mijo? —la mujer movió la cabeza hacia el fondo de la casa—: Vengo a buscarla, mujer. Usted nunca sube a visitarnos —el Flavio escuchó los pasos de su madre venir de la cocina. Estiró el cuello para ver cómo la vecina abría los brazos—: Aunque me la pase allá arriba, no crea que no me pensiono por usted.

Las dos mujeres entraron en la recámara grande. Antes de cerrar la puerta, la madre ya había empezado a gimotear.

El chico salió al patio; miró a derecha e izquierda. Ningún cliente se acercaba; volvió a la tienda. Cruzó a un lado del mostrador y luego la sala, hasta parar la oreja en la puerta del cuarto. Entre los suspiros y ayes no lograba entender gran cosa de cuanto decía su mamá. “¡Otra mugre vieja resbalosa!”, la mujer subió la voz con ira. “¿Qué culpa tiene el plebito, comadre, en todo caso?”

No parecía decir nada la Prócora; ni siquiera estar ahí.

Se oyó su voz, un hilo suave y bajo pero firme: “Así son los hombres, mija.

Usted mejor aguante, por sus dos pegostes...”.

“No sabe cómo lo tengo aborrecido”, la madre jaló aire. “Una nomás no logra ingrirse a la humillación... Cuánto quisiera no haberle dado hijos, poder largarme...”

Con el pecho latiéndole moleestamente, el Flavio hubo de regresar al mostrador apenas oía los pasos de unas botas en el portal.

El ansia le subía hasta la garganta. ¿De veras querría su madre nunca haberlos tenido, a él y a su hermano? ¿Quién era ese plebita de que hablaba y que no tenía la culpa de qué cosa? Mientras atendía a Flores, que compraba unos cigarrillos Faros, no pudo alejar de sí el temor; el Héctor y él podrían quedarse solos, abandonados por su madre, viviendo en esta casona fría al lado de un hombre tosco a quien no le importaban mayormente. ¿Era por esto que su madre anduvo arisca y pesarosa? Por cosita de nada regañaba a la Elsa, al Héctor, al mismo Flavio... ¿Había dejado de quererlos?

Nada más a Tomasa le tenía paciencia.

Con ella en todo caso ni se ocupaba mucha. La pobre sabía ya bien cómo hacer sus cosas para que no hubiera broncas en nada. Aunque los últimos días se le ha visto también muy calladita, ya mucho más cimarrona que cuando llegó. La caída que se puso en El Toro le pegó en el ánimo: eso seguro.

Se volvía tan azaroso todo, tan a la deriva. Era el suyo de súbito un cuerpo vulnerable, igual que si en cualquier momento lo pudiesen lanzar sus padres a un yermo de vientos congelados y él careciese de una barrera entre la dureza del aire y su piel profunda. Era una cosa de puro desespero.

Cerró los ojos. ¿Todo era culpa de su padre? ¿Cómo expresar lo que traía? Bien querría que su voz se volviera un montón de piedras volando por el aire para poder gritarle, al hombre ese que era su padre, esto y lo otro y lo de más allá; no sabía qué. Se llevó las manos al pecho. Sintió brotarle la medialuna, jalándole de nuevo las lianas de la respiración. No supo cuánto tiempo había pasado para cuando la Prócora, abrazada de su madre, salió de la recámara. En la sala se despidieron. Apenas si alcanzó a discernir que, en efecto, su madre tenía los ojos enrojecidos.

Querría dejar la tienda, meterse a la sala, darle un abrazo a esa mujer. La medialuna parecía haberse vuelto una alimaña suelta, agitándose bajo la piel,

cuando escuchó el motor de la camioneta de su padre que iba entrando al patio. El hombre sacaba la mano y saludaba alegremente a la Prócora.

Hacía mucho que sus padres no peleaban. Más bien: nunca peleaban. No frente a los plebes. Allá encerrados, ya en lo alto y espeso de la noche, él los oía; eran gritos y regaños del hombre. La madre contenía los respiros.

Hacía muy poco el Flavio despertó por el fantasma de unos gruesos murmullos. Salió del cuarto. Ya cerca del cuarto de los padres, lo llegó a escuchar, al hombre, soltando palabras de cuchillo: “Tú te aguantas y te callas o te arriendas a Los Mayos y a ver cómo le haces para criar a los mocosos. Ni me armes argüendes. La llevé de vuelta a Sahuaténipa y ya no vendrá a querer joder”. Él descifró en su propia piel la respiración agitada, la voz de suyo silenciosa de la madre pugnando por salir y erguirse dignamente.

Ella no dijo una palabra.

Todo se volvió para el niño un silencio enojado. Una plasta de aire adensándose a cada instante en torno de la avidez de sus oídos.

Esta vez, mientras los rayos de la tarde caían contra las losas del portal, el niño se quedó quieto con los codos sobre el mostrador. Querría ser capaz de ver el futuro para poder calmarse. Saber ya de entrada si una guerra estaba a punto de alzarse ante sus ojos y entonces arreciar el cuerpo, estar listo ante cualquier desventura: él y su hermano huérfanos que lleguen a andar de casa en casa de arrimados con tíos o parientes quién sabe si tacaños o de buenas almas. O saber si nada ocurrirá para soltar el aliento, bajar los hombros, dejar que los minutos pasen sin esta tensión jalándole los músculos hacia la fatiga.

De seguro —pensaba— sí hay en el mundo alguien capaz de conocer los hechos del futuro. Qué tal y ese conocimiento le estaba guardado sólo a unos cuantos. Y él erguía los hombros tratando de apuntarse, saberse digno de una gracia tan definitiva. Acaso nada de lo que hiciera en su vida dependía de su voluntad. Nacer en Chapotán, tener estos padres, atender un abarrote por las tardes mientras hace las tareas, todo ya estaba fijado desde hace siglos por un Dios escondido pero inflexible. “Las cosas pasan por algo, mijito”, escuchó decir a su madre la vez que se contaba la nueva del asesinato del pobre Ventura. Descubrir esta verdad en las cosas lo hacía sentir liberado, irresponsablemente suelto, si bien sólo por breves instantes; pues no faltaban

reflujos de sospechas que le hacían brotar bruscamente en el pecho las garras del miedo y la culpa: lo exigían prepararse para actuar de algún modo. Defenderse.

—¡Vieja! —el padre se asomó por la puerta de la sala a la tienda—: Mijo, ¿y su madre? ¿Dónde anda esa mujer, caramba? Siempre tengo que andarle gritando pa que me haga caso...

Antes de que el Flavio atinara a juntar dos palabras, de las espaldas del hombre —allá en la entrada del cuarto— vino la voz de la mujer:

—No tienes que hacer tanto escándalo. Sorda no estoy.

—Qué sentidita, chingada madre. ¿No ha venido el Arnoldo? Ocupo ver qué bronca trae con los plaguicidas...

—No se ha aparecido por acá.

—Este cabrón tan ñengo siempre. Hay que andarlo arriando pa todo... ¿Ocupas que te traiga algo de pabajo?

Lo supo. No habría guerra.

Su madre no le echaría en cara al hombre el encabronamiento que dividió con la vecina Prócora. Y no supo si esto (la horrenda paz de una madre contra sí misma silenciada) fuera lo más deseable, ni siquiera lo justo. Seguía trayendo en el alma del corazón un latido rojamente afanoso que le oprimía el aliento nada más pensar en la asfixia de su madre, apenas recordaba cómo esa mujer, de siempre tan robusta y alegre, tan decidora y generosa, seguía sufriendo sin que él tuviera el menor modo de socorrerla.

—¿No ocupas nada de veras? Dame de comer alguna madre, pues. Píquele pa la cocina, ándele...

Don Eutimio no quería confiarse en el Arnoldo, es un pelao sin cerebro que siempre mete la pata cuando lo mando a Culiacán. La última vez se le ponchó la llanta en un bache ahí por la Galeana, en el Mercadito. Puras batallas con él.

Por eso, al día siguiente, antes de que cantaran los gallos, el padre del Flavio ya había desayunado y, en preparación para el viaje, encendió el motor de la camioneta.

El cuarto de los plebes tenía una ventana que daba a la cochera. Por ahí entraba el runrún afiebrado del motor que se metía en el soñar del chico, le

recorría la piel y lo hacía sentir en un vibrante flujo de rugidos acompasados que lo sostenía con gozo en las vías de la duermevela. No quería despertar; habría querido que ese rumor durara para siempre. Pero entonces, de un momento de luz a un momento de sombra, el rumor cesaba; no era ya un rugido amable sino una pérdida. El hombre se trepaba a la troca y metía los cambios. Salía de la cochera y el Flavio se iba hundiendo a fuerzas en la opacidad hueca del día; era como si le robaran un resquicio privado en forma de sonido dentro del que su cuerpo ansiara quedarse a nadar ya sin retorno. Ese instante daba inicio al día; era menester ahora levantarse y desayunar, salir corriendo a la escuela al oírse la segunda campanada.

Esta vez el tiempo parecía querer quedarse en otra dimensión haciendo remolinos, obligándolo a corroborar si las cosas de la rutina estaban movidas de lugar, como un costal de granos de maíz desperdigados por el suelo.

Ya en la cocina, vio a la Elsa a un lado de la estufa. De una bolsa amarilla que lucía el letrero rojo de “Combate” echaba en una olla con agua hirviendo cucharadas de café molido. No pasó mucho tiempo antes de que toda la cocina recibiese el olor fuerte y caliente del café que ensanchaba sus morenos brazos de aire hasta el comedor. El Héctor estaba sentado ante un plato de frijoles.

—¿Y mi amá? ¿Y Tomasa?

El Héctor levantó la ceja.

—Siéntese, mi niño —la Elsa le llevó frijoles y cuajada—, llegará tarde a la escuela.

—¿Y ora qué pasó? ¿Tú sabes? —el Flavio se quedó detenido con la mano derecha sobre el respaldo de la silla mientras veía a su hermano.

—Nada, muchacho —zanjó la Elsa—. Su tata fue a llevarlas a las dos pabajo. Tomasa está mala...

¿Mala de qué? Llevaba días sin hablar gran cosa con la chavala; desde el episodio del golpe y la promesa de casorio, él se ponía nervioso en su cercanía. La muchacha hizo un viaje a El Toro a visitar a su familia por la época en que él estuvo enfermo del ojo en Culiacán, y desde entonces había vuelto cabizbaja, con el famoso moretón en la cara. Se la vivía en la luna, siempre haciendo los mandados, por supuesto, aunque sin un solo pedazo de luz en los ojos...



La veía acostada en una cama de hospital, desangrándose, de plano agonizando, con su nina Maruca a un lado de la cama, dándole ánimos pero quién sabe por qué convencida de que la chavala no tendría sanación.

Ya se había sentado, enrolló la tortilla y empezó a sopearse los frijoles, cuando cayó en la cuenta de que su padre se había ido también. No podía recordar una vez que hubiesen viajado los dos padres juntos a Culiacán: cuando su madre bajaba, se iba en la tranvía, en la cabina del lado del chofer, y don Eutimio se quedaba a cargo de los morros, les hacía para el desayuno siempre sin falta huevo con queso rallado, y trataba con sequedad a la Elsa, como señalándole una distancia o como si en realidad siempre le hubiera tenido poca paciencia y el viaje de su madre le permitiera manifestarla... No es que al Flavio le gustara verse tan cerca de su papá, pero ahora sí le parecía que...

—¿Por qué no se fueron ellas en la tranvía, pa que mi apá se quedara?

La tranvía iniciaba su viaje a las diez, y con suerte, cuando no se embroma, llegaba a Culiacán hacia las dos de la tarde. ¿Tanta era la urgencia de que un matasanos viera a Tomasa?

—No, mi rey. Su tata regresa luego luego; nada más va a dejarlas al consultorio, pasa por no sé qué cosas de plaguicidas al Mercadito y se arrienda patrás. Su madre salió con eso de que le haría daño el polvo del camino a la chamaca si se iban en la tranvía. Imagínese, salió bien fina esa Tomasa...

—Y yo que pensé que la Chapitas te caía bien —terció el Héctor.

—No metas cizaña, mocoso. Claro que me cae de mil amores... Nada más no se lo vayas a venir diciendo porque se pondrá toda luria de saber que la adoro. Lo que no entiendo es por qué esta Maruca la trata como si fuera su hija —la Elsa levantó la cara. Puso los hombros en jarras y luego se quedó mirando por la ventana, haciendo vivir un dilatado suspiro.

—Elsa —el Héctor se paró, dejando el plato sin terminar—, ¿tú te acuerdas de la Silvanita?

El Flavio nunca le había escuchado ese tono a su hermano. Era el tono inquietado y conmovido de alguien con sentimientos; no el peleonero y lépero que luego se dejaba ver, sobre todo cuando andaba con sus amigos.

—Ay, muchachos... Pobre de su hermanita... La piel del pecho se le ponía toda azul... Cómo sufrió ese pedacito de carne... Y ahora su amá trata con tantísimo cuidado a Tomasa. ¿No la vieron ayer a la princesita? Se la pasó todo el tiempo encerrada en el cuarto, haciendo pucheros de que le dolían hasta las uñas... Pero ya píquenle —a lo lejos se oía sonar el primer llamado de la campana—, van a llegar tarde.

A la hora del recreo, el Héctor se quedó comiendo moscas en el patio de la escuela pero el Flavio sí que se exigió salir en chinga hacia el abarrote. ¿Tendría que llegar él mismo a abrirlo? Cuando alcanzó la cuesta viniendo del arroyo, vio el portal de la tienda con varios hombres de pie. Él habría de ser el primer niño en llegar desde la escuela. Algún abusado podría querer aprovecharse de la ausencia de sus padres y habría quizá venido a abrir por sus pistolas, quedándose, claro, con el dinero de las ventas. Desde que el Memío se fue al Otro Lado, sus padres se quedaron sin un buen dependiente, un muchacho listo y bragado que además de atender clientes en el mostrador era bueno para ordeñar las vacas, destazar los cochis en Año Nuevo y cargar las cajas de cervezas de la tranvía hacia la bodega. Cuando llegó al portal, el Flavio cayó en la cuenta de que los hombres frente al abarrote no eran tantos como creyó ver. Ahí andaba Santos, muy quieto en una de las esquinas, recargado en la pared y con la mirada fija en los dos altos hombres, sin duda fuereños, que bebían caguamas sentados en los escalones. Aparcada frente a la casa de los López: una troca roja con un buen de costales en la cajuela. Hacia el fondo del portal, muy callado con los codos sobre el mostrador, el Arnoldo. ¿Y este bueno panada qué hace aquí? Era retebruto para las cuentas, ¿cómo se le ocurrió a su apá dejarle encargada la tienda? Hasta la Elsa lo podría hacer mejor.

—Ese güerito, ¿y su tata? ¿Pa dónde jaló? ¿De veras agarró pabajo con todo y el viejerío?

Primero no se percató de que la pregunta había nacido para él. La voz pasó como por encima de su cabeza, sin tocarlo. Cuando una mano en el hombro lo jalaba hacia atrás rudamente, la pregunta se le detuvo ante los oídos.

—¿Mande? —un látigo de frío se le estiró por la columna. Le sorprendió ver de pie al hombre, un gigantón de piochita negra y ojos verdes, camisa de

rayas blancas y rojas y un pantalón de mezclilla. Traía botas, una pistola al cinto y dejaba salir un picante tufo a cebolla.

—Deje en paz al plebe, germán —desde el interior de la tienda vino la voz del Arnoldo—. Ya le dije por qué don Eutimio agarró pabajo...

El tipo siguió dejando su férrea mano sobre el hombro del Flavio al tiempo que levantaba la otra y, extendiendo el índice y el pulgar en escuadra, simulando una pistola, apuntaba en dirección del Arnoldo.

—No te metas, pinche prieto cagado. ¿Qué este chavalito no puede hablar por su cuenta? ¿O qué? ¿Los hijos de tu patrón son unas señoritas cimarronas? —le pegó al Flavio con la palma en la nuca—. ¿Te comieron la lengua los ratones, niñita? —se llevó la mano a la funda de la pistola—. ¿Sabes a qué vinimos? Ocupamos hablar con tu tata, de negocios. Vengo a visitarlo y ¡nada! La señora Maruca, tampoco. Así no se puede... Su sobrino coyón nos quedó debiendo dinero. ¿Quién nos va a pagar esa lana que se clavó el puto del Gaspar? ¿Tú la vas a pagar, escuincle?

La lengua trabada, los ojos bajos, el niño quería llorar.

El otro hombre se acercó. Era igual de alto pero de rostro más oscuro: la barba boscosa y nigérrima casi nada más le dejaba mostrar los ojos y la frente.

—¿Tú eres el cerebritito que saca puros dieces? — el pastoso aliento a cerveza le llegó al Flavio como un golpe a la nariz—. ¿Por qué te dio la temblorina? Muy bueno pa la escuela, pero saliste medio marica por lo visto. Se ve que eres pariente del pinche Gaspar ratero. ¡Nada más falta que te nos vayas a mear aquí mismo, en los pantalones!

Ese instante se le volvió al Flavio una mancha en su moverse por el tiempo. Sólo el pobre de Santos y el Arnoldo eran testigos; los demás varones del pueblo andaban en la milpa. De repente, en lo que fue unos segundos nada más pero que él vivió como un puente inacabablemente distendido, se escucharon las voces alegres de los alumnos que venían de la escuela aprovechando el recreo. De un momento a otro, el Flavio se vio a sí mismo dentro de la tienda, a un paso del mostrador, como si tuviera el cerebro ablandado, tomando sin conciencia las monedas de los plebes, entregándoles paquetes de galletas o dulces. Allá en el portal estaban los dos hombres pisteando como si nada, le echaban carrilla a Santos, a los mongolitos como tú

no se les para, ¿verdad que nunca te has culiado una vieja?, igual y te caparon de morrito y por eso saliste todo mariqueta...

Ya que fue hora de volver a la escuela, no repararon los fuereños en la salida del Flavio. Él pasó de largo por el extremo del patio. Estaban ellos jugando a la baraja, seguían pistee y pistee sin poner atención en torno. Cuando los dos hermanillos volvieron de las clases, a la una de la tarde, ahí seguían los dos hombres, salvo que entonces, por acercarse la hora de la comida, ya había recalado Lupe López, el vecino picapleitos que se emborrachaba cada tercer día e iba a la milpa sólo cuando le daba gana, para eso tenía tanto hijo que se encargaba de abrir los surcos por él contra la tierra. Lupe López era un hombre alto y flaco, de cara larga y mejillas siempre chapeteadas. Traía a menudo un picadiente entre los labios, lo movía, metía, sacaba como si fuera un dulce que nunca se acabase. Estaba asomado a los naipes del hombre llamado germán, a quien parecía adulonamente decirle algo en susurros. Vio de refilón pasar a los escuincles y soltó un gargajo sobre las baldosas, a pocos pasos del Héctor.

El Arnoldo los recibió con una cara de inquietud; el sudor le llenaba la cara. Moviendo los ojos en dirección a la sala, y con el gesto de los dedos de la mano derecha moviéndose frente a su boca, les indicó que entraran a comer.

—¿Tú sabes quiénes son esos fulanos? —soltó el Héctor.

La Elsa se llevó el dedo índice a los labios. Eran Los Del Potrerillo, ¿no los conocían? Nada más escuchar esa respuesta y el Flavio volvió a sentir la punzada en la medialuna del pecho. Dejó de sentir el hambre.

—¿El que acuchilló al Vitorio Aispuro es uno de esos?

—Ey.

—¿Y qué buscan aquí? —el Héctor no bajó la voz y la Elsa hizo una cara como de querer darle un sopapo, fijaba los ojos con fiereza en la cara del plebe.

—Que quieren hablar de negocios con mi apá, dijeron eso —se le escapó al Flavio.

—¿Tú hablaste con ellos? —había un tono de reproche en la Elsa. Como censurándose por haber hecho sonar esa nota de regaño que hacía ver su desasosiego, buscó suavizar la voz—: ¿Cuándo fue eso, mi rey? ¿Qué más te

dijeron?

Sin entender del todo si hacía bien o hacía mal, el niño dijo que el tal Gaudencio se había burlado de él por quedarse callado.

—¿Cómo se atrevió a echarte harejías? Avemaría purísima, esa gente es bien alzada nada más porque se dedican al Negocio...

Eran ciertamente muy engreídos, lo sabía el Flavio. Y también peligrosos: Los Del Potrerillo no eran cualquier gente. Gaudencio y germán Lizárraga habían matado a más de cinco. Uno de sus muertos fue el Ventura, vecino de aquí de Chapotán, a quien le acomodaron tres disparos por la espalda bajo un guamúchil a la salida del pueblo. También estuvo el Ventura metido en El Negocio; hubo un tiempo en que se llevaba muy bien con quienes serían luego sus asesinos.

—Mijito —se agachó la Elsa frente al Flavio—, no le vayas a contar a tu tata lo que te dijeron ese par. El tonto del Arnoldo y yo —le puso las manos sobre los hombros— pagaríamos los platos rotos...

¿Estaba la Elsa de veras con tanta pensión? Su padre era hombre de paz y nunca tenía broncas con nadie. ¿Enterarse lo llevaría a buscar pleitos con esos hombres? Quizá más bien le provoque risa... Aunque Los Del Potrerillo eran gente pesada. Se les veía pistear seguido con el teniente Peláez o el comandante Verdugo, se iban de parranda días enteros allá en el cuartel de Tamazula. Los guachos nunca descubrían sus plantíos, qué casualidad, dime, mijito... Varias veces había el Flavio oído a su madre reprobar la conducta de esos tipos, ¡se dedicaban al contrabando! Los chamacos crecieron sin padre —el hombre era bien pobre y se fue al Otro Lado, nunca se volvió a saber de sus huesos— y la madre salió una mujercita débil y temerosa que pronto se dio a la bebida, acabó bien deschavetada, decía ver arañas y cashoras prietas corriendo por las tapias mientras se arrastraba aullando. Una tía los agarró bajo su cuidado pero nada más fue para matarlos trabajando en la milpa, los agarraba a chicotazos con el menor pretexto hasta que pasó lo que pasó: un buen día el Gaudencio se encabronó de aguantar los malos tratos y ahorcó a la triste mujer. La estranguló, sí, mijo. Luego anduvieron diciendo que no, que le había dado un infarto a la pobre... Aunque haiga sido tan mala con ellos, al Gaudencio se le van a secar las manos... Todo se paga, recuérdalo...

—Ya siéntate, mi rey, no te me quedes todo lelo —lo hizo recalar en el mundo de los vivos la voz de la Elsa (quien ya le había servido al Héctor un plato de albóndigas). El hambre le regresó: fue como si se le formara un vapor cálido en la base del estómago, empezó a salivar: la Elsa sí hacía las albóndigas sin verdura, y no estaba moliendo, como luego hacía la madre, con que había que comerse todo, los ejotes y la cebolla incluidos, porque en África había muchos niñillos pobres que no tenían nada que llevarse a la boca y él debía ser agradecido con dios y tragarse las mugres verduras. Eso era una lata: tantos platillos que hacía su madre, él a puras batallas los tragaba. Con un ligero temblor en las corvas, jaló la silla y se sentó. Cerró los ojos antes de agarrar la cuchara: todos podían irse a chingar a su madre: ese par de pistoludos allá afuera piteando, los niños muertos de hambre, todo realmente, mientras él pudiera sentarse a comer unas albóndigas hechas por esta mujer de dios llamada Elsa Machado López.

## *Veneno en el paraíso*

No los dejó ya después el Arnaldo quedarse en la tienda. Tuvieron que hacer la tarea ahí en el comedor. En un descuido de la Elsa, que luego de lavar la losa entró al cuarto de la patrona a untarse crema Nivea en las manos, el mayor se puso de pie, cerró el cuaderno y, riéndose con cara diablesca, se escabulló por la puerta de la cocina rumbo al patio de atrás. El Flavio lo siguió con la vista: el cuerpo flaco y correoso colocaba las manos sobre la barda, tomaba impulso y en un segundo se desvanecía del otro lado. La Elsa al volver nada más movió la cabeza, frunciendo la boca.

—Si no es a su apá, tu hermanito no le hace caso a nadie... Nada bueno va a sacar si sigue juntándose con el Juanillo, ¿por qué no entiende?

—Al menos ese del Juanillo le gusta Tomasa, sigue diciendo que la va a convencer de que se juya con él...

—¿Sigue con eso? Pobre tonto, que ni se ande embodando. ¿Quién se va a querer juyir con un vaguillo jacalero como él? —la mujer se sentó a la mesa, jaló un cazo de frijoles y empezó a limpiarlos sobre el mantel—. Lo mejor que puede hacer es agarrar pal Otro Lado, la verdad.

¿Qué era El Otro Lado exactamente? Parecía no un sitio ubicado en quién sabe qué región de los mapas, sino una esfera aparte, casi una pura irrealdad. Algo así como un paraíso envenenado en que todo es azaroso: te pueden matar a la mala o igual te vuelves milloneta. Ya sabía el chico que su hermano y él, por obra y gracia de la terquedad de sus padres, estaban a salvo de tener que irse de mojados con el peligro de que los gabachos te balaceen al cruzar la frontera. “Usted no tiene otra obligación que estudiar. Primero se me recibe de licenciado, y cuando me traiga ese papel, podrá hacer con su culo un

papalote”, decía su padre cuando con el cinto azotaba al Héctor por sus seises y sietes en la boleta de calificaciones y por los reportes de mal comportamiento que mandaban de la escuela: el chamaco había salido bien rudo, no se sabía estar sosiego en el mesabanco, se ponía a hablar a mitad de la clase con el Chacho o el Juanillo, siempre se tardaba adrede para volver a entrar al salón después del recreo. Al Flavio en cambio le temblaban las corvas nada más de imaginarse que algún día el vozarrón de piedra de su padre podría llegar a soltarle tamañas regañizas.

Eso no era todo. Su cuerpo era otro al sentarse de cara al pizarrón. El profe Rodolfo entraba al aula y todos se ponían de pie gritando ¡Buenos días, maestro! Abría el Flavio un libro de texto y arrancaban las explicaciones: por su cuerpo refluían mansos fulgores de felicidad a como el olor del gis haciendo nacer letras y números en el pizarrón se esparcía por el salón. Era una cosa grata de la piel hacia las vísceras que le habría vuelto imposible distraerse, sacarle cháchara a ninguno de sus compañeros. Nada de eso. Aprender las cosas de los libros y escuchar las palabras del profe lo llevaban lejos de los pleitos de sus padres, en un sitio distante de las historias de balaceras, guachos, matones y raptos que luego iban y venían por los pueblos de la sierra. Hacía las tareas apenas comer, y los dieces se anotaban en su boleta sin que él se esforzara. Raramente tenía que estudiar para las pruebas. Ya estaba habituado a que su amá lo elogiara por cerebritito, a que su apá — aunque nunca le dijera nada directamente, pues, como luego explicaba, la obligación de los hijos era sacar puros dieces, no sea lurio, no es ningún mérito ni tengo por qué andarlo felicitando— lo presumiera con las visitas: este me salió bien estudioso, quién quite y sí se me logra y se me recibe de licenciado, que estudie derecho para saber hacer negocios chuecos... Vieja, tráele la boleta del Güilo pa enseñársela a mi compa y que no ande diciendo luego que me da por inventar cosas...

Él habría de mudarse a Culiacán. Si su padre no aceptaba la mudanza en familia, él viviría de arrimado con algún tío mientras pasaba a la prepa y, llegado el momento, entraría a la universidad. ¿Tanto estudiar será necesario para volverse buen comerciante? Verse así en el futuro, y pensar que a cambio el Juanillo, El Corico, el Julián sí tenían que ir haciéndose a la idea de agarrar



con todo y enfilarse al Gabacho, lo hacía sentir un sigiloso trapo húmedo pesando en los pulmones. No iban los otros plebes a poder estudiar. Esos muchachos, al carecer de unos padres como los que él tenía, no habrían de saber a tiempo que El Negocio era una trampa: al principio te forras de billetes verdes, compras una troca del año, le pones antena parabólica a tu santa madre para que vea las telenovelas que se le antojen, y lo mejor: te la puedes pasar pisteano hasta reventar, sacando a bailar a las morras más güeritas sin temor a que te hagan el feo, pero al poco tiempo te pasa lo que le pasó al Ventura, terminas balaceado por la espalda, aquí no hay lealtades, los mondaos de tu propia clica te van a querer andar baleando, mijo, o te puede pasar lo que a tu primo el César, que está en las Islas Marías desde hace tres años, y sus plebitos, tus primos, pasan las hambres más flacas...

El Flavio levantó la mirada. La Elsa silbaba una canción, se ponía de pie y, con el cazo en las manos, se dirigía al lavadero.

—Elsa, dime la verdad. Si el Juanillo se mete al Negocio y vuelve forrado de dólares, ¿crees que Tomasa se quiera casar entonces sí con él?

—No, corazón. ¡Hasta crees! La Chapitas se merece un marido bueno —y de súbito se recompuso, como si una nube traídoramente triste le cruzara por los ojos. La voz le salió grave al tiempo que dejaba el cazo bajo el chorro del agua—: Aunque quién quite y esa muchacha no nos va a venir durando tanto.

## *Arquitectos y manzanas y mierda*

Venían los hombres de pasar la mañana en la milpa, sudados y exhaustos por el violento sol de junio, con manchas de tierra en las manos y los brazos. No se hicieron del rogar para entrarle a la bebida cuando los hermanos Gaudencio y germán le chiflaron al Arnoldo pidiendo caguamas y vasos para repartir. Dos muchachos sentados en el pretil jugaban a las vencidas; en torno suyo otros los guachaban, expectantes, soltando de cuándo en cuándo una palabra, un grito de burla o apoyo. Hubo un momento en que Lupe López, gustoso siempre de presumir su voz, todo achispado ordenó a dos de sus hijos que se trajeran la guitarra y el tololoche. No tardó mucho para que a lo largo del portal resonara su bien timbrada voz con los versos de “Moneda sin valor”:

Tanto te amé que hasta por ti pensé matarme.  
Oh, qué ironía de este mundo tan traidor.

Entre el jolgorio y los gritos, se asomó el Flavio desde la puerta de la casa y aprovechó para escabullirse cruzando el portal y el patio.

Entró a la huerta. Respiró con largueza. Sentía los pulmones más anchos, generosamente despiertos por la sola cercanía de lo verde y la humedad en las plantas y árboles. Llegaba en sordina el ruido de las voces y canciones, como si hubieran metido a todos esos hombres en un veliz y le hubieran subido de malos modos el cierre. Caminó por el sendero entre los duraznos y los plátanos. Eran árboles altos y frondosos que, para su breve memoria, habían estado siempre ahí.

Hasta la noria llegó el niño. Luego de prender la bomba, tomó una manguera y se acercó al pie de uno de los mangos. Estuvo así, dejando caer el agua sobre las raíces de un árbol tras otro por una hora. Quedaba claro por qué su padre prefería la vida en el pueblo... Si su madre se salía con la suya (cosa difícil) y ya pronto se iban a vivir a Culiacán, lo que echaría más de menos sería la huerta. Se extendía desde el borde del arroyo hasta el patio que servía de estacionamiento a las camionetas y las tranvías. Ahí pasaba el Flavio seguido sus tardes. Regaba más o menos a esta hora, cuando (dócil a su diaria fatiga) el sol aún no se había puesto pero ya faltaba bien poco para el reino de la oscurana. No era sólo por comer de la fruta —prefería las ciruelas, que en junio lanzaban los dedos de su olor amarillo por las ramas de varios árboles ubicados junto a la cerca que separaba la huerta de la casa de Lupe López—. Lo que buscaba era estar solo. Si se mudaban a la suidad, ¿dónde que iban a tener una huerta parecida?

Culiacán era el puro hacinamiento. Cada que estuvo allá de visita —como esas semanas de la enfermedad de su ojo— se trajo la apretada sensación de quien no respira con soltura. Sus pulmones renunciaban a jalar el aire suficiente. Era mucha gente corriendo en las calles, el humo saliendo agresivo del escape de los autos; claxonazos y gritos por acá y por allá; asfalto caliente y una casa al lado de la otra, una cuadra seguida por otra. Pasaría lo mismo si un dios juguetón malévolamente arrepegara las veinte casas y chozas del pueblo y las pusiera una junto a otra ahí mismo en el patio o a lo largo del arroyo. ¿Qué impresión le habrá dejado la suidad a Tomasa? Ella sí que nunca antes había puesto un pie por allá.

“Cuando vayas pabajo, nada más no te pongas a contar los carros, no vayas a salir tan cora”, le echaba carrilla la Elsa, buscando amarrarse la gana de reír al ver la expresión perpleja de la muchacha, que movía los ojos hacia los lados con el gesto de quien no entiende las cosas pero teme preguntar al suponerlas evidentes para los otros.

“No le hagas caso, hija. Es porque allá hay más carros que los que no has visto en toda tu vida”, aclaraba la señora María.

Pasándose la mano por la sien a la manera de quien se espanta un mosquito, el niño trató de alejar de sí la imagen de la morra. Lo mortificaba

temerla de veras mal, enferma de una cosa podrida que como a la tía Evodia le hubiese nacido en la raíz invisible de las vísceras, un tumor malencarado que no tendría compasión de sus quince años, sus mejillas siempre enrojecidas, la encantadora timidez de sus palabras y ademanes. ¿Y mis padres —pensó el Flavio— estarían pensando en llevársela a Culiacán si se mudaba toda la familia? ¿O la habrían de hacer volver a El Toro, al lado de su gente? Cada que habla de arriendarse con su tía, se pone la pobre bien agüitada. Pero, con lo cimarrona que es, Tomasa no podría sobrevivir en la suidad. A nadie como a ella la habría de asfixiar el escenario de tanto ruido y casa amontonada, tanto carro...

“¿Nadie le pone un alto a los arquitectos, ma?” Iban esa vez en el auto de la nina Carmelita a visitar al oculista. “¿De qué arquitectos hablas, muchacho?” “Los que construyen las casas de Culiacán”, y el niño señaló hacia la fachada de las casas que iban pasando. “Deberían dejar espacio entre una casa y otra, como allá en Chapotán. Se ve feo que estén arrimadas unas con otras”.

La nina Carmelita se rio. La madre se le quedó mirando de refilón. ¿Acaso había una escondida burla en las preguntas de este condenado?

El niño se sabía visto por sus padres y maestros como alguien anómalo, desencajado, de absurdos decires. Siempre le vivía en la cabeza una vocecilla reciamente autónoma, venida sabrá dios de qué país, un regalo quizá del diablo que le arrancaba de la lengua preguntas sobre porqués y cómo sin que él pudiera hacer mayor cosa para apagarla. Desde que se acordaba había estado en lo más hondo de los ríos de su cabeza esa libre voz haciéndolo pensar pensar pensar sin fin.

“¿Y si sembramos un manzano en la huerta?”

Eso preguntó una vez hacía no mucho, cuando se halló que en el libro de texto una página decía cosas de Chihuahua. El estado es famoso por su producción de manzanas y queso, además de su clima extremadamente frío en invierno. La siguiente vez que el padre viajó a Culiacán se llevó el encargo, por voz de su esposa, de traer un kilo de manzanas. El niño guardó las semillas y en un sitio cerca de la noria sembró varias, dejando cosa de medio metro entre una y otra.

Esperó semanas. Un mes.

Ninguna germinó. Repitió el intento (y nada).

“Se ocupa que haga más frío, mijo. Como en Chihuahua”.

“Tampoco es que acá sea tan caluroso...”

“Imagínate qué frillazo ocupan las manzanas pa crecer. Allá en Chihuahua a veces hasta cae la nieve”.

Tanto no podía representarse. ¿Cómo sería Chapotán si nevara? Ya había anochecido. La música y las voces de los hombres seguían llegando ensordecidas. Ya había apagado la bomba de agua y enrollado la manguera. Estaba tendido sobre el zacate en un claro entre los árboles, con la mirada diluida hacia las estrellas, recibiendo el fulgor blanco de la luna y el húmedo olor que nacía de la tierra y se volvía denso al enredarse con las ramas.

Hasta que sintió una opresión en el bajo vientre. Extendió los brazos, levantó la cabeza, echó el cuerpo hacia delante. Se irguió a medias; con una mano sobre el zacate, se puso en cuclillas, el talón del pie derecho contra el culo. Pujó, apretando el esfínter. Desde el culo se le irradiaron como vibrantes flores amarillas un caudal de pulsiones eléctricas que le llegaban a la coronilla, dándole placer. Cerró los ojos cuando un nuevo impulso del colon quería obligarlo a soltar la mierda. Se contuvo, pujando de nuevo.

Fue entonces que se apagó la música.

Se escuchó el balazo. Y otro.

Después, arreció la grito de los hombres.

Aparcada frente al portal, la camioneta de su padre tenía las luces encendidas. Algunos muchachos corrían a grandes zancadas rumbo al arroyo, otros hacia el Zanjón. Los Del Potrerillo avanzaban en dirección a su troca, seguidos por Lupe López y dos de sus hijos. El Gaudencio se volteó. Caminaba de espaldas, más lento; iba apuntando con la pistola, mostraba la palma izquierda haciendo la señal de que nadie se acercara. De su boca salían sonidos cortados que no se entendían, como si la lengua se le atorase en una lucha por dar órdenes más allá de la embriaguez. Bajo la luz de la luna llena de junio, el Flavio se fijó en el otro hermano: iba adelante y ya estaba metiendo la llave del lado del asiento del conductor. A pocos pasos, en la entrada de la casa de Lupe López, dos chamaquillos de panza descubierta se asomaban con medio cuerpo sobre la barda.

En el otro extremo del patio, el Arnoldo y dos batos cargaban un cuerpo. Uno abrió la cajuela de la troca de don Eutimio. Se subió y ahí lo acomodaba, jalándolo de los hombros. La orina le empezó a quemar la pierna derecha al Flavio.

Entre el aluvión de gritos alcanzó a escuchar los de la Elsa y su hermano. Lo llamaban por su nombre desde la puerta de la casa. Pero él corrió hacia la camioneta de su padre. El Arnoldo y don Bartolo ya se encontraban en la cabina, el primero al volante. Él se asomó por el borde izquierdo de la cajuela, colocó las manos para impulsarse y de un brinco subió el cuerpo. Mientras el Arnoldo hacía recular la troca, él terminó de treparse. Al darse media vuelta, se encontró de frente con la cara de su padre. Tenía los ojos cerrados; una plasta de sangre en la mejilla.

Se le escapaba el corazón por la boca. En ese instante se dio cuenta de que la camioneta se había detenido, y desde fuera lo jalaba el Arnoldo de los hombros; él se resistió y el hombre lo atenazó del cuello.

—Esto no es un juego, mocoso.

—¡No quiero!

Lo cargó a la fuerza y lo llevó corriendo hasta la Elsa. Ella y el Héctor lo sometieron; entre hipos y sollozos y pataleando, él veía a la troca moverse de reversa aluzando el patio y luego arrancar hacia el arroyo, en dirección a Tamazula. No reparó en qué momento habían escapado Los Del Potrerillo. Detenido al fin, se percató de la humedad gelatinosa que traía en las nalgas. Le llegó el olor de la mierda, y ese olor le vendrá ya en el futuro tantas veces; recio, acusador; jamás piadoso.

---

DE BUENA ENTRAÑA



## *Tan desfavorecida*

—Vamos a tener que quedarnos, viejo, nosotras dos...

Lo miró la mujer ladeando la cabeza a la izquierda, señalando a la joven, con un agravado gesto de circunstancia. Temía de su esposo una reacción airada por pedir algo que le movería los planes de su voluntad. Podía tratarse de casi cualquier cosa, por menor que pareciese, aunque muy bien sabía que, si se trataba de la salud, y en especial si las decisiones venían del doctor Amézquita, el hombre acataba sin más averiguata. Ya tranquila por verle una sombra de aceptación y concordia en la forma laxa como bajaba los párpados, le pidió en voz baja llevarlas aunque su comadre Carmelita:

—Nos dejas con ella y así no te agarra la noche cuando te arriendes parriba.

Se hallaban fuera del consultorio. El sol caía con sus manazos de lumbre sobre la banqueta; la luz era una manta brillantemente dura esparciéndose sobre la calle. Con el cabello cubierto por un delgado chal rojo, la madre sentía cómo el sudor le brotaba invasivamente, dejándole un hálito de pesadez y cansancio. Por ser de la sierra no estaba ingruda al calor tan hostil del valle.

El hombre carraspeó. Llevaba en la mano una bolsa naila con paquetes de dulces. Se hizo a un lado y les señaló con la derecha que avanzaran hacia la calle siguiente, donde había estacionado la troca luego de comprar los plaguicidas y el fertilizante. Tomasa se adelantó dos pasos. Los esposos cruzaron miradas; ella hizo un movimiento de cabeza con los ojos a medio cerrar, signando así una expresión preocupada que él no habría de discutir. El hombre sólo miró hacia el frente, por encima de Tomasa, hacia los camiones que entraban y salían en la central foránea del Mercadito, y con un mohín de

contrariedad que a ella le pareció impostado dio salida a un suspiro.

—Se vuelven entonces con el Ramón en la tranvía.

—Sí, viejo, pasado mañana. La tiene que revisar un especialista...

Ya en la mente ella le iba explicando las cosas. Sin poder en ese instante decir nada, ensayaba por dentro el tono, la expresión facial, la blanda lentitud con que hablaría. Me solté a llorar, viejo. Amézquita la tomó del brazo, a esta pobre, y la llevó de vuelta a la sala de espera, le dijo: “Espere aquí un ratito, hija, debo hablar con su madrina”. Me empezaron a dar ganas de vomitar, me faltó el aire. La revisó bien, tú sabes que él es bien cuidadoso. Anotó y anotó cosas en el expediente ese.

Calvo y de cara redonda, con gruesos lentes que le hacían ver los ojos diminutos, no quiso el doctor mirar de frente a la mujer; fastidiado, hizo un guiño y se aplastó las cuencas con la mano izquierda. Ella pensó que el hombre actuaba como si la enferma fuera ella misma, a quien le ha atendido a los niños desde que nacieron:

—María, usted ya sabe qué tiene esta chamaquita...

Le pegaron con un azadón en el pecho. Contuvo un grito; las lágrimas se le escaparon sin más. Inclino la cabeza e hizo el ademán de cubrírsele con las manos; al fin las dejó congeladas frente a los ojos. Irguió el cuello:

—No puedo imaginarme quién habrá sido el desalmado —soltó con la voz a punto del quiebre—. La pobre ha tenido una vida tan desfavorecida...

Volvió al presente al ver que llegaban al bulevar: el rojo en el semáforo había hecho a la camioneta detenerse y ella dejó de sentir el aire de la calle en el rostro. Estaban a tres cuerdas de la casa de su comadre, la nina del Flavio. El pavimento relumbraba con una tonalidad blancuzca; parecía pronto a derretirse. Tomasa iba sentada en medio de la cabina, entre los esposos; seguía con la cabeza baja. Era esta su primera vez en la ciudad. Se le veía alelada, como si no hubiese ninguna cosa en qué parar los ojos, ningún carro que contar en torno suyo. Le diré a la Elsa que no se puso a contar los carros, pa que no le eche carrilla.

El hombre volteó hacia las dos mujeres. Luego de carraspear, casi forzándose a no sonar áspero ni de mal genio, soltó:

—No pongan esas caras, qué chinteguas. No puede ser tan grave —sonrió

y, bajando la voz, se inclinó hacia la muchacha—: Hoy la vi desayunar muy bien. Acuértese, hija, que enfermo que come y mea, el diablo que se lo crea...

—Eutimio, no seas imprudente...

—Qué la jodida, ya no se puede decir nada.

¿Seguiría riéndose cuando le contara lo dicho por Amézquita? Se le agravó esa como pesadez en el cuerpo. Tenemos que ayudarla, Eutimio; ella ni siquiera ha de entender qué le pasa, es una niña en realidad, tú la has visto este tiempo, tan sangre liviana y tan cumplida en las cosas que le mando... A veces la veo y veo a la Silvanita; no me regañes, pero así es...

—En el mejor de los casos —el doctor no despegó la vista de la ventana—, abortará el feto en cuestión de semanas. O días. Pero esto lo tiene que decir un especialista.

—Sí, doctor.

¿Cómo le iba a contar a su esposo, sin que el desconsiderado llegase a andar queriendo agarrar a golpes a la muchachita? No la bajaría de piruja. ¿Iba a querer mandarla de regreso con la Gertrudis, al Toro? Este Eutimio, un pan de dios con la gente de puertas afuera, en la casa —y sobre todo con ella, su esposa— por cualquier nada se prendía. La mujer bien juraba que a su protegida alguien la había abusado; tan cimarrona, tan vulnerable, siempre encerradita en el alma más tierna de su timidez, esto no pudo haber pasado más que por un acto de fuerza. ¿Quién? ¿Cuándo? Si no ella misma, la Elsa la había tenido bajo sus ojos mañana y tarde. Se revolvía con un coraje terco nada más de sospechar que su hijo mayor se hubiese atrevido... Pero no, el Hectorcito es atrabancado, nada más. Mala entraña no es. El Juanillo ha andado diciendo tonterías por allá afuera, y hasta ahí. Ni ha logrado cruzar una palabra con esta niña; Santos me habría venido con el mitote.

—No dejes que la comadre me saque mucha plática —lo escuchó decir con tono pícaro que no dejaba al mismo tiempo de sonar amenazante—. Luego no le para la boca a esta mujer, ya veo por qué el Simón la mandó a volar...

Nada más oírlo, una guerra le creció por la boca del estómago; los oídos le retumbaban sordamente. Era tan fácil odiar a este hombre... No dijo nada. Se le quedó mirando de perfil, con una puntillosa avidez por descifrarlo, por

llegar al centro blanco de su verdad. ¿Jamás cambiaría?

—Con una vieja así de insoportable, no es raro que el Simón se haya buscado una chavala más jovencita, y menos platicadora para empezar...

Cuando su esposo detuvo la troca frente a la fachada de mosaicos verdes y morados, antes de abrir la puerta, la mujer vio dentro de sí una cosa más quemante que esa maciza luz del día en la suidad. Vio el cuerpo de su esposo, encendido, abrumado por la brusca prisa del deseo, esa cosa llena de furor en que lo convertía el apetito de la carne. Los primeros años era una lumbre que no siempre, o casi nunca, la hacía sentir segura. Para ella esos episodios se fueron convirtiendo en una tarea penosa que, mientras más pronto terminasen, mejor. ¿Cómo podría entender el gusto que otras mujeres mencionaban al hablar de... eso? A su esposo le salía un diablo agresivo de los ojos, de la piel, de la voz y las manos... aunque por fortuna luego de que nació la Silvanita el hombre dejó de buscarla en las noches.

Vuelto una rata asustada, el corazón quiso deshacérsele cuando creyó ahí mismo entenderlo todo, sospechando la respuesta más desalentada que se podría imaginar. ¿Será posible entonces que el culpable sea él mismo...?

## *Un llanto así*

Tomasa se había lanzado a llorar con un hilillo agudo. Era un raudal lleno de agonía que no le permitía decir una palabra. Colocó la cabeza sobre el regazo de la señora María, se abrazó con fuerza a su cintura. La mujer lo que hizo fue ponerle las manos sobre las trenzas y morderse los labios. La blusa floreada que vestía Tomasa le pareció fuera de lugar: una mancha gozosa de colores cubría la espalda de este cuerpecillo que ya jamás va a ver la luz con inocencia.

—Cuando quieran comer, nada más me dice, comadre, con confianza.

La voz de Carmelita venía del pasillo. Para no verse grosera con su anfitriona, la María no había cerrado la puerta totalmente. Así, pudo ver caminar sobre los mosaicos amarillos a esa mujer delgada, de cabello castaño muy claro y mejillas siempre chapeteadas. Fueron padrinos de bautismo del Flavio ella y su entonces marido, el Simón (que la dejó ya después con dos niñas pequeñas para arrejuntarse con otra). La casa en que la mujer vivía, esta casa, pertenecía al mismo Eutimio, el compadre y antes cuñado que nunca le había cobrado alquiler.

Poco antes había visto Carmelita desde el balcón a sus compadres en la banqueta. Luego de bajar, saludó a la María poniéndole la mano derecha sobre el hombro y le dio un abrazo. Invitó a Eutimio, no es bueno manejar con la panza vacía, compadre, antes de agarrar parriba coma algo. Pero el hombre alegó prisa por los dos chamacos:

—No me gusta eso de dejar a los pegostes a cargo de la gente del servicio. Si son hijos de uno quien tiene que navegarlos es uno mismo, ¿no cree?

Cuando el hombre ya estaba abriendo la portezuela, su esposa hizo a su

comadre una señal con la mano, dejando un espacio entre el pulgar y el índice, péreme tantito, ya vengo. Caminó hacia la troca y antes de que él cerrara, buscó no dejar ver su algo de ansiedad y su mucho de enojo. ¿Cómo dices eso, imprudente?, querría regañarlo. El Simón nunca recala por acá para ayudarle a navegar a las dos chamaquitas...

—Por favor no te embromes por el camino — terminó por decir—. De veras los chamacos se quedaron solos...

—¿En qué me voy a embromar? Déjame de estar chingando...

El hombre encendió el motor y, sin volver la vista, moviendo la cabeza a izquierda y derecha con un mohín de indignado, arrancó hacia la salida oriente de la ciudad. De pie al borde de la banqueta, la mujer se quedó con un sapo muerto a la altura del pecho. ¿Quién era su esposo? Cada vez más arisco y repugnante con ella se portaba. ¿Sí habrá sido él mismo el cabrón culpable de lo de Tomasa? Levantó la mano derecha. Aunque ya no sabía qué pensar de él, y aunque se portaba tan así de bilioso con ella, cada que él salía de Chapotán, cada que se despedían por cualquier viaje, ella se quedaba con las capas de una sombría, brusca desprotección encimándosele a sus respiros.

—Dime quién te hizo eso, hijita...

La dejó llorar un rato. Le acariciaba la cabeza, no te apenes, la empezó a arrullar, sácalo todo llorando, es lo mejor, mi niña. Un llanto así (pensó) lo ha de traer sólo quien no tendrá consuelo nunca. Y aunque no podía evitar sentirse con una emoción rabiosa cosquilleándole en los ojos, al grado de que le llegó en un instante a temblar la quijada, se aguantó al fin las ansias de ella misma abrirse al llanto. ¿Qué habría sentido si algún cabrón le hubiera hecho esto a la Silvanita?

—Yo sé que tú no eres una... una mujer de esas, Tomasa. Tú eres tan de buena entraña... ¿Quién te desgració? ¿Por eso te envió mi comadre Gertrudis conmigo? ¿El moretón que traías en la cara cuando bajaste del Toro fue por esto?

Se sorprendió de haber hablado. Se adivinó a sí misma poco sutil, con un margen de apresuramiento y acusación que la pobre muchachita, quien ya había dejado de llorar y ahora sólo pujaba, resentiría. ¿Y si el golpe en la cara sí fue por esa cosa que le habían dicho de que cayó del techo queriendo

arreglar unas goteras? El cuerpo de Tomasa empezó a respirar con agitación y luego tragó saliva. Parecía estar a punto de decir algo. No fue así: se aferró con mayor brío a la cintura de la mujer y reanudó el llorido, entre hipos y breves jadeos que llegaban a los oídos de la mujer como pedacitos de vidrio.

—No te dejaré volver al Toro.

La joven levantó la mirada. La María le tomó la cabeza, la apretó contra su pecho. Con la voz erguida, como si ya supiera por adelantado que estas palabras habría que defenderlas de la resistencia y el enojo de su marido, murmuró:

—No me importa si tengo que dejar a Eutimio... Con nosotros te quedas, hija, yo me encargo...

No traía Tomasa hambre. Salió aun así del cuarto detrás de la mujer. De espaldas al ventilador de pedestal, se sentaron ambas a la mesa con Carmelita, quien nada más esperaba que se cocieran las albóndigas para apagarles y salir a la escuela por sus chamacas. La Yaquelín le había salido muy ruda, a cada rato la llamaban de la dirección de la escuela. Cuando no le lanzaba harejías a la maestra, esta condenada le andaba hundiendo el lápiz en las costillas a alguna compañerita...

La María movía la cabeza en un gesto comprensivo. Le recomendó inscribir a la chamaca en la doctrina; quizá le hacía falta hacer la primera comunión. Está bien cerca el Templo del Carmen. Tomasa, que se había estado viendo las uñas aprehensivamente, se puso de pie y pidió licencia para pasar al servicio.

Apenas estuvieron solas, Carmelita puso una mano sobre la de su comadre.

—¿Cómo va lo de la mujer esa de Sahuaténipa, María?

Igual que si deseara quitarse un moscardón del cabello, la mujer movió la cabeza.

—No sabe usted, Carmelita... Sólo por mis pegostes sigo allá, que si no...

Primero los rumores. Se acomedían la Goya y la Refugio a pasar a la casa y, como si tal cosa, le soltaban: Cuídese, Maruca, hay una fulana en Sahuaténipa que anda de pizpireta con don Utimio. Luego, le decían que

Fulano vio la troca aparcada ahí afuerita de la casa de esta mujer, una tal Miguelina, mal llamada Miguelona por sus vecinos, que algo le habrán de saber. Al poco tiempo: la mujer anda panzona diciendo que el hijo es del Eutimio de Chapotán.

—Y hace qué, tres cuatro días, bajó la desgraciada. Ya se imaginará lo que sentí...

Luego luego la vio Santos, entrando al portal. No sabía quién era, el pobre tonto qué iba a reconocerla si nunca lo sacaban sus patronos de Chapotán. Algo le habrán dicho sus tripas porque la detuvo. Que a quién venía a buscar. Le dio mala espina que traía al chilpayate cargado de la espalda, llore y llore el mocoso, y ella como si la virgen le hablara, tan campante, sin pelar al pobre chamaquío, sin hacer nada por consolarlo. Le fue con el mitote la Elsa. “Maruca, allá fuera está la piruja esa de Sahuaténipa. ¿Voy y me la sueno a la móndriga resbalosa?”

—Fue como si la panza se me volviera un calderón de aceite. Me paré. Traté de caminar despacio, respirando de a poco. Cuando llegué a la sala, vi por la puerta que este cabrón de Eutimio ya estaba hable y hable con ella. Según yo, él andaba en La Vega, y nada de eso. Luego luego recaló por la casa como si le hubieran chiflado con tiempo. La jaló de un hombro, la montó en la troca, se la llevó.

Al volver, ya de noche, encontró encerrada en el cuarto el hombre a la mujer. Luego de apagar la lámpara de aceite se acostó a su lado. Ninguno habló. Ella respiraba con inquietud. En algún momento, él cortó el espesor de la negrura con una voz de fierro:

—Ya lo vi. Tiene las pestañas lacias. No es mío ese mocoso. Tú te aguantas y te callas o te arriendas a Los Mayos y a ver cómo le haces para criar a los mocosos. Ni me armes argüendes. La llevé de vuelta a Sahuaténipa y ya no vendrá a querer joder —calló un largo rato. Ella pensó que él ya se habría dormido cuando, sin embargo, volvió su voz a lastimarla—: El chilpayate no tiene las pestañas chinas, ¿entiendes? Yo soy pintador... Ve tú a saber hijo de quién será...

Carmelita le tocó el codo mientras, significativamente, paraba la ceja. Se oía el correr del agua en el servicio. Volvió Tomasa a la cocina. Se paró frente



al lavatrastes, tomó una esponja y empezó a enjabonar la tabla de cortar verduras y una cacerola azul de peltre. Carmelita se paró de la mesa.

—Deja eso, hija, así pongo al rato a la Yudit que los lave —llevó su mano a la mejilla derecha de la plebe—. Te pareces a mí en lo chapeteada. Qué lata, ¿verdad?, andar con cara de tomate todo el santo día. Pero con este calor qué puede hacer una...

La muchacha sonrió. La señora María se levantó también de la silla y, con gesto de recordar algo muy urgente, se llevó las manos a la cara. Pidió que le prestara el teléfono.

—Hay que sacar cita con el especialista...

Carmelita dio un paso atrás, arrugando el entrecejo. Volviendo la mirada hacia Tomasa, que abría la llave del agua con una mano al tiempo que con la otra sostenía bajo el chorro un cuchillo lleno de marcas de jabón, se limpió el sudor de las cejas con el pulgar. Le extendió el brazo a su comadre y salieron ambas hacia el patio. Aunque Carmelita levantó las cejas con un aire de interrogación, la mujer fingió no percatarse y avanzó hacia la sala. Se iba apretando los dientes.

Ya sentada en el sofá, hurgó en su bolso, sacó una libretita y marcó cinco dígitos. Levantó los ojos y, al seguir encontrando a su comadre frente a sí, hizo una mueca sonrisuda mientras se daba media vuelta, de cara a la pared.

—Señorita, quiero sacar una cita con el doctor Washington... Para mañana, si me hace el favor...

No hubo que esperar al día siguiente. Poco después de la comida, cuando se había parado de nuevo ante el fregadero, Tomasa soltó un vaso y, haciendo ver una mueca de dolor mientras se ponía las manos enjabonadas sobre el vientre, salió corriendo al patio. Se arrodilló y luego fue cayendo.

Tuvieron que salir a las prisas. Pararon un taxi en el bulevar. Cuando llegaron al sanatorio, la muchachita iba ya inconsciente.

## *La última*

Nunca se habría planteado no seguir sus instintos. Era la una pasada y seguía cayendo la luz sobre el asfalto con la decisión iracunda de un sol habituado a quemar, sin resistencia de nadie, el rostro de las cosas. ¿Qué podría erigirse entre el suelo y el cielo para evitar esa caída de láminas brillantes que a medio mundo le aturdían las raíces del cuerpo?

El hombre manejaba con la ventanilla abierta. De las bocinas salía la voz delgada, casi un grito desnudo de fuerza, de Lorenzo de Monteclaro con las estrofas de “Ese señor de las canas”:

Si encuentras en tu camino  
a un hombre que va llorando,  
dile que a diario en mis rezos  
su nombre voy pronunciando...

Tan sólo saber que en cuestión de minutos estaría saliendo de la ciudad lo hizo respirar con una sensación de goce que, según confiaba, le habría de quitar el dolor de cabeza. Lo traía desde la mañana, cuando le retumbaron en los oídos esos primeros claxonazos, al entrar a la ciudad, hará tres cuatro horas. El ruido de las calles, el calor de este sol terco en el valle, qué cosas más jodidas de la suidad. Cuánto daría por no tener que bajar nunca.

Frunció la cara al recordar la insistencia de su esposa: que ya se muden acá, ya anda acabando el Héctor la primaria. La escuela de Chapotán hasta sexto llegaba, no tenía secundaria. Él prefería enviarlo a vivir con su hermano Poncho a Tamazula.

“Cómo crees que mi hijo va a estar viviendo de arrimado, Eutimio. Aunque sea tu hermano, claro que no lo va a tratar igual que nosotros. No quiero que le hagan chifletas, ve tú a saber si me lo alimentan bien, para empezar...”

Ganas le sobraban de soltarle un garnatadón: ¿cómo suponía que su hermano sería grosero con un hijo suyo?

Pero la entendía, al fin y al cabo. Quizá por eso seguía viviendo con ella: ninguna de sus viejas anteriores había sido tan buena madre de sus hijos ni tan chambeadora como le salió esta. Bueno, decir eso es injusto. Pero sí es cierto que a las seis de la mañana ya está la Maruca en el corral ordeñando las vacas y, todo el día, va y viene entre el abarrote y el comal y el gallinero. Acostumbrado al trabajo duro desde plebillo —su padre murió macheteado cuando él tenía pocos años—, cómo no habría de valorar tener en casa a una mujer bien entrona, que no se cansa. Buscaba ella a veces quejarse cuando él dizque andaba de cabrón en la serranía, pero con tanta nalguita que se me ofrece, qué espera esta pazguata.

Sonrió halagado.

¿Venirse a vivir a Culiacán? Ni qué ganas... No se lo decía así, pero si le escarbaran por debajo de los pensamientos, se hallaría una intuición: que, para él, dejar la sierra sería volverlo un viejo, a él, que a como puede —no le gustaba pensar esto— busca olvidarse de que ya cumplió sesenta y tres. Desde que llegó al tostón sus compas le han querido echar carrilla: en la fiesta que hizo festejando sus cincuenta años, cuando tenía poco de arrejuntarse con la María, se burlaron de que con la edad va a llegar un día en que ya no se te pare, y adiós a eso de andar presumiendo tanta nalga de morrita a la orden, pinche Utimio calenturiento.

El semáforo en el cruce con Nakayama cambió a verde. Hundió el pie en el acelerador. Una guayina roja que venía en sentido contrario dio vuelta en u, él agitó el manubrio y esquivó el golpe. La camioneta de redilas detrás no reaccionó con la misma presteza.

Escuchó el impacto de las carrocerías.

—¡Imbécil! —gritó sacando el puño izquierdo. Pensó en detenerse para auxiliar con su testimonio al conductor agraviado. No lo hizo. Tengo pendientes, ni modo. Aceleró de nuevo, fugándose por el bulevar Sanalona,

teniendo la vista de las sierras allá en el fondo, como una invitación a liberarse de la horrenda ciudad de cafres idiotas al volante.

A los veinte minutos, la camioneta cruzaba un puente y, a mano derecha, se dejaba ver una capilla con el busto de Jesús Malverde en la entrada: un hombre aún joven, de piel muy blanca, pelo oscuro y bigote recortado. Empezó a fluir la sangre por sus venas con una despierta emoción, la de un niño que sabe cerca la hora del recreo. El pueblo de Sanalona, al pie de la presa, a las orillas del río Tamazula, era la antesala para el retorno a la sierra. Y no sólo eso.

Hizo avanzar la camioneta por el camino principal, a un lado de la escuela que hace las veces de primaria y secundaria, casas de paredes pintadas de cal y dos abarrotos. Antes de salir del pueblo para bordear la presa, viró a la derecha. Dejó aparcada la troca al lado de una cerca detrás de la cual se escuchaban los gruñidos de unos cerdos devorando olotes, y —llevando en la mano una bolsa de dulces— subió a pie cincuenta metros. No tuvo que tocar la puerta de una casa de techo a dos aguas, de paredes blancas. Lo recibió el olor del pan recién hecho, una caricia de aire que apenas le fue entrando por la nariz le ablandó la piel.

En la mañana, al bajar de la sierra, se había detenido en la tienda de doña Luisa, en la calle principal.

Con un movimiento desganado del sombrero, el hombre saludó a una mujer gorda vestida de negro. Sentada al fondo del establecimiento, frente al abanico de pedestal, ella de inmediato bajó el volumen al radio. Luego de saludarla, el hombre agarró de la hielera dos botellas de Coca Cola.

—¿Todo bien allá parriba, don Utimio?

El hombre soltó un mujú mitad de indiferencia y la otra mitad de fastidio. Acercando el rostro al aparador de las Sabritas, puso cara de concentrarse en ver qué otra cosa llevar. Doña Luisa levantó la vista para distinguir detrás del hombre a las acompañantes en la cabina de la troca:

—¿Y va a tener chanza luego de visitar a la Sandra? La tiene muy abandonada. El Caimán agarró pal norte desde hace tres meses. Ella lo

estima...

—Ah qué doña Luisa, me leyó el pensamiento —tomó el hombre una bolsa amarilla de Fritos. Estaba por sacar un billete cuando reparó en la canasta del pan, sobre el mostrador. Tomó una empanada y pagó—. Dígale que igual y me arriendo a media tarde, aunque no sé si me venga solo... —y señaló hacia la troca—. Traigo muchos pendientes que resolver, aunque sí me gustaría echar una platicadita...

—Yo le digo, no tenga pensión. Que lo espere igual, nada se pierde... Hijole, me pagó con billete grande, don Utimio...

Y cuando la anciana hacía como que buscaba entre las monedas lo que tendría que darle de feria, el hombre movió la mano derecha, extendiendo los dedos:

—Nada, deje ahí. La feria es pa usted por las molestias...

Sin una palabra más, como enojado por la necesidad de tanta babosada que había que decir y hacer pa que esta vieja alcagüeta le lleve un mensaje a la Sandra, se dio media vuelta. Entregó las cosas a su mujer por la ventanilla.

—Sé que te gustan los Fritos, ¿qué no? Dale la empanada a esta muchachita, las hacen buenas aquí...

Y ahora la Sandra lo esperaba ya. Con los sentidos apaciguados por el olor caliente del pan, el hombre halló entornada la puerta de la casa.

Sentada ante la mesa, de espaldas al abanico, ella jugaba solitario en el breve espacio que le permitían las carteras de pan, cubiertas por manteles rosas.

—Dichosos los ojos —la mujer levantó la ceja izquierda—. Y yo que creiba que a usted nada más le gustaba reírse de la gente...

El hombre sonrió. Era esto: una piel suave y blanca (nunca se culearía a una prieta), ojos radiantes y expresivos que, enmarcados bajo las pestañas chinas, le daban un no sé qué de armonía a la cara alargada. La Sandra era una mujer aún joven: no había pasado de los treinta. Tenía pintados los labios de un rojo carmesí y colorete en las mejillas; vestía blusa blanca de escote y una falda entallada que dejaba ver las amplias caderas y sus piernas esbeltas y fuertes.

Encarnaba ella también la certidumbre de que, aun ahora, él seguía siendo

un hombre. Nunca habría una mujer última; todo se fijaba en la convicción de que, después de culiarse a esta chavala, el cuerpo de Eutimio Carrasco habría de entrar en otra, y otra más, y nunca llegaría a vencerse por la aspereza flácida de la vejez. Mejor morir antes, cuando aún se siente fuerza. Así desde adolescente: una fuga hacia adelante, un cuerpo joven de mujer tras otro, una sonrisa, un gesto de sensualidad y disposición en rostros bien maquilladitos. Frescos.

Siempre tuvo suerte. Si algo agradecía a ese dios, en quien no tenía costumbre de pensar, era el haber nacido altísimo y blanco, de cara larga, nariz recta y ojos enérgicos, el tener una voz grave, la espalda y los brazos vigorosos. Lo demás lo ponía él mismo: caminar con reciedumbre, el hablar decidido, a veces procaz. No tuvo que pagar nunca por una mujer, así presumía en las pláticas con Félix Félix o sus otros compas. Todo está en atinarle a la mujer que ocupa chola, decía. No todas son igual de calientes. Las que sí, nunca van a estar satisfechas sólo con un cabrón, con el marido. A esas hay que acercarse, y te darán las nalgas.

—No diga eso, Sandrita —se quedó a mitad de la sala—. Yo no me reiría de usted. Venga pacá... ¿Ya no lo saludan a uno bien?

Haciendo ver un mohín coqueto de contrariedad, la mujer aventó los naipes encima de las carteras de pan. Se puso de pie. Estaba descalza — registró el hombre con orgullo.

—Me apuré a cocer las empanadas pa recibirlo bien, Utimio. ¿No lo valora usted eso?

—¿Y a poco no valora usted que un hombre tan ocupado venga a saludarla? Tenga —extendió la bolsa de dulces—, le traje un presente para sus chamacos...

Ella bajó la mirada con un gesto que buscaba imitar un puchero de timidez. Él hizo lucir una sonrisa. La mujer se acercó presurosa, lo besó en los labios, casi con brusquedad. Esto lo enardeció. Le respondió el beso abrazándola y agarrándole las manos. Ya quería tumbarla en la cama, oírla gritar. Sesenta y tres años, sí. Pero estoy vivo, chingada madre...

Ella lo dirigió al cuarto. Se paró ante la cama, corrió el cierre de la falda y la dejó caer a sus pies. Tomó asiento y empezó a quitarse la blusa. Él había

estado ya varias veces en esa misma habitación, pero un olor repentino, que evocaba un perfume de almendras y parecía venir del ropero, ¿o era de la cama?, lo descolocó. ¿Sí era este el mismo cuarto de otras ocasiones? El olor le llegaba más dulzón y agresivo. Le latieron las sienes como en los instantes previos a uno de esos dolores de cabeza que le originaba el calor de Culiacán. Se detuvo a verla, a la mujer, con una cautela y un extrañamiento que no conocía. Ella no había usado nunca una esencia así. Esa mujer era un fantasma de carne incierta, un cuerpo de almendras que se revelaría falso. Puso la mano en los genitales. La verga seguía tiesa. Carraspeó.

—Apúrate, mijo. Al rato salen los plebes de la escuela.

Se desabotonó la camisa. Ella sí es de a de veras. El corazón le latió con urgencia. Sí habrá una última mujer, qué verga. Cualquiera de estas cabronas puede ser la última. Le dio mucho enojo. Se sacó el pantalón a las prisas, maldiciendo. Ella lo esperaba tendida. Él se acostó sobre ella. La joven quiso besarlo, él movió la cabeza hacia un lado y la penetró con despecho. Cuando ella musitó algo de que me estás lastimando mijo, él apresuró los movimientos de su cadera, le puso la mano sobre la boca, arqueó el cuerpo para verse penetrándola, su verga entraba y salía sobre una mata velluda rodeada de carne blanca. El olor a perfume de almendras se había derramado por toda la habitación. Fue pausando sus sacudidas. ¿Cómo pude olvidarlo?

Era el perfume que le encantaba usar a su madre.

—¿Te gusta mucho la monda, verdad, pinche piruja? —la abofeteaba, lleno de espanto. Gimoteando, ella se llevó las manos a la cara, removió el cuerpo queriendo zafarse de su abrazo. Ese moverse sin éxito lo avivó más.

Todo es de a de veras. Sí está pasando todo esto —se dijo, quebrado en sus sentidos por la cristalina intuición de que esa mujer era la última que habría de culiarse en su vida.

## *Un miedo a respirar*

Diez niños hacían levantarse el polvo casi con cada patada. De vez en cuando dos de ellos chocaban al ir por el balón y ahí los veíamos en el suelo, todos llenos de tierra, soltándose chifletas y mentadas de madre mientras uno jalaba del cabello al otro y este le respondía con un escupitajo. No pasaba mucho tiempo sin que se hubiesen puesto de pie para seguir corriendo, y tan amigos como siempre. En un extremo del patio, al lado del tractor, la portería de Los Grandes: dos piedras a cosa de tres metros de distancia una de otra, frente al corral. El Corico era el portero ambulante; El Seco en la defensa y el Chacho y el Juanillo los delanteros. En el otro extremo se hallaba la portería de La Chiquillada, adyacente a los plátanos de la huerta y a pocos pasos de la casa de Lupe López. El número de los integrantes de este equipo siempre variaba: podían ser siete, ocho, diez; sin avisar alguno se salía, fastidiado, con algún dolor en la pantorrilla o ya de plano llorando porque no me dejan pegarle a la pelota, qué abusones. Eran los suyos cuerpecitos delgados y enclenques —el más morrillo tendría cinco años—. Torpes, se arremolinaban cerca del balón, al que extendían una patada floja o sin destreza, a veces le jerraban incluso, provocando la burla de los demás, ¡la tienes enfrente y ni así le pegas, pata chueca!

El Héctor cuántas veces no había jugado en el bando de Los Grandes, por espigado y veloz — aunque no fuera tan robusto como, por ejemplo, el Chacho —. Y vaya que lo disfrutaba. Podía pasar horas corriendo, gritando, chiroteando. Cada gol que metía lo festinaba pegándose con los puños cerrados en el pecho, rugiendo a la manera de un gorila, y en una ocasión intentó echarse una pirueta pero al poner las manos sobre la tierra y arquear el



cuerpo perdió el equilibrio y cayó de espaldas. Tanta emoción era la de quien no conoce fronteras entre su piel y el mundo: todo es una sola cosa bullente, gozosa, un cuerpo eléctrico que no se cansa nunca de manifestar su velocidad y fuerza.

El Flavio ni acostumbraba jugar —sólo muy poco y de vez en cuando—. Lo metían con La Chiquillada, pero no le pegaba bien a la pelota, se veía lento al llevarla y la perdía en cuanto se le acercaba alguno de los grandullones. O, peor aún, recibía un balonazo en la espalda o las piernas (a veces incluso en la cabeza) cuando lo forzaban a guardar la portería. Casi nunca terminaba los partidos; por cualquier cosa se salía de la cancha y a paso lento, entre jadeos y con el sudor enfriándosele en la nuca y las axilas, se metía a la casa; en la cocina se tomaba dos vasos de agua mientras lo imbuía una sensación de fracaso.

Esta vez nada de eso ocurría.

Los dos miraban hacia el patio. Oían en silencio a la plebada corretear detrás de una pelota negra. Sentados en los escalones del portal, con los brazos frente al pecho y sobre las rodillas, parecían indiferentes al escándalo en el centro de la plancha.

—¿Verdad que tú quieres jugar, loco? —fue apenas un murmullo.

Como el Héctor no dijo ni pío, el Flavio le tocó el hombro izquierdo, casi queriendo amablemente empujarle los dedos por dentro de la carne o del hueso.

—¿Qué quieres, Güilo? —la respuesta del Héctor vino apagada.

—Que si te gustaría jugar, loco.

El otro movió la cabeza hacia un costado, frunciendo la boca. Su ropa olía a sudor viejo. Levantó la mirada y allá, en el fondo de la tienda, vio la rígida silueta de su tata Gumersindo.

—La de cuartazos que me pone —indicó hacia el anciano con una moción de la ceja.

—Eso no lo entiendo —el chico le pegó a la banqueta con el puño—. No es justo...

Dotado de una expresión vacía, el otro se le quedó viendo. Chasqueó la lengua. Parecía querer decir algo que sin embargo insistía en quedársele

atorado en la sequedad y quietud de la garganta.

El Flavio tenía en su mente la efigie fornida de su padre, fuera del abarrote, sentado en el portal o recargado en la troca. A veces, mientras estaba platique y platique con dos o tres vecinos que se iban vaciando una caguama, Eutimio se ponía a gritarle ¡muy bien, mijo! al Héctor, festejaba entre risas sus avances con la pelota. Si el plebe cometía un faul o erraba ante el balón, Eutimio aplaudía de todos modos, hacía algún comentario ante sus compas en pos de justificar al chamaco.

“Si tú ni entiendes nada de ese juego, qué tanta boruca que haces”, soltaba alguno de sus acompañantes, a quienes sorprendía que el hombre pusiera tanta atención en el chiroteo de los plebes detrás de una pelota. La mayoría de los varones, si andaban por el abarrote cuando había juego, de vez en cuando volteaban y, en un gesto desentendido, seguían hable y hable de la milpa, los guachos, la lluvia, las viejas.

Cada que el Flavio lloraba o sencillamente metía la pata, don Eutimio hacía como si no hubiera visto gran cosa. Escupía o volteaba pa otro lado. Y si alguno de sus compañeros le echaba carrilla por las ineptitudes y ñengueces del chamaquí en el juego de la patada, él sólo murmuraba: “Pérense, ya crecerá. Es que es rete chiquión y come bien mal el condenado”.

—Sí le gustaba mucho verte jugar, ¿te acuerdas? —soltó el Flavio al fin casi sin darse cuenta, a la manera de un pensamiento que de tan vivo se escabulle por la boca.

El Héctor tensó la cara. Volteó a verlo un segundo y, punzado por la tierra, se irguió. Caminó cinco pasos hacia el patio. Alzó la mano derecha; antes de que el Chacho lo viera y le pasara la bola, movió el torso hacia adelante. Se dio media vuelta y entró a la casa, pegando fuertemente en el suelo, como si así lograra tumbarse del cuerpo el polvo de las palabras que malamente le endilgó en los oídos su hermano.

El Flavio se levantó también. Traía en los tobillos una sensación de hormigueo. Movié los pies dibujando círculos. Un calorillo se le expandió desde la planta del pie hasta la rodilla. Avanzó al patio y le llegó a la cara el viento fresco, que traía desde la huerta un perfume de ciruelas y plátanos mezclado con un recio olor a tierra mojada. Jaló el aire cerrando los ojos. Se

le abrieron gustosamente los pulmones. Pensó en pedirle permiso a su tata para ir a regar los árboles. Vio las nubes.

Muchacho, no sea tarugo, escuchó de inmediato la que sería (sin duda) la respuesta del anciano. Estamos en tiempo de lluvias. ¿No ve que en cualquier momento cae el chaparrón?

El sol había desaparecido en minutos. El cielo lucía encapotado. Ya le bailaba por dentro la sangre con brío sólo de adelantar en su mente lo que vería después: las gruesas láminas de agua tapándolo todo, los granizos pegarían en los tejados con una música trepidante y saltarina, en algún momento los truenos parecerían obstinados en su tarea de reventar los cielos. Y lo más emocionante: la escurridiza firma de luz que los relámpagos dibujarían al fondo, entre el oscurecido azul de las sierras.

No era sólo por la llegada del tiempo de lluvias. La cercanía de julio era también la de su cumpleaños. Frunció la boca.

No habría fiesta ni regalos ni nada esta vez, por supuesto.

Frotándose las manos, entró al abarrote. Se paró frente al mostrador, irguiéndose sobre los talones como si así fuese a ganar más estatura. Su abuelo se aluzaba con la bombilla. Tenía en las manos un ejemplar de la revista *Alarma!* Escudriñaba las grandes fotografías y los letreros en mayúsculas y llenos de signos de exclamación.

—Tata Gumersindo, ¿me da licencia de preguntarle una cosa? —el respirar se le agitó—. ¿Por qué no tiene licencia el Héctor de salir a jugar a la pelota? —las sienas le palpitaban ante la certidumbre de un regaño. Cómo se le ocurría, qué lo impulsaba... Pasando saliva, dejó salir otra pregunta—: ¿Tiene que ver con lo de mi apá?

Todo le mutó por dentro. Decir “mi apá” lo hizo sentirse de la patada. Cómo podría alegrarse por el granizo y los relámpagos cuando su padre era... Era un cuerpo recién enterrado aquí cerca, en el camposanto de más allá de la escuela, tras los platanales de la familia Lourenzo. Su padre habría de recibir sin defensa el frío de toda esa agua invasora y los granizos y el ruido pavoroso de los truenos, a través de la tierra recién sacudida por azadones y palas.

Una mano fría, viscosa, se le movió por el abdomen, borrándole las brisas de entusiasmo que la inminencia de la lluvia le había traído. ¿Qué nombre

llevaba esto que venía sintiendo? Era un miedo a respirar; una piedra repentina que al crecer con furia le reducía, dura y adversaria, las paredes del aliento. Los nuevos días eran una tierra inestable y desconocida; un camino de fango y dificultad que parecía habersele vuelto ya una cosa interior. El cuerpo le pesaba, no sabía distinguir si estas sensaciones bisoñas de tanto decaimiento estaban dentro de sí o eran parte del paisaje y la casa. Había perdido las fronteras. No sabía decírselo, pero cuando esta condición lo asaltaba, cada paso por los sitios de siempre en el pueblo se teñía de fatiga y desazón: el camino de la escuela, la huerta y sus árboles cargados de la fruta de junio, el solo sentarse a la mesa y comer unos frijoles ahora sin sabor, como hechos de un cartón sin alma. Era esto, cómo negarlo: el pecho se le había vuelto una hostil aduana para el solo respirar. A la manera de quien una mañana despierta vuelto un anciano, con la estriada piel empujando desde adentro, el niño empezó una vida en la que todo era ajeno y adversario, y el mundo estaba lleno de miedo y también de ira.

Miró al anciano. No sólo era una osadía cuestionar a su abuelo, hombre tan callado y seco siempre. Temió haber trasgredido una ley silenciosa: la que, por niño, le prohibía referirse a la muerte de su padre, hacer visible el lazo de esa impetuosa muerte con los borrosos instantes del ahora.

Su tata no movió un músculo de la cara. Si acaso carraspeó, o el ruidito ese fue hecho por el papel al momento de dar vuelta a la página. Cuando el niño entendió que esas palabras nunca habían cruzado los confines de su boca, respiró henchido de una liviandad agradecida. Tan elocuente era el inquieto animal que le vivía en la cabeza. Tan engañoso, tan terco en esa su voz que jamás habría de poder callar por dentro.

Luego de darse media vuelta en sigilo, salió del abarrote. No quería entrar por la tienda. Mejor no llamaba la atención de su tata. Al ir avanzando hacia la entrada principal de la casa le pareció que el aire se hacía más grueso debido a la voz de su madre, que preguntaba:

—¿Apá, no ha visto al Flavio? ¿Dónde está ese mocoso?

—¿Cómo se va a perder? Por ahí andaba hace un ratito...

Cuando iban a Los Mayos, el hombre los recibía detrás de un rostro seco. De pocas palabras y de gestos acres, lo suyo era un casi no moverse; por ejemplo, de la silla en que lo hallaran sentado. La mujer los enseñó a llamarlo “tata”; debían acercarse, extenderle la mano y esperar que el hombre, quien hacía sentir un tufo a sudor terroso, la estrechase.

Ahora lo tenían en la casa.

Llegó en la tranvía al día siguiente de la balacera. Venía en la cabina, escuchando las historias que le contaba el gordo Ramón Soberanes. Los morros se hallaban sentados en el portal. No habían ido esa mañana a la escuela. Tampoco abrieron el abarrote. A lo largo del día varios vecinos se aparecieron, qué nuevas tienen, plebes, poniendo cara de quesque les pensionaba mucho todo. Volvían con sus preguntas a la hora, a las dos horas. Nadie sabía nada del Arnoldo. Tampoco de don Bartolo ni de su madre. Félix Félix llegó en friega del Guayabo manejando su camioneta; luego de hablar con el abuelo de los mocosos agarró bien recio pabajo.

El tiempo se negaba a moverse; todo era ese quedar varados en un islote de sierras, lejos de la suidad y sus teléfonos, sin telégrafo, nada. Los muchachos se durmieron tarde la noche anterior; la Elsa se fue a su casa pero la Prócora sí pernoctó con ellos, se hizo un tenderete en la sala y aunque los maloyó bisbisear a través de la pared no los urgió a callarse. No tengan pensión, pueden faltar mañana a la escuela. En algún momento la oyeron roncar.

El tata fue de la tranvía hacia el abarrote empujado por un paso lento, sin subir los ojos, igual que si le diera grima el verse obligado a subir hasta Chapotán. El Héctor salió disparado y se detuvo ante él. El anciano levantó la mirada. Le puso la mano derecha sobre el hombro.

Sin reparar en su nieto más chico, el hombre entró a la sala y ahí agradeció

a la Prócora el haberse hecho cargo de los plebillos.

—¿Ha sabido usted algo nuevo, don Gumersindo?

—Ni una palabra.

El hombre tomó asiento en la mesa de la cocina. Los plebes ya habían comido pero lo acompañaron, en silencio. El Flavio se sorprendió al percatarse de que nunca en su vida le había tocado oírle al abuelo tantas palabras juntas como las que empezó a soltar entre bocado y bocado, dirigiéndose siempre a la mujer.

—Lo llevaron a Tamazula primero —contó el anciano.

De nada había servido pararse en Tamazula. El doctor se había puesto tan borracho esa noche que el Arnoldo y don Bartolo ni se arriesgaron a dejarlo que se le acercara.

—Agarraron pabajo y don Bartolo tuvo la prudencia de pararse un ratito en la casa de usted pa avisarme. Le estoy muy agradecido a su marido por eso.

Eso ocurrió a las tres de la mañana. Conducir de noche por la sierra es peligroso, por fortuna había luna llena. En cualquier caso hay que andarse con mucho cuidado. De Jala a Los Mayos hay un trecho que bordea las faldas de la sierra y cualquier distracción puede significar el adiós, un desbarrancarse trescientos metros hasta el fondo del río.

La escandalera de los perros despertó al anciano con un mal presentimiento. La troca estuvo haciendo sonar el claxon desde que entraron al pueblo. Nada bueno podía significar esa alharaca.

—La camioneta se paró ante la casa de usted — mirando de soslayo a la Prócora, el tata metía la punta del burrito en el plato de albóndigas y arroz—. Se veía mal el pobre. Pero seguía vivo, gracias a Dios.

Lo llevaban en la caja, al lado iba don Bartolo. No se detuvieron ni tres minutos.

Él por su cuenta ya no se durmió. Ni fue a la milpa.

—Yo soy probe y no tengo troca, usted sabe, doña Prócora.

Estuvo esperando la tranvía desde primera hora.

—¿Y mi nana Sara por qué no vino? —la voz del Héctor. El anciano levantó una ceja.

—Ha andado mala —murmuró con tono desalentado—. Es la bola de años,

qué quieren...

—Todo mundo está enfermo estos días, tata — se apresuró en resumir el Flavio en tanto bajaba los ojos y ponía la barbilla sobre el borde de la mesa.

La Prócora se despidió.

Al enterarse de que el Flavio se sabía los precios de las cosas, don Gumersindo levantó la cortina del abarrote y lo puso al frente del mostrador. Agarró una silla del portal y se llevó el cigarro a la boca. Cuando el Héctor se encaminaba al arroyo, el hombre lo llamó con un silbido y el movimiento de una mano.

—¿Adónde va tan campante, mijo? ¿No se le olvida pedir licencia?

Enrojeciendo, con las palabras atorándosele en la garganta, el Héctor se estrujaba las manos:

—¿Me da licencia, tata? Quiero...

—Las cosas no están pa que ande usted de jacalero, chamaco. Aquí se me queda.

—Sí, tata —el Héctor se mordió el labio inferior.

Se quedó en la tienda al lado de su hermano. Cuando algún cliente aparecía, él ni lo volteaba a ver. En algún momento llegó Flores, saludó con deferencia a don Gumersindo pero al intentar sacarle alguna nueva sobre el yerno herido, el abuelo sólo musitó nada saber, le señaló con la mano que entrara pues a la tienda a comprar y no se embromara en lo que ultimadamente no le incumbía. Flores caminó hacia el mostrador, se acercó al Flavio y dejándole sentir su grueso aliento a tabaco le preguntó qué se sabe mijo de don Eutimio. El morro nada más movió la cabeza de un lado a otro, aunque por dentro hervía del coraje al ver la historia de su padre vuelta una cosa de chisme.

El tata no volvió a hablarles hasta el anochecer, cuando bajó la cortina, les dio de cenar, los mandó a dormir. A la mañana siguiente sí fueron a la escuela.

El entierro fue a los tres días.

## *Cinco palabras*

Era de madrugada —las tres y media— cuando le llegó la seca voz de la mujer. Con la cabeza recargada en la pared, tenía los ojos cerrados, aunque por más que los tensara no podía evitar que la luz blanquecina le entrase con penosos retazos en la conciencia. No había dormido ni cinco minutos a lo largo de la noche, ahí sentada en la sala de espera, ante la apagada pantalla de un televisor colgado del techo. Traía el cuerpo molido y un agudo malestar en el estómago, como si ahí, en un vacío de acidez, le estallaran todos los grumos de incertidumbre e impaciencia. Las cinco palabras que dijo la doctora —una muchachilla en realidad, un cuerpo espigado y flacucho de amenazantes ojeras a quien ella había visto ya varias veces ir y venir por los pasillos de la primera planta en el hospital—, esas palabras le parecieron tan naturales que por un momento se consoló identificándolas con las cosas que uno ve y oye en los sueños sin nunca rebelarse por más que luego, bajo la luminosa cordura, las descubre fácilmente como absurdas, descolocadas de su atadura con lo verdadero.

—Ya nada se pudo hacer...

Se llevó las manos al vientre. Abrió los ojos. Vio de pie a su compadre.

Don Bartolo se agachó susurrándole al oído:

—María... No sabe cómo lo siento —intentó cubrirla con sus brazos. Ella se puso de pie, obligándolo a dar un paso atrás.

Y fue como si todo en torno suyo se volviese intrascendente al recordar que tenía dos hijos allá lejos en la sierra.

—Debo arriendarme pronto —apretaba los ojos. Le nació la pregunta de si en efecto su esposo había muerto. Todo tenía la reciedumbre de un sueño



incorrecto, una fabulación postiza que quién sabe por qué buscaba llenarle de agruras el alma—. Los dejé solos, compadre —extendió los brazos mostrando las palmas, como si ahí se pudieran ver los estigmas del abandono—. A los pegostes, ¿me entiende?

El anciano movió la cabeza de arriba abajo, como quien busca darle por su lado a un niño que dice incoherencias en medio de una enfermedad.

—Los chamacos están bien, no se pensione. Su señor padre quedó de subir pa cuidarlos. Don Gumersindo es...

Pasaron corriendo dos enfermeras. De pie a un lado de la recepción, la doctora se enredaba un fleco entre los dedos en tanto parecía estar aconsejando a un hombre altísimo de espaldas, vestido de paisano, con una camisa roja. No quedaba claro si era un antiguo paciente, o su pareja...

Ella volvió a tomar asiento.

—Firmaré lo que se ocupe, ya quiero irme — con gesto agrio movió la mano hacia adelante, igual que si quisiera tirar un papel sucio.

—Siempre supe que nada más tenía a mis hijos —añadió con una veta de ira en la voz.

Horas después regresaba a la sierra. El Arnoldo conducía la camioneta, en medio muy callada iba Tomasa. “Que se quede conmigo, María”, pidió Carmelita al despedirse en la banqueta. “Yo la cuido estos días, ¿qué dice? Es muy sangre liviana esta chiquilla, no da guerra”. Ella le puso la mano en el hombro: “Cómo cree... Se viene conmigo parriba esta muchacha. Ya se ve mejoradita. Va a haber mucho quehacer en la casa con todo esto...”.

—No sé cómo iré a darle la noticia a los plebes —ya iban tomando la carretera a Sanalona.

Cuántas veces no le deseó el mal a su esposo. Llegó a odiarlo, ciertamente. Y ahora, todo aquel enojado deseo ha por fin asumido la carne de la realidad. ¿Qué vendría? ¿Se dejaría ver, ella, como una mujer fuerte? Traía entre las vísceras un núcleo palpitante que la sostenía por encima del miedo y la inquietud.

—Son buenos muchachos, señora Maruca — pronunció el Arnoldo.

Cómo no sentirse a la intemperie sin marido; una mujer sola qué podía valer. Era hora además que ni sabía si Eutimio había dejado testamento. No

sabía cuánto dinero tendría ahorrado en el banco. Él siempre tan vivamente cuidadoso en sus secretos... Sí sabía, por ejemplo, que la casa en que vivía Carmelita, en Culiacán, la había levantado Eutimio allá de joven, y era de él... Sus otros hijos ya eran adultos con familia, vivían regados en La Paz, Tijuana, la Ciudad de México; pero bien podrían querer pedir su cacho de la parcela, vendrán por el abarrote, la camioneta, La Vega, la casa...

Dejaría el pueblo en semanas; se llevaría a los niños a crecer en Culiacán, lejos de toda esa gente turbia de almas alrevesadas. A lo largo de los años, desde que estuvo viviendo con Eutimio y trabajó en el abarrote, se puso a ahorrar. Cuando la gente volvía del Otro Lado y pagaba en dólares, ella tuvo la precaución de ir sustrayendo uno, dos, tres billetes a la semana. No ha de ser mucho, para algo nos habrá de servir... Ella seguido se encargaba de llevar las cuentas de la tienda. A raíz de tanta devaluación y tanta crisis, esos simples dólares tendrían que valer ya mucho más. No sabía cuánto. Con ese dinero se iría a Culiacán, pondría un restaurante. Ya tenía echado el ojo al sitio: en la planta baja de la casa en que ha vivido su comadre Carmelita. Si no, pagaría renta por esos rumbos. Es una buena cuadra con mucho movimiento por tanta banda de tambora que tiene ahí sus cuarteles, hay refaccionarias, talleres mecánicos. Aunque viuda, no se iba a quedar toda quieta en las manos ciegas de lo que vendrá.

—Sí —suspiró—, son buenos muchachos.

Reparó en la muchachita a su izquierda, palidísima. Debí haberla dejado con mi comadre. Después del embarazo y el aborto, ni cómo atreverse a mandarla al Toro con la Gertrudis... ¿Podía hacerse responsable de ella, llevársela a Culiacán? Sólo hasta que se detuvo a mirarle el rostro, su piel tan blanca, esos ojazos de niña eternamente impresionada, fue que entendió: todo había cambiado en su vida al recibir a esta plebita. La suspicacia no había muerto con Eutimio: ¿habrá sido él quien tocó a esta inocente? ¿El golpe en la cara de veras fue por culpa de una caída?

A como dejaban atrás el valle y subían hacia la sierra, un temblor de dientes duros le fue minando la entereza, igual que si le fuesen royendo por entre las membranas del corazón hasta llenarle el pecho de pesadez y un aire gélido que la hacían sentir, en efecto, perdida y en desamparo, con dos

varoncitos aún niños a la deriva, y una nueva hija a la que no habría ya nunca de abandonar.

## *La vida pronto se acaba*

“¡Fue faul! ¡No seas cochino!”

“¡Cochina tu rechingada madre!”

La mujer iba saliendo de la recámara cuando le llegaron las voces de los niños jugando a la patada en el patio frente a la casa y la tienda. Su hijo mayor venía entrando desde el portal, cabizbajo, igual que si todas sus almas, prensadas entre muros, arrastrasen batallosamente al cuerpo tras de sí.

—¿Ocupas algo, mijo?

El muchacho se detuvo a dos metros. Ojeroso y flacuchento, traía aún el uniforme de la escuela: camisa blanca y pantalón café.

—Cámbiate. Hueles mal. Llevas tres días con ese uniforme. Ya no volverás a usarlo.

—Al rato me lo quito, ma —y caminó hacia ella. La abrazó, poniéndole la cabeza sobre el pecho. Empezó a pujar en tanto buscaba reprimir el llanto. Ella le acarició y besó el cabello.

—Los hombres no lloran, mijo. Acuértese.

—Ya lo sé —el chico se separó de modo brusco, empujándola con la mano derecha.

—Cálmese, muchacho. No es usted el único que la pasa mal estos días.

A través de la puerta que comunicaba la sala con el abarrote la mujer vio la silueta de su padre, resplandeciente la cara frente a la bombilla, los ojos fijos en una revista. ¿Y el Flavio? Era hora de la cena. Ya habría acabado la Elsa de freír los frijoles, Tomasa debía de estar sacando las tortillas del comal. En otras circunstancias le habría gritado a su hijo menor para que recalara prontamente. No lo hizo. Mientras el Héctor avanzaba hacia la

cocina, ella se recargó de espaldas en la pared, poniendo las manos sobre el tapiz, a la manera de quien cobra así consciencia de una vergonzosa debilidad.

No le ha pasado nada a mi hijito. Qué le puede pasar, ya fueron demasiadas cosas juntas. Era como si en cualquier momento a sus hijos pudiera caerles una bala perdida cruzando la delgadez de los aires, una vena que revienta de improviso y sólo por ganas de invitar a la muerte. Los días eran de vidrio, cada paso que diesen sus hijos por la vía de los instantes los podría hundir en la nada repentina.

—¿Apá, no ha visto al Flavio? ¿Dónde está ese mocoso?

—¿Cómo se va a perder? Por ahí andaba hace un ratito —el anciano sonreía—. Metieron a la cárcel a este negro ratero, ¿ya supiste? —y levantó la revista mostrando la fotografía de un hombre moreno de cincuenta años, su cabeza redonda ocupando toda la plana.

—No sé de qué me habla, tata —se acordó de repente—. Ese es el Negro Durazo... Pero esa revista es vieja... Eso pasó hace rato ya...

—No me hagas caso entonces. Ya vi que es un ratero del gobierno. Tenía unas casonas enormes de todo lo que se robó. No sé quién puede ponerse a confiar en un negro, pa empezar...

—¿Alcanza a leer la letrita chiquita?

—Más o menos. Estoy viejo pero no acabado. Pinche cabrón, la que le espera en el tambo: era el jefe de la policía en México. Ahora en la cárcel ojalá que se las cobren todas...

Seguían las voces de los niños llegando desde el patio; mucho de eso eran risas, gritos, harejías. La mujer se dio media vuelta. Por la puerta entraba su hijo menor, que forzaba una sonrisa en el rostro paliducho. Ella le extendió los brazos a mitad de la sala. Mientras lo estrechaba, acariciándole el cabello con la mano derecha, le nacieron unas atroces ganas de volver a llorar. Así le venía pasando. De un día para otro había quedado viuda. Una mujer a la que cualquiera puede hacer una violencia. Pero dolor por él, por ese hombre, le apenaba no sentir. Creía ahora comprender la frialdad de Eutimio cuando murió su madre, esa piel de hielo que le vio en la cara del día. No podía engañarse: no sufría por Eutimio, sólo por lo inciertos que se le habían tornado los caminos de niebla del mañana. ¿Y si sus chamacos viéndola sola

le pierden el respeto y cuando crezcan terminan metiéndose al Negocio, queriendo hacerse de dinero fácil, trocas, golfas?

—Vamos a cenar, muchacho —separó al Flavio con delicadeza.

—No sé por qué ese muchacho se arriesgó a venir al entierro —la mujer soltó sus palabras con un dejo de ausencia. Se hallaba de pie a un lado de su padre, acababa de traer más tortillas a la mesa. El anciano detuvo la cuchara a media altura de su boca—. Le debía mucho a Eutimio, sí, pero qué imprudente —contó a su padre en pocas palabras el episodio de la bodega: cuando su esposo salvó al sobrino de que los guachos se lo llevaran a las Islas Marías—. El pobre inocente ha estado escondido en Culiacán este tiempo. Yo tenía miedo de que aprovechando el entierro esos matones vinieran a torcérselo.

El Gaspar llegó al pueblo hacia el mediodía. El cuerpo de Eutimio estuvo siendo velado aquí en la casa. Hacia las cinco de la tarde, cuando lo más pesado del calor iba ya quedando en el atrás del día, fue subido el ataúd a los hombros de cuatro varones: el mismo Gaspar, el Arnoldo, el compadre Félix Félix, don Bartolo al principio... A lo largo del camino, que cruzó el patio, pasó a un lado de la huerta y siguió a lo largo del arroyo hasta la escuela, donde se tomó el sendero de la derecha bordeando los platanales, el Gaspar jamás cedió su sitio a ninguna persona. Mientras los hijos de Lupe López acompañaron el cortejo tocando las canciones favoritas de don Eutimio, éxitos de Antonio Aguilar como “Cuatro milpas” y “Un puño de tierra”, el Gaspar iba llore y llore con la cara gorda y sonrosada, entonando los versos:

El día que yo me muera,  
no voy a llevarme nada...  
Hay que darle gusto al gusto,  
la vida pronto se acaba...

Iba el Flavio de la mano de su madre, atrás de la caja. De cuando en cuando erguía los ojos y entre la ofuscación de sus ahora sueltas lágrimas veía a un lado u otro a gente que no conocía, rostros y cuerpos que no eran del pueblo; muchos habían bajado de más parriba, de sitios como Matavacas, Chiqueritos, Aguacaliente, a donde, según sabía, de cuando en cuando su

padre acostumbraba subir en la troca de redilas a comprar reses. A menudo volvía el niño los ojos al cuerpo del Gaspar; esperaba que en cualquier momento alguno de los vecinos le echase en cara que por su culpa, por sus deudas y su raterismo, los Lizárraga habían matado a ese tío a quien ahora tanto lloraba... ¿Era él acaso el único que tenía memoria?

Al llegar al camposanto, un hombre alto, de cara afilada y sombrero negro, se acercó a su madre. Le dio el pésame con un abrazo. Al separarse la mujer se llevó la mano a la boca y lloró con un pujido enérgico. El niño reconoció a su tío Simón, el rostro brillante por el sudor. El hombre se dio media vuelta y se acercó al Gaspar, pegándole con un puño en el hombro. El Flavio rodeó a la mujer con los brazos. Ella se agachó y con un tono urgente le dijo:

—Pronto nos vamos a ir, mijo. Del pueblo nos vamos a ir.

—¿Del pueblo? ¿Y Tomasa? ¿Se irá con nosotros Tomasa?

La madre no respondió.

Tomasa no debía volver al Toro. ¿Y, además, sus clases? El muchacho se vio a sí mismo trepado en la caja de la camioneta, en el viaje de huida, inquieto por no haber terminado quinto año —¡y sólo quedaba una semana del curso!—, sin saber a dónde irían, si acaso en ese lugar habría una escuela.

—Me dio tanta pena verlo así —murmuró la mujer—. Eutimio fue como su padre de a de veras. Pero más le vale nunca volver a Chapotán. Así le dije después del entierro, cuando vino a despedirse. Esos hombres tienen el alma muerta...

El Flavio vio cómo ponía su abuelo las palmas de las manos sobre el mantel, con gesto de no entender. De repente pareció hacérsele luz en la mirada.

—No tenías por qué tener pensión. Aquel hombre anda juido, tiene miedo que lo agarren... No se va a aparecer por un buen tiempo...

—Y su hermano, ¿qué? El otro, el tal germán, se llama —la voz se le atoró—. Me dijo la Goya que lo vieron antier por La Vega muy campante —tensó la mano derecha sobre el respaldo de una silla vacía. El Flavio vio a su hermano como preguntándole y ahora qué hacemos. El Héctor apretó los músculos de la cara.

Don Gumersindo se puso de pie. Su hija se le acercó; ahora lloraba

lanzando gritos agudos. El hombre hizo una mueca de molestia; se aclaró la garganta. Los plebes no lograron entender qué decía el tata: algo soltó en un murmullo al tiempo que encaminaba a su hija, con un tanto de aspereza o impaciencia, hacia el cuarto. El Flavio temió que él mismo no tardaba en soltarse a llorar: un mundo de agua sentía desbordársele en la aduana de los ojos.

Cuando el abuelo volvió a la mesa, siguió comiendo con los ojos fijos en el mantel.

—Limpien el plato. A como van las cosas, ai luego ni frijoles van a tener pa llevarse a la panza.



## *Fénix*

“¿Quién quiere recitar una poesía?” Fue en segundo grado, el primer día de clases, cuando el profe Rodolfo entró al aula de la maestra Cecilia, que enseñaba segundo, cuarto y sexto, y explicó de qué iba la encomienda: ¿alguien de último año querría aprenderse de memoria una poesía sobre los Niños Héroe? Los plebes de sexto se hallaban sentados en la hilera de mesabancos de la izquierda, la más próxima a la salida. “Pongan el ejemplo, chavalos. Son los más grandecitos...”

“Profe...”

Los ojos almendrados del profe Rodolfo se abrieron con perplejidad al ver en la fila de segundo, en el extremo derecho, la mano erguida de uno de sus alumnos del año anterior, una cara de manchitas blancas en las mejillas. “¿Qué pasa, Carrasco?” El tono perentorio, ligeramente airado, de quien parece no querer perder el tiempo, hizo tartamudear al niño, que aun así no bajaba la mano. Apenas cayó en cuenta de lo que esa mano en el aire significaba, el hombre hizo dibujar en su cara una sonrisa de apenas burla. “¿Tú quieres recitar el verso de Amado Nervo? Son muchas estrofas, mijo... Los Niños Héroe murieron en el Castillo de Chapultepec defendiendo a La Patria de los gringos invasores. No se les puede andar faltando al respeto...”

El niño había visto el año anterior, durante los honores a la bandera, cómo la Mariana Lourenzo de sexto soltaba los versos de la boca con énfasis dramático, moviendo las manos y los brazos pa un lado y pa otro. ¿Por qué él no podría hacerlo? Bajó la mano. Al verlo callarse, Rodolfo volvió con los de sexto. ¿Querían que lo echara a la suerte? Los Niños Héroe eran casi de su misma edad, recitar un verso era más fácil que pelear contra un ejército de

gabachos...

“Las poesías son cosas de viejas”, habló el Julián Aguirre.

“Profe Rodolfo, yo me lo aprendo”, de nuevo el niño de segundo tenía la mano, con los dedos extendidos igual que si buscasen abrir el techo.

“Déselo a él si tiene tantas ganas”, se oyó la voz del Julián. “Es bien marica... le quedará bien la recitada...”

“Aquí no decide usted, Aguirre. Vamos a hacer esto. Les voy a dar la poesía a los dos. Se llama ‘Los Niños Héroe de Chapultepec’. Se van a repartir las estrofas y lo declamarán juntos”.

Pero el Julián se hizo tonto y nomás fingía como que le intentaba. Lo cierto era, según le confesó con sorna al Flavio al salir del aula al día siguiente luego de enfrentar la decepción del profe, que no le interesaba hacer el ridículo enfrente de todos. Esto le dejó al Flavio el estrado para él solo, y en los siguientes festivales y honores a la bandera —lo mismo si era el día de la Revolución, el 5 de febrero, el natalicio de Benito Juárez, la Batalla de Puebla o el día de las madres—, fue él quien se hizo cargo de las poesías. “Juventud divino tesoro que te vas para no volver...” Quién sabe por qué conjuro, el verso se le quedaba pegado en la memoria con facilidad. “Caminante no hay camino se hace camino al andar...” Mientras se le iban quedando las palabras con una voz soberana dentro de sí, un airecillo ligero y audaz se le movía con gracia entre la mente y la voz, le regaba el cuerpo de una sensación de placer. “Cultivo una rosa blanca en julio como en enero, para el amigo sincero que me da su mano franca...” El profe Rodolfo se entusiasmó al descubrir a un pupilo tan dispuesto. A veces le asignaba versos aunque sus temas no tuviesen nada que ver con la conmemoración del día.

Ahora que estaba en quinto, la última semana se había aprendido otro verso, para recitarlo en el festival de fin de cursos.

¡Cuánta vela de barco, cuánta faz de querube,  
cuánto fénix incólume, que entre las llamas sube...!

Había batallado con la frase de “fénix incólume”. “Félix” era, sí, el nombre y apellido del compadre de su padre, pero también era el apellido

materno de uno de los compañeros de su hermano, El Seco, hijo de don Lizandro Beltrán. No podía evitar reírse al pasar por ese verso y cambiar una letra por otra para hacer al poeta Amado Nervo decir el apelativo del alumno ese.

—Ya ni te estés aprendiendo ese verso, mijo. No estamos para fiestas. Ya le avisé al profe Rodolfo...

El entierro había sido un día antes.

—Le dije al maestro que iré por la tarde mañana a recoger las boletas... Ya que se hayan ido todos del festival...

¿De veras su presencia en el festival sería una falta de respeto para el padre fallecido? ¿No podría él nada más pararse allá cuando le tocara recitar la poesía, y luego luego retacharse a la casa? Su madre siempre andaba presumiendo que él se cargaba una excelente memoria...

Mas ella no lo sabe, y ensaya vestiduras  
de luz y vierte pródiga sus oros y sus cobres,  
para que la contemplen tan sólo tres criaturas:  
¡un asno pensativo, lleno de mataduras,  
y dos poetas líricos, muy flacos y muy pobres!

El niño andaba de un cuarto a otro. En la tienda, durante los ratos libres, era una cosa de no poder evitar salirse ese arroyo de palabras. Hizo que Tomasa, acostada en su cuarto, lo escuchase.

—Te oyes chistoso, maridito —ella sacó la lengua guiñando el ojo izquierdo—. Pero no entendí nada —él quiso volver a recitarle el verso; ella se recompuso con seriedad—. Mijo, escucha...

Inquieto por el tonillo usado, él buscó sentarse en el borde de la cama. Tomasa se pasó la mano por la mejilla, como acariciándosela; cerró los ojos.

—Ya no podemos jugar a esas cosas de que nos casábamos, ¿entiendes? Esas eran cosas de niños...

En un primer momento el Flavio se echó para atrás, herido por lo que se parecía bastante al rechazo. Luego, deteniéndose en el aspecto demacrado y adulto del rostro frente a sí, respiró pausadamente y con alivio. Tomasa se

veía mucho, demasiado mayor que él... Se dio media vuelta y siguió dejando danzar en su mente la recitación.

Se oyó la campana. Sin terminar de comerse el huevo, se puso de pie. Luego de acercarse al comal, arrugando el entrecejo, pidió a su madre licencia para ponerse el uniforme.

—Me regreso apenas recite la poesía...

—¿Pero estás tú loco?

Los ojos se le llenaron de agua. Se llevó las manos a la cara. Soltaba un berrido:

—Nada más recito el verso y me devuelvo...

—¡Si hubieras llorado igual por tu padre!

—¡Sí lloré! —gritó.

Se dio media vuelta y, tropezando con Tomasa, que llevaba a la mesa un mantelito con tortillas, corrió al cuarto. “¡Cuánta vela de barco, cuánta faz de querube!” El hilo de versos, por como lo sentía, se le habría de quedar aposentado, cada hora y cada día dominando más territorio en las laderas de su mente, hasta hacerlo estallar.

---

# EL OLOR DE LA MENTA

## *Historia de Los Dos Que Soñaron*

Muchos años después, durante un viaje con mi esposa, escuché la voz de mi madre en el teléfono desde el otro lado de La Línea:

—Tu nana Sara murió anoche.

Era domingo, de mañana. Íbamos saliendo de la habitación hacia la piscina del hotel. Mi esposa y yo llevábamos ya nueve años juntos. Dejamos a los chiquillos con mi suegra. Hicimos ese viaje de fin de semana para celebrar mi cumpleaños.

—Ya estaba muy débil, mijo. Fue mejor así — mi madre llevaba dos meses de regreso en Culiacán, a partir de que le avisaron que mi nana se había puesto grave.

—La internamos anoche, se fue en la madrugada. No sufrió.

Me vino a la mente un amado olor a menta. Farfullando, le pedí a mi mujer que volviéramos al cuarto. Me tendí sobre la cama; era un puro llorar.

Cómo podía olvidar la cercanía de la nana Sara en la casa de Chapotán durante ese verano de la muerte de mi padre. Sobre todo cuando pasó lo de Tomasa.

Pequeña y delgadísima, con la apariencia de quien no mata ni una mosca, la nana Sara iba y venía de la cocina a la mesa trayendo y llevando platos y tazas, mientras Tomasa echaba tortillas en el comal. Los dos niños, sentados, sonreían. La mujer narraba la historia de Los Dos Que Soñaron, un cuento que ellos ya se lo habían oído muchas veces, pero, en tanto se llevaban la cuchara a la boca o iban con lentitud masticando para no hacerse ruido que en el interior de su cabeza les dificultase entenderla, la seguían con los ojos muy abiertos y la suave tensión en los músculos de la cara de la primera vez que lo

escucharon, una primera vez que, por haberse dado en algún difuso instante de sus años tiernos, no podrían rememorar cuándo ni cómo habría sido. Un hombre soñaba que en otra ciudad encontraría un tesoro. Viajó a esa ciudad y allá otro hombre le contó a su vez un sueño propio en que describía una casa y un jardín iguales a donde habitaba el primer hombre. Bajo un árbol de ese jardín había un tesoro...

La voz de la anciana era casi otra forma del silencio. Dulce y cadenciosa, tenía una tonalidad baja y, al mismo tiempo, tan serena que parecía conseguir quién sabe cómo que todo aquello que la rodeaba se callase para abrirle paso a la verdad, sin distorsiones, por la mitad del aire.

¿Qué tenía la nana Sara que así lograba aquietarle el resuello a las gentes, invadirles las venas del alma con alegría y benevolencia? No hacía gran cosa. O sí. Ella se acerca. Así de la nada, luego de poner tortillas en el cesto a mitad de la mesa, se inclina sobre la cabeza del plebito, le lleva la mano izquierda a la mejilla, se la acaricia y le deja un beso en la sien. Hace lo mismo con el otro. De la piel de la mujer se deja sentir una esencia mentolada. Sueltan los chicos un suspiro. Levantan la barbilla, sonriéndole. Al rato, ella le pasa la palma por la frente a uno, le acomoda el pelo. Cuando el otro ha terminado y se pone de pie, la anciana se detiene a un lado suyo, le lleva la mano al hombro, lo jala hacia sí; la cabeza del chamaco —que ya ha alcanzado su estatura y en poco tiempo la rebasará— se deja caer en su hombro. La mujer le palpa el cuello y la espalda. Apaciguado y feliz, el chico la rodea con los brazos y, sin advertirlo, le deja un beso en el hombro izquierdo.

Lo que ella hacía y decía se dejaba ver y oír en la corteza de los instantes como la obra y la palabra de un alma grande. Era una sensación absoluta, que no se dejaría ver en este reporte si sólo describiéramos sus movimientos o sus gestos. Es decir, sólo mostrarla —como pronuncian las leyes del buen narrar — haciendo esto y aquello, sería quitarle el sonido y el color al espectáculo del mundo, sólo dejando el ir y venir de una sombra sin relieve. Quedaría una pantomima. Y la nana Sara era un todo; era en sí una realidad carente de fisuras, una experiencia de bondad y mansedumbre que iba directo a dotar de luz los sentidos de quienes la rodearan.

¿Que por qué tanto palabrerío exagerado? ¿Que si esta prosa se pusiera sobria y verosímil se debe aceptar que en los hechos nadie es así de noble y de perfecto? ¿Que esta deriva sólo se debe a la inocente visión de un niño que ya de adulto así recuerda a la abuela dadivosa? Pero, ¿y si el mundo se sostiene por la presencia y los hechos de un puñado de seres justos? Eso siempre se ha sabido. Uno de esos justos fue la nana Sara. Una fuerza de la naturaleza que se hacía ver en el paso de los instantes no con la impetuosidad sino a través de la gracia.

Y así la escena detenida de los dos niños escuchando la historia de Los Dos Que Soñaron mientras la mujer sin edad va y viene sirviéndoles el alimento.

La madre y el abuelo Gumersindo tomaron esa mañana la tranvía. El segundo se iba a bajar en Los Mayos: tenía la pensión de asegurarse que uno de sus nietos le siguiera cuidando las reses. Habría de volver al día siguiente. La mujer seguiría hasta Culiacán, donde iba a buscar a su cuñado Simón, al abogado y a Rafael, yerno de su esposo y padre del Rafita, para ir empezando a ver si acaso don Eutimio ha dejado testamento.



## *Ponte muy contenta*

Ante el mostrador de la tienda, el Flavio cabeceaba abatido por el calor y el sueño. Iba ya una semana sin llover. Y él no dormía bien por las noches. Se la pasaba en el desvelo, con pensiones y figuraciones de lo que vendrá. Su cumpleaños llegó y se fue sin más boruca. No hubo fiestas, tampoco regalos. No se quería habituar a la mirada de lástima en los clientes que se acercaban a la tienda, a su voz en murmullos viniendo a comprar esto o aquello cuando en realidad desean espiar por morbo cómo es esa nueva y huérfana estación de los hermanos.

Se oyó una troca llegar y pararse en el patio. Traía a todo volumen una canción de Carlos y José.

Mañana o pasado  
yo voy a tu casa,  
tu mamá te ordena  
una silla para mí.  
Tú mi chiquitita  
finge no mirarme,  
ponte muy contenta  
porque estoy aquí.

Como si un bloque de ruidoso tiempo fuera depuesto por otro enteramente mudo, dejó de escucharse la música; asimismo se apagó el motor. Quedó en el aire un puro silencio macizo.

Un silencio en que el niño se dejó recibir: puso las manos cruzadas sobre

el mostrador, colocó sobre ellas la cabeza. Fue un sueño grueso, tupido de negrura. No veía nada. Era sólo el hundirse en una ceguera sin reposo, un tiempo de paredes estrechas, opacas.

Hasta que unos gritos quebraron la débil nadería del aire. ¿Cuánto tiempo había transcurrido? Gritos de mujer venían de la sala, ¿de la cocina? Levantó la cabeza con dificultad. Un como bulto grande se escuchaba azotar contra el suelo. Todo el cuerpo le pesaba, era la mente una cosa aturdida. Creyó seguir soñando.

Hasta que los gritos de muchacha se movían hacia él, venían cada vez más recios golpeando los nervios del aire. Tomasa se veía llevada en brazos por un hombre gigantesco de barba negra. La chica quería defenderse, aullaba y pataleaba. Detrás venía un jovencito pistola en mano. ¿En qué momento entraron esos dos? ¿A dónde va Tomasa? El niño dejó de verlos al salir de la casa. Se quedó tieso. Oyó más gritos de la joven, a la troca encender el motor, oyó las llantas arrancar con rugidos tierra del patio, luego las voces de Carlos y José resonando de nueva cuenta por los aires. Y desaparecer. Hasta que el silencio volvió a caer sobre su cuerpo y sobre cada objeto y cada pedazo de luz.

Con la brutalidad propia de un animal desobediente, volvió la medialuna a rasgarle el pecho.

## *Todo un licenciado*

Fue lo último de los Carrasco antes de irse a vivir a Culiacán.

—Pobre Maruca —decían los vecinos—, se le juntaron las desgracias.

Tenía mala fama el Arnoldo. Lo tildaban de haragán y desidioso. Había que estarlo arriando para que hiciera las cosas.

Esa vez, antes de salir del pueblo rumbo a la suidad para ver la cosa esa del testamento, la señora María lo dejó encargado de cuidar la casa. Él era el único que sabía usar la pistola.

Pero hubo un rato en que el hombre aprovechó para arriar las reses del establo hasta La Vega. Y en la casa se quedó nada más Santos. El pobre tonto iba y venía a lo largo de la cocina y la sala.

Cuando llegaron germán Lizárraga y El Chalío en la troca, la nana Sara estaba limpiando los frijoles. Tomasa se había puesto a lavar la loza. Y el Flavio, todo güilo y ojeroso, cuidaba la tienda, aunque se quedó bien dormido ahí sobre el mostrador.

—Quesque ni cuenta se dio cuando los dos fulanos se metieron a la casa.

—¿Y el Hectorcito? —reconstruían después los hechos en su charla los vecinos.

—Andaba de jacalero allá por el lado del río. Ya se sabía que nunca le gustó quedarse encerrado en la casa, pues cómo: eso es de viejas. Tampoco era paciente como para quedarse en el abarrote atendiendo a la clientela. Le encantaba andar de vaquero y en la milpa.

Fue El Chalío quien entró primero. Un muchachote alto y vigoroso, con cara de chamaquillo todavía: cachetes gordos, dos o tres pelitos naciéndole en la barba futura. Cruzó la sala y apenas vio a Santos en el pasillo corrió hacia

él con los brazos abiertos, como si lo fuera a saludar. Ahí se oyó el primer grito.

Tomasa luego vio al par de hombres que iban entrando. Dejó salir un grito agudo, de sorpresa y miedo mezclándosele en la garganta. Sentada frente a la mesa, la nana Sara dejó de limpiar los frijoles. Levantó el rostro con azoro.

Santos iba a gritarle quién sabe qué cosa al Chalío cuando el muchacho sacó la pistola y con la cacha le dio un golpe en la frente. El pobre hombre cayó redondo.

—¿Que qué pasó con él? Ya que la señora Maruca se llevó a los plebes a vivir a la suidad y vendió la casona a don Lizandro, Santos se esfumó. Dicen que otra vez le volvieron los ataques del Mal. Lo vieron en Chacala, y quesque allá mató a machetazos a un borrachito que le andaba echando carrilla con eso de que era un retrasado, un mongolito, pues. Se lo llevaron preso a la capital. No, a Culiacán no, a Durango Durango. Allá ha de seguir encerrado, si no es que ya se murió el inocente.

Mientras El Chalío le soltaba otras patadas al Santos, que seguía tumbado en el piso todo desmayado, el germán se agarró a Tomasa y cargó con ella. La nana Sara se les arrodilló. Con las manos juntas como si estuviera rezando, les pedía que no le hicieran esa desgracia a la chamaca. Que se la dejaran por diosito santo.

—Pues diosito santo andaba bien ocupado porque el par de bribones no le hicieron mucho caso que digamos.

La anciana se quedó llorando, tirada en el suelo.

—Y ahí se acabó el cuento: se llevaron a la pobre morra y salieron quemando llanta.

Ni cuenta se dieron de que en el mostrador de la tienda estuvo el Flavio todo ese tiempo. Cuando el Arnoldo llegó, Santos seguía inconsciente; ya no se estaba desangrando.

—Siempre nos quedó la duda de si el Arnoldo no sabía lo que iba a pasar. Que en una de esas Los Del Potrerillo le dieron sus tres centavos para que se hiciera el perdidizo y dizque tuviera que ir a La Vega con las reses. Eso lo podrían haber hecho Santos y el Hectorcito.

—Le fue mal después de esto al pinche Arnoldo. No quiso tenerlo don

Lizandro como capataz. Le daba mala espina.

—Y entonces allá se fue con su familia pabajo. Dijo tener parientes en La Paz. Alguien contó que para allá agarró, y allá sigue viviendo, carga costales en un mercado de abastos.

—Pero volviendo al asunto de los Carrasquillos. ¿Va a escribir usted algo o qué? Lo veo anote y anote en su cuadernito. ¿Usted trabaja en *El Debate*? A veces llega, sí, lo trae alguno de los choferes de la tranvía y nos lo pasa. El que nunca llega es el otro, ¿cómo se llama? El *Noroeste*, sí, el periódico de los ricos le dicen, ¿no? Pero en cualquier caso aquí no somos gente de leer periódicos, esa es la verdad. Para embustes acá tenemos suficientes con los que cuenta mi compadre... Dígame, ¿conoció a los muchachos Carrasco, o qué?

—¿No sabes quién es este amigo? Vaya que estás todo cegatón... Velo bien. ¿A quién te recuerda? Es uno de los hijos de don Lizandro, al que le decían El Seco. Es el que se fue a estudiar a México. Míralo. Se recibió. Ya es todo un licenciado. Nos va a hacer famosos, déjalo que anote todo lo que quiera.

A los dos días la señora Maruca juntó sus cosas, vendió lo que pudo, y agarró pabajo.

—Y no, nunca volvieron los plebillos Carrasco a Chapotán. Esa fue otra historia, Seco, y nosotros ni cómo sabríamos contártela.

---

PABAJO

## *Mi hermano en la ciudad*

Dormimos varios años en la misma habitación, pero no pude atinar nunca qué pensaba, qué vivía en su mente. A como iba creciendo por esos furtivos años de nuestra llegada a la ciudad, sus facciones se hicieron más rígidas y angulosas, la nariz más aguileña, muy marcados los pómulos, la cara alargada y de una palidez hasta elegante por la seriedad y lentitud de que dotaba sus frases: entrecerraba los ojos con un algo de hastío mientras erguía sin énfasis el índice de la mano derecha. Eso, cuando hablaba. Se volvió esquivo y opaco, un espíritu distante que parecía haber perdido la curiosidad, el aliento, la inquietud por las cosas más allá de las mociones de su mundo interior. Lo suyo fue más bien un aquietarse, un irse metiendo por debajo de su piel hasta las vetas del silencio, como si buscara un fondo sereno frente al numeroso estrépito que le soltaba la ciudad.

Porque la ciudad lo cambió.

Le dio por la vagancia al principio. Estábamos inscritos en escuelas diferentes, la suya más lejos de la casa. Quizá se venía arrastrando los pies a lo largo del pálido rostro de las banquetas, amodorrado por el calor de septiembre. O tal vez aprovechaba para perderse por otras calles y otras colonias sin decir nunca qué andaba buscando, qué necesitaba sacarle a la luz indiferente de los días.

—No sé qué tanto se te pierde por la calle, mijito... Con este calor, te me vas a desmayar un día en plena calle...

Se aparecía todo sudado en la casa, cuando mi madre, mi nana Sara y yo habíamos casi terminado de comer. Traía el gesto de cansancio que sólo se puede ver en esas personas a quienes el calor los desagua desde la fuente

misma de cada célula, y esto sin que hagan el menor empeño por huir de sus efectos.

—El camión pasa muy lleno, ma. Me vine caminando...

Respondía con una sonrisa, la de quien parece esconder un secreto magnífico y que, mal que le pese, tiene vedado compartir.

—Siempre ando buscando la sombra, no se preocupe...

Salían las frases de sus labios con una languidez de niño adormilado. Alargaba las pausas al tiempo que jalaba una silla y se iba sentando.

—Me entretuve viendo salir las tranvías que van a Chapotán...

Hasta que hubo un momento en que la ciudad dejó de llamarlo. No sólo se desentendió de la escuela, las tareas y las exposiciones en equipo; ya ni salía casi por la tarde de la casa. Pasaba de año de todos modos. Se ponía frente al televisor horas y horas viendo caricaturas, programas de espectáculos, incluso telenovelas. Los domingos de septiembre a enero no hacía más que ver partidos de futbol americano. Una temporada se volvió adicto a los crucigramas. En el puesto de periódicos descubrió una revista de juegos y pasatiempos que buscaba sin falta cada ocho días. Ahí lo veíamos con la vista fija en las páginas de papel prensa, mordiéndose la lengua, encorvado y con un lápiz en la mano derecha.

—Quiero que hagan la primera comunión — dijo mi madre un día.

Llevábamos ya un año en la ciudad.

Empezamos a ir los sábados por la tarde a la doctrina cristiana, en la Parroquia del Carmen, a seis cuadras. Éramos un grupo de entre ocho y diez chamacos del rumbo. Nos juntaban en la sacristía, una oficinita de paredes blancas y techo bajo de madera, con ventiladores de pedestal en cada esquina. La madre Marcela era una mujer rellena, bajita, de cara redonda y ojos diminutos, como con sueño detrás de sus gruesos lentes. ¿Qué hacíamos en la clase de doctrina? Aprendernos de memoria las respuestas del catecismo, y hasta ahí. Pero ante las preguntas que la madre hacía con su voz cálida, menos de maestra que de tía alcahueta, mi hermano casi siempre contestaba “No sé”, o “No me acuerdo”, con un acento apaciguado que algo tendría de encantador porque no daba el menor sitio al regaño. Ella, sabedora de nuestra condición de huérfanos de padre, nunca se dejó vencer por esa indolencia en la voz de



mi hermano. Persistió en tratarlo como si no se percatara de una conducta así hasta que, luego del tercer o cuarto mes, enfermó de no me acuerdo qué cosa y su lugar fue tomado por el padre Guillermo, a quien ya conocíamos, pues daba la misa de ocho. Fue entonces que mi hermano sí empezó a ver atraída su atención. Alzaba el brazo y hacía salir las respuestas con prontitud, palabra tras palabra.

—No queremos perdernos el programa de Chabelo, ma, no es justo — alegó mi hermano la primera vez que mi madre nos quiso sacar de la casa, en domingo, para ir a la misa de ocho de la mañana—. ¿De veras no basta con ir a la doctrina?

—Siempre es lo mismo ese programa, miijo. Son los mismos concursos siempre, los mismos premios. Qué chiste puede tener ver a un hombre grande con shorcitos de mocoso. Yo quiero que ustedes salgan buenos católicos. Allá en Chapotán no había manera, sin cura ni templo, pero aquí...

Alto y moreno, de cabellera densa y sobrada, tenía el padre Guillermo una mirada traviesa, de adulto que no se ha resignado a dejar de vestir sus prendas de infancia. Usaba en sus sermones palabras coloquiales, refranes y chistes blancos que hacían reír a los papás bonachonamente. No era raro verlos tocar el hombro de sus niños y explicarles las referencias para que ellos también se rieran aunque no entendieran del todo lo dicho por el padre.

Ya que hicimos la primera comunión, quiso mi hermano seguir yendo a la parroquia, esta vez a las clases de Biblia. Contaba el cura las historias del Pentateuco, de los libros de Jueces y de Reyes, los evangelios, Hechos de los Apóstoles. Eran novelas de aventuras, pero yo sólo estuve dos tres meses. El aire avejentado y de silencio en la parroquia me lo hacía sentir un sitio muerto, que así habría de verse, siempre el mismo, de aquí hasta el acabose de los tiempos. Además, con las semanas se había ido despoblando el grupo; ya ni iba, por ejemplo, una morra de nombre María de Jesús, de unos hermosos ojos grises, a la que quise invitar una vez al multicinemas. Abriendo mucho los ojos, como atónita por el gesto inesperado de un mocoso, me hizo saber que en cualquier caso no le darían permiso sus papás.

Porque yo buscaba otras voces, otras caras. Busqué frecuentar al Rafita. Vivían ellos, mi media hermana, su esposo y su familia, del otro lado de la

ciudad, en la Chapule, una colonia de ricos, y el Rafita tenía cosas encima siempre: el karate, sus clases de inglés, el Country Club, viajes a la playa de Altata, a Mazatlán o a Tucson. Además en su casa tenían cablevisión y los programas que veía en la tele y de que hablaba ni en sueños yo los habría de llegar a conocer. Dejé de buscarlo. Me salía de la casa al lado de mi hermano con el pretexto de ir a la clase de Biblia, pero antes de llegar a la parroquia me lanzaba aunque mi amigo el Jesús Iván o con el Pepo Ávalos: íbamos a jugar basquetbol, a las maquinitas o a los cinemas gemelos, hablábamos de rock, métal, videojuegos, futbolistas. Andar en la calle era por sí la recompensa. El calor me tonificaba. Era la fuerza primitiva que el sol, ese padre magnánimo mal entendido por casi toda la demás gente, sabía lanzar sobre el valle para robustecer el núcleo intenso de unos cuantos. Yo creía ser uno de ellos. Podía pasar toda la tarde en una cancha corriendo detrás de un balón, o caminando por acá y por allá con las manos en los bolsillos mientras parloteaba sin fin sobre las compañeras del aula con alguno de mis amigos. Terminaba el día bañado en sudor, sí, pero también con un irrecusable efecto de bienestar y potencia.

Mi hermano en cambio parecía a ratos vivir tan dentro de sí que el contacto con los otros era siempre algo provisional, un hilo de nada tendido con desnudez en el aire. Tampoco es que le gustara encerrarse en los libros. Nunca lo vi que leyera la Biblia. Iba y venía de la casa a la parroquia con el libro de gruesas pastas blancas bajo el brazo izquierdo, y hasta ahí. Lo más era que durante la misa siempre se ofrecía para subir al púlpito y hacer la primera, la segunda lectura, un pasaje del Antiguo Testamento o de las cartas de San Pablo, con voz pausada y uniforme ante el micrófono.

—¿No iré a querer hacerse cura, hija? —escuché una vez la voz tenuemente afligida de mi nana Sara, en tanto picaba la lechuga—. Y yo que quería tener bisnietos...

—Cómo cree, amá —ponía mi madre un pedazo de masa aplanada en el aceite caliente del sartén—. Qué bueno que salga tan católico, pero... Se está poniendo bien guapo, aunque siga tan flaquito. Ya que le sobren pretendientas, saldrá igual de mujeriego que su padre, y adiós a las sotanas...

—Si no quieren seguir yendo a misa, se aguantan —llegó el domingo en

que no deseábamos salirnos de la cama tan temprano, y en que mi carnal, luego de su etapa de casi monaguillo, se había vuelto, sin pelearse nunca abiertamente, desatento en cuestiones de fe—. El padre Guillermo pregunta mucho por ti. Dice que si tienes dudas sobre el Señor vayas y le preguntes.

—Y tú también alístate —acompañaba mi amá sus frases con el movimiento de una mano arrancándome la cobija—. Vienen conmigo a fuerzas, los dos. Lo bueno es que ahora, después de misa, se pone la kermés del seminario.

Ahí desayunábamos. En el atrio se ponían varias monjas a vender tamales de elote y vasos de champurrado, tostadas, tacos dorados y gorditas, agua de jamaica y de cebada. “Las ganancias se destinarán —decía un letrado— para la erección del nuevo seminario”. Mi hermano escuchaba la voz sedosa de la madre Marcela preguntándole si has estado enfermo, te echamos de menos, hijo, somos tus amigos más que nada. Él, todo sonrojado, parecía querer salirse de su cuerpo, juntaba las manos con ánimo de perseguido o luego ponía la desierta mirada sobre sus tenis. Estaba ahí como si le nacieran grandes reparos a lo que la madre Marcela le argüía pero por educación, o una suerte de lástima, no se resolvía a formularlos; escondía en la médula muda de su garganta algo definitivo, difícil de poner en el lenguaje y liberar en voz alta. Yo lo veía sin entender qué pasaba por su cabeza: ¿había dejado de creer?, ¿alguna vez creyó en dios?, ¿cómo no decía qué dudas le atravesaban los sesos? Su rebeldía era una negación del movimiento, una cosa en tono menor, desde el silencio y sin estallido.

—Ya sé qué te pasa, loco —quise un día sacarle seriamente plática—. Te preguntas cómo un dios de bondad pudo permitir que aquellos... que aquellos cabrones mataran a mi apá y se llevaran a una chavala tan chila como Tomasa...

Frunció el ceño. Miró hacia un lado y al otro en tanto apretaba la boca. Puso los ojos en mi cara como si en efecto quisiera finalmente abrirse y salir de sí para hacerme ver qué mareas de pensamiento lo trasegaban. O no sé.

—Bueno... —resopló—. Eso sería la pregunta más fácil... No sabría decirte —me sonrió con una expresión de disculpa antes de darse media vuelta y seguir viendo la tele.

—Las gorditas no son tan buenas aquí como las que usted hace —le dije a mi mamá el primer domingo que nos quedamos a la kermés luego de terminada la misa—. El caldillo les queda todo insípido a estas monjitas...

—No digas eso en voz tan recia. Y tú, ¿a dónde vas? —iba mi hermano caminando a la salida del atrio dejando a la madre Marcela con el cascarón de una pregunta en la boca—. ¿No quieres desayunar nada, de veras?

Sólo en una cosa fue constante mi hermano esos años: cada noche bajaba a ayudar en la cenaduría. Ahí se le veía movido, sudoroso, formal, atendiendo las mesas. Aclaraba platillos e ingredientes a los comensales dudosos que nunca faltan, explicaba con tono mesurado por qué no vendíamos cerveza ni nos interesaba tramitar la licencia de Alcoholes, llevaba los vasos de agua de cebada o las tazas de champurrado, hacía la cuenta, daba el cambio.

—A dormir, ándale. Ya que seas más grande me ayudas —insistía mi mamá en mandarlo a la cama a eso de las nueve, cuando aún faltaba un rato para cerrar—. Y tú deja de ver tanto la tele —se volvía a mí que, sentado a una mesa desocupada, ponía atención al noticiero de Jacobo Zabłudovsky que los comensales seguían en un monitor al lado del abanico de pedestal—. Se tienen que dormir temprano para que en la escuela no les gane el sueño.

—¿Y usted? —rezongaba mi hermano—. Usted de todos modos se levanta a las seis y nos da desayuno. Debería seguir durmiendo, nosotros ahí vemos cómo nos alistamos.

—Ni sueñes —se llevaba las manos a la cintura—. Si en las mañanas me sigo durmiendo, ustedes no van a tener ganas de alistarse para la escuela —aun así mi hermano hallaba pretextos para quedarse en la cenaduría hasta la hora de levantar las sillas, barrer y bajar la cortina.

Al poco tiempo ya iba bien aclientada la cenaduría. El platillo más pedido eran las gorditas. Las servíamos en orden de tres: cada gruesa bola de masa era aplanada y frita, se le ponía una capa de frijoles, carne deshebrada, papa cocida, lechuga, zanahoria, queso rallado, crema y cebolla curtida a base de limón y agua tibia. Cada gordita era una montaña de verduras. Puede que en mi vejez olvide muchas cosas; nunca olvidaré el sabor de las gorditas que hacía mi madre. El secreto estaba en el caldo de tomate, pimienta y orégano con que se les ahogaba. Había que comérselas cuando aún no estaban totalmente

blandas, en ese interludio en que aún conservan un tanto de la rigidez propia de la masa frita pero cuando ya ha empezado el caldillo a filtrárseles porosamente contra su reciedumbre. Apenas se mezclaban en el paladar los sabores de la verdura con el caldillo, el maíz y la crema, el cuerpo todo salivaba, festejando el encuentro con algo que no se podía desnudar en palabras pero que hacía nacer una redonda sensación de felicidad y gratitud. Durante años me ingrí a cenar, tres o cuatro veces por semana, el mismo platillo. Nunca me harté.

Aunque llegó a tener dos asistentes para esto y lo otro, por las tardes mi madre preparaba ella misma el nixtamal y la masa de las gorditas. También se hacía cargo de cocer el caldillo. Mi nana Sara dejaba por rachas a mi tata Gumersindo en Los Mayos, y aquí la teníamos: rallaba la zanahoria, ponía a desinfectar la lechuga, cocía las papas... Luego le volvía a entrar la añoranza por su pueblo y los cerros, o se acordaba que alguna de sus vecinas estaba pronta a dar a luz, y se despedía por semanas, a veces por meses, no sin llevarse ese limpio olor a menta que siempre parecía seguirla, y una brisa de inquietud en el entrecejo ante la excesiva dedicación al trabajo y los hijos en que mi madre, por la viudez, se veía dominada...

La cenaduría estuvo en la planta baja de la casa en que vivió antes mi tía Carmelita. Ella se mudó cerca, por la Sepúlveda y la Colón, llevándose a sus hijas, un par de bulliciosos cuerpos vivos que siempre nos hacían sentir el desasosiego a mi hermano y a mí: tartamudeábamos igual, nos poníamos tensos y nerviosos ante la desenvoltura que ellas, morras de la ciudad al fin, exhibían al hablar con nosotros. Era grande la casa y si hubiéramos adaptado un cuarto del fondo de la planta alta en que nada más se guardaban trebejos podríamos haber cabido todos; pero nadie vería bien —nos explicó, muy cautamente, mi nana Sara— que las dos chamacas, mis primas, vivieran bajo el mismo techo que un par de mocosos en pleno inicio de la edad de las hormonas.

Era aquella una calle céntrica, con muchos autos y peatones, en un rumbo lleno de bandas de música, ferreterías, sastrerías y dos que tres farmacias. La planta baja tenía un amplio espacio que luego luego llenamos de sillas y mesas; al fondo, un cuarto se convirtió en cocina y otro en bodega. Vivíamos en cambio en la planta alta. Los cuartos eran calurosos, de ventanas grandes

por las que entraba toda la luz, vomitando los regueros de su intensidad desde cualquier ángulo.

—Si en algo fue previsor ese hombre fue en hacer testamento y dejar la casa en regla a nombre mío —informó mi mamá los primeros días, torciendo la boca y como a disgusto por reconocer algún mérito a mi padre—. De otro modo quién sabe cómo nos habría ido...

Un animal amargo se nos movía por las venas cuando se hablaba de mi padre en la casa, o si algún pariente se asomaba a saludar y ver qué ocupábamos:

—...cómo se portan este par de diablos, Maruca, tenga mano dura con ellos porque la suidad es puras perversiones y gente cabrona, don Utimio que en paz descansa les hará mucha falta.

Vino varias veces mi primo el Gaspar a la casa.

—Me salvó la vida, tía Maruca. Si esos guachos de la tiznada me hubieran echado el guante, orita yo estaría comiendo ceviche de algas en las Islas Marías. Por eso, cuente conmigo pa lo que sea —nos señalaba con el dedo índice—. Si alguno de estos mondaos se le quiere salir del huacal, no dude de que yo vengo y les pongo la misma gritiza que mi tío me acomodó, pero también con chingadazos...

Mi hermano bajaba los ojos, se mordía un labio, parecían revolvérsele las olas de la respiración. Yo sentía unas ganas pujantes de salir corriendo, comprar una pistola en el Mercadito y agarrar parriba, meterle dos plomazos a Los Del Potrerillo. Nunca lo hablamos mi hermano y yo, siempre sospeché que él habría de traer en las venas el mismo coraje amarrado que a mí me volvía de piedras el aliento.

Mi madre se veía ligera y hasta liberada. Iba y venía, sonreía, alegaba, regateaba con gracia y sin pudor. Luego luego tomó clases de manejo, vendió la troca y la cambió por una guayina gris de segunda mano, conducía cada semana hacia el mercado de abastos para comprar la verdura y la carne, platos desechables, los paquetes de Maseca y de manteca Inca, todo al mayoreo. A veces mi hermano, a veces yo, iba con ella para cargar los costales y las bolsas.

Luego de recoger la boleta con mis calificaciones y despedirse de la

secretaria del director, mi madre se quedó parada viendo hacia los chicos de la escolta. Ya no marchaban. Minutos antes había acabado la ceremonia de fin de cursos en la escuela. Los de la escolta iban entrando a la dirección. Por delante avanzaba una estudiante de Tercero A. Cargaba la bandera que habría de entregar por fin a la subdirectora. Era una plebita alta y esbelta, llevaba trenzas, su piel era rosada, los labios carnosos. Se llamaba Odalys. Nos gustaba a muchos, pero tenía fama de matadita, sacaba puros dieces y nunca noviaba.

Volteé a ver a mi madre.

—Podría ser su hermana —dijo ella en un susurro.

Pasé saliva.

—¿La Silvanita? —pregunté. No lograba entender cómo podría mi madre pensar que esa chamaca se parecía a la Silvanita. ¡Mi hermana murió siendo una bebé! Volví la vista hacia la entrada de la dirección. Los muchachos de la escolta iban saliendo ahora. Al final salió la Odalys. Mi madre me miró.

—¿Sabes cómo se llama?

Abrí los labios con una sensación de cal en la lengua.

—Bonito nombre —murmuró.

Salimos.

Trajo el ánimo entristecido varias horas. Sólo en la noche entendí a qué se refería, cuando se puso a contarle a la Susana la historia de Tomasa. En efecto: la Odalys bien podría pasar por hermana de aquella pobre chiquilla del Toro.

Lo que quiero decirte con todo esto es que mi madre era vital siempre. Sólo cuando le venía a la mente el devenir de Tomasa es que el alma hacía ver en su rostro una repentina veta de pesadumbre.

Los comensales eran sobre todo músicos de las bandas de tambora de cuadras aledañas. Quien más, quien menos, nunca faltó el que quiso echarle los perros a mi madre.

—Si de algo pueden estar tranquilos —nos señaló con el índice para hundir en nuestra memoria estas palabras— es de que no les daré nunca un padraastro.

—Si te quieres volver a casar —mi nana Sara intervino—, hazlo, hija. Aún eres joven. Mis nietos ya están grandecitos... El trompetista güero ese de

la Banda del Guamúchil se ve decente... Es muy acomedido...

—¿El Epifanio? No, gracias... Lo que ese barbero quiere es cenar gratis todas las noches.

Hubo un Evaristo Quiñónez que la anduvo un tiempo cortejando. Hombre muy correcto él, de buenas maneras, alto y un poco gordo, de rasgos recios y duros pero palabra melodiosa. Se conocieron en la Parroquia del Carmen y desde entonces venía a cenar gorditas bien seguido.

El Evaristo me contó su historia un domingo de pocos clientes, cuando mi amá se había subido más temprano alegando un dolor en el vientre.

Él se fue de mojado, muy joven, a Los Yunaites. Trabajó pizcando algodón no me acuerdo si en Óregon o dónde dijo. Ahorró sus centavos y volvió para casarse.

—Era mi novia de la secundaria, me esperó todo ese tiempo... Mujeres así ya no existen, ve sabiendo...

Pero a la hora de la hora su mujer no quiso irse con él al Otro Lado y él decidió establecerse en Culiacán, puso un abarrote de granos en el Mercadito. Todo iba bien hasta que enviudó.

—Mi hijita, la Yénifer, era muy chamaca entonces.

—Se ve a las claras que el pobre gordo quiere caernos bien —le dije a mi nana Sara al día siguiente—. Su hija tiene la edad de Tomasa... La vi la otra vez en la tienda de granos. Es bonitilla...

—Ojalá que tenga mejor suerte la pobre —dijo mi nana—. Y es que tu amá se ve joven todavía...

—Qué joven ni qué joven —intervino mi madre—. Ya pasando los cuarenta una mujer lo que debe tener es vergüenza y no andar haciendo desfiguros. Además, Eutimio se quejó siempre de que mi suegra le dio un padraastro que lo educó a punta de azotes. El Evaristo le habla con respeto a mis hijos orita, pero ya que nos casemos, ¿quién me garantiza nada?

Siguió viniendo a cenar el hombre. Veíamos su figura encorvada con un casi algo de compasión. No reparaba mi madre en él gran cosa. Nada, más bien. La Cenaduría Nana Sara la mantenía en el ajetreo, siempre a las vivas. Hubo una vez que el hombre vino a despedirse. La crisis y la inflación estaban muy cabronas, había tenido que rematar su negocio. Agarraba camino otra vez,



como de chavalo, rumbo a la frontera, aunque ahora con todo e hija. Tantas cosas eran ahora distintas, no estaba seguro de que esta ocasión le fuera tan bien como tres décadas atrás...

—La gente que conocí entonces ya ha de estar muerta...

—¿Agarra usted pa California? Allá está mi hermano Plutarco. Búsquelo. En una de esas y él pueda ayudarlo...

Mi hermano acababa de poner un plato de tamales tontitos sobre una mesa. Volteó a verla con los ojos muy abiertos.

—¿De cuándo acá tenemos un tío en California? —solté yo lo que sabía estaba queriendo abrirse paso en la garganta de mi hermano.

—¿Y por qué no pueden tener un tío en California? El Plutarco y yo somos hermanos de padre pero no de madre. En Los Ángeles vive. Hace mucho que no lo veo. Tenía la edad de ustedes cuando se fue de mojado. Él ya no regresa. Le va bien. Nos escribíamos seguido, los primeros años. Por ahí tengo su teléfono, eso sí...

Mi madre esculcó en la gaveta bajo la caja y sacó una libretita. De ahí le dictó al Evaristo una secuencia de dígitos.

Lucía el hombre los ojos ligeramente humedecidos. Cuando extendió las manos para despedirse con un abrazo, mi madre echó un poco el cuerpo hacia atrás y sólo le colocó la mano derecha en el hombro izquierdo mientras decía palabras corteses, de una frialdad un tanto cuanto insultante.

—¿Realmente le urge tanto irse al Otro Lado a ese hombre? —especuló mi madre al día siguiente—. Si remató el negocio, algún dinerito le han de haber pagado...

—En una de esas y no lo vendió por las buenas, hija, no te me adelantes tanto...

Mi madre no dijo nada. Se quedó con una raya de incomodidad cruzándole la frente.

—Siempre me pareció un buen partido para ti, hija.

—Cualquier fulano le parece buen partido para mí. Olvídese. Parece que usted está más urgida de ser suegra que yo de ser esposa. Con Eutimio ya tuve suficiente de lidiar con machos mandones y que luego salen bien mulas...

Quizá en el fondo nos tranquilizaba a todos el hecho de que mi madre

nunca fue romántica ni le interesó para nada el amor. Siempre fue juiciosa, de criterio claro, a ratos demasiado tajante y malpensado. Además, la fonda se hizo famosa. Empezamos a tener clientes de otras colonias. El día a día de vender alimentos se fue deslizando de a poco en la tela de nuestras vidas hasta volverse la cosa más normal del mundo.

En poco tiempo ya ni quién se acordara de Chapotán.

De Tomasa sí. Pero ya para qué.

## *El Lobo Solitario aprende inglés con Belcebú*

—Están calando al goberladrón...

—Pero si acaba de entrar...

—Por eso. Es nuevo. Lo están calando. Quieren ver de qué tamaño los tiene...

—Pues no muy grandes.

—Con eso de que le gusta el arroz con popote...

Eran tres hombres en la mesa. Sus voces y carcajadas se oían en toda la fonda. Dos de ellos ya eran conocidos de veces anteriores, clientes asiduos que trabajaban en una ferretería de este lado de la Caseta Cuatro, a doscientos metros. El tercero, un hombre gordo, calvo y de bigotes, de ojos vivarachos y la cara llena de cicatrices de acné, no era del rumbo.

—Pues sí, salió maricón el hijo de su chingada. De todas formas, aunque hubiera salido bien hombre, iban a pasar estas cosas —su voz sonaba a la de un conocedor de secretos de la política que estaría por encima de nosotros, pobres mortales ingenuos—. Es lo normal: calarlo, ver si aguanta la carrilla...

—Ya lo calaron mucho, y nomás no responde el muy jotito... Hasta parece que le gusta...

El día anterior, se paró una camioneta mero al lado de la ferretería Franco, a media cuadra de la cenaduría. Venían escuchando, a todo volumen, una canción de Los Tigres del Norte. Bajaron dos hombres que luego luego se pusieron a soltar plomo. Mataron por la espalda a un cliente parado ante el mostrador y a una chamaquilla que traía el uniforme de falda verde y blusa blanca de la Escuela Tipo.

Ya llevaba tres meses en su cargo el nuevo gobernador.

—Y puras vergüenzas con él.

—Los reporteros del *Debate* no se dan abasto —comentó gozoso el hombre del acné—. La nota roja vive su época de gloria en el estado...

El carro del *Debate de Sinaloa* pasaba temprano, hacia las seis de la mañana, gritando todos los días por la bocina nuevas noticias de sangre. Mi madre nunca aceptaba comprarlo.

—¿No les da pena? Son unos buitres... Hacen dinero con el sufrimiento de la gente... Todos esos baleados, aunque mafiosos, tienen familia...

—Son periodistas, ma —mi hermano respingaba—. Ese es su trabajo.

—Más les vale que ninguno de ustedes me quiera salir periodista. Trabajos más decentes hay que andar escribiendo sobre las desgracias ajenas...

Una semana antes, en la colonia Las Quintas, se agarraron a balazos dos bandas de mafiosos. El tiroteo duró cosa de media hora. Los vecinos estaban marque y marque a la delegación, y las patrullas de policía no se aparecieron sino hasta que ya todo había terminado, qué casualidad. Ahí resultó muerto El Inesito Godoy.

—Ese cabrón sí que era trucha —explicó el hombre de la voz cantante—. Sí le funcionaba la mollera. Se le ocurría cada plan chingón para trasegar la yerba hasta La Línea. Además, era bien generoso.

—Era un matón, no te hagas...

—Matón y mafioso hasta la verga, pero El Inesito sí que sabía repartir los billetes verdes como Dios manda, entre la gente necesitada... ¿A cuántas muchachitas no les pagó su fiesta de quince años con todo y tambora?

Mi madre se veía ojerosa. Los ojos los traía medio amarillos. Le dolía la panza a cada rato. Fue la Susana quien la convenció de ir a tratarse con un médico del Seguro. Y ella nos reveló, a mi hermano y a mí, ese otro secreto que mi madre quiso guardarse de contarnos.

—No, Esteban, cómo cree —habría dicho mi madre—. Yo no vendo esas cosas. Eso es pecado...

—Es buen negocio, señora María. Nadie va a sospechar, la cenaduría es buena fachada...

El Esteban, uno de los músicos más frecuentes en nuestras mesas, le había murmurado la propuesta.

—Ni me venga con esas cosas... Mis clientes son gente honrada, no andan metiéndose porquerías.

—Eso le dije. Y le pedí que no se volviera a parar por aquí. ¿Ustedes cómo se enteraron? ¿Quién les contó?

—Pero es buen cliente el Esteban, ma... Siempre pide la orden de a cuatro, deja buena propina... Además, la otra vez venía acompañado por un judicial malencarado...

—Como sea. En cualquier caso no quiero que ustedes, de inocentes, le saquen plática...

El Esteban regresó. En la cuadra lo apodaban Belcebú. Era un hombre muy alto y blanco, de cabellos ondulados y ojos verdes, una verruga en el labio. Tocaba el acordeón en la Banda de los Hermanos Rodríguez. Volvió dos que tres veces y, como no se atrevió a sacarle otra vez el tema, mi madre estuvo de acuerdo en que lo atendiéramos ya sin rechistar.

—Tampoco hay que andarse peleando con ese tipo de gente...

Para ese entonces yo ayudaba un poco más, a ratos, en la cenaduría, sobre todo el viernes y el sábado. Las tardes me las pasaba en la calle, me llevaba bien con los compas de la cuadra. Contrario a la predicción de mi amá, nunca se volvió mi hermano mujeriego, le dio por enseñarse inglés él solo.

—¿Y de cuándo acá me quisiste tú salir tan gabacho, mijo?

—Las clases en la escuela son una farsa, ma, no aprendes nada —explicó él.

Consiguió no sé ni cómo libros y casetes de un método de aprendizaje llamado Follow Me. Sentado ante la grabadora, la frente sudorosa, dedicaba sus buenas horas en el cuarto a repasar lecciones, a repetir frases y contestar ejercicios. Cuando iba con platillos a las mesas, a veces lo escuchabas que estaba repite y repite verbos para sí.

—Buy bought buying... Beat beat beaten beating...

—Íralo —la Susana oía a mi madre quejarse—. Ese buenopanada del Esteban siempre tan labioso cuando mi hijo le toma la orden.

—Nada más tómale la orden y ya. ¿Qué tanta cosa tiene que discutir contigo?

—Es que él habla inglés bien chilo, ma. Vivió en El Gabacho tres años. Le

pedí que me corrija la pronunciación. Eso es lo más difícil de aprender... No quiero que los gringos se burlen de cómo hablo...

En la mesita de a un lado de su cama mi madre tenía una cantidad de frascos y cajas de pastillas. Caminaba, sí, hablaba sin problemas, pero la fatiga y el dolor a veces del costado y a veces de la panza le impedían cocinar. Con una hora que estuviera a cargo de la caja ya empezaba a poner gestos de suplicio.

—El doctor le dijo que una semana de reposo ab-so-lu-to —anunció la Susana—. Pero no hace caso.

—Ya estuvo bueno, ma. El Güilo y yo nos hacemos cargo de todo. La Susana es de confiar. Podemos cerrar un poco más temprano. Así va a estar usted tranquila —y al final nos hizo caso.

Le preguntábamos exactamente qué tenía, cómo se llamaba su dolencia.

—No es nada grave, plebes —insistía—. Una cosa cualquiera en la vesícula.

Me pedía, eso sí, que pasara más tiempo en la casa. Que conviviera con mi hermano. Cuando coincidimos en la secundaria, estudiábamos en la misma escuela. Ahora, con el paso a la prepa, la diferencia de edad propició que otra vez quedáramos en escuelas distintas.

—Es el compa más aburrido del mundo, ma —le respondí—. ¿De qué podemos hablar? Él y yo somos como el agua y el aceite...

Por ese tiempo yo andaba tonteando con una chamaquilla pecosa muy sonriente que vivía cerca del Estadio Ángel Flores, se llamaba Nancy, y ni tiempo tenía para echarle un ojo a mi hermano.

—¿Y tu carnal no será joto? —me preguntó una vez el Pepo. Estábamos en el Parque 87 esperando a unas chicas con las que iríamos a una tardeada ahí bien cerca—. ¿Le has conocido alguna vieja? Es muy rarito... En una de esas y le hace agua la canoa...

—No inventes chingaderas si no quieres que te rompa el hocico, loco. En mi familia no hay ni habrá nunca maricones... Lo que pasa es que el flaco es bien cimarrón. Tartamudea, lo ponen nervioso las chamacas, pero así somos todos al principio. Ya se le quitará con el tiempo... Orita nada más es puñetero...

De esto último yo no estaba tan seguro. Tampoco me inquietaba mucho el tema. Poco tiempo antes mi hermano se había llevado sus cosas a la habitación en que acostumbraba dormir mi nana Sara, quien por la edad ya bajaba de Los Mayos mucho más de vez en cuando. Ahora sí podíamos pasar días o hasta semanas sin reparar uno en el otro gran cosa.

Intenté hacerle caso a mi madre.

Hablé con él.

—¿Y tú qué haces? —la cara se le puso toda roja al contestarme; acababa de preguntarle que cómo le iba en la escuela con las calificaciones—. ¿De cuándo acá te crees el responsable? Te la vives en la vagancia con tus compas y tus dizque conquistas. ¿No te das cuenta que mi amá puede ocupar una operación? No nos va a durar para siempre la cenaduría...

—Güilo, mejor bájale —nunca lo había visto tan encendido—. Ella dice que no es nada serio. ¿Por qué no creerle? Ya se le ve más respuesta, ¿no te has fijado? Lleva una semana que se queda en la fonda hasta el cierre sin poner caras de cansancio...

Una tarde de mayo sencillamente no llegó a la casa después de salir de clases. Dieron las cinco, las seis de la tarde, y de mi hermano ni sus luces. Prendimos el radio. Algo decían de una balacera por el lado de la Constitución y la Andrade. Se nos puso fría la piel del alma. Mi madre condujo hasta la escuela de mi hermano. A dos cuadras se veía un vendaval de patrullas y ambulancias. El don que vendía vasos de mango con chile piquín afuera de la Federal 2 luego luego supo de quién hablábamos:

—El Lobo Solitario, así le dicen sus compas del salón. Sí vino a clases hoy, claro que lo vi con su cara de que se está aguantando las ganas de echarse un pedo...

—¿Es su hijo? Disculpe, señora... No quise ser grosero...

—No, señito, no me di cuenta a la hora de la salida para dónde agarró...

—¿La balacera de allá? Fue hace dos horas, yo dejé el puesto solo y corrí a esconderme a la escuela... Regresé porque estoy esperando a que salgan los estudiantes del vespertino, que si no...

Cuando nos acercamos al sitio de la balacera, bloqueaban el paso dos patrullas. Ya se habían llevado los cuerpos.

Mi madre iba llorando al volante. Yo no sabía qué decirle. De repente todo se volvía una cosa informe: ¿qué sería de nuestra vida sin mi hermano? Mi madre no aguantaría. Se volvería una sombra. La balacera fue a dos cuadras de la Federal 2, pero ese sitio no quedaba en la ruta de regreso a la casa. ¿Qué necesidad habría tenido el Flavio de hallarse en medio de un tropel de narcos disparándose? Me latía urgido el corazón.

Llegamos de vuelta a la casa. La Susana le ponía a mi hermano sobre la ceja y el pómulos derechos una bolsa con hielos.

—No traía ni las llaves el pobre, señora María...

Sí traía la nariz sangrándole, se le veían golpes en los pómulos y la quijada. La camisa blanca con manchas rojizas. De su cuerpo nos llegaba un olor a mierda.

—Hice negocios con el Esteban, ma —confesó gimoteando—. Primero vendí bolsitas a clientes de la cenaduría. Pero ahora quiere que venda en la escuela. Yo ya no quiero eso. Mi apá estaría muy enojado conmigo...

Mi madre lo abrazó.

Yo estaba nervioso. Me sentía un inútil: todo eso de mi hermano estuvo ocurriendo ahí mismo, cerca de mí, sin que me diera nunca cuenta. Y ahora mi mamá lo perdonaba tan fácil por andarse metiendo en broncas que no eran cualquier nimiedad.

—No, no fue el Esteban mismo. Ni conozco a los que me pegaron. Pero me dijeron: Hazle caso al Belcebú o te volvemos a romper el hocico... Eso dijeron...

—Ese tal Esteban no tiene perdón de Dios —dijo mi madre—. Ni crea que me voy a quedar tranquila...



## *El niño se llama Germán*

El tío Plutarco le contó a mi madre por teléfono se ocupa hacer esto y lo otro y lo demás allá.

—En Hermosillo es que se saca la visa —explicó ella luego a mi nana—. No, aquí en Culiacán no hay de eso. El pretexto es que los chamacos quieren conocer Disneylandia. No diga que no, véngase con nosotros.

Unos lagrimones le llovieron por las mejillas a mi nana Sara.

—Ya estoy muy vieja para andar en esos trotes, hija. Los voy a echar mucho de menos...

—Además soy gente de campo —hipaba—. Si me voy pallá nunca volveré a ver a mi gente de Los Mayos.

—Por favor, nana —intervine—, a la buena vida sí ha de ser fácil ingrirse...

Nos dieron las visas por tres meses, para el verano. Mi madre ya había andado buscando un comprador para la casa. Tenía que ser alguien que además quisiera el traspaso de la cenaduría.

—Le dije que no hay problema si le quiere dejar el mismo nombre, para que aproveche que ya está bien aclientada.

—Pero a ver cómo le hace, ma, para hacerse de una cocinera tan chingona como usted...

Mi madre traía y llevaba a mi hermano en la guayina de la casa a la escuela y de la escuela a la casa.

—Le habló por teléfono al padre Guillermo —narró la Susana—. Él vino a verla luego luego. Y le contó lo que sabía: que el Esteban ese estuvo preso allá en El Otro Lado. Cuál tres años: se echó una condena de ¡ocho! años tras

las rejas. El cura mismo se comprometió a ir a hablar con Ojitos Verdes, tocarle el corazón a Satanás ha de estar rete difícil.

La próxima vez que el Esteban se apersonó en la cenaduría mi madre lo llamó aparte. Estuvieron alegue y alegue un buen rato en la banquetta.

—Me pareció ver que tu santa madre le daba un fajo de billetes en un sobresote color mango manila —resumió la Susana.

Fue un día muy caluroso ese que más recuerdo. Ya era julio, casi agosto. Los sillones, la licuadora, el refri, todo se iba a vender. Pocos autos pasaban por la calle. La casa era un bloque de silencio. Yo estaba en el cuarto, vencido por el sopor, queriéndome dormir. Sonó el timbre.

Mi hermano caminó al balcón. Se asomó a la banquetta. Sin decir nada, corrió hacia las escaleras y bajó para abrir la puerta.

Se volvió todo un espeso callar sobre el cuerpo de aire de las tres de la tarde. Sólo se oía, como un murmullo que todo lo sedaba, la moción de las aspas en el abanico de techo. De repente, el llorido de un niño.

—¡Héctor, ven!

Salgo al pasillo arrastrando la modorra en todo el cuerpo.

La luz intensa del sol es lo primero que viene hacia mí. Me llevo la mano a los ojos.

—¡Mira quién acaba de llegar, loco!

Por fin puedo ver. Una muchacha de rostro pálido y ojos hundidos trae un niño de la mano. El niño ha de tener cuatro años. La mujer se ve encorvada. Busca por dentro de sus labios cómo soltar una sonrisa ante mi madre, que llora calmosamente y le ha puesto la mano sobre el hombro. Mi hermano carga al niño en brazos.

—¿Qué te hiciste en la cara? —le pregunta el niño señalándole la cicatriz que se le ha venido formando en la ceja.

—Me caí por andar de despistado, ¿crees eso? —y le hace caras tiernas y gestos de juego.

—Me enteré que se van al Otro Lado —habla la mujer—. Conseguí que me trajeran para despedirme. Le debo mucho, oiga. No podía estarme tranquila sin verla antes de que se vayan y decirle que estoy bien. Dentro de todo...

Aunque el rostro luce avejentado, su voz tiene la consistencia de un objeto

sólido. No titubea.

—¿Has estado viviendo aquí en Culiacán? — pregunta mi hermano—. ¿Por qué no nos avisaste nunca?

—No la atosigues, muchacho. Sigue jugando con el pequeño...

El niño se llama Germán.

Ella pasa con mi amá a su recámara. Ahí se encierran un buen rato. El Flavio y yo jugamos con el niño a la pelota.

Salen más tarde juntas las dos mujeres, abrazadas, llorando.

Una camioneta roja se halla a la espera. Cuando ella se despide y baja las escaleras llevando en los brazos al niño, vamos mi carnal y yo hacia la terraza. Veo el rostro del Flavio fijo en las personas de allá abajo. De repente lo desconozco: ya no es un mocoso. Es un muchacho alto y recio, flaco por supuesto, de brazos y dedos largos y huesudos, pómulos marcados y ojos grandes, plenos de una voracidad por el mundo que acepta a duras penas quedarse ahí encubierta. Marcado por los residuos de los golpes, su rostro de facciones angulosas trae una furia intensa y profunda que no halla manera de volverse acto. Descubro con sorpresa que, en efecto, él ya está hecho para la vida, listo para agarrarse por su cuenta a madrazos con la fibra dura de los años que vendrán.

Un hombre de camisa de rayón y sombrero, en la banqueta, espera a que Tomasa y el niño se suban en la cabina de la troca. Él sube después de la madre y el niño. Con un movimiento del puño da la indicación al chofer de que arranque el motor.

Cuando ya la troca es sólo un punto ciego a lo lejos, más allá de la estatua de Benito Juárez por la Casetta Cuatro, mi hermano parece darse cuenta que estoy a unos pasos. Se vuelve hacia mí.

—Qué difícil entender todo esto, loco —suelta con una difícil sonrisa que en nada consigue esconder las manos alevosas del desasosiego.

¿Qué más te puedo contar, Seco? Mi madre nunca nos dijo qué le contó esa vez Tomasa. Y jamás volvimos a verla.

## *No volveré*

La madre llevaba los brazos tensos sobre el manubrio. Volteaba nerviosa al retrovisor cada que se les venía acercando un camión o un tráiler, o cuando por fin decidía rebasar un auto. Sólo después de dos horas aflojó los brazos. Soltó una mano del volante. Luego de acomodarse un mechón del cabello sacó de la guantera, sin dejar de ver el camino, un caset de Lola Beltrán.

La voz grave llenó el interior de la guayina.

Yo te juro que no volveré,  
aunque me haga pedazos la vida...

—Mira nada más. Tuve buen tino —la mujer volteó a ver por el espejo a su hijo menor, que iba despertando en el asiento de atrás. Ella traía en el rostro huellas de fatiga, como quien acaba de salir de una enfermedad.

El Héctor ya se veía despierto. Iba en el asiento del copiloto. Trataba de mantenerse flemático, adulto, centrado. Le decía a su madre con aire de seriedad cuando veía un anuncio de distancias, velocidades, advertencias.

La luz caía rotunda sobre la piel del día. Al fondo del valle, vistos desde la ventanilla derecha, los cerros lucían sus espaldas de un verde azulado. La línea gris de la carretera se veía recta y fija, sin desviaciones en su avidez por fundirse con el límite del horizonte.

—Tengo hambre —dijo el Flavio—. ¿Falta mucho para que nos paremos a tragar en algún lado, ma?

El Héctor se agachó. Tomó de una canasta a sus pies dos burritos de machaca envueltos en una servilleta. Los entregó a su hermano sin volver la

cabeza.

—Qué harían sin su madre, mocosos —la mujer tomó el carril de la izquierda y metió un cambio. Rebasó a un vocho azul cielo en que iba un hombre joven, de bigote, manejando. Llevaba dos niños, uno de copiloto y el otro en el asiento de atrás, como de entre once y nueve años.

—¿Todos los tacos son de machaca, jefa?

—También les hice de frijoles con queso...

Las preguntas y respuestas eran así: habían sido así todos estos años. Cosas ligeras y prácticas de todos los días. La escuela y el negocio de comida, ante todo. Alguna vez surgió la brecha para una conversación más franca, con su hermano; pero él mismo se cerró, constreñido por un amasijo de pudores y enojos. Tantas veces ocurrió lo mismo en la escuela: pensaba con cuidado qué palabras usar con Fulana o Zutana, y al estar frente a ellas salía con un disparate, un chiste críptico del que sólo él se reiría. Lo habían visto siempre (el Héctor, sus maestros y compañeros) como un batillo raro. Tan metido en su cabeza que hasta podía en cualquier momento perder la chaveta. Alguna vez lo invitaron a una fiesta. Se la pasó esos días imaginando cómo tendría que ir vestido; de qué temas se esperaría que hablara; con quién se acercaría, a qué morra habría de sacar a la pista. Al final ni fue.

Habría querido ahora, con la catarsis del viaje, que le sacaran plática; que lo obligasen a extraer de sí lo que llevaba años en el corazón de su garganta. Se sabía una isla. Como si su madre y su hermano lo trataran luciendo una delicadeza forzada que rayaba en la acusación: él cayó en la trampa exacta que su madre más había temido, El Negocio. Esa vez del episodio con Belcebú, su madre no le hizo ningún regaño. Lo trató a partir de ese día como si él acabase de estar una temporada en el manicomio y hubiera que evitarle la cercanía y dureza de las cosas reales. La vergüenza era un escozor que lo hacía sentir inseguro. Ante sus ojos, valía menos que los demás.

A esto se unía el sentimiento de culpa por la muerte de su papá y el rapto de Tomasa: se recriminaba no haber puesto sobre aviso a su padre, al llegar, del peligro que significaba la presencia de los dos hermanos en el portal del abarrote, y el estar dormido mientras se robaban a la joven. Las recriminaciones venían de una voz antagonista que no tomaba en cuenta que él

había sido en ese tiempo un niño de diez, once años.

No podía saberlo, pero —en tanto el hijo huérfano de un hombre asesinado, de alguien que murió violentamente— traía entre la unión de sus almas una fisura incurable de flaqueza. Esto lo desalineaba, lo hacía tropezar con sus propios pasos. Era un preguntarse siempre para qué sirve hacer esto, hacer lo otro, desde antes de intentarlo. De ahí, sus sietes y ochos en la boleta. Todo mundo, empezando por él mismo, sabía que podría estar sacando dieces como quien respira.

Sólo en la cenaduría se veía como alguien capaz. Sonreír, llevar platillos, contestar esto y aquello a las preguntas de los comensales. Todo le salía fácil porque se volvía dinero: y él quería dinero. Desde el asesinato de su padre, la pobreza era un barrio siempre próximo. Cualquier día podrían quedarse sin siquiera frijoles. Su madre enfermarse, morir.

Y llegó entonces la enfermedad de su madre. Había venido siempre envidiando a su hermano: un bato risueño y bullanguero, vitalista y seductor. Él ahora tenía la chanza de reivindicarse. De hacerse ver como El Hijo Responsable, pues conseguiría dinero. ¿No habían dicho siempre allá en Chapotán que él iba a ser un chingón para el comercio? Aunque no sería un narquillo cualquiera. Sólo por un tiempo. Así tendría que empezar, claro. Vendiendo yerba en la cenaduría. E iría juntando sus ahorros. Aprendería inglés. Estudiaría en el Tec de Monterrey. Mientras su hermano se consumía en liges y fiestas o en jugar basquetbol con los compas, él se volvería con el tiempo un empresario bien chaca, respetado.

Y un día: “Nos vamos a Estados Unidos”, anunció la madre.

Todos los planes mutaban, para bien. México valía madres. ¿Qué era México a fin de cuentas? Un país de pura inflación y crisis, de mentiras y matones. Nada lo unía con esa falsedad. Su tío en Los Ángeles tenía una fábrica de ropa para niñas. Él ni ocuparía estudiar: aprendería ahí mismo el negocio, se volvería el brazo derecho de su tío Plutarco. Hasta que, con sus ahorros, lanzara su propio bisne. Sacaría su green card. Se casaría con una americana, rubia y alta.

Su madre no tendría que chambear como negra.

Pero, a como se acercaba la fecha del viaje, le fue creciendo la zozobra de

verse en un futuro de garras turbias. Su padre se quedaba allá parrriba, vuelto ya una hilera de polvo sin respiración en la sierra lejana. Si su padre viviera, ¿habrían siquiera ocupado irse en busca de otro suelo? Mi madre no es que sea una anciana, pero no será justo que ella siga trabajando tanto. ¿Y si nunca me hallo en una ciudad como Los Ángeles? ¿Me volveré un estorbo, me volveré loco, andaré luego pidiendo limosna por la calle?

Hacia cosa de una semana, el Héctor iba llegando a la casa y se encontró a mitad de la escalera al Flavio, con la vista baja y pensativa.

El Héctor le puso la mano en el hombro. Con una sonrisa le dijo: “¿Me equivoco, o te estás cagando de miedo por el viaje?” El Flavio movió la cabeza ligeramente a la izquierda. Carraspeó, abrió y cerró los ojos. “Tú relax, bróder”, habló el Héctor. “Tú masticas muy bien el inglés. Nos va a ir a toda madre con la billetiza americana. Hasta los ojos se te van a poner verdes un buen día”.

El Flavio levantó la vista y le sonrió. “Mugre Héctor, tú caes de pie donde te pongan...”

Su hermano le habló extendiendo el dedo índice de la mano derecha: “Mira, condenado”, sonreía. “Tú eres mi único carnal. Y si me va bien, estarás conmigo, y estarás bien”. Recomponiéndose, con el propósito de disipar la irrupción posible de la cursilería, añadió: “¿Entendido? ¡Nos va a llover la dolariza! ¡Hasta vamos a cagar de color verdecito, ya verás!”

Hacia las once de la mañana ya habían dejado atrás Los Mochis. El Flavio durmió otro trecho. Ahora se hundía en el calor; el sudor le lamía el cuello, las axilas y la frente. Además, estaban el mareo y el hambre sin deseos de comer nada más por temor a la náusea; el movimiento sordo del automóvil a lo largo de un camino que siempre tenía más y más asfalto por adelante, más calor y más náusea; el ronquido del aire acondicionado tratando de llenar el auto de un frescor que en el asiento trasero era insuficiente.

—Súbanle al aire, porfa. No llega hasta acá nada.

—¿Tienes mucha calor, mijito? Mejor lo apagamos y bajas los vidrios. Ya ni lo llevé a reparar el aire acondicionado. Para qué, me dije. En Tijuana ya tengo comprador para la guayina, ¿sí les dije...?

—Sí, ma. Varias veces...

El Flavio bajó el vidrio de una y otra ventanilla. El aire que entró se sentía caliente. Vio en torno suyo el interior del automóvil. La espalda de su hermano inclinándose hacia la guantera; su perfil viendo los huizaches al borde de la autopista. Las manos blancas de su madre sobre el volante. Su cabello, ya tocado por las canas; su rostro largo y serio. Así que esto es irse de mojados, se dijo. No debería quejarme: el Juanillo de seguro se fue cruzando el desierto a pie, muriéndose de sed, quizá lo venadearon esos de la migra y ahora es un esqueleto secándose bajo el sol de Arizona...

El caset de Lola Beltrán, con su voz casi masculina, venía sonando otra vez.

En el tren de la ausencia me voy,  
mi boleto no tiene regreso,  
lo que tengas de mí te lo doy  
pero yo te devuelvo tus besos...

—Ya chole, ma —dijo el Flavio—. Me estoy empachando de tanto escuchar a esa señora.

—¿No te gusta cómo canta tu tía?

El Héctor levantó los ojos y a través del espejo retrovisor lanzó una mirada a su hermano. Era algo así como: Aquí va otra vez mi amá, de crédula, con esa historia... El segundo apellido de su tata Gumersindo era Beltrán. El hombre contó a su hija varias veces cómo, según esto, eran parientes lejanos de la famosa cantante. Muchos años atrás, una rama de los Beltrán, en su viaje desde España, se había quedado en El Rosario, al sur de Sinaloa. Ahí, con el tiempo, nació Lola. La otra rama, la de ellos, se siguió hacia el norte hasta establecerse en la sierra, en Los Mayos.

—Pongan otra cosa, pues, escuincles ingratos...

Sin decir nada, el Héctor extrajo el caset de Lola Beltrán. Hurgó en la guantera unos momentos. Volteó a ver a su hermano con una sonrisa cómplice.

—Esto es pa que se vaya acostumbrando, jefa.

Tommy used to work on the docks.



Union's been on strike.  
He's down on his luck...  
It's tough, so tough.

—¡Guácala! ¡Cómo les puede gustar una cosa así! ¿Es uno de esos grupos de gringos mechudos? ¡Parecen viejas! ¿Nadie le enseñó a esos fulanos que un hombre debe traer el pelo corto?

—Es música chingona, ma.

El Héctor tenía los ojos cerrados y la cara levantada. Hacía con las manos el gesto de tocar una invisible guitarra eléctrica.

—¡Qué música ni qué ocho cuartos! Es puro ruidajero...

Con una cara de beatitud, el Flavio dejó caer la cabeza sobre el respaldo. Dejándose llevar por la rola de Bon Jovi, sonreía.

Pasaron la noche en un hotel de Hermosillo y muy temprano siguieron la ruta por el desierto. Llegaron a Tijuana a las cuatro de la tarde, era domingo. Cruzaron la frontera al día siguiente.

El tío Plutarco los recibió en San Diego junto a una camioneta roja, entre gritos y con los brazos abiertos. Era un hombre alto y blanco, de cara sonrosada.

Antes de saludar a su tío, el Héctor colocó una mano sobre los hombros del Flavio. Se dieron cuenta al mismo tiempo: a cada uno se le empezaban a mojar los ojos.

---

LA VERDAD VERDAD

## *Él es una mano*

Ella tiene frío. Las vacas lanzan múes y múes a como van llegando al establo traídas por ma Gertrudis. Ella nunca despierta cuando ma Gertrudis se levanta. Lo hace más tarde, ya que ma Gertrudis vuelve del río arriando las reses. Le ha dicho a ma Gertrudis: “Me despiertas cuando te levantes, quiero ir contigo por las vacas” y ma Gertrudis le dice “Sí, mi vida”. Pero al día siguiente la ve dormir tan como un angelito, las mejillas rosadas, la boca entreabierta, un mechón tapándole la frente, y mejor la deja que siga en el sueño. La tapa con la cuilta, se pone una frazada, sale al servicio.

Ella ahí se queda. En el catre de al lado está tía Encarnación durmiendo.

La niña da tantas vueltas cuando duerme que pronto se destapa y a veces hasta tira la cuilta al suelo. Por eso tiene frío al despertar. Sale descalza del cuarto. Sobre una silla, a un lado de la puerta, está su nana, es un bultito anciano de ya casi puros huesos. Ma Gertrudis la quiere mucho, pero la nana ya no hace ninguna cosa útil: se la vive con los ojos cerrados, bisbisea ruiditos, un rosario en la mano derecha.

Ella sale al establo.

Sentada en un banquito, ma Gertrudis tiene la cabeza inclinada, ella ve aquellas manos apretar las ubres mientras el líquido blanco cae a chisguetes en el balde. Tiritando, la niña se pone en cuclillas a un lado de su tía. Ma Gertrudis le ha dicho: “Te vuá enseñar a ordeñar cuando cumplas seis años”. Ella empieza a hacer ruiditos con la boca: muuuuú, muuuuú, y ma Gertrudis voltea a verla. “¡Otra vez descalza, muchachita! ¿No te da frío de veras? ¡Métase a la casa, píquele! Ya casi acabo...”

Con un hormigueo en las corvas, la niña se yergue. Avanza dos pasitos,

pone una mano en el hombro de ma Gertrudis, le da un beso en el cabello. Corre hacia la casa imitando el mugido de las vacas, entre risitas. En la cocina está tía Encarnación revolviendo huevos con frijol en la sartén.

La niña pone platos y cubiertos en la mesa. “Dile a tu tío que ya se levante”, escucha la voz grave de tía Encarnación.

La niña siente una punzada en el pecho. Siente un ardor. Se le apaga la luz, se le—

Él no es un muchacho. Es sólo una mano. Él no es su tío. Es una mano que huele mucho a cigarro. Una mano que.

¿Cuántas veces ha pasado?

Cuando tía Encarnación baja al río. Cuando ma Gertrudis anda en el chiquero, en el gallinero, quién sabe dónde.

Ella ve su rostro. Es el rostro del eugenio pero no ve ese rostro. Ve su mano, sus dedos largos y las uñas llenas de mugre.

Los dedos metiéndose

Hundiéndose

Hiriéndola entre las piernas.

Él es una mano. Ella cierra los ojos, quiere no gritar pero grita *Me duele, tío* con apagamiento. Él dice *Cállate* y se frota el pene con la otra mano, jadea y le dice *No hagas ruido, mocosa*.

Se oye la voz de ma Gertrudis que viene de afuera, que se va acercando.

El eugenio la empuja, se sube la bragueta, se abrocha el cinturón. *Si le dices algo te muelo a chingadazos*.

A ella le quema la entrepierna. El dolor es una punzada. Una rojiza cosa que se le queda adentro ardiéndole. Y se le queda en el pecho una hondura negra que le aplasta los respiros.

Ha pasado y pasa y seguirá.

Un día el eugenio se fue al Otro Lado de bracero. “Vamos a echar mucho de menos a tu tío, chiquita”, dijo tía Encarnación.

Él tenía diecisiete, era alto y flaco, tenía una voz rasposa toda agria.

Volvió pa Navidad. Traía billetes; un collar para tía Encarnación; una blusa le entregó a ma Gertrudis y a la niña una muñeca.

Traía sobre todo otra cara: una sonrisa con burlas en vez de labios. Era la cara de quien ya se sabe grande, ya sobrevivió a cruzar el desierto por Sonora, ya ganó en dólares por lavar pilas de platos en un restaurante.

Ya conoció mujer en una casa allá en Caléxico.

Él ahora es un adulto. Ve a la niña con asco. Se acuerda y la ve como temiendo que la niña le diga con resuellos de reproche en la voz *Tú me manoseabas*. Le da miedo verla. Le da vergüenza acordarse y todo eso lo muta en una cara de ira y repulsión que a ella le cae en su cuerpito como un bulto lleno de brasas. Ella ve su rostro y ve su mano; tiembla con la cercanía de su olor a cigarro.

Y una vez la niña se machucó un dedo con una puerta, chilló y chilló. Su ma Gertrudis le puso mertiolate en el dedo y luego salió a darle de comer a las gallinas. La niña siguió llorando, el eugenio se levantó del catre, se quitó el cinto y le pegó tres veces. *Cállate, ya me tienes harto con tus berridos*. Le pegó en la espalda y en las corvas.

Cuando ma Gertrudis volvió a entrar se le quedó viendo: “Cómo te atreves, qué te hizo la niña”. El eugenio sostuvo la mirada. La niña dejó de llorar, se agarró de la falda de ma Gertrudis. Le dolía todo, le ardía la espalda. Tenía miedo y el miedo era una mano lastimándole, hurgándole bajo la piel, hundiéndole el dolor de nuevo.

A la mujer le temblaba el cuerpo, la quijada: “Ni te atrevas a volver a ponerle un dedo encima—”.

Él se carcajeó: “Qué me va a hacer, tía, a ver, qué me va a hacer, quiero verlo. Pinche par de arrimadas”.

La mujer no dijo ya ni una sola cosa. Sólo suspiró largamente. Siguió viendo al eugenio con la mirada de quien odia y no quisiera odiar.

La niña tenía los brazos en torno de la cintura de ma Gertrudis. Hipaba tapándose quién sabe cómo los impulsos de otra vez hacer nacer el llanto.

El eugenio se volvió a ir en febrero. Mandaba el dinero con un giro postal. Tía Encarnación bajaba en burro a Tamazula, volvía cansada pero traía dinero. Él volvió a los dos años.

La niña tenía nueve para entonces. Ma Gertrudis la traía consigo siempre pegada. Le traía rencor al muchacho, mucho mucho rencor pero le hablaba como si tal cosa. Tampoco sería bueno que su hermana descubriese tener un hijo tan horrendo, perdón, no un hijo, un hermano menor tan desalmado.

El eugenio estuvo poco tiempo. Dejó billetes verdes. Sólo se quedó en Navidad y Año Nuevo. La noche antes de irse se acercó a la niña que lavaba los trastes y le dijo: “¿Hasta cuándo van a seguir de arrimadas tú y esa vieja? Ya estuvo bueno, sanguijuelas”.

Luego dejaron de tener noticias suyas, por años. Tía Encarnación lloraba por las noches. Rezaba por él. Por qué no escribía. Alguien le habría hecho la malora. Cómo es que no escribía. No podía aceptar la muerte de su único hijo, perdón... bueno, sí, aceptémoslo: el hijo al que vio crecer como hermano por la vergüenza que tenía su madre de que el esposo hubiese embarazado a su hija mayor. De los mojados que regresaban cada tanto, ninguno de ellos sabía decirle nada. “Las suidades son bien grandes de aquel lado”, le decían. “Está difícil que nos topemos así como así con el eugenio”.

Los años pasaban en El Toro.

La madre de las dos hermanas había perdido la vista desde varios años atrás y casi ni comía, comía muy poco. Hablaba muy de vez en cuando y a veces lo que venía a decir eran cosas incoherentes, que obligaban a las dos mujeres a verse con un gesto de inquietud o de hastío. La anciana murió una noche en su catre, sin sufrimiento. La habría de recordar Tomasa como una presencia casi invisible. Desde que ella era muy chica ya era la mujer poco menos que una sombra sin apenas migajas de alma, silenciosa siempre en las

esquinas.

## *Flor de capomo*

Se habían cumplido seis años de su ausencia, cuando un día de marzo antes de Semana Santa llegó el eugenio. Anochecía. Las dos mujeres cenaban frijoles con queso fresco. No habían oído nada, ni pasos ni tampoco el ruido de alguna troca, y el hombre apareció, forzando una sonrisa, en la ventana.

Tía Encarnación lo abrazó llorando; le pasaba las manos por la cara, por los brazos, le rodeaba la espalda teniendo miedo de que si lo soltaba el hombrón ese que era su hijo volviera a esfumarse, y por años otra vez.

Él traía arrugas en la cara. Se veía más flaco y más viejo. Traía un tatuaje en el brazo derecho, una serpiente de piel azul con una palabra en letras rojas que las mujeres no entendieron qué habría de querer decir. No traía dinero.

No les contó nada de qué había pasado todo ese tiempo. A las preguntas sólo respondía con un encoger de hombros, a veces sonreía como con malicia, acordándose de sabrá dios qué cosa habrá hecho. Eso sí, al día siguiente de su llegada se acomidió a arriar las vacas para la ordeña, las llevó más tarde de vuelta a la parcela, aunque para la noche regresó borracho luego de pasar horas en la cantina de don Herminio.

Aprovechando que un vecino bajaba, la Gertrudis le mandó a los dos días un papel a su comadre Maruca, de Chapotán. No pasó mucho tiempo antes de que la Ford blanca de don Eutimio, acompañado de un amigo suyo de cara redonda y colorada, se apareciera en El Toro. El compadre Eutimio seguía conservándose como un hombre robusto, de pómulos duros y frente amplia pero con una expresión bonachona en los ojos y los labios que a la Gertrudis le hacía sentir mucha confianza.

Ya tenía listas sus cosas Tomasa en una bolsa de yute.



La Gertrudis lloró mucho esos primeros días. Nunca se había despegado de ese pedazo de carne que nunca trajo en su vientre, pero como si así hubiera sido.

“Manda traerla si tanta falta te hace”, le decía su hermana. La Gertrudis movía la cabeza a los lados.

Escuchaba la grabadora del eugenio con las voces de Carlos y José.

Trigueñita hermosa,  
linda vas creciendo,  
como los capomos  
que se encuentran en la flor.

“Ella está mejor allá con la Maruca”, respondía a la mirada de la Encarnación tratando de convencerla con palabras en las que ella misma no tenía tampoco mucha fe. “Acá en El Toro qué vida le espera: ¿ordeñar vacas toda su vida? ¿Quedarse para vestir santos igual que nosotras? Los únicos varones aquí o están viejos o acabados de nacer. La Maruca verá de casarla con un buen hombre, que la cuide”.

“Dios te oiga, mujer”, respondía su hermana. “Tampoco es que Chapotán sea pueblo grande. No sé de dónde sacas tanta confianza”.

Rehuía entonces la Gertrudis seguir alegando con el tema. Ganas le sobraban de decirle *Tu hijo tiene culebras en el alma, ya deberías saberlo*.

Oyó la Gertrudis el motor de una camioneta subir como cansándose por la cuesta. La troca se paró ante el chiquero. Bajó primero don Eutimio. Al ver a su sobrina en el asiento del copiloto le entró a la mujer una pensión. ¿Qué habrá hecho esta ingrata para que me la devuelvan así tan sin avisar ni nada?

Antes de saludar a Tomasa, invitó a pasar al hombre, no querrá compadre unas gordas con frijol, le habrá dado hambrita en el camino.

“Aquí le traigo a la chamaca unos diyitas, comadre”, el hombre la atajó. “La Maruca está pabajo con el Flavio. Lo llevó con un doctor a Culiacán. Anda muy mal de un ojo el pobre plebe. Yo casi ni estoy en la casa y me

resulta difícil navegar a esta muchacha. Vengo por ella de vuelta en cuanto la mujer suba, ¿le parece?”

La Gertrudis abrazó a la muchacha, que se dejó apretujar mientras hacía salir unas lágrimas. “¿Entonces no se ha portado mal esta condenada, compadre, me lo jura?”

“Muy bien se porta, ni tiene que pensionarse de eso. No nos da batalla. A veces parece que ni resollara, de tan calladita que se deja ver”.

Cuando el hombre se hubo despedido y la cola de la camioneta se perdió al ir descendiendo por la cuesta, la Gertrudis besó repetidamente a su sobrina en los cachetes. Las dos dejaban salir y salir y salir un montón de lágrimas.

Dormía Tomasa en el mismo catre que la Gertrudis. La acompañaba a ordeñar las vacas, hacían juntas las tortillas, el requesón, el queso, el suero salado, bajaban a lavar al río. El eugenio hablaba durante las comidas de esto y lo otro, de las reses, los quesos que no ha pagado el Procopio, ya no hay que fiarle a ese cabrón, o hablaba de la siembra que se venía, de uno de los cochis que ya estaba listo para convertirlo en carnitas. Tomasa lo seguía llamando tío, lucía un temblor en los labios cada que debía acercársele con un plato de albóndigas o la canasta de tortillas.

“Me voy pa Topia”, dijo el eugenio a la semana. “Ocupan gente en las minas. Pagan bien. Vuelvo para antes de la siembra”.

Tía Encarnación buscó persuadirlo: no te vayas, con los quesos nos va bien. Ya en un mes habrá que ir barbechando, cómo te va a dar tiempo de ir, trabajar, volver. El hombre se fue de todos modos. La Gertrudis esa noche se durmió desde que las gallinas se subieron a dormir a los árboles y hasta que el gallo cantó al día siguiente, sin despertar nunca en ningún momento para nada a lo largo de la noche.

Salivando, Tomasa se sentó a la mesa. Frente a sí, en un plato hondo, los tomates recién cocidos dejaban salir un olor cálido y dulzón. Tomó uno con la punta de los dedos de la mano izquierda. Sopló y con los dedos de la otra mano le jaló la piel, no queriendo quemarse. Le quitó una parte, lo soltó y se llevó a los labios el sabor del tomate en los dedos. En eso oyó pasos fuertes,

como de botas, acercándose a la puerta. Sin saber por qué tuvo un palpito de que su tía Encarnación le iba a pegar un regaño. Quizá se había tardado ya mucho en pelar esos tristes tomates.

Cuando vio el cuerpo del hombre, se puso de pie. No sabía si sonreír, saludar, asustarse, qué es esto. Le llegó entonces, como en la forma de un ventarrón frío, el aliento a alcohol. Un latigazo de miedo la arropó en frío. El hombre extendió la mano. Ella abrió la boca, quiso gritar, no pudo. Él la agarró de los cabellos, la jaló hacia el cuarto.

La aventó sobre el catre. Ella no sabía cómo su cuerpo parecía estar atenazado por unas mallas que le impedían darle órdenes: quiso levantarse y era como si el cuerpo pesara el doble. Guijarros de miedo en la garganta le impedían sacar el menor ruido. Buscó de nuevo erguirse y ahora sí movió el torso hacia adelante. Él la golpeó con el puño en la cara. Ella sintió la cabeza irse para atrás, luego una punzada dura, un hormigueo vibrante se le metió bajo la piel. Él le decía algo entre los dientes, sin elevar la voz, como si masticase las palabras antes de darles permiso para salir. Con la mano izquierda levantó la falda y el fondo, con las dos manos jaló la pantaleta. Ella sentía en el pómulo la huella de dolor de una quemadura.

De repente estaba ya ese cuerpo encima de su cuerpo. Ella gritó, le pegó con la derecha en la cara, con la izquierda lo empujó en el pecho. El cuerpo pesaba, era duro y frenético. Él levantó un poco el torso, le soltó un garnatadón ahora en la nariz. Ella no podía respirar. Estaba respirando un agua espesa y le despertaba la ansiedad de morir ahogada.

Él aplastó su cuerpo sobre el de ella. Con una mano le jaló la pierna izquierda hacia un lado, con la otra velozmente le juntó las muñecas y las apretó contra el borde del catre. Ella sintió una quemazón en la entepierna. Una víbora reseca y con hambre devorándole el adentro. Volvió a intentar un grito, abrió la boca tratando de jalar aire, él la aplastaba, le hundía la víbora quemante, le dio un golpe más en la cara cuando ella intentó morderlo en un hombro, él siguió sacudiéndose, jadeando, y le soltó las manos para fijarla en un abrazo denso que le impedía finalmente todo movimiento, hubo un instante en que dejó el hombre de convulsionarse, soltó un gruñido y se salió de ella. Se levantó, empezó a toser. Se subió los pantalones y salió del cuarto, vomitó

ahí a un lado de la cerca del chiquero, se acercó al lavadero y se echó agua en la cara y caminó hasta el tronco en que estaba amarrada la brida y montó el caballo y se largó sin volver la vista atrás mientras ella lloraba, jalaba los mocos, veía manchas de sangre en la blusa y los brazos, se llevaba las manos a la cara, en algún momento dejó de llorar y se puso de pie, se vistió llorando y salió de la casa, caminó por la vereda hasta llegar al río, ahí va hipando y llora, jala el aire con desespero y el olor a tomates cocidos se le hunde con lenguas de asco hasta lo más virgen de la garganta, ella se mete a las aguas y avanza y luego siente cómo le falta un asidero de algo bajo los pies.

No habría de volver en sí hasta hallarse de nuevo en la orilla del río, tosiendo, sacando agua por la nariz. Trata de quitarse sin lograrlo un olor de tomates cocidos mientras abraza a su ma Gertrudis que llora y le pregunta ¿qué pasó mijita, por qué me querías dejar tan sola en el mundo? Yo me moriría sin ti.

A los dos tres días ma Gertrudis le pagó a don Herminio pa que las llevara pabajo a ella y su sobrina. Traía la muchacha un moretón en el pómulo izquierdo y en torno del ojo también. La nariz se le veía inflamada. “No me duele, de veras no me duele”.

“Cómo no te va a andar doliendo, mijita”.

El médico de Tamazula la atendió. “Tiene que ir pabajo. Qué se me hace que esta muchacha se fracturó la nariz. Va ocupar sacarle una radiografía, allá en Culiacán tienen esos aparatos. ¿Pues cómo se cayó, de dónde?”

Al salir del consultorio, pidió la Gertrudis a don Herminio pasemos ahora a Chapotán. Fingió calma y toda la cosa con don Eutimio. “Andaba queriendo arreglar unas goteras, y ya ve, compadre. Se cayó del techo y ni las manos metió la muy taruga”.

“Pero falta mucho pa la época de lluvias... Qué necesidad de andarse trepando”, comentó el hombre con aire distraído. “Lo bueno es que está chamaca. Se va a curar bien pronto. Así son los mocosos. Cuerudos, resistentes hasta dar envidia. Ya de grande no se cura uno fácil de estas cosas”.

“Mejor se la dejo, compadre”. “Pero es que la Maruca no ha vuelto...”  
“Cuídemela, se lo pido. Tamazula está bien cerca de aquí. Si ocupa que la vea el doctor otra vez, yo sé que usted me hará la caridad de llevarla. Bajar desde El Toro es mucho camino”.

Tomasa se quedó en Chapotán y ma Gertrudis siguió su ruta hacia El Toro. Al día siguiente don Eutimio mandó a su mujer recado con Ramón Soberanes para que ya se arriendara al pueblo con todo y chamaco, esté como esté tráetelo... Tampoco es que se nos vaya a andar quedando tuerto...

## *Los apellidos*

—¿Encontró lo que buscaba? —preguntó la cajera.

Mi hijo contestó por mí. Puso luego los bracitos sobre la banda y me sonrió con un brillo de orgullo en la mirada. Le puse la mano en el cabello y lo jalé hacia mi costado. Me abrazó la cintura. Estábamos de vacaciones unos días de julio en Culiacán. Habíamos ido de compras a la Ley, tienda ubicada a dos cuadras de la casa de mi madre.

La cajera fue pasando el protector solar, dos bolsas de papas fritas, medio kilo de guayabas, un paquete de yogures para beber. A la hora de decir la cantidad, volteó a verme. Tenía el rostro largo y pálido, con los labios pintados de un rosa suave que le acentuaba el aire maternal y el cabello recogido en un chongo. Sus ojos eran enormes y de un candor espontáneo, casi jovial. Lo que estorbaba a la armonía de sus facciones era una nariz saliente y ganchuda; se le advertían arrugas en la frente y los pómulos. Le vi el gafete, leí su nombre.

Me llegó un olor a dulce de ciruela, de dónde, me dije. Fijé de nuevo el examen de mis ojos en los rasgos de su cara, con una celosa inquietud.

Quise preguntarle.

Por miedo a lucir impertinente, o quizá porque no entendía bien a bien qué me estaba ocurriendo, terminé por no decirle nada. Pagué. Mi hijo y yo salimos del supermercado hacia el calor extremo del mediodía.

Pasaron las semanas y de cuando en cuando, ya de vuelta en mi vida rutinaria acá en la capital del país, me volvía a la memoria ese rostro. ¿Era ella? El olor a dulce de ciruela se volvió una cosa espesa e inmediata que desde el fondo del sentir me obligaba a volver el rostro hacia mi infancia. El

nombre de pila coincidía con el que vi en el gafete de la cajera, de los apellidos no estaba seguro; cierta cosa en su cara me hacía pensar, con intuición urgente, que se trataba de la misma persona sobre quien llevaba años escribiendo un libro.

La vi, de chamaco, en una ocasión. La vi de cerca, quiero decir. Ella tenía poco de vivir en el pueblo. Ya nos había contado el Héctor de esa morra. Nos echábamos bajo un huizache, en la loma trasera a la casona de don Eutimio, a esperar que ella saliese al lavadero o al servicio.

Mi madre me mandó una tarde a casa de los Carrasco con una bolsa de coricos que acababa de hacer. Ellas, las dos mujeres, se veían poco. Mi madre elogiaba a la señora Maruca por “no andar de jacalera y saber que su lugar está en su casa”. Pasé hasta la cocina.

La señora estaba ante el comal aplanando la masa, ponía las delgadas láminas sobre la plancha caliente. Del otro lado del comal Tomasa volteaba las tortillas. Sonreía escuchando quién sabe qué cosas decía su madrina. La vi llevar tortillas a la mesa; ahí comían los dos hermanos. Le acarició el cabello al Flavio con el gesto de una hermana mayor.

Al divisarme, los dos plebes me saludaron moviendo la mano en los aires.

“Aquí le manda mi amá, señora Maruca”, dije. Yo seguía mirando a Tomasa. Ella finalmente me sonrió. Luego bajó los ojos. Era alta, de mejillas sonrosadas y ojos vivos enmarcados por pestañas chinas. Me puse nervioso.

“Pónmelos en la mesa”, ordenó. “Dile que muchas gracias, mijo. Que Dios se lo pague”.

“No sea coda, ma”, irrumpió el Héctor con la boca llena. “Dios qué culpa tiene. Mejor páguele usted”.

“Es un regalo”, aclaré, como si no hubiera entendido que el Héctor hablaba en broma. Volví a buscar a Tomasa. Ella estaba de espaldas para entonces. Tomaba con la derecha una tortilla del comal mientras con la izquierda se cubría la boca, se arqueaba luego queriendo reprimir la carcajada.

“Mija”, le habló la señora. “Agarra de la mesa un plato de dulce y envuélvelo en una chira limpia. Dáselo a este muchacho”. Se dirigió a mí: “Dile a tu amá que aquí le mando un dulce de ciruela. Espero que le guste”.

Tomasa obedeció.

“Es para tu amá, Seco”, sonó la voz alegre del Héctor. “No te lo vayas a querer andar tragando tú en el camino”.

Al entregarme el postre envuelto en un trapo Tomasa me vio y esta vez no pudo aguantarse las ganas de soltar una risotada. Había mucho de naturalidad y frescura en la expresión de sus labios abriéndose. Yo salí de la casa y durante un buen tiempo no me podía quitar de la cabeza esos ojos, esos labios felices.

Los Del Potrerillo le causaban a mi padre mucha pensión. “En cualquier momento vendrán a pegarme una visita”, decía. “Van a pedirme que malbarate las tierras”.

Y, un mal día, el Gaudencio mató a don Eutimio. Mis padres creían que los Lizárraga no iban a andar por las cercanías un buen tiempo. Tamaña audacia no se había nunca visto. Matar al Ventura no era cosa grave, decían: nadie jamás lo quiso, y era un mafioso del montón. Lo del Vitorio Aispuro no pasó a mayores, lástima que se terminó yendo. Aunque tampoco tanta lástima. Estaba casado, sí, pero sin hijos, y por esto el Vitorio tenía fama de volteado, alguien lo había visto en el río arrimándole las verijas al hijo tonto de los Lourenzo. Por eso los demás hombres en el pueblo lo trataban con grosera distancia. Pero matar a don Eutimio sí fue cruzar una línea, con todo y que los guachos volteaban pa otra parte cuando aquellos dos hermanos hacían su comercio.

Yo estaba en el patio frente a la casa de los Carrasco aquella noche de junio. A un lado de la cerca del potrero, en el extremo opuesto a la casa de Lupe López, platicaba con El Corico y El Chacho. ¿De qué? No me acuerdo. Ví cuando don Eutimio se bajó de la troca y caminó hacia el portal. Iba lentamente, igual que si no se percatara o no le pareciera extraño que hubiese música y hombres haciendo mucho escándalo en el portal del abarroto. Desde mi sitio pude ver al Gaudencio Lizárraga ponerse de pie y abrir los brazos en un gesto de darle la bienvenida, pero don Eutimio se detuvo, frío. Todos se callaron. De repente se empezaron a gritar él y los dos Lizárraga. No supe cuándo el Gaudencio desenfundó; apenas se escucharon los tiros todos salimos



a la carrera, muertos de miedo.

A pocas semanas del entierro de don Eutimio el hombre aquel se robó a Tomasa. “Pobre ingrata, qué vida le espera en adelante. Vámonos a vivir pabajo, Lizandro”, argüía mi madre. “Esa gente no se toca el corazón”.

“Ay, vieja. ¿Qué van a decir de mí si me ven que salimos huyendo? Cobarde no soy”.

Yo tenía doce años. Acababa, igual que el Héctor, de terminar sexto. Me fui a Tamazula en septiembre, a estudiar la secundaria. Entre semana vivía en la casa de mi tío y volvía a Chapotán los fines de semana.

Pero al año decidió mi padre finalmente que nos mudáramos a Culiacán. Ahí acabalé hasta la prepa. Luego hice la carrera en la Ciudad de México, donde me casé y me divorcié y donde me he quedado desde entonces a vivir y trabajar para ver crecer a mis hijos.

Anduvimos hablando de Tomasa por varios días. El Juanillo se quedaba con la mirada ida, bajaba la cabeza, escupía con rabia al hablar de la morra. Al Héctor lo habré visto una, dos veces antes de su mudanza, en el portal del abarrote; fingía una sonrisa, me pegaba con el puño en el hombro en un esfuerzo muy obvio de querer dispersar el luto que bien a las claras se le veía en el porte.

Yo traje por días una cuilta pesada encerrándoseme contra el pecho. No era sólo que ella me gustaba mucho (a todos nos gustaba en el pueblo). Era que aquel hombre había hecho una cosa que pasaba los límites, que nos hacía temblar sólo de pronunciarlo: se la robó, a la pobre tan inocente. Más allá de las leperadas que solía prodigar el Juanillo, lo que sentíamos era esto: tanta vivacidad, tanta ternura y todo ese frescor que veíamos en el ser de Tomasa había de repente sido arrebatado con violencia. Cierto: era lo que nosotros proyectábamos en ella; ¿quién llegó a conocerla realmente? El asesinato era ya en la sierra una cosa normal; pero esto era romper a un ser indefenso. Y esa era la palabra que estuve buscando en aquellos tiempos sin nunca discernirla: era Tomasa una morrita indefensa.

Fue una impresión tan duradera que, ya de adolescente, cuando leí *Cien*

*años de soledad* y decidí volverme novelista, supe que la historia más perentoria que algún día habría de narrar era la de Tomasa.

Busqué una noche en Facebook a mi viejo amigo de la infancia. Lo encontré como Héctor Carrasco-Heras. Le mandé una solicitud de amistad y un mensaje. Luego de intercambiar noticias sobre qué hemos hecho y en qué andábamos, le hice la pregunta.

—Me acuerdo, claro —dijo con voz seria—. Cómo habría de olvidar nada de ella —y los apellidos que me dijo eran los mismos de esa cajera que nos atendió a mi hijo y a mí en la Ley del Valle—. Nunca supimos nada de ella luego de esa vez que fue a despedirse. Me imagino que habrá muerto en una balacera. O la acabaron prostituyendo. Tan lindo y tan gracioso que le salió el niño. Se llamaba Germán...

Nos quedamos callados. Tuve que retomar la charla diciéndole que andaba queriendo escribir una historia sobre aquellos tiempos.

—Pero no seas cabrón. Ni se te ocurra poner sus apellidos... La vida no la respetó, respétala tú...

Esquivé el ataque: era una idea vaga, le mentí, aún no tengo claro cómo narrar esas historias... Pasamos a otros temas; y nunca le dije que la había visto en la Ley.

Suelo ir a visitar a mi familia en vacaciones una o dos veces al año. Salgo poco de casa de mi madre. No soy afín al calor, y por eso me quedo viendo la tele o sacándole plática a mi mamá en la sobremesa en torno a los años de Chapotán mientras el aire acondicionado refresca los interiores. Mi hija y mi hijo tienen primos de su edad que viven por el rumbo del fraccionamiento y con ellos se la pasan todos los días de vacaciones jugando y chiroteando. Por eso, no veo gran apremio en salir para acá o para allá: voy a la Ley, a Farmacón, al Oxxo, por cualquier cosa que se ocupe, y hasta ahí. Todo está cerca.

Las siguientes dos o tres veces que regresé a la ciudad de mi adolescencia luego de mi conversación con el Héctor fui al súper buscando a Tomasa. Él me había confirmado los apellidos: no podía ser sino la misma jovencita de mi

infancia. No la encontré. En todo caso, aquellos fueron viajes apresurados, de pisa y corre, sin la oportunidad de recorrer la Ley en distintos momentos del día; quizá los horarios de trabajo de Tomasa eran fluctuantes, acaso ya ni siquiera la empleaban ahí. Mientras más improbable se hacía el poder verla de nuevo, más era otra, ahora, mi visión de su historia. Yo también, y desde siempre, me había imaginado un final trágico a su vida. Y no. ¡Se había salvado! Logró hacerse de otra existencia. Descubrir esto me emocionaba con un candor profundo, pero llegué a preguntarme qué tanto había requerido pensarle una muerte aciaga para tener el impulso de escribir sobre ella. Podía ver ahora cómo en algún momento habría ella huido llevándose a su hijo del poder de los hermanos, y cómo se habría ocultado en Culiacán, vivió con alguna amiga lejana de su tía Gertrudis mientras crecía su hijo y trabajó de costurera hasta el día en que llegó a su vida un albañil de nombre Esteban, o Mario, o quizá simplemente Juan, un hombre callado y trabajador, de recia piel morena, que luego de tratarla por varios meses le propuso casarse. ¿Tuvieron otros hijos? ¿Pudo ella volver a embarazarse? Los días se volvían semanas y luego meses, y fueron haciéndose de una casa de dos recámaras quizá en la colonia Sanalona, o allá por el lado del mercado de abastos. Ya pasados los años el nombre de los Lizárraga no tenía el menor peso, pues otros mafiosos fueron tomando el control de la droga en la sierra, llegó Culiacán a crecer tanto que cualquiera podía pasar inadvertido, y ella habría de arrumbar la máquina de coser en un rincón para conseguir empleo de dependienta en una tienda de ropas cerca del mercado Garmendia, ya después alguien le dijo pide trabajo de cajera en la Ley, tienen buenas prestaciones. Tal vez habría de ver ahora ella el pasado en tanto un mal recuerdo del que sólo quedaban pocos rastros, su nariz desviada o la tristeza que cada tanto la roía al ver la cara pálida y los ojillos de ratón malicioso de su hijo Germán.

Dos años después del primer avistamiento, volvimos a Culiacán de vacaciones. Esto fue en los días previos a la Nochebuena. La mañana siguiente a nuestro arribo nos escapamos mi hijo y yo a la Ley del Valle. Luego de dejarlo en la sección de útiles escolares para que eligiese lo que se le antojara, recorrí las cajas hasta encontrar a la mujer.

Minutos después nos formamos en la fila.

—¿Encontró lo que buscaba?

Antes de que mi hijo contestase con voz comedida “Sí, gracias”, me adelanté y dije:

—Yo también soy de Chapotán, Tomasa.

Hemos tenido el Héctor y yo varias charlas por Skype. Se ve bien: cuarentón pero fuerte, dicharachero; de cara alargada y rasgos firmes y bonachones.

Él me ha contado:

Su madre decidió quedarse a vivir en Culiacán incluso después de la muerte de la nana Sara. “Ella nunca se halló de este lado. No le cuadró jamás la vida en El Gabacho. El idioma se le hizo un imposible. Ya que el Flavio y yo echamos raíces, nos dijo *Ai se ven* y voló de vuelta pa Culiacán. Su pretexto primero era cuidar de mi nana Sara. Y ahora vive en un fraccionamiento que se llama Palermo. Date una vuelta y visítala, Seco. A ella le encanta hablar de Chapotán, de los años que vivió allá parriba. Le dará gusto ver a un paisano, cuantimás a uno que no se metió al Negocio... También le dará gusto ver a tu jefa. Vayan...”

Palermo está cerca de los campos de golf del Country Club, en un rumbo ahora tomado por agencias de automóviles y oficinas de gobierno. Aunque mucho tráfico va y viene por la avenida, el fraccionamiento tiene un aire recogido y de encierro una vez que se cruza la valla de vigilancia. La señora Maruca nos esperaba en la sala con una sonrisa; lucía un vestido de flores grises y había puesto coricos sobre la mesa de centro. Aunque ya superaba los setenta años, tenía ese porte rejuvenecido de quien se busca ocupaciones todo el día para alejar pensamientos morbosos. Ella y mi madre se abrazaron con gritos de entusiasmo, como si en realidad hubieran sido grandes amigas en los tiempos de Chapotán. Yo le di un trago a la cocacola que se me ofreció, y en cinco minutos alegué emergencias; las dejé platicando y regresé a las tres horas por mi madre, que se fue todo el trayecto con un silencio pensativo cerrándole la cara.

Al principio, el Héctor no se hallaba del todo en el nuevo país. “Los dos

entramos a chambearle duro con mi tío. Mi hermano se adaptó luego luego. Parecía ni mandado a hacer para la venta de ropa: iba y venía por la fábrica, tomaba llamadas, tenía buenos modos con todo mundo y se ganó la confianza de mi tío, que empezó al año a llevárselo en sus viajes. Y sí, el inglés que ya sabía le sirvió de mucho.

”Yo en cambio me sentí muy fuera de lugar. No era lo que yo quería. El comercio no era para mí. Me nacía un vacío frustrante en el pecho a la hora de pensar en dedicarme a la venta sin ánimos. Todo acá es dinero, y si no hay dinero la vida no vale. Suena a lugar común, y es verdad. No era yo de esos mojados de más pal sur, pobres oxaquitas que lavan platos o reparan techos o se van a la pizca y aguantan hasta los golpes sin decir nada, pero los gringos a los que me tocaba tratar los sentía falsamente amables, a algunos hasta impacientes y groseros, como si mi cabello oscuro les hiciera sospechar que yo era un ser peligroso. Esa falta de camaradería natural entre extraños es lo que resentí mucho tiempo. Y sí, extrañaba Culiacán, a mis amigos de la prepa, las idas al Parque 87 a jugar básquet con cuates a los que realmente estimas. Yo siempre fui un revoltoso, pero ya pasados los veinte entré al college. Me endeudé haciendo el major en Historia. Doy clases en high school. Y entreno un equipo de sóquer los fines de semana”.

Su mujer tiene un restaurante mexicano, “no es que estemos nadando en la milloniza, pero ahí vamos”. Ella es nacida en Los Ángeles de padre michoacano y madre hondureña. Ya tienen dos hijos. La familia de su mujer es multitudinaria y él se siente aceptado entre ellos. “Han pasado de todo, a varios hasta los llegaron a madrear feo en algún momento, pero son gente solidaria, hard-working, ya sabes”.

El Flavio se deja ver poco. “Me habla en Navidad, en mi cumpleaños”, dice el Héctor bajando la voz. “Yo le marco más seguido, una vez al mes por lo menos. El bisne de la ropa lo domina bien. Viaja pa todos lados, vende un chingamadril. A su marca de vestimenta para niñas le puso Half Moon. Es una verga parada haciendo lana este cabrón. Su bronca es que no más no tiene suerte con las viejas. Ya se divorció dos veces. De su primer matrimonio le salió un hijo que ahora vive en Portland, andará por los cinco años mi sobrino. Guacha bien antes de casarte otra vez, bro, le digo, pero dudo que me haga

caso la próxima. Mi ex cuñada, la última, me dijo un día, sincerándose, que el Flavio era a nice guy pero imposible como marido... Lo hicieron de vidrio a tu hermano, me dijo. No supe a qué se refería, y no le pregunté para no ser indiscreto... Lo que sí puedo ver es que la soledad mata por dentro a mi hermano. Y la soledad acá es cosa seria: o te empastillas o acabas pegándote un tiro..."

Aceptó darme el mail del Flavio. Le escribí. Quería sacarle plática. Me contestó en breves líneas que nunca tiene tiempo para redes sociales ni chats ni nada de estas cosas modernas pero que si algún día vuelve a México me buscará y tendremos una buena conversación sobre los viejos tiempos. Nunca ha ocurrido.

—No entiendo cuál es su interés, ¿de qué quiere platicar?

Hemos regresado a la Ley del Valle poco antes de la hora en que ella termina su turno. Apenas la veo salir me le acerco queriendo ostentar mi mejor sonrisa. La invito a tomar una nieve o un agua fresca y a sentarnos en una banca de la plaza, entre las zapaterías y las tiendas de ropa. Mi hijo ya está sentado ahí mismo, clavadísimo en su táblet. Mi hija decidió quedarse a jugar fut con sus primos en el parque del fraccionamiento.

—Sobre la vida en Chapotán —le aclaro—, me interesa que me cuente...

—...Viví más de un año en Chapotán aunque la vida me llevó después por otros lados. No quiero ser grosera con usted, pero yo ni lo conozco. La mera verdad ni me acuerdo de su cara ni menos de su nombre. Y estoy casada. A mi marido no le gustaría verme hablando con un hombre que quién sabe qué querrá.

No espera Tomasa a que yo suelte otra palabra. Me extiende la mano, farfulla buenas tardes y se da media vuelta.

—Estoy escribiendo un libro sobre usted, Tomasa...

Ella se detiene. Luego de volverse, sin dar un paso, levanta el índice y pronuncia, enarcando las cejas y dejando ver las mejillas enardecidamente sonrosadas:

—¿Cree que soy un chango de circo? Usted no sabe nada de mí...

—Por eso mismo, cuénteme...

—Usted se quedó con una historia vieja, ¿verdad? —da un paso y mueve la cabeza hacia adelante, acercándomela pero sin dejar de hacer ver un gesto de enojo—. No está tratando usted con una ignorante. Con muchos sacrificios pero ya terminé la primaria y la secundaria en la escuela abierta. Ahora estoy haciendo la prepa... No es fácil, ahí voy. Mi marido es un hombre que me respeta. Y mis tres hijos no son bandidos ni asesinos. Son gente buena...

—Todo eso puede entrar en el libro, Tomasa...

—Libros o no libros, lo que pasó pasó. ¿Dónde estaban los libros cuando ese hombre me robó...? ¿Qué va a cambiar usted de las cosas que me pasaron? ¿De qué servirá su libro? —toma aire. Le tiembla la quijada. Da la impresión de querer terminar aquí; pero sigue—: ¿Le parece bien aprovecharse de lo que fueron mis sufrimientos? ¿Realmente se interesa en mí? Yo era muy indefensa para evitar que me pasara todo eso... Usted lo que quiere es una historia morbosa para hacerse de dinero...

Empecé una primera versión allá por mis años veintes. Tenía poco de haberme casado, mi hija era una bebé de pocos meses. Yo trabajaba como corrector de pruebas en una oficina de gobierno. El dinero no era suficiente, por eso a menudo me veía aceptando para el fin de semana encargos de otras partes, a veces un dictamen, pruebas finas, alguna traducción; el tiempo que podía dedicarle a Tomasa era así muy poco. Luego de cuatro, cinco meses, se habrán reunido sesenta cuartillas. Un fin de semana que mi esposa se fue de la ciudad con mi hija a visitar a su familia, me quedé encerrado en casa. Releí todo.

Nada se salvaba: era la historia falsa y amarillista. Melodramática. La infancia, el pasado, se me volvían una cosa huidiza, una zona sin perfiles con la que no lograba enlazar nada de mis emociones. Creo que en el fondo hasta me avergonzaba el volver a entornos rurales cuando ya, para ese tiempo, todo escritor que se respetara se ponía a contar sobre aeropuertos, o nazis, o poetas vanguardistas y viajeros. No había, en todo caso, fundido mi imaginación con la verdad de lo que supe, a los quince años, que había en la tragedia de

Tomasa. No estaba ahí Tomasa.

La abandoné.

Un día vi anunciado quién sabe dónde un laboratorio de escritura con el novelista Mario Bellatin. Ahí, en la primera sesión, surgió la historia de un empleado de correos que se robaba cartas ajenas. Dedicué así los años siguientes a una novela que hablaba del futuro en clave distópica. Incapaz de ver hacia el pasado, descubrí cómo la paranoia apocalíptica era un motor de la escritura.

Así me seguí. Algunos cuentos, otra novela.

Mientras, algo había cambiado. Nació mi segundo hijo. Los fui viendo crecer, a él y a su hermana. Los llevé a conocer mi tierra, y gracias a la porosidad de su mirada, al interés entre pícaro y divertido con que me pedían la crónica de mis momentos viejos de la niñez, fui de a poco recobrando historias, olores, palabras, escenas. Volví a mi infancia gracias a la infancia de mis hijos. Y volvió Tomasa.

...Aun así, estos últimos años se me ha cruzado por debajo de las páginas una inquietud, o una sospecha, que gracias a Tomasa resuena ahora con una limpidez cruel pero necesaria.

Tomasa me ha dicho lo que yo, sin aceptarlo, he traído en la cabeza todo este tiempo. En sus palabras he encontrado lo que buscaba.

Por eso me quedé callado y dejé, sin decirle adiós, que siguiera su camino hacia la noche ventosa de diciembre. Y por eso me he tardado tanto con esta novela.

¿Acaso tengo el derecho a contar la historia de alguien que vivió en el infierno?

¿Quién soy yo, un bato privilegiado y con estudios, hijo de una familia que no cayó nunca en la precariedad, para fabular la historia de una muchacha de familia pobre que fue raptada y violada? ¿Cómo puedo creer que, desde la sordera de mi experiencia, tengo el derecho de imaginar lo que ella sintió? ¿Es posible contar, sin traicionarlas, todas estas historias de vidas desfavorecidas? ¿De qué manera es un acto de justicia el rescatar del olvido el dolor de los olvidados?

Por más que diga, como merolico, que la ficción tiene el compromiso de



ejercer la crítica del mundo, y que la violencia contra jovencitas como Tomasa sigue siendo lo normal en mi país, no tengo ninguna certeza de que hacer esto, fabular su historia sólo por ser posible gracias a la imaginación, sea, en efecto, una cosa digna. Quizá por eso para contarla usurpé la ávida mirada del insondable Flavio.

Porque, más allá de la neurosis y el escapismo y el afán de gloria, ¿para qué sirve escribir? Tú que me lees, ¿sólo por leerme querrás de veras hacer algo para cambiar en la realidad toda esta desventura de las Tomasas que a diario son robadas y violadas? ¿Vale la pena escribir si no es para aspirar a que haya en mi escritura el don de sanar lo que Tomasa vivió en la indefensión?

¿Y si de nada sirve? Llevamos tanto tiempo dando excusas para que la imaginación se adentre en el mal, y nada: la vileza y la violencia siguen y siguen no obstante en nuestro mundo... ¿Y si acaso escribir ficción no es ningún acto de justicia sino una forma hipócrita de servirse con el pesar ajeno? ¿De hacernos posar como insobornables guerrilleros de la verdad? No sólo basta con ocultar los apellidos de Tomasa...

En algún momento mi hijo se aburre de seguir jugando con la tábleta.

—Pa... Calvo... Sacrocalvo...

Se me sube a las piernas. Me pone las manos sobre la cara, luego me recorre el cráneo, como aplastándomelo pero con caricias.

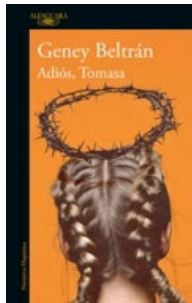
—Nok, nok... —con la mano cerrada hace el gesto de dar toquidos sobre mi cráneo—. ¿Hay alguien aquí? ¡Sacrosanto bagre, te estoy hablando!

Volteo a verlo. Apenas me encuentro su cara redonda y sonriente, sus mejillas rosadas luciendo una sonrisa alegre, me descubro aliviado. Como si me quitaran del pecho una cuilta de pesadumbre.

—¿Por qué te quedaste todo lelo, rucailo? Tengo mucha hambre... Vámonos ya a la casa de la abuela María...

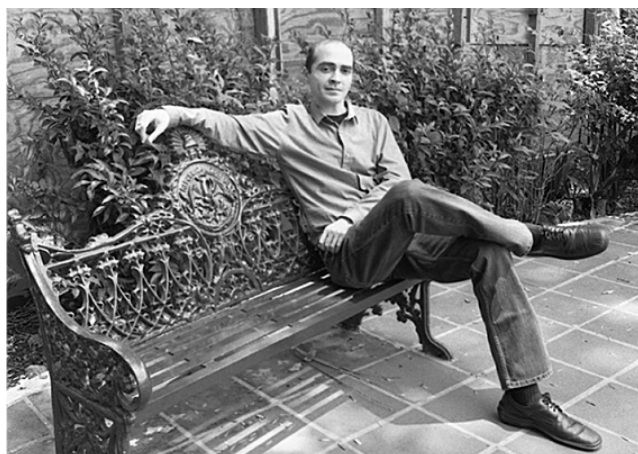
Nos ponemos de pie. Afuera de la Ley nos espera la noche.

**«¿Quién soy yo, un bato privilegiado, para fabular la historia de una muchacha de familia pobre que fue raptada y violada?»**



Chapotán es un pueblo duranguense del Triángulo Dorado, en la Sierra Madre Occidental. Un día de los años ochenta, la familia Carrasco Heras recibe como empleada doméstica a una muchacha de nombre Tomasa. Diligente, tímida y muy hermosa, trae consigo un secreto que le causa dolor y miedo. No pasa mucho tiempo sin que la vida de todos llegue a verse trastocada, sobre todo a partir de que dos hermanos, narcotraficantes de un pueblo vecino protegidos por el ejército, irrumpen con crueldad en la vida de la familia y de Tomasa.

Desde la mirada inquieta y sensible de Flavio, el hijo menor, *Adiós, Tomasa* desmenuza los conflictos de un México rural prácticamente desconocido, el de esos pueblos serranos adonde la ley nunca llega. Sus habitantes deben entonces enfrentarse a una existencia definida por el crimen, el odio y el sufrimiento tanto como por la ternura, la piedad y la esperanza. Con un aliento fabulador inagotable y poderoso, esta novela rescata una historia sobre las varias violencias que sufren las mujeres y los niños en el contexto del avance del narcotráfico en el México del último tercio del siglo XX, una realidad que por lo demás sigue vigente.



© Rogelio Cuellar

**Geney Beltrán** (Tamazula, Durango, 1976) es autor de las novelas *Cualquier cadáver* (2014) y *Cartas ajenas* (2011), el volumen de relatos *Habla de lo que sabes* (2009), los libros de ensayos *Asombro y desaliento* (2017), *El sueño no es un refugio sino un arma* (2009), *El biógrafo de su lector* (2003) y el tomo de aforismos *El espíritu débil* (2017). Fue becario y ahora es tutor de la Fundación para las Letras Mexicanas, en el género de narrativa. Ha obtenido el Premio Nacional de Ensayo Joven José Vasconcelos (2002) y el Premio Bellas Artes de Narrativa Colima para Obra Publicada (2015).

Esta obra fue escrita con el apoyo del Sistema Nacional de Creadores de Arte, del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes.

**Adiós, Tomasa**

Primera edición digital: julio, 2019

D. R. © 2018, Geney Beltrán

D. R. © 2019, derechos de edición mundiales en lengua castellana:

Penguin Random House Grupo Editorial, S.A. de C.V.

Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,  
colonia Granada, delegación Miguel Hidalgo, C.P. 11520,  
Ciudad de México

[www.megustaleer.mx](http://www.megustaleer.mx)

D. R. © UNFORMAT, por el diseño de portada

D. R. © Rogelio Cuellar, por la fotografía del autor

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Queda prohibido bajo las sanciones establecidas por las leyes escanear, reproducir total o parcialmente esta obra por cualquier medio procedimiento así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin previa autorización. Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra dirijase a CemPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <https://cempro.com.mx>).

ISBN: 978-607-318-175-4

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial



[/megustaleermexico](#)



[@megustaleermex](#)

Conversión eBook:

*Mutãre, Procesos Editoriales y de Comunicación*

## Índice

Adiós, Tomasa

Parriba

Jacalero

¿Qué cosa es el mal?

El futbol de los gabachos

No sabes cómo me duele

Un negocio como cualquier otro

Ya sucedió

El único rostro que está vivo

La visita del Diablo

Unidos toda la vida

Malas tardes

Son novios

La panza contra los guachos

Ya te moriste una vez

Oscuridad de la casa

Cinco años cumplidos

Las cosas pasan por algo

Veneno en el paraíso

Arquitectos y manzanas y mierda

De buena entraña

Tan desfavorecida

Un llanto así

La última

Un miedo a respirar

Cinco palabras

La vida pronto se acaba

Fénix

El olor de la menta

Historia de Los Dos Que Soñaron

Ponte muy contenta

Todo un licenciado

Pabajo

Mi hermano en la ciudad

El Lobo Solitario aprende inglés con Belcebú

El niño se llama Germán

No volveré

La verdad verdad

Él es una mano

Flor de capomo

Los apellidos

Sobre este libro

Sobre el autor

Créditos